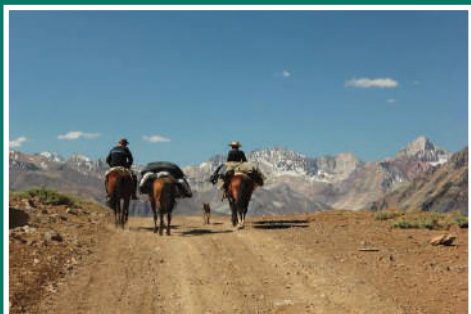


CORRALES PATRIMONIALES:

Estudio de cultura arriera en la
Cordillera norte de Aconcagua





CORRALES PATRIMONIALES:

Estudio de cultura arriera en la
Cordillera norte de Aconcagua

Ediciones del
CENTRO ALMENDRAL
Corporación Ciem Aconcagua



Corporación CIEM aconcagua

Primera Edición

Colección Cuadernos Patrimoniales Reg. Propiedad Int. N°

I.S.B.N N°

Ediciones del Centro Almendral

Impreso en Chile

Prohibida su reproducción total o parcial

Investigación y textos: Guillermo Sapaj Aguilera, Daniel Pavlovic Barbaric, Natalia La Mura Ovalle, Renato Muñoz López, Hanny Suckel Ayala, Elisa Ibaceta Tapia, Jorge Ahumada Figueroa, Javiera Larraín Suckel, Paula Ahumada Figueroa, Rodrigo Guerrero Rojas, Isidora Lea-Plaza Lemus, Jorge Razeto Migliaro.

Editores: Jorge Razeto Migliaro, Hanny Suckel Ayala, Rodrigo Guerrero Rojas, Felipe Caviedes Rivero, Elisa Ibaceta Tapia.

Diseño y diagramación: Iván Carreño Ibaceta.

Administración: Mariela Canelo Saá.

Fotos Portada:

- Arrieros montados a caballo, Guillermo Sapaj Aguilera.
- Corral de pirca, Guillermo Sapaj Aguilera.
- Animales cruzando el río Rocín, Guillermo Sapaj Aguilera.
- Arriero y vega, Guillermo Sapaj Aguilera.
- Monte Aconcagua, Guillermo Sapaj Aguilera.
- Arriera a caballo, Rodrigo Guerrero Rojas.
- Laguna Copín, Guillermo Sapaj Aguilera.
- Arriero con lazo, Guillermo Sapaj Aguilera.

Financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura
Convocatoria 2021 Proyecto Folio 594366
Línea de Fomento a la Industria
Modalidad Apoyo a Ediciones/Libro Único
Corporación CIEM Aconcagua

Dedicado a las comunidades agroganaderas que nos recibieron y compartieron desinteresadamente su conversación, experiencias, sabidurías, así como sus choqueros y sueños.

A ellas está dedicado este libro.

Equipo CIEM Aconcagua

Indice

Introducción	11
I. Topologías de corral: una aproximación de actor-red al sistema ganadero trashumante en la cordillera norte del Valle de Aconcagua.	15
Propuesta conceptual	17
Puntos de partida: Corrales como producciones esclerófilas	18
La casa del Degú	20
Entre los Algarrobales	21
Múltiples actantes esclerófilos	22
Historia natural de <i>bos taurus</i> en Aconcagua	24
Topologías de Corral	28
Primer flujo de Corral: Rodeo uni-comunitario de señalada y soltada	29
Segundo flujo de Corral: Rodeo cordillerano inter-comunitario	30
Tercer flujo de Corral: la veranada	33
Relaciones socio-ecológicas altoandinas	34
Vegas altoandinas: Productoras de espacio	36
De Buitres y Guanacos	37
Conclusiones	39
Bibliografía	41
II. Arqueología Corralera: acercamiento arqueológico a la historia, modos de ocupación y técnicas constructivas de corrales arrieros de la cordillera de Aconcagua	42
I. Introducción y metodología	42
II. Antecedentes documentales y arqueológicos históricos generales para el valle de Aconcagua y el curso superior del Río Putaendo.	44
III. Resultados	47
III.1. Corrales del Chalaco	47
III.1.a. <i>Emplazamiento y antecedentes Corrales del Chalaco</i>	47
III.2.b. <i>Análisis Formal de Muros Corrales del Chalaco</i>	49
III.2.c. <i>Análisis Formal y Espacial de los Corrales del Chalaco</i>	52
III.2. Corrales de Ramadillas	56
III.2.a. <i>Emplazamiento y antecedentes Corral de Ramadillas</i>	56
III.2.b. <i>Análisis Formal de Muros Corral de Ramadillas</i>	58
III.2.c. <i>Análisis Formal y Espacial Corral de Ramadillas</i>	61
III.3. Corrales de Piguchén	64

III.3.a. <i>Emplazamiento y antecedentes Corrales de Piguchén</i>	64
III.3.b. <i>Análisis Formal de Muros Corrales de Piguchén</i>	66
III.3.c. <i>Análisis Formal y Espacial Corral de Piguchén</i>	69
III.4. Corrales de Sahondé	73
III.4.a. <i>Emplazamiento y antecedentes Corrales de Sahondé</i>	73
III.4.b. <i>Análisis Formal de Muros Corrales de Sahondé</i>	74
III.4.c. <i>Análisis Formal y Espacial Corral de Sahondé</i>	76
III.5. Corrales de La Laja, Jahuel.	81
III.5.a. <i>Emplazamientos y antecedentes Corrales de La Laja, Jahuel</i>	81
III.5.b. <i>Análisis Formal de Muros Corrales de La Laja, Jahuel</i>	84
III.5.c. <i>Análisis Formal de Muros Corrales de La Laja, Jahuel</i>	88
III.6. Corrales de Campos de Ahumada	92
III.6.a. <i>Emplazamientos y antecedentes Corrales de Campos de Ahumada</i>	92
III.6.b. <i>Análisis Formal de Muros Corrales de Campos de Ahumada</i>	94
III.6.c. <i>Análisis Formal y Espacial Corrales de Campos de Ahumada</i>	96
IV. Síntesis e interpretaciones generales	97
V. Bibliografía	103
 III. Acercamiento histórico a los orígenes y trayectorias de la ganadería y corrales ganaderos en la cordillera norte del Aconcagua.	 107
Introducción	107
Comunidades locales y sus corrales	108
La cordillera en tiempos Prehispánicos	109
Topología de Corral	110
Conformación del sistema agro-ganadero y los corrales de piedra en el valle de Aconcagua	111
Origen de las comunidades agrícolas de Aconcagua	116
Importancia de la arriería en la Colonia	118
Siglo XIX	120
Periodo de la Independencia	120
<i>Transiciones económicas, políticas y administrativas</i>	123
Siglo XX	124
<i>Comunidades agrícolas</i>	124
<i>Reforma Agraria</i>	128
<i>Arrieros en dictadura (1973-1989)</i>	134
Continuidad de la arriería	135
Conclusiones	138
Bibliografía	140

IV. Arquitectura y paisaje de corrales ganaderos en la Cordillera de Aconcagua	144
Ubicación estratégica	144
Arquitectura y sistema constructivo	145
Entorno y paisaje de los corrales	145
Corrales de la Quebrada – Sahondé	146
Corrales de La Laja – El Zaino	150
Corrales de Piguchén	155
Corrales del Chalaco	159
Corrales del Álamo	165
Corrales de Ramadillas	169
Bibliografía	173
 V. Etnografías de Arrieros y Corrales en la Cordillera Norte de Aconcagua	174
Introducción y Fundamentos	174
1. Usuarios: Arrieros de Aconcagua	179
2. Sistemas de gobernanza: La vida en comunidad	188
3. Unidades de recursos: De pircas, ganado y perros arrieros	193
4. Sistemas de recursos: La cordillera como bien común	198
Reflexiones finales: De ganadería, patrimonio y modos de habitar	203
Bibliografía	206

Introducción

Nombrado a partir del macizo más alto de América, el valle de Aconcagua es la cuenca geográfica que se proyecta desde dicha cumbre hacia el mar. Recorrida por un río homónimo, que nace desde las alturas nevadas de la cordillera para atravesar quebradas, llanuras y montes, en su parte alta le conocemos administrativamente por los nombres de las Provincias de San Felipe de Aconcagua y Los Andes. En ellas conviven comunidades agroganaderas hermanadas por las escarpadas montañas y las fértiles planicies que desde ellas se extienden.

Herederas de un tiempo colonial –e inclusive anterior- estas comunidades son recipientes de tradiciones arraigadas en las alturas rocosas y nevadas, sus vertientes, pastizales y campos que se expanden desde las faldas cordilleranas. Así, en las manos de los arrieros y en las herraduras de sus caballos, en las pezuñas del ganado vacuno y las trufas de los perros, se encarna la cordillera y se actualiza un oficio que se adapta, persistiendo al paso del tiempo y fluye con él.

Además de oficio, la arriería es una identidad para quienes la practican y se suman a ella, jóvenes y mujeres de campo hoy también forman parte de una tradición que históricamente fue asunto de hombres. En comunidad, continúan haciendo soberanía en la cordillera y conectan el llano con las alturas mismas donde nace la geografía. Además de oficio e identidad, la arriería es materialidad consumada en pasos y cruces, en refugios y en paisajes. Más aún, la ganadería de montaña se manifiesta y hace carne –o más bien roca- en los corrales de pirca que pueblan la cordillera y sus puntos de entrada, conectando las localidades rurales del valle de Aconcagua para encumbrarse hasta donde nacen las aguas y con ellas, la vida.

De la mano de las comunidades de Campo de Jahuel, La Victoria de Piguchén, Campos de Ahumada, Campos de la Quebrada de San Antonio y de la localidad de Los Patos, desde CIEM Aconcagua tuvimos la

oportunidad -durante el año 2018- de adentrarnos una vez más hacia la cordillera. Así, el presente estudio cubrió el escenario montañoso, que hemos denominado con fines referenciales como la “Cordillera Norte del valle de Aconcagua”.

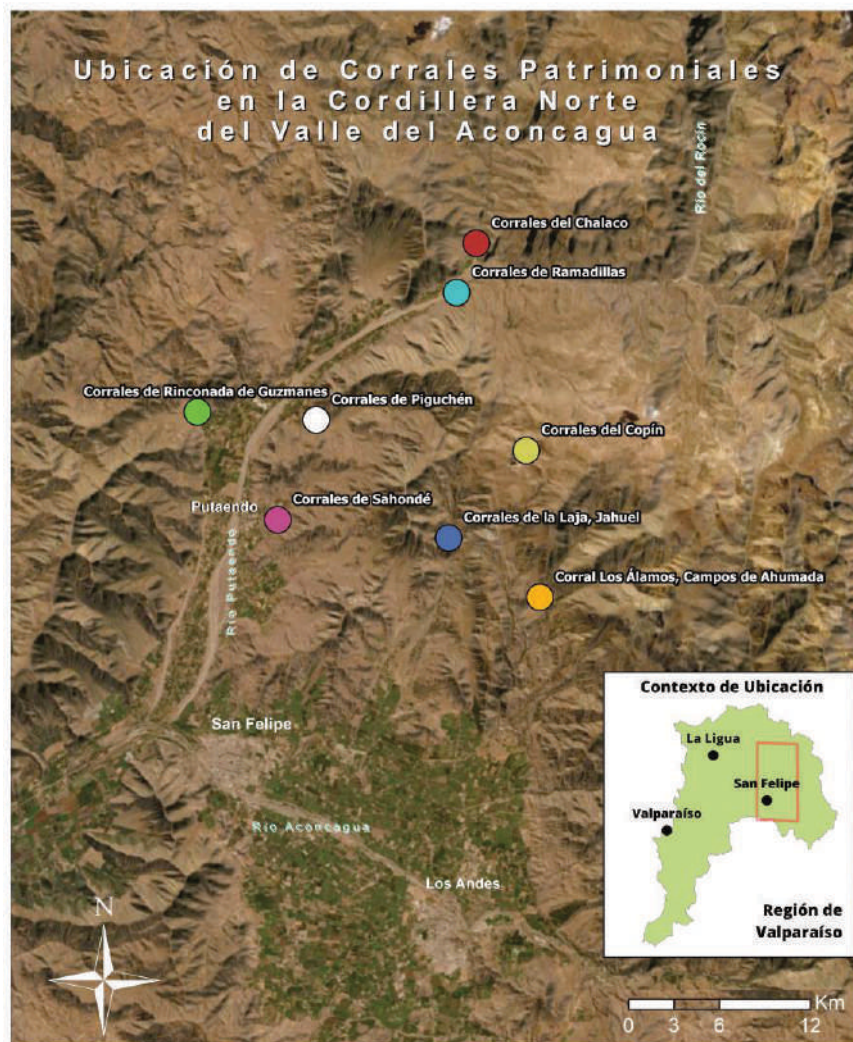


Figura 1: Ubicación de Corrales Patrimoniales en la Cordillera Norte del Valle del Aconcagua. Fuente: Elaboración propia.

Nos sentimos privilegiados y privilegiadas pues este ejercicio fue guiado y facilitado por estas comunidades y sus arrieros, garantes de las montañas y maestros de un oficio complejo y difícil de dominar, si no es por gracia de una experiencia arraigada y transmitida de generación en generación, curtida por sus mejores exponentes y posibilitada por la administración colectiva de un territorio común.

Este libro brinda homenaje y aborda testimonios desde la historia social, la geografía, la arqueología, la arquitectura y la antropología -es decir, desde las ciencias humanas contemporáneas- de un conocimiento que le antecede en temporalidad y que las rebasa en términos disciplinares. ¿A qué nos referimos? A lo largo de estas páginas recorreremos junto a los arrieros, algunos de los saberes y dimensiones que se reúnen en los corrales de pirca, tomando estos hitos arrieros como punto de entrada a esta compleja, profusa y actualizada tradición. Al desbordar cada una de las disciplinas mencionadas, la arriería y sus corrales demuestran su valor. Con estas páginas, esperamos extender una invitación a repensar este oficio y a explorar su realidad, atestiguando sus desafíos. El cambio climático y la sequía son una realidad en el valle central de Chile. El valle de Aconcagua no es la excepción y durante los años posteriores al cierre de estos escritos, la escasez hídrica ha recrudecido las dificultades que las comunidades rurales experimentan, en los campos y en las cordilleras. Del mismo modo, este texto termina de ser escrito en medio de dinámicas políticas, sociales y ambientales a nivel nacional, cuyos testimonios y experiencias, nos invitan a reflexionar sobre la comunalidad de los territorios y la vida más allá de las urbes, y por qué no dentro de ellas.

El presente escrito está organizado en cinco capítulos. Mientras el primero de ellos explora desde la arquitectura del paisaje la interacción de cada corral con su territorio más inmediato, considerando su arraigo contextual y describiéndolos desde el punto de vista de su posición; el segundo capítulo se sitúa desde la arqueología para examinar su composición, técnica y trayectoria constructiva. El tercer capítulo presenta, desde la historia, los procesos sociales que han acompañado a los corrales, adentrándose en sus comunidades y los hitos que ellas han vivido, alcanzando sus identidades sociales. El cuarto capítulo explora desde la geografía socio ambiental la importancia ecológica y humana -y el cruce de ambas perspectivas- para desplegar el entramado de agencias que dan vida y vigencia a estas estructuras ganaderas. Finalmente, el quinto capítulo busca narrar etnográficamente a partir de los corrales de pirca, la relación de las comunidades arrieras con las cordilleras, describiendo su riqueza cultural e indagando en las perspectivas de sus protagonistas. Cabe agregar que estos abordajes son solo algunas de las miradas posibles de un fenómeno tan prolífico y vigente como es la arriería y su relación con los corrales de pirca cordilleranos.

Iniciado el año 2017, los estudios que se presentan en los capítulos venideros han sido producto del Proyecto FONDART N°411044 “Corrales Patrimoniales: Estudio de cultura arriera en la cordillera norte de Aconcagua”. Luego en el año 2022 el Fondo del Libro y la Lectura, mediante el proyecto N°594336, nos brindó la oportunidad de pulir los textos y publicarlos. Por supuesto, cada una de estas palabras no hubieran sido posibles sin la generosidad de las comunidades agro ganaderas que nos recibieron y compartieron desinteresadamente su conversación, experiencias, sabidurías, así como sus choqueros y sueños. A ellas está dedicado este libro.

El Almendral, San Felipe,
Julio, 2022

I. Topologías de corral: una aproximación de actor-red al sistema ganadero trashumante en la cordillera norte del Valle de Aconcagua.

Guillermo Sapaj Aguilera¹

Introducción

La principal sensibilidad en esta sección sustenta el supuesto que declara inviable concebir a los corrales como entidades fijas, aisladas o estáticas. A partir de esto nos embarcamos en un esfuerzo por trascender la noción de corral como una mera reliquia patrimonial en su sustancia. Más bien, el concepto de corral que aquí describimos participa como un engranaje en la constitución de un proceso vivo en las cordilleras del norte del Valle de Aconcagua. Un proceso cíclico y transgeneracional, ecológico y social, donde cada corral, aunque aparentemente inmóvil en su superficie de piedra y barro, es portador de una porción de la identidad o propósito del proceso central de esta investigación: el sistema social y ecológico de ganadería trashumante.

Investigando las interacciones que dan vida a este proceso, otros corrales entrarán también en escena, no necesariamente limitándose a la forma material de los corrales patrimoniales de las comunidades estudiadas. Adaptándose a las geografías de montaña, así como a los flujos necesarios para ensamblarse a estas, encontramos que existen ciertas propiedades en la actividad arriera que se mantienen constantes a diferentes escalas, permitiéndonos entender tanto a los corrales como a algunas otras entidades involucradas desde un plano interpretativo relacional. El corral, en este escenario, lo situamos fuera del espacio euclidiano, donde la distancia métrica se desvanece en una concepción espacial topológica. En esta comprensión de las espacialidades, y por consecuencia, del sistema territorial de montaña al que nos aproximamos, procede

1. Ecólogo, colaborador CIEM Aconcagua.

alinearse al corral dentro de un grupo de actores con los que convive, co-produciendo relacionalmente sus objetivos y significados. En definitiva, argumentamos que esta comprensión conjunta de la identidad del sistema ganadero trashumante no es exclusiva o independiente de cada actor, ya que se encuentra distribuida en una red de asociaciones entre las diversas entidades de las que somos testigos. En este sentido más amplio, tanto el campo ecológico como el social, serán considerados de manera simétrica, donde cada esfera es entendida semióticamente en dependencia de la una con la otra.



Figura 2, fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

En definitiva, es tarea recurrente de este capítulo la traducción de esta red de asociaciones a través de la identificación de las diferentes espacialidades producidas; de las ecologías en que se originan; y de los obstáculos que intentan sortear. Para esta labor, debemos posicionarnos como testigos, pero también como partícipes, de ciertos romances entre las entidades del sistema en estudio, para llegar a interpretar las principales relaciones que dinamizan y perpetúan a la red, desde una visión rizomática del territorio. Red cuya

magnitud comienza a percibirse en los bosques y matorrales de los valles más bajos, donde entrelazadamente habitan los arrieros y sus familias en ambientes esclerófilos, para extenderse con, para y a través del animal doméstico hacia las vegas y estepas altoandinas. Hacia lugares repoblados por guanacos, donde surcan la tierra neveros y glaciares.

Nos haremos testigos de este sistema social y ecológico, donde ser humano, ser corral y ser animal se alinean de tal manera hasta producir una territorialidad híbrida digna de valorar.

Propuesta conceptual

El enfoque utilizado para la exploración de esta red de naturaleza y cultura arriera recoge conceptos teóricos y metodológicos derivados principalmente de la ecología, la historia natural y la geografía humana. No obstante, encuentra su principal sustento en la Teoría del Actor-Red, una iniciativa más comúnmente asociada a la sociología, que será utilizada para intentar romper el dualismo que supone a lo ecológico y lo social como materialidades opuestas o distintas.

La Teoría de Actantes-Redes o del Actor-Red fue inicialmente desarrollada por estudiantes de la ciencia y la tecnología, siendo formalizada por el trabajo de Bruno Latour (1987, 1993, 1999), John Law (1992) y Michael Callon (1986a, 1986b). Su batería ontológica se embarca en una exploración paralela sobre la naturaleza de las sociedades, así como de las respectivas sociologías de la naturaleza, equipada principalmente con una epistemología posestructuralista y topológica (Latour 1996; Murdoch 1997, 1998; Whatmore, 2002).

Dentro de las principales sensibilidades de investigación de Actor-Red aplicadas en este estudio, se encuentra la consideración de la realidad como una materialidad relacional. Se intenta esquivar el dualismo moderno de agencia-estructura, para abstenerse de considerar a una entidad como un sujeto el cual transporta de manera independiente una agencia dentro de un sistema, como convencionalmente se analizaría. Para entender lo propuesto en un marco de Actor-Red, una entidad o actor no personifica exclusivamente una agencia, ni una red juega el rol de una forma o estructura (Latour 1999). Un actor, sea quien o cual sea, no puede ser considerado como un ser agencialmente autónomo. Más bien, su agencia se encuentra distribuida entre los diversos actores o materiales que ayudan a conformar su identidad y campo de acción, pudiéndose así hablar de este sistema en conjunto como un actor-red, donde todas las agencias se encuentran distribuidas en una trama.

Este pensamiento requiere, consecuentemente, que tanto los actores humanos como los no-humanos sean

considerados como ontológicamente similares (Callon 1986a). Se habla así de una simetría generalizada, para reformar el concepto de actor a actante, que según Latour, no debe ser entendido como un agente delimitado por una existencia individual, ya que este actúa, o más precisamente, su agencia está definida a través de sus relaciones con los demás (1996). Por lo tanto, esta plataforma induce a que lo natural y lo social sean investigados dentro de una misma trama, donde el poder e influencia de entidades antes pertenecientes a un aislado mundo natural sean reconocidas como actantes simétricos a los actantes humanos en la producción agencial de la red de análisis.

Pensando en el actor-red arriero en la cordillera norte del Valle de Aconcagua como el principal objeto de esta investigación, nos enfocamos en el proceso que lo genera, es decir, en su traducción. Para Callon (1986b), la traducción es simplemente comprender el proceso antes de ser un resultado; revelar el mecanismo por el cual lo social y lo natural se co-producen alrededor de alguna problemática u obstáculo. Así, para traducir este caso de estudio debemos rastrear a los actores tanto humanos como no humanos y las problemáticas por las cuales estos se inter-definen. Este ejercicio nos permite dilucidar cómo se va distribuyendo la agencia del actor-red que aquí proponemos—entre el corral, el arriero, el ganado, las especies nativas y otros actores o actantes importantes.

Puntos de partida: Corrales como producciones esclerófilas

La etimología de la palabra esclerófilo proviene del griego *skleros*, 'duro' y *phyllon*, 'hoja', denotando a una conformación vegetacional adaptada para retener la humedad gracias a sus adaptaciones morfológicas. Las especies de vegetación esclerófila pueden soportar la sequedad extrema de los veranos de la zona central de Chile y acondicionarse en sus suelos arenosos. Estos tipos de árboles y arbustos son el cimiento de una ecología que representa a esta región del mundo, la cual se configura con formaciones de matorrales y bosques de este tipo. Los bosques son más abundantes en las laderas de exposición sur y fondos de quebrada, donde se acumula mayormente la humedad o existe un cauce de agua; mientras que los matorrales esclerófilos se desarrollan en los lugares más expuestos a la radiación solar, donde la humedad es más escasa. Ambas formaciones son espacios de desarrollo ecológico para una rica variedad de insectos, aves, reptiles, anfibios y mamíferos nativos, endémicos e introducidos.

Hablamos de esta formación ecológica esclerófila ya que los corrales en los que se basa esta investigación no debieran ser entendidos como entidades aisladas a ella. Es más, con la excepción de los corrales de Campos de Ahumada que se encuentran en una zona de transición ecosistémica, los corrales de Chalaco, Ramadillas, Piguchén, Sahondé y El Zaino son netamente producciones esclerófilas. A pesar de que se les considere como

estructuras exclusivamente ligadas a actividades humanas/ganaderas, al incluir los principios de Actor-Red en nuestro análisis, descubrimos que cada corral estudiado se relaciona íntimamente con actantes no-humanos de la ecología esclerófila, conformando en conjunto una identidad híbrida (figura 3). De hecho, los eventos en los corrales ligados exclusivamente a actividades humanas-ganaderas son muy reducidos durante el año, flujos que procederemos a estudiar más adelante, dado que son con mayor frecuencia habitados por entidades animales y vegetales. Durante nuestro estudio descubrimos que los corrales son importantes componentes estructurales del ecosistema esclerófilo circundante, lo que es posible de refrendar con algunos ejemplos de actantes identificados a partir de su relación con los corrales.



Figura 3. La ecología esclerófila asociada a los corrales de la Laja, Sector El Zaino, estructura levantada en un paisaje dominado por espinos y quillayes. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

La casa del Degú

Se dice de una especie que es endémica cuando su rango de distribución es acotado a una región geográfica específica y delimitada. Entre estas especies, el degú (*Octodon degus*), un roedor histricomorfo altamente social que construye madrigueras subterráneas, halló en los huecos de las estructuras de piedra del corral de Sahondé, un lugar cómodo y seguro para conformar su hábitat. No por nada el degú es también llamado “ratón de las pircas”, aunque “ratón cola de pincel” también se usa dado la característica forma de su extremidad posterior.



Figura 4. Degús ocupando los Corrales de Sahondé como hábitat. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

Durante nuestro trabajo de campo, nos dimos cuenta de que todos los corrales estaban fuertemente asociados a este endémico roedor. Es más, dada la alta cantidad de individuos observados, en particular en los corrales de Sahondé y Piguchén, es posible inferir que estos actúan como verdaderas reservas de este carismático animal dentro del Valle de Aconcagua. Será por la facilidad de encontrar una residencia entre las piedras y el barro con la que están hechos estos corrales, o por la seguridad que las pircas ofrecen frente a depredadores; lo cierto es que colonias enteras han ocupado los compartimientos de corral, haciendo de estas estructuras piezas fundamentales de su hábitat. A su vez, la relación degú-corral dinamiza la ecología del lugar, ya que los roedores se encuentran sobre la base de la cadena trófica, atrayendo a su alrededor gran cantidad de aves rapaces y algunos mamíferos depredadores.

Entre los Algarrobales

El *Prosopis chilensis*, comúnmente conocido como algarrobo, es un árbol dotado de gran belleza y elegancia, de frondosa copa y densos ramajes, que puede llegar a medir hasta 10 metros de altura. Sus ramas punzantes lo constituyen como un árbol difícil al tacto, con espinas más grandes y protuberantes que las del común espino (*Acacia caven*). Sin embargo, para algunas aves nativas, como la también endémica tenca (*Mimus thenca*), sus espacios interiores constituyen el lugar perfecto para construir sus nidos, donde abundan los espacios sombríos, frescos y protegidos de depredadores.

Los algarrobos son muy característicos de la ecología esclerófila de Chile central. Se asocian más con formaciones de matorrales o espinales, y están muy adaptados a recibir una alta radiación solar y resistir sequías. Su sistema radicular es complejo y muy bien desarrollado, descendiendo hasta las entrañas mismas de los suelos en busca de la humedad necesaria para poder sobrevivir. A diferencia del espino, el algarrobo sólo se desarrolla en áreas con poca pendiente, por lo que hoy en día ha sufrido un gran desplazamiento y remoción de su hábitat, debido a que las zonas más planas están casi en su totalidad destinadas a la agricultura o ya transformadas en zonas urbanas. Hacia la llegada de los colonizadores europeos, es probable que el algarrobo haya sido el árbol más representativo en las explanadas de los valles transversales de Chile Central.



Figura 5. Algarrobos dentro de los Corrales de Piguchén. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

Además, culturalmente es un árbol muy importante. Bajo sus sombras siempre encontraron refugio poblaciones humanas y animales en los meses de más calor; y a partir de sus frutos, unas vainas leguminosas de color crema, hallaron una rica fuente de alimento. Es más, los pueblos originarios del Valle de Aconcagua generaban harinas a partir del algarrobo e incluso un brebaje alcohólico (Pavlovic, 2016). Esta relación cultural tan íntima con el algarrobo parece no haberse perdido en la conformación de algunos corrales, ya que a diferencia de otras edificaciones humanas que han pasado totalmente por encima de estos árboles, los corrales se han sabido erigir en torno a ellos, como se observa en la Figura 5 correspondiente a los Corrales de Piguchén. En este último caso, las pircas corraleras se sitúan armónicamente alrededor de dos íntegros algarrobos, los cuales se constituyen como actores dentro de una red que produce un espacio ecológicamente más heterogéneo, donde confluyen especies e interacciones ecosistémicas propias de esta región del mundo.

Múltiples actantes esclerófilos

Hasta el momento hablamos de dos entidades naturales presentes en la construcción agencial de los corrales aquí en estudio, visualizando con mayor profundidad ecológica la agencialidad del corral. Examinamos los casos del degú y del algarrobo para intentar describir que, más que una simple edificación humana, los corrales son verdaderos activos del contexto esclerófilo en donde se desenvuelven. En consecuencia, la división ontológica entre los corrales patrimoniales y su contexto esclerófilo debe ser superada. Lo que observamos realmente es una estrecha relación entre diversas entidades animales y vegetales que dependen de los corrales como medio de sustento, protección y funcionamiento. Por ende, en este tramo referimos brevemente algunas de estas entidades o actantes que forman en conjunto al corral. Omitiremos la presentación de una lista seca y estática de especies de flora y fauna, para enfocarnos un poco más en las asociaciones observadas.

Entre las aves que con mayor frecuencia registramos en nuestras visitas a los corrales se encuentran la Tenca, el zorzal (*Turdus falcklandii*) y el chincol (*Zonotrichia capensis*). Siempre presentes, ya sea en tiempos de rodeo o cuando los corrales estaban sin gente, estas pequeñas aves son las constituyentes más habituales de los parajes que en este estudio visitamos. Ya con menor frecuencia, y limitados a un avistamiento en Sahondé y otro en el Zaino, observamos también al carpinterito (*Veniliornis lignarius*), los cuales parecieran integrarse a las inmediaciones de corrales cuando hay menor concurrencia humana. Como el Carpinterito, descubrimos a un similar de esta ave, el pitío (*Colaptes pitius*) pájaro carpintero nativo de la zona Central de Chile, el que pudimos detectar a través de registros auditivos en El Zaino y el Chalaco. Así mismo, a través de su característico canto, detectamos a la endémica turca (*Pteroptochos megapodius*) en las inmediaciones de todos los corrales que visitamos.

El espacio aéreo de los corrales es repartido entre varias especies de aves rapaces. Las más observadas fueron el águila (*Geranoaetus melanoleucus*) y el cóndor (*Vultur gryphus*), quienes sobrevolaban en lo alto durante casi todas nuestras salidas de campo. El cernícalo (*Falco sparverius*), de la familia de los halcones, también fue avistado en un número de ocasiones, al igual que el peuco (*Parabuteo unicinctus*), tendidos en los árboles más altos en las inmediaciones de El Zaino y Piguchén. No divisamos búhos ni lechuzas, puesto que estas últimas poseen hábitos más crepusculares, pero en conversación con arrieros locales pudimos concluir que es muy común observar tucúqueres (*Bubo magellanicus*) y chunchos (*Glaucidium nanum*) en los ecosistemas de corrales.

A ras de piso observamos una gran cantidad de roedores, quienes al igual que los degú, usan las murallas de pirca como parte de su hábitat. Los roedores ayudan a sostener la cadena trófica, siendo presas comunes de las rapaces y algunos mamíferos carnívoros. Entre estos últimos, un día que explorábamos la zona alrededor de los corrales de El Zaino, avistamos muy de cerca una familia entera de quiques (*Galictis cuja*), una especie de comadreja o hurón, de los cuales se piensa que están en gran peligro en esta zona al haber sido desplazados de sus hábitats y fuertemente cazados por perros asilvestrados. Entre los reptiles, observamos numerosas lagartijas del género *Liolaemus*, quienes compatibilizan excepcionalmente las pircas corraleras con sus hábitos trepadores y de reposo al sol. En dos corrales y alojadas en matorrales adyacentes a ellos, pudimos comprobar la presencia de la iguana chilena (*Callopistes palluma*), una especie endémica de lagarto con tonalidades salmónes muy representativa de los reptiles chilenos. Quizás estos reptiles estaban en busca de algún nutritivo insecto, de los cuales, los más comunes asociados a los corrales que pudimos observar fueron las vinchucas (*Triatoma infestans*).

Todas estas especies animales conviven en los ecosistemas de corral gracias al sostén que proporcionan las especies de vegetación esclerófila. Aparte de los algarrobos y espinos ya mencionados, los que predominan en los corrales de Piguchén y Ramadillas, otro árbol muy representativo en estos espacios es el quillay (*Quillaja saponaria*), siendo la especie más común en los corrales de La Laja (El Zaino). El resto de los corrales en estudio están posicionados en dominios de algarrobos, espinos y quillayes, aunque también se presencian formaciones de guayacán (*Porlieria chilensis*) y litre (*Lithraea caustica*) con mucha frecuencia, árboles arbustivos pudiéndose encontrar incluso dentro de algunos corrales.

Avanzando en nuestro ejercicio de traducción en estas subcuencas precordilleranas del norte de Aconcagua, comenzando en la ecología esclerófila que los corrales ayudan a construir, identificamos una especie en particular que en su conformación agencial reúne tangiblemente las esferas de lo social y de lo natural. De la mano del humano, quién ha ocupado este territorio a través de una variedad de formas—cultivando la tierra, explotando los minerales, alterando los cursos de agua, construyendo caminos, subiendo a las cumbres—el

vacuno común o *Bos Taurus* ha encaminado la producción de una territorialidad ecológica y social muy interesante de explorar.

Rastreando las relaciones que conforman al actor-red arriero, pasando ahora al análisis del *Bos taurus* como entidad mediadora, canalizadora de la distribución de la agencia arriera, cabe preguntarse ¿por qué hablamos del vacuno como un actor mediador o conciliador? En un doble nivel de análisis, el vacuno es, primero, un vínculo entre la ecología esclerófila y la altoandina; y segundo, una extensión del arriero en el medio natural, pudiendo ser entendido en el ámbito ontológico como un verdadero puente entre lo social y lo natural.

En el análisis, es necesario formar una noción relacional/ecológica del medioambiente esclerófilo, puesto que justamente el objetivo de este actor-red es trascender temporalmente esta espacialidad. El clima mediterráneo en el que ha evolucionado la ecología esclerófila, marcado por un periodo de productividad biológica obstaculizada en los meses de verano debido a los bajos índices de precipitaciones, presenta una problemática natural para las especies que no han evolucionado naturalmente en este medio, entre ellas el *Bos taurus*. La alimentación del animal depende principalmente de la presencia de hierbas y gramíneas, las que encuentran con mayor facilidad durante el invierno en los ambientes esclerófilos. Sin embargo, cuando la temporada de lluvias decae, los arrieros deben asistir a que sus animales regresen a las ecologías con mayor disponibilidad de alimento. El verano en el valle esclerófilo sólo es apto para especies nativas, las que están evolutivamente adaptadas a convivir con periodos extendidos de calor y sequedad. Por lo que en la entrada del verano, el vacuno asilvestrado debe trasladarse a las cordilleras, pasada cierta línea de altura donde una serie de variaciones ecológicas hacen posible el desarrollo de otra gama de especies y relaciones ecosistémicas. Es por ello que antes de ahondar en las principales relaciones del actor-red en su tramo altoandino, presentaremos con mayor detalle lo que aprendimos del *Bos Taurus* del sistema ganadero trashumante de la cordillera norte del Valle de Aconcagua.

Historia natural de bos taurus en Aconcagua

El imaginario instalado sobre las vacas en la sociedad chilena y occidental en general, resulta un tanto paradójico. El *Bos primigenius taurus* o *Bos Taurus*, descendiente del extinto mamífero artiodáctilo conocido en los textos de historia ecológica como 'Uro euroasiático' (*Bos primigenius primigenius*), carga con un yugo innmercedo al ser retratado comúnmente de manera negativa, reduccionista y hasta ridiculizante. En otras partes del mundo, como en la India, es bien sabido que la especie vacuna está y estuvo siempre relacionada a sus divinidades, siendo veneradas no sólo por simbolizar el alimento (principalmente la leche, el yogur y la mantequilla), sino también a la Madre Tierra, su abundancia y su fertilidad. El vacuno en realidad es un ser bastante especial, tanto en lo social como en lo ecológico. En nuestra zona de estudio de manera particular,

encontramos que *Bos taurus* es el actante protagonista, que pone en movimiento a este actor-red de arriería, constituyendo un verdadero puente entre sociedad y naturaleza, como ya lo veníamos presagiando.

Resulta primordial comprender algo más las características de *Bos taurus*, ya sea en el ámbito general como en su adaptación a nuestra zona de estudio, intentando usar los mismos términos que ocupan los arrieros locales. Por ejemplo, conocer que al igual que en la especie humana, el periodo de gestación bovino es de 9 meses, al cabo del cual da a luz a una cría singular la cual es considerada precoz, es decir, que nace con capacidad de movimiento. Como lactante, esta cría permanece con su madre hasta los 6 o 7 meses, tiempo durante el cual es alimentada por ella hasta que la leche materna se “corta” con el inicio de un nuevo ciclo reproductivo.

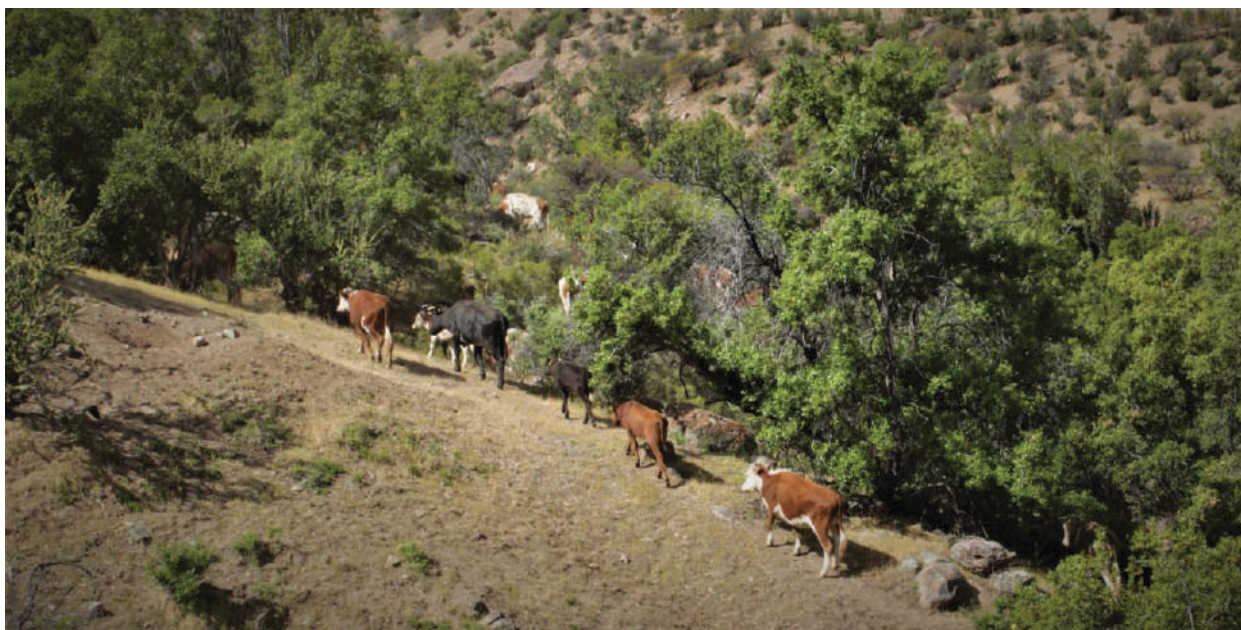


Figura 6. Bos Taurus Aconcagüino en su ambiente natural esclerófilo. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

En su calendario anual, las vacas no se inclinan por una época reproductiva específica, como sucede con otras especies. Este dato es muy importante de considerar, ya que al no existir un periodo determinado para dar a luz

a sus crías, estas pueden venir al mundo en cualquier tramo de la trashumancia arriera. De todas formas, y proporcionalmente al tiempo en que pasan en una configuración ecológica y la otra, la mayoría de las crías nacen en los ecosistemas esclerófilos y de transición. No obstante, algunas vacas dan a luz en las veranadas cordilleranas o incluso durante el largo trayecto hacia estas. Las “vacas buenas”, como se les conocen localmente, pueden dar a luz año tras año de manera consecutiva, mientras que las más “flojas” suelen parir en periodos de 3 a 5 años.

Los términos usados por los arrieros para referirse al actante vacuno son variados y dependen de su lugar dentro del ciclo reproductivo. Vaca se usa para denominar a una hembra adulta reproductiva. Ternero se emplea para referirse a las crías aún dependientes de sus madres, aunque más comúnmente se les conocen como “toritos” cuando son machos, y “terneras” cuando son hembras. Una vaquilla o vaquillona, es una hembra que se ha destetado, entre uno a dos años de edad, pero que aún no entra en su primer ciclo reproductivo. Una vez que crece y comienza su primer celo, la joven vaca vuelve a seguir el ciclo de su madre y es reconocida como vaca, recorriendo los mismos lugares donde nació y creció junto a ella, ya sea en ecosistemas esclerófilos, de transición o altoandinos. La misma suerte no corren los toritos que van madurando, pues al llegar aproximadamente al año y medio entran en condiciones para ser vendidos, generando así el único ingreso económico que en la actualidad perciben los pequeños ganaderos de Aconcagua por esta actividad. No obstante, cuando algún torito se ve “bonito y buena clase”, son preservados en el grupo para llegar a convertirse en toros reproductores, contando cada arriero con al menos uno de este tipo.

De manera evidente, los vacunos del actor-red en estudio son muy diferentes a otras vacas en otros territorios y geografías. El hecho que los crianceros elijan con atención a sus toros reproductores, habla de que existe en curso un proceso de selección artificial, es decir, una técnica de control reproductivo mediante la cual los arrieros van prefiriendo los comportamientos y fenotipos de vacunos mejor adaptados para la vida trashumante. Estas características deben combinar adaptaciones a la libertad en laderas esclerófilas, junto a largas jornadas de peregrinación cordillerana, y a días de tormenta y frío en la alta montaña. Por esta razón, como un arriero local nos explicó, a ellos no les conviene reproducir a sus animales con genéticas extranjeras, como sucede bajo programas de inseminación artificial, debido a que los vacunos de afuera no están adecuados para la vida arriera. Por consecuencia, la única forma en que la variabilidad genética se va perpetuando entre vacas arrieras dentro del actor-red, es a través de la cruce entre animales de las distintas comunidades arrieras. Por ejemplo, un toro reproductor de Sahondé o Piguchén bien podría cruzarse con una vaca de Jahuel, o viceversa, gestando una cría que vendrá adaptada con los rasgos de sus padres para el ciclo de la trashumancia Aconcagüina.

A mí una vez me habían ofrecido inseminación artificial. Iban hacer una prueba los del SAG. Pero resulta que luego no se puede dejar uno para toro, entonces no, después me arrepentí. No sirve, no es buen reproductor. Claro, yo iba a ganar porque en el año las más iban a parir todas, pero la idea era haber dejado un toro de esos. Así que tampoco, no hicimos nada. (Comunicación personal con arriero de Jahuel).

En consecuencia, las diferentes comunidades ganaderas en estudio, circundantes a una zona geográfica donde el vacuno no distingue límites de propiedad, están unidas en la historia natural a través de la mantención conjunta de un grupo poblacional de *Bos taurus* que ha sabido coexistir en el territorio de generación en generación. Quizás el linaje de esta población animal se pueda rastrear a los primeros vacunos que arribaron a territorio Aconcagüino, no sabemos exactamente desde dónde. Lo que sí es seguro es que las vacas que llegaron a esta zona de estudio colonizaron gradualmente un territorio parte esclerófilo, parte altoandino, que con el transcurso del tiempo han aprendido a cohabitar con tantas otras entidades no-humanas, modificando la ecología de las montañas que habitan a través de su agenciar a través del actor-red arriero. Es más, Bos Taurus ha forjado desde su historia natural como grupo poblacional intercomunitario, la historia misma de este territorio a través del legado que año a año perpetúan los nuevos toritos y terneras de valle a cordillera. Como población afianzada en los lugares que recorren, han llegado a conocer muy bien los caminos que año tras año utilizan, especialmente los que llevan a zonas de disponibilidad de alimento. Entienden los ciclos de vida en la cordillera y cómo transitar con precaución cerca de abismos o acantilados. Por lo general están tan bien adaptados a los vaivenes de la montaña, que han transformado el espacio de nuestra zona de estudio en una territorialidad híbrida animal y comunitaria.

El principal mensaje de esta sección de nuestra exploración relacional del actor-red arriero, es replantear ese imaginario que comúnmente se ha establecido del animal vacuno, por lo menos en esta zona de estudio que hemos aprendido a conocer a través de los arrieros, quienes a su vez han aprendido a conocer a través de sus vacas. En ese imaginario es justamente el actante humano el que se atribuye toda la agencia del sistema, arreando o trasladando a un ganado necio y des-agenciado como si se tratara de una leyenda épica. Sin embargo, sin intención de menoscabar al arriero como portador de una importante fracción de la agencia del sistema, proponemos que la situación puede ser entendida desde el punto de vista inverso, donde la agencia de la vaca es la protagonista. *Bos taurus* es quien realmente traslada a los arrieros de valle a cordillera, movilizándolos en función de la conciliación entre su historia natural con la historia natural de la zona de estudio, o en otras palabras, en superar el obstáculo que naturalmente conlleva la ecología esclerófila durante los meses de verano.



*Figura 7. Rodeo de Mercado, donde se produce un corral sin necesidad de existir paredes de pirca.
Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.*

Topologías de Corral

Transición esclerófila-altoandina: de rodeo a rodeo

Con la intención de lograr la mejor descripción de esta territorialidad híbrida observada y como la agencia del sistema ganadero trashumante se va distribuyendo entre actantes humanos y no-humanos, siendo directamente mediada a través del *Bos taurus*, el siguiente paso es seguir a los protagonistas en el ciclo arriero para seguir comprendiendo su funcionamiento acoplado social y ecológico.

En esa línea, existe una serie de eventos de gran relevancia para el actor-red que aquí exploramos, los cuales son requisitos para la comprensión de la naturaleza híbrida de la arriería en este territorio. Por lo mismo, quisimos ser parte de estos eventos. Con el permiso de “los Galdaminos” (como entre ellos se denominan), un subgrupo de crianceros que se reúne en torno al Corral de La Laja, Jahuel, fuimos partícipes de sus principales

acontecimientos de arriería durante noviembre de 2017 y mayo de 2018. Es así como llegamos a vivenciar, entre otros, los eventos conocidos como “la entra” y “la saca”, los cuales acontecen alrededor del objetivo de trascender la ecología esclerófila durante los meses más secos a través de arduas expediciones o “arreos” cordilleranos, para luego regresar desde los ambientes altoandinos una vez que la temporada estival concluye.

La “entra” se realiza al final de la primavera, fluyendo en contra de la gravedad desde los sectores precordilleranos. En realidad, este tránsito se comienza a gestar un tanto antes, cuando a mediados de primavera los arrieros se reúnen alrededor de sus respectivos corrales esclerófilos, en nuestro caso en la localidad de Jahuel, en uno de los tres flujos de corral que pudimos identificar. Usamos la palabra flujo, en realidad, para referirnos a un patrón que se repite a lo largo del ciclo arriero. Así advertimos la sutil presencia de una topología de corral, de la cual se cristaliza cada flujo, sin importar si este es realizado de manera independiente o en conjunto con otra comunidad, o usando un corral físico u otra medida contenedora.

A continuación, detallamos estos flujos desde el punto de vista de nuestra experiencia junto a este grupo de arrieros, esperando llegar a expresar la gran movilidad a través de la distancia, tanto métrica como topológica, que conforma al actor-red de arriería Aconcagüina. Esta aproximación nos permitirá seguir entendiendo al corral más como una topología espacial que una simple estructura inerte de piedra y barro.

Como lo venimos anticipando, descubrimos que esta topología, la cual se engendra del concepto y término muy usado entre arrieros—el “rodeo”—puede trascender la forma física de muros de pirca con la que convencionalmente imaginamos a un corral. Una de nuestras lecturas principales en este ejercicio de traducción del actor-red arriero, guarda relación con que un corral es en realidad la manifestación material de un evento de rodeo; en otras palabras, la solidificación de una necesidad de contener, identificar, separar y/o distribuir ganado, por lo que siempre cuando o donde se necesite rodear, se presentará en ese momento o lugar una estructura de corral. De esta manera, la topología de corral por ejemplo, la observamos también encarnada en las mismas geografías y ecologías de las cordilleras donde confluyen arrieros y vacunos. Observamos 'pircas' compuestas de laderas intransitables, una puerta o tranquera de corral construida por un río difícil de cruzar, muros formados por jerárquicas alineaciones de personas; y en general, diversas formas topológicas que nos permiten comprender los conceptos de corral y de rodeo con mayor riqueza ecológica y relacional.

Primer flujo de Corral: Rodeo uni-comunitario de señalada y soltada

Tal como lo describimos con anterioridad, las vacas no presentan un ciclo reproductivo dictado por una cierta

época; más bien las nuevas generaciones de vacunos vienen al mundo en cualquier tramo del ciclo arriero, por lo que una vez al año es necesario contabilizar a los animales para saber cuántos han nacido, cuántos ya no están y a qué arriero están asociados. Recordemos que en el bosque y matorral esclerófilo, así como en la cordillera andina, *Bos taurus* aconcagüino se comporta como un solo grupo poblacional intercomunitario; por lo que avanzada ya la primavera, el primer gran flujo que sucede en un corral, también conocido como “rodeo de señalada,” o “rodeo de La Laja” como lo conoce el grupo de arrieros que nosotros acompañamos más de cerca, tiene como principal objetivo, además de dar inicio al ciclo trashumante, actualizar el registro de animales de la comunidad. En este caso, los subgrupos de arrieros asociados a la localidad de Jahuel, acompañados también por el Servicio Agrícola Ganadero cuyos integrantes deben realizar labores fiscalizadoras, guían a sus animales hasta los Corrales de La Laja, donde realizan una serie de marcajes para identificar a los nuevos integrantes de su grupo de animales, así como reparar las marcas de los animales que hayan perdido sus respectivos aretes o cintas de identificación.

Luego de este proceso de señalada, que se realiza durante dos días en los corrales de La Laja, y más o menos en paralelo en los otros corrales en estudio, las puertas del corral se abren y los animales son “soltados”. Esto significa que de aquí en adelante los vacunos vuelven a quedar libres en un medio esclerófilo de serranías, como han permanecido durante el otoño y el invierno. No obstante, en este momento la problemática natural del actor-red comienza a ser más palpable. En este periodo del año, las temperaturas medias comienzan a bordear los 30 grados centígrados, mientras que la producción de hierbas y gramíneas empieza a decaer y el agua a ser cada vez más difícil de encontrar. Ante esto, luego de ser soltadas, las vacas “buscan” de manera independiente su camino por un territorio que ya conocen, que año tras año vuelven a recorrer, para ir día tras día internándose quebrada arriba, en búsqueda de condiciones de vida más favorables.

La agencia del arriero aquí se limita a establecer las condiciones iniciales de un camino que las vacas comienzan a realizar por sí mismas, señalando a sus animales para cumplir con los aspectos legales de la tenencia de ganado, así como para distinguirlas oficialmente de las vacas de las comunidades vecinas. Este flujo de corral puede ser identificado en otras instancias del ciclo arriero, como cuando una comunidad necesita señalar a sus animales en la alta-montaña.

Segundo flujo de corral: Rodeo cordillerano inter-comunitario

A mediados de diciembre, el animal vacuno ya se ha esparcido por toda la sección de la transición esclerófila-altoandina. En Jahuel, incluso los animales alcanzan a llegar más arriba, hasta las inmediaciones de la Laguna

del Copín, humedal altoandino que se ubica a los 2.470 msnm de gran valor ecológico y cultural. Aunque políticamente este humedal se encuentra dentro de los límites de la comunidad de Jahuel como parte de su propiedad colectiva, la mayor disponibilidad de alimento que existe en este lugar así como en zonas cercanas como lo son las vegas del Copín más al norte, atraen a una gran cantidad de animales que pueden provenir desde otras comunidades aledañas, especialmente desde Putaendo o Campos de Ahumada.

Si la disponibilidad de pasto fuera la suficiente para la totalidad de vacas de las distintas comunidades que aquí confluyen, quizás este sería el fin del actor-red en estudio, ya que se habría trascendido exitosamente el obstáculo principal; sin embargo, la permanencia de tantos animales por un periodo extendido de tiempo resultaría indudablemente en una superación de la capacidad de carga por amplios márgenes. Así, resulta más lógico y también más sustentable, explotar los recursos existentes en este piso vegetacional por un tiempo acotado, para luego internarse hacia espacialidades más amplias, donde cada comunidad pueda dividirse los terrenos con mayor libertad, respetando las capacidades de carga de cada sistema ecológico.

Por ello el medio natural de la zona del Copín no conforma una “veranada” en sí misma, sino un escalón para los arrieros y vacas de comunidades contiguas para hacer una utilización eficiente de los recursos que la cordillera provee. El siguiente paso en el funcionamiento del actor-red es continuar a través de los pasos cordilleranos hasta el encuentro de valles y quebradas altoandinas que aseguren la provisión de cada subgrupo de *Bos taurus*. Así, el siguiente flujo de corral que reconocemos es al comienzo de esta gran expedición cordillerana en dirección a las veranadas. Este flujo puede realizarse con o sin la presencia de un corral físico y conlleva un doble propósito. Primero, es necesario para reagrupar a los animales de cada localidad luego de haber sido soltados para su libre esparcimiento por la transición esclerófila-altoandina desde comunidades contiguas; y en un segundo momento, para apartar a los animales pertenecientes a cada grupo de arrieros para continuar el camino hacia las veranadas de manera independiente.

Se habla de un rodeo inter-comunitario, porque se produce de la interacción de dos o más subgrupos de arrieros. Para el caso del subgrupo de “los Galdaminos” de Jahuel, se reúnen los vacunos de toda la unidad geográfica asociada a la Laguna del Copín, lo que se realiza bajo previa coordinación con las comunidades arrieras que “sueltan” sus animales hacia esa determinada zona.

La comunicación entre arrieros y especialmente entre sus capataces es crucial, ya que, no habiendo disponibilidad de ningún tipo de sistema de telecomunicaciones en estas lejanías, este flujo de corral se pacta de palabra con anticipación, y se debe respetar su fecha y hora exacta. Así, el “rodeo del Copín” se realiza



*Figura 8. Corrales del Copín (izquierda) y rodeo inter-comunitario realizado en este corral a fines de la primavera.
Fotografías: Guillermo Sapaj Aguilera.*

durante la primera jornada de expedición hacia las veranadas, juntando a los animales principalmente de las localidades de Jahuel y Putaendo, para luego separarlos por comunidad. Para este fin se utiliza un corral muy antiguo que existe exactamente a un kilómetro al norte de la laguna (Figura 8), construido íntegramente en pirca, el cual posee sólo dos compartimientos, ideal para separar entre dos grupos. En el rodeo del Copín, una sección del corral es usada por los dos subgrupos de la localidad de Jahuel, “los Herrera” y “los Galdaminos”, quienes separan por ahora como grupo entero, mientras que el otro compartimiento es usado por los subgrupos de Sahondé y Rinconada de Silva, correspondientes a Putaendo.

Este tipo de flujo de corral o rodeo no se limita al que tiene lugar cada mes de diciembre en El Copín. Existen múltiples rodeos dentro de este actor-red en estudio, en el que dos grupos deben reagrupar y separar sus respectivos animales. Por ejemplo, un día después del rodeo del Copín, se realiza un nuevo rodeo en una subcuenca de transición esclerófila-altoandina al norte del sector geográfico del Copín llamada La Caldera, para reagrupar y separar a los vacunos de las localidades de Jahuel y de Piguchén-Ramadillas que se han

logrado internar más al norte de la Laguna del Copín. Aunque para el rodeo de La Caldera no se utiliza un corral físico, la topología de corral está siempre presente. Los mismos arrieros de los distintos subgrupos tienen que alinearse para rodear o encerrar a los animales, mientras algunos van identificando los de cada cual para separarlos.

Este flujo de corral se repite también al término del ciclo de permanencia en las veranadas en marzo (ver Figura 7). El sector altoandino de Mercado es una subcuenca del valle del Río Colorado que sirve como principal veranada para el subgrupo de “los Galdaminos” y para un subgrupo conformado por arrieros de Quebrada de Herrera (asociados a Putaendo). En este lugar, luego de días de “campear” o reagrupar animales desde las diferentes áreas que conforman esta subcuenca, el rodeo de Mercado marca el inicio de la gran expedición de regreso desde la alta cordillera, cambiando la dirección del movimiento del actor-red. Así va ocurriendo en las distintas veranadas que componen la alta cordillera, y también durante la ardua expedición de regreso a casa, cuando sea que se necesite reagrupar y separar, se producirá un flujo de corral.

Tercer flujo de corral: la veranada

Desde El Copín o La Caldera hasta Mercado (veranada), existe una gran distancia de separación, conformada por eventos y lugares, que hasta ahora hemos omitido. Estos momentos del ciclo arriero sólo pueden ser conectados gracias a la mula o el caballo, con el cual los arrieros y los vacunos deben surcar grandes formaciones montañosas en busca de los portezuelos y caminos adecuados para abrirse paso. Como establecimos antes, el gran objetivo de estos actores es trascender temporalmente una ecología que durante el verano no es plenamente compatible con *Bos taurus*, para lo cual se realiza una expedición cada diciembre conocida como la “entrada o entra”. El solo uso detrás de esta palabra por los arrieros ya viene a sugerir una cosa: para ellos la cordillera es un lugar cerrado al cual deben lograr ingresar. Como si se tratara de un verdadero corral donde sus animales pueden permanecer de forma segura durante todo el verano; por lo que el siguiente y último flujo o topología de corral corresponde a la consideración misma de las veranadas como grandes corrales.

Para acceder a este “corral grande”, luego de que cada subgrupo arriero aparta su respectivo ganado, la composición de arrieros, vacunos, caballos y perros se adentra por una ruta llena de colores y texturas. Luego de sobrepasar la línea de los 3.200 msnm el paisaje se torna muy distinto a lo que es posible de concebir desde el valle. La tierra desprovista de vegetación durante gran porción del trayecto, saca a relucir sus tonalidades minerales amarillas, coloradas, blancas y hasta violetas. Sólo una especie de planta se hace presente durante este

trayecto con su respectivo verde claro, la yareta (*Azorella compacta*), que la registramos incluso a los 3.450 msnm. De hecho, un lugar referencial de la ruta arriera que recorrimos con “los Galdaminos” es conocido como El Yaretal, donde prácticamente por todas las direcciones, encontramos estas peculiares plantas de forma de cojín adaptadas a las condiciones de extrema altura. Luego se avanza hasta llegar a La Cruz del Padre, el punto más alto de la ruta realizada (3.700 msnm), tras haber sobrepasado el inicio de las subcuencas de Los Encañados (asociada a Ramadillas, Río Putaendo), La Caldera (a Río Rocín), El Zorro (a Río Rocín), El Arpa (a Campos de Ahumada, Estero el Cobre) y Los Pozos (San Francisco, Estero San Francisco).

En La Cruz del Padre convergen las diferentes comunidades de arrieros que intentan llegar a las veranadas de una vasta área de la alta cordillera conformada por el gran valle del Río Colorado. Este punto es especial por la presencia de una gruta dedicada a un antiguo sacerdote, que según cuenta la leyenda falleció en aquel paso. Geográficamente este punto es la línea divisoria de cuencas, ya que pasado La Cruz del Padre las aguas fluyen hacia el Río Colorado, río altoandino de gran extensión y uno de los tres grandes afluentes del Río Aconcagua (junto a los Ríos Blanco y Juncal).



Figura 9. Cruce del Río Colorado, puerta de entrada al corral grande. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

El ingreso al valle del Río Colorado transcurre a través de la quebrada de Las Piedras Blancas, para luego conectar con el sector conocido como Acevedo. En este punto los senderos se combinan con anchos caminos de ripio contruidos por proyectos mineros en la zona, abriéndose paso a través de una cuesta en zig-zag conocida como “El Raspa”, la que desciende abruptamente 400 metros de desnivel hasta llegar al nivel del mismo río (a 2.400 msnm). La zona de veranadas usada por la gente de Jahuel está después de cruzar el río. Mientras que el subgrupo de “los Herrera” se adentra por la quebrada de Mancilla, una subcuenca que alimenta a un estero de aguas amarillas justo después de cruzar el Río Colorado; “los Galdaminos” siguen su camino por dos kilómetros aproximadamente río abajo, donde deciden “soltar” prematuramente a sus animales. A pesar de que aún restan unos dos kilómetros más para llegar a la subcuenca de Mercado, los arrieros ya han “entrado” exitosamente a sus animales al corral. Este hecho se concretó al cruzar el Río Colorado (Figura 9) que sirve como la puerta entreabierto del corral grande que sus vacunos por sí mismos no suelen traspasar. De aquí en adelante, las vacas siguen solas hacia Mercado donde los pastos están frescos, y donde la abrupta geografía que lo encierra se comporta como verdaderas murallas de pirca.

Relaciones socio-ecológicas altoandinas

Hemos llegado a la comprensión del actor-red de ganadería trashumante como parte de un sistema en el que múltiples actantes participan en la conformación de su identidad. Las entidades alineadas que mayormente hemos explorado son las pertenecientes a la ecología esclerófila, donde propusimos al corral como un integrante más de esta clase de ecosistemas, y a la vaca común, mientras transporta en su transitar la agencia del arriero. Nos resta una exploración más profunda de la ecología altoandina, ya que es precisamente en relación con esta en la que el actor-red se sostiene.

Vimos que vacunos y arrieros perciben como objetivo ciertas subcuencas cordilleranas, las que se reparten entre las diferentes comunidades para hacer uso como veranadas. Pasaremos ahora a relatar la co-producción agencial de las veranadas entre los diferentes actantes que pudimos observar en nuestro trabajo de campo. Recordemos que gracias a “los Galdaminos”, pudimos acceder a una de estas veranadas conocida por los arrieros como Mercado, y estuvimos ahí tanto para la “entrada” de diciembre como para la “sacada” de marzo, instancias durante las cuales intentamos aprender sobre cómo esta espacialidad altoandina se alinea en el actor-red arriero.

Como base, es fundamental abrir la descripción de las veranadas como fuentes de “pasto”, como dicen los arrieros. Este pasto no se refiere estrictamente a la vegetación que comúnmente asociamos al pasto como concepto de césped o alfalfa. El pasto de las veranadas es en realidad el producto de la gran abundancia de

especies de herbáceas y gramíneas, principalmente de los géneros *Adesmia*, *Festuca* y *Stipa*, *Chrysophylla*, *Senecio*, y *Poa*, que en su conjunto constituyen una formación ecosistémica conocida como estepa altoandina, la que se consolida a partir de los 2.200 msnm aproximadamente. Es característico de esta formación su adaptación al viento, por lo que las plantas crecen a ras de piso y con fuertes raíces. Además, estas especies están adaptadas a sobrevivir largos periodos cubiertos por la nieve que cae en invierno, y a usar la humedad que resulta luego del derretimiento de estas para brotar con fuerza desde finales de primavera hasta mediados de febrero; lo que explica que la temporada de crecimiento a esta altura es muy acotada, y se compatibiliza muy sincronizadamente con el ciclo arriero.

Vegas altoandinas: Productoras de espacio

Además del forraje que naturalmente abunda en el verano en la cordillera, existen otros aspectos que se relacionan directamente con el ganado durante su estadía en las veranadas. Una de estas es la interacción que se produce entre el *Bos taurus* y las diversas formas de humedales altoandinos presentes en la zona de estudio. Hablamos de una variedad de formas, porque los humedales no sólo se expresan como vegas, sino que también como lagunas, lagunillas, lechos de estero densamente vegetados y áreas pantanosas. No obstante, son las primeras formas mencionadas las que con mayor detalle pudimos observar en nuestro recorrido. Las vegas altoandinas pueden estar asociadas a escurrimientos subsuperficiales o subterráneos, en puntos donde el agua se logra estancar y acumular. Producto de aquello, se descubre en estas una densa cantidad de vegetación, una combinación entre un pasto del tipo biológico de las estoloníferas, que se extienden por toda la superficie para formar una especie de cojín, y del tipo de las cespitosas, donde todos los tallos nacen de un mismo punto.

Esta heterogeneidad vegetal expresada en las vegas de la cordillera puede producir contrastes muy fuertes con zonas o secciones de la ruta arriera. Presenciamos lugares en donde el desarrollo de vegetación no era posible, pero la sola presencia de una vega causa un efecto de oasis en el desierto, como lo observado en la figura 10. Para explicar esta relación, nos referimos a las vegas como productoras de espacialidades, más específicamente, de espacio ecológico en zonas donde las condiciones para la vida en general son muy precarias. Como resultado, las vegas son lugares favorables para la especie bovina en la cordillera, las cuales están fuertemente asociadas como lugares de refugio y abastecimiento. Por eso consideramos a estos ecosistemas de montaña como actantes en sí mismos, los cuales también participan en la agencia del actor-red arriero como núcleos de producción espacial, ya sea para las vacas como para los arrieros que dependen de ellas, sin mencionar a otra gran cantidad de especies nativas.



Figura 10. Producción de espacio ecológico de una vega altoandina donde las condiciones son nulas para otras conformaciones vegetales. Sector de Los Encañados. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

De Buitres y Guanacos

Los buitres, como coloquialmente los arrieros llaman o los cóndores (*Vultur Gryphus*), y los guanacos (*Lama guanicoe*), son quizás las especies animales más representativas de la cordillera norte del Valle de Aconcagua. Al mismo tiempo son las que con mayor frecuencia interactúan de forma directa con el vacuno y los arrieros. Aunque la forma en que se asocian sigue un patrón distinto, ambas hablan de la forma en que se superponen territorios ecológicos en las veranadas; pero también de cómo esto afecta a los arrieros, por lo que también reconocemos un aspecto social interesante entre los encuentros con estas dos simbólicas especies.

A diferencia del turista común, que puede considerar a los cóndores como especies muy especiales o llamativas, para los arrieros son asociados a un sentir diferente. Esto porque, a partir de su historia natural que los liga a la carroña, los cóndores son vinculados a la muerte. Si una bandada de estas aves se presenta en cercanía de los arrieros, esto sólo quiere decir que un animal ha muerto o que existe algún riesgo. Esta

percepción negativa de los arrieros sobre los cóndores se refuerza aún más al considerarlos un peligro para los terneros que nacen en la cordillera. Aunque anatómicamente los cóndores no poseen las adaptaciones morfológicas para cazar un animal vacuno recién nacido, es probable que a través de adaptaciones de comportamiento hayan aprendido a separar a los terneros de sus madres, haciéndolos sus presas. Como observadores no hemos confirmado esta adaptación del comportamiento, pero sí ha sido avalada por los arrieros, como la siguiente cita lo refleja, que habla de la preferencia porque los terneros nazcan en los valles y no en la alta-montaña.

Para nosotros no es mucha la idea que paran allá, porque los cóndores hacen de las suyas con los terneros poh. Claro, dicen que el cóndor no caza, pero nosotros sí lo hemos visto cuando el ternero nace y pasa el cóndor y le pega el porrazo y listo. ¡Esa es una mentira que no cazan! Por eso la idea es que todos nazcan aquí, pero nunca nacen todos aquí. Siempre hay vacas que las agarran más tardías los toros y van a parir allá. (Comunicación personal con arriero de Jahuel).

Una percepción similar es la que se genera sobre los guanacos. Pero no porque estos representen un riesgo para sus animales o simbolicen algo lúgubre; sino más bien por un tema de competencia por un territorio en el que vacuno y guanaco ocupan un mismo nicho ecológico. Además, algo sucedió desde algunas décadas hasta ahora con las poblaciones de guanaco en la zona de estudio, que en palabras de los arrieros se han disparado en sus números. La intuición que podría explicar este hecho resulta de que anteriormente, durante las épocas del auge del sistema arriero en el Valle de Aconcagua, cuando el número de vacunos trasladados temporalmente a la cordillera era considerablemente más grande que el actual, las poblaciones de guanacos se mantenían más restringidas debido a la capacidad de carga natural de los ecosistemas de montaña. Es probable que los guanacos hayan sido desplazados por los grandes números de vacunos hacia las cordilleras del lado argentino, que son mucho más extensas que las del lado chileno, o que directamente se hayan visto afectadas sus tasas de mortalidad o reproducción en la zona. Pero ahora que el ciclo ganadero trashumante abarca mucho menos cabezas de ganado que antes, el *Lama guanicoe* ha vuelto a recolonizar un territorio del que por milenios habían hecho uso, siendo percibidos como un obstáculo más para la crianza del *Bos taurus*, como se refleja en la siguiente cita:

Donde come el guanaco las vacas no comen. No sé si será [su orina], no sé qué, que estarán hediondos, la cosa es que vamos perdiendo terreno, perdiendo campo, y los guanacos siguen aumentando. (Comunicación personal con arriero de Jahuel).

Conclusiones

Así es como hemos llegado al final de esta mirada relacional de un sistema social y ecológico tan importante para el patrimonio ambiental de la Cordillera Norte del Valle de Aconcagua. En esta visión, la arriería puede ser comprendida como un actor-red; es decir, un sistema conformado por actores (o 'actantes') humanos y no-humanos entendidos como entidades ontológicamente simétricas. Este principio de simetría requiere que la agencia arriera—este quehacer trashumante cuyo objetivo es trascender temporalmente la ecología esclerófila de los valles—se encuentre distribuida entre los diversos actantes que conforman el actor-red. Así hemos podido comprobar que la agencia del sistema no proviene única y exclusivamente del grupo humano que lo compone, sino que también de los animales, plantas y otras formaciones espaciotemporales.



Figura 9. La población de vacas de los arrieros de Jahuel entrando al “corral grande”.

En este actor-red logramos identificar una entidad clave, capaz de canalizar o mediar la distribución de la agencia arriera entre lo social y lo ecológico: el animal vacuno. La vaca, es en realidad el vínculo entre los

arrieros y las conformaciones esclerófilas y altoandinas; un puente tendido entre ecología y cultura arriera. En la práctica, la historia natural del vacuno de estas tierras escribe las pautas del sistema arriero, unificando a través de un linaje antiguo y compartido a las diversas comunidades en estudio, generando así una territorialidad híbrida en el territorio analizado.

A partir de la relación arriero-vacuno, exploramos otros actantes que desde su interacción producen las distintas espacialidades del sistema. El corral patrimonial, dentro de esta perspectiva, adquirió un sentido o significado relacional. Se identificó al corral como la manifestación material de una topología espacial que nace de la fenomenología misma del rodeo. Concretamente, allí donde exista rodeo también existirá corral. Por lo que se amplió el entendimiento de corral, desde la concepción básica como estructura de pirca, para entenderlo también como una conformación geográfica y/o humana ligada a una necesidad de rodeo dictada por las necesidades mismas que plantea la ecología del actor-red arriero. Rastreando la topología de manera aún más amplia, la Cordillera Norte del Valle de Aconcagua se puede mirar como un “gran corral,” multi-comunitario, donde diversos flujos y asociaciones van edificando el funcionamiento de una red de actantes mientras transitan de valle a cordillera y de cordillera a valle.

Bibliografía

- Callon, M. (1986a).** The sociology of an actor-network: The case of the electric vehicle. In Mapping the dynamics of science and technology (pp. 19-34). Palgrave Macmillan, London.
- Callon, M. (1986b).** Some elements of a sociology of translation: domestication of the scallops and the fishermen of St Brieuc Bay. En: Law, J (Ed.), Power, Action and Belief. A New Sociology of Knowledge. Routledge and Kegan Paul, London, pp. 196-233.
- Latour, B. (1987).** Science in Action: How to Follow Scientists and Engineers Through Society. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Latour, B. (1993).** We have never been modern. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Latour, B. (1996).** On actor-network theory: A few clarifications. *Soziale welt*, 369-381
- Latour, B. (1999).** On recalling ANT. En: Law J and Hassard J (eds) Actor Network Theory and After. Oxford: Blackwell, 15-25
- Law, J. (1992).** Notes on the theory of the actor-network: Ordering, strategy, and heterogeneity. *Systems practice*, 5(4), 379-393.
- Law, J. (1994).** Organizing Modernity: Social Ordering and Social Theory. Blackwell, Oxford, UK.
- Murdoch, J. (1998).** The spaces of actor-network theory. *Geoforum*, 29(4), 357-374.
- Murdoch, J. (1997).** Inhuman/nonhuman/human: actor-network theory and the prospects for a nondualistic and symmetrical perspective on nature and society. *Environment and planning D: Society and Space*, 15(6), 731-756.
- Pavlovic, D. (2016).** La Comarca antes de la “Historia”. Breve síntesis sobre las comunidades prehispánicas de Aconcagua. En Canales, A; M. Canales, y J. Razeto. Aconcagua La Comarca. Ediciones Almendral. San Felipe. 288 pp.
- Whatmore, S. (2002).** Hybrid geographies: Natures cultures spaces. Sage Publications, London, UK.

II. Arqueología Corralera: acercamiento arqueológico a la historia, modos de ocupación y técnicas constructivas de corrales arrieros de la cordillera de Aconcagua

Daniel Pavlovic Barbaric¹

Natalia La Mura Ovalle²

Renato Muñoz López³

I. Introducción y metodología

Evidencias de un modo de vida que hunde sus raíces cronológicamente en los siglos XVII y XVIII y culturalmente en el mestizaje indígena-español y basado en la trashumancia de veranada cordillerana del ganado mayor, los grandes corrales que se ubican en las cabeceras de los ríos y esteros más importantes del norte semiárido, la zona central y el centro sur de Chile, son sin lugar a dudas elementos fundamentales del patrimonio cultural tangible e intangible de nuestro país. Aunque pueden ser considerados preferentemente como lugares asociados con la producción económica a gran escala del sistema de haciendas, que se hizo presente en extensas zonas de Chile hasta la segunda mitad del siglo XX, muchos corrales surgieron y continúan siendo usados por organizaciones rurales comunitarias. Tanto en estos últimos como en los que fueron usados por las grandes haciendas, los grandes corrales han funcionado también como espacios comunitarios que mantienen los tejidos sociales, la memoria, identidad y las tradiciones culturales locales. En este trabajo presentamos los análisis arqueológicos de seis corrales situados en la Cuenca del Río

1.Arqueólogo, colaborador CIEM Aconcagua.

2.Arqueóloga, colaboradora CIEM Aconcagua.

3.Licenciado en Arqueología, colaborador CIEM Aconcagua

Aconcagua, cuatro de ellos situados en el Valle de Putaendo (Chalaco, Ramadillas, Piguchén y Sahondé) y otros dos situados en espacios precordilleranos de la vertiente norte de la cuenca de San Felipe-Los Andes (Jahuel y Campos de Ahumada) (Figura 12).



Figura 12. Vista satelital del emplazamiento de los 6 corrales estudiados.

Fuente: Imagen Google Earth editada

Luego de considerar una brevísima síntesis sobre los antecedentes documentales y arqueológicos sobre los periodos históricos existentes para la zona de estudio, se pasan a detallar los resultados obtenidos para cada Corral, incluyendo los antecedentes existentes para los sectores específicos en que se emplazan y el estudio arqueológico de su arquitectura, caracterizando los espacios construidos, su organización espacial, las técnicas constructivas, y su historia ocupacional y constructiva. Para ello se siguieron una serie de fases metodológicas correspondientes a la obtención y relevamiento de los datos y el posterior análisis e interpretación de los resultados, considerando el registro arquitectónico y el análisis formal del espacio construido (Criado 1999; Mañana et al. 2002; Ayán 2003; La Mura 2014).

Esto conllevó un registro y fichaje de datos en tres niveles de análisis. En el primer nivel se llevó a cabo un registro formal-espacial de las estructuras, considerando morfología de planta, dimensiones, eje, cantidad de muros y accesos; y espacialmente, la presencia/ausencia de estructuras adosadas, sus características y la existencia de muros compartidos; junto con un registro fotográfico. Esto se realizó a nivel de muros, de estructuras y de corral propiamente tal.

En un segundo nivel se identificaron aspectos morfológicos y estratigráficos de los muros, aplicando una ficha de registro específica para muros; considerando eje, morfología, dimensiones, estado de conservación, visibilidad y composición de los muros; así como una lectura estratigráfica de éstos, por medio de la caracterización de capas y la relación entre ellas. Para ello se definieron categorías tecnológicas como materia prima, tamaño, grado de modificación y disposición de los bloques que componen los muros, junto con su respectivo registro fotográfico.

Por último, en un tercer nivel se identificaron aspectos formales y espaciales presentes en los vanos, considerando tipo de vano, forma, dimensiones, estado de conservación y ubicación en el muro. Los análisis espaciales permitieron cuantificar los elementos externos y las relaciones existentes entre las estructuras, y comprender el modo en el cual se organizan las formas espaciales, la permeabilidad y profundidad de los espacios, y las estrategias que configuran y ordenan las estructuras arquitectónicas. En ello se incluyó análisis de circulación, descifrando la manera en que se articula el tránsito en su interior a través de diagramas de acceso y circulación (Mañana et al. 2002). También se realizó una evaluación del estado de conservación de los muros, diferenciando entre bueno, regular y malo. Finalmente se procedió a reconocer modificaciones en los muros, tales como reparaciones, aplicación de revestimiento, apertura de vanos e inserción de muro de contención.

II. Antecedentes documentales y arqueológicos históricos generales para el Valle de Aconcagua y el curso superior del Río Putaendo.

Luego del extenso periodo de ocupación prehispánico del tercio superior del Valle de Aconcagua, que se retrotrae a más de 12.000 años y que ha sido abordado en detalle en otros trabajos (Pavlovic et al. 2003, Pavlovic et al. 2004a, Pavlovic 2016), la etapa post hispánica de la historia de esta región se inicia el año 1536 con la instalación en el valle del campamento de Diego de Almagro. Aunque el proceso definitivo de conquista solo se iniciaría algunos años después, con la llegada de la expedición de Pedro de Valdivia, la fecha indicada señala el inicio de una etapa de significativos cambios y transformaciones, que han marcado el devenir económico, sociopolítico y cultural de las poblaciones de Aconcagua y toda la zona central hasta la actualidad.

Los documentos más tempranos apuntan a que luego de una etapa de conflicto bélico, que tuvo sus puntos culmines en la participación de grupos locales de Aconcagua en la destrucción de Santiago y la batalla acaecida en el Valle de Aconcagua entre las tropas hispanas y el ejército indígena reunido bajo la dirección de Michimalonco (Bibar 1979 [1558], Keller 1976, Contreras 2000), las comunidades locales de los Valles de Aconcagua y Putaendo, fueron repartidas en el sistema de encomiendas de trabajo personal y muchos de ellos tuvieron que ir a trabajar a los lavaderos de oro de Marga-Marga. En principio, toda esta región estuvo entre aquellas que Valdivia se asignó a sí mismo, para luego ser delegadas en subordinados directos: Diego García de Cáceres y Francisco de Riberos y, al parecer, a su antiguo enemigo, Michimalonco, que, habiendo sido bautizado, se conocía ahora como Don Alonso. También aparece con una extensa asignación el español Gonzalo de Los Ríos, que incluía en la zona tanto a Putaendo como a La Ligua, (Contreras 2000).

Estas solo fueron las reparticiones iniciales, las cuales inauguraron un diverso y complejo proceso de subdivisión de las primeras y extensas encomiendas, el traslado de grupos locales a otras zonas y la llegada de otras comunidades indígenas foráneas, litigios entre encomenderos y otros eventos. Esta situación se extendió a lo largo de toda la Colonia y debió haber generado la desestructuración de las estructuras sociopolíticas y los medios de vida de las comunidades locales.

En forma paralela a la introducción de la encomienda, se implementó en la zona la política de los denominados “pueblos” de indios, desarrollada por los españoles para concentrar y controlar mejor a las poblaciones locales, que seguían viviendo de manera dispersa, en un patrón de asentamiento similar al existente con anterioridad a la conquista, evidenciado arqueológicamente para los periodos Intermedio Tardío y Tardío (1.000-1.436 DC). Entre los primeros pueblos o asentamientos indígenas mencionados en los documentos tempranos para la cuenca superior del Río Aconcagua figuran las localidades de Aconcagua, Curimón, Apalta (de Aconcagua) y Putaendo (Silva 1962, Contreras 2000).

A nivel productivo, en este periodo, además de la producción para los mercados locales y nacionales, fueron importantes algunos productos generados para la exportación al Perú, como trigo y derivados del ganado como cordobanes, sebo y otros.

Las evidencias materiales estudiadas sistemáticamente del periodo de contacto indígena-hispano y el inicio del periodo colonial son muy escasas. Entre estas se podrían contar hipotéticamente (ya que no están fechadas en forma absoluta) la presencia de restos de fauna de origen europeo registrada en las excavaciones del sitio Inka de Mercachas (Pavlovic y Sánchez 2003) o las manifestaciones rupestres (grabados) con escenas de monta y cruces cristianas registradas por Troncoso en la zona de Casablanca de Putaendo (Troncoso 2003).

También pertenecerían a estos momentos los primeros corrales ganaderos para vacunos y caballares situados en diferentes espacios de la zona y que se asociarían con los rodeos de “subida” y “bajada” desarrollados en el marco del traslado a las veranadas cordilleranas de estos ganados mayores, que estarían asociados con la fuerte orientación económica ganadera de la zona (La Mura et al. 2017). Asociados hipotéticamente al manejo del ganado, también podrían pertenecer al siglo XVII algunas extensas pircas de deslinde, situadas en filos de cerros divisorios de aguas y que habrían funcionado como los marcados de límites entre las extensas propiedades de la época.

Aunque tal como hemos visto, varias localidades fueron parte del sistema administrativo español desde muy temprano, la orientación agropecuaria de la zona durante gran parte del periodo colonial habría determinado que no se desarrollaron en la zona centros urbanos. Esta situación solo vino a cambiar con las reformas borbónicas del siglo XVIII, las cuales, entre otros aspectos, significaron la fundación de las villas de San Felipe el Real (1740) y de Santa Rosa de Los Andes (1791).

De esta forma, durante el colonial siglo XVIII y el republicano XIX, San Felipe y Los Andes se van transformando en los epicentros de la economía agropecuaria, basada en haciendas pertenecientes a órdenes religiosas o familias de clase alta, y minera que se desarrolla en toda esta zona. Putaendo funciona como el núcleo administrativo y económico del valle del mismo nombre, dependiendo administrativamente de San Felipe. La zona está fuertemente relacionada mediante caminos con la parte inferior del valle (Quillota), con otras zonas del Reyno y, posteriormente República, de Chile situadas al norte (La Ligua, Cabildo, Choapa) y sur (Colina, Santiago) y mediante pasos cordilleranos con la vertiente oriental de los Andes, donde se situaban los territorios cuyanos que en principio pertenecían a la Gobernación de Chile, pero que luego pasaron al Virreinato de la Plata y que en la posterior República Argentina se constituyen como las provincias de Mendoza y San Juan.

Tal como sucedió en otras zonas de Chile central desde fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX, ya en pleno inicio del periodo republicano, las actividades económicas de la zona se diversifican, volviéndose más importante la producción de cereales, lo que está al menos parcialmente asociado a la orientación de Chile a mediados de 1800 como exportador de trigo para alimentar las poblaciones en rápido crecimiento de las zonas donde se desarrollaban las fiebres de oro de California y Australia. En consonancia con lo indicado previamente, las evidencias materiales para momentos asignables a fines de la Colonia e inicios de la República se vuelven más numerosas. Esta situación sería reflejo de un lento aumento poblacional en la zona y de la constitución de un número mayor de propiedades productivas, surgidas bajo las reformas borbónicas del siglo XVIII, y que serían la base de las extensas haciendas de los siglos XIX y XX, orientadas a producir alimentos e insumos para el consumo nacional (ciudades locales o situadas fuera del valle) y extranjero.

En ese marco, las evidencias corresponden a asentamientos domésticos aislados o áreas de ocupación en zonas actualmente no habitadas, como las zonas interiores de rinconadas y quebradas o en las mismas terrazas fluviales. Se reconocen en estos las bases de estructuras de piedra y quinchas, corrales caprinos, obras hidráulicas como tranques y acequias y abundantes evidencias de las actividades cotidianas (fragmentos de vasijas de arcilla, loza, vidrio, restos óseos animales, entre otros) (Sánchez et al. 2000, Pavlovic et al. 2003).

Otro tipo de evidencias está asociada a la explotación minera a baja escala o pirquino que se ha desarrollado en la zona desde tiempos históricos tempranos y que se expresa en la presencia de piques y estructuras de piedra para el carguío de mineral, almacenamiento y alojamiento, por lo general en cimas o laderas de cerros.

Durante las últimas décadas del siglo XIX, con una administración republicana ya consolidada, la zona se caracteriza por la construcción de puentes y tramos de líneas férreas, un aumento en la población de localidades ya existentes y el surgimiento de otras nuevas. No obstante, las grandes haciendas siguen siendo gravitantes en relación a los grandes territorios que ocupan y la centralidad que tienen a nivel económico y social, funcionando muchas de ellas como verdaderos feudos. Esta situación solo comienza a cambiar en la segunda mitad del siglo XX con el desarrollo de la Reforma Agraria (Gazmuri 1970).

III. Resultados

III.1. Corrales del Chalaco

III.1.a. Emplazamiento y antecedentes Corrales del Chalaco

Los Corrales del Chalaco se sitúan en forma adyacente a la caja fluvial del estero del mismo nombre y a 1.000 m al norte de su confluencia con el Río Rocín y, a raíz de esa confluencia, del nacimiento del Río Putaendo. Toda esta zona recibe el nombre de Resguardo de Los Patos y es el último espacio poblado en forma permanente de la zona precordillerana de la comuna de Putaendo. Se emplazan los corrales en la terraza fluvial poniente del estero Chalaco, cubriendo una superficie aproximada de 25.000 m² y presentado una planta con diversos recintos (Pavlovic et al. 2015) (Figuras 13 y 14).

En relación a los antecedentes arqueológicos para la zona Stehberg (1995) apunta a que el estero Chalaco habría sido parte de un tramo longitudinal de la red vial Inkaica, que habría conectado el Valle de Aconcagua por el sur y el del Choapa por el norte. Evidencias arqueológicas más antiguas son registradas posteriormente

(correspondiendo a sitios habitacionales con ocupaciones de comunidades cazadoras recolectoras y horticultoras del periodo Alfarero Temprano y campesinos del periodo histórico colonial. Entre estos destaca Los Patos 6 y Chalaco 9, este último identificado en excavaciones sistemáticas realizadas tanto dentro como en el entorno de los corrales mismos (Sánchez 2000; Pavlovic 2000, Pavlovic et al. 2004a, 2004b; Troncoso et al. 2011; Bustos 2012)

Con respecto a la ocupación histórica de este último sitio, a ella pertenecen fragmentos de alfarería, restos óseos animales identificados a nivel de especie (bovinos) y algunos otros materiales tales como restos de instrumentos de metal, loza subactual y vidrio estarían asociados con etapas anteriores o contemporáneas a la construcción y la utilización de los corrales en algunos acotados periodos del año, en un periodo situado al menos entre los siglos XIX y el presente (Bustos 2012, Troncoso et al. 2011).



Figura 13. Emplazamiento de los Corrales del Chalaco, la caja fluvial del estero Chalaco, su confluencia con el Río Rocín al sur de los Corrales y de algunos sitios arqueológicos situados en forma próxima. Se incluye el polígono aproximado del sitio Chalaco 9 (en verde), en el cual se incluye el área de los Corrales. Fuente: Imagen Google Earth editada.



Figura 14. Imagen satelital del Corral de Ramadillas y nomenclatura de estructuras arquitectónicas. Fuente: Imagen Google Earth editada.

III.2.b. Análisis Formal de Muros Corrales del Chalaco

La caracterización de las técnicas constructivas de los muros se realizó a partir del paramento interior de cada muro. De un total de 36 muros, reconocidos en 9 estructuras arquitectónicas, se establecieron las categorías de análisis y elementos reconocidos detallados en la Tabla 1.

Categoría de Análisis	Descripción de los elementos reconocidos
Materia prima	Se reconocieron bloques de rocas ígneas (andesita y basalto) de tonalidades claras. Estas rocas utilizadas como material constructivo habrían sido obtenidas a nivel local, en la caja de río del estero Chalaco, ubicado a unos 200 m del punto más lejano del complejo arquitectónico.
Tamaño Bloques	Se identificaron pequeños (hasta 0.10m.); medianos (0.20m – 0.40m); y grandes (0.40m o más).
Grado de modificación del material	Se registraron bloques en estado natural (bloque de piedra sin labrar) y regularizado (el bloque presenta al menos una de sus caras trabajada, tendiendo a una morfología con algún grado de regularidad).
Tipo de Aparejo	Se identificó del tipo rústico, donde la disposición de los bloques no presenta un orden definido; y sedimentario, donde la disposición de los bloques genera hiladas en disposición horizontal.

Tabla 1. Categorías de análisis reconocidas en los muros del Corrales del Chalaco.

Por su parte, a partir del cruce de las variables reconocidas, se identificaron 3 capas estratigráficas:

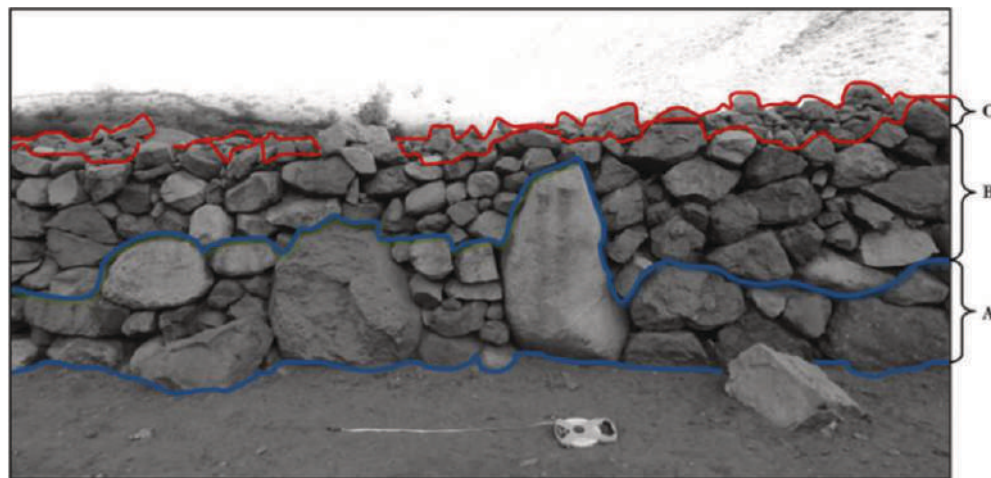
CAPAA: Compuesta por bloques intercalados de tamaño grande y mediano de rocas ígneas de color claro, los cuales tienden a una disposición sedimentaria dentro del muro, privilegiando las caras planas. Los bloques de gran tamaño presentan evidencias de desbaste en los bordes, situación poco frecuente en los medianos.

CAPAB: Corresponde a bloques en estado natural, de mediano tamaño, sobre roca ígnea de color claro, las cuales están dispuestas de manera rústica dentro de los muros.

CAPAC: Compuesta por clastos de pequeño tamaño en estado natural, de roca ígnea, dispuestos de manera rústica al interior del muro.

La Capa A en el eje vertical siempre se observa en las bases de los muros, existiendo variaciones de altura según cada muro en particular. En el eje horizontal su extensión es variable, abarcando en algunos muros todo su largo, y, en otros casos, se observa sólo en algunos sectores de los muros. Esta variación tanto vertical como horizontal puede estar asociada a dos factores: por un lado, la visibilidad de la Capa A muchas veces no es buena, ya que los basamentos recurrentemente están cubiertos de sedimento; y por otro lado, en la manufactura de los muros de piedra resulta un elemento común encontrar la existencia de una técnica constructiva consistente en la profundización de las rocas basales del muro bajo el sedimento visible, insertándose varios centímetros dentro de la matriz original del suelo (Troncoso et al. 2011) (Figura 15).

De esta manera, es posible que la depositación del sedimento en las bases de los muros obstruya la visibilidad de la Capa A, razón por la cual es reconocible sólo en algunos sectores. Asimismo, si la manufactura de la Capa A implicó una profundización del muro, debió existir una elección determinada del tipo de rocas basales que se debían disponer en el muro, y al mismo tiempo, un mayor gasto de energía al realizar el rebaje del sedimento donde se asentarían tales rocas. Esto coincidiría con el tamaño y grado de labrado evidenciado en los bloques, al cual estaría asociada a la labor de preparar y rebajar el estrato donde se dispuso esta capa basal. Para confirmar o descartar esta idea, se requeriría la excavación de los muros (Figura 15). Secuencialmente, la Capa B se observa en todos los muros y en la mayoría de los casos se encuentra sobre la Capa A, con excepción de tres casos, donde no se reconoce la Capa A (Muro 3 de E-2 y los Muros 2 y 3 de E-8) (Figura 17). Horizontalmente, se extiende a todo lo largo de los muros, mientras que verticalmente varía en grosor, aunque es la capa de mayor extensión vertical dentro de los muros (Figura 15). Por su parte, la Capa C no es observable en todos los muros, y cuando se encuentra presente, siempre se observa sobre la Capa B. Horizontal y recurrentemente, la Capa C se extiende solo en parte del ancho de los muros, mientras que verticalmente, tiene un espesor muy acotado (Figura 15).



*Figura 15. Detalle de capas estratigráficas del Muro 4, de la Estructura 3. Corrales del Chalaco.
Fuente: Elaboración propia (Pavlovic et al. 2015).*

Con respecto a la factura de los muros, identificamos solamente muros de tipo doble con relleno, elaborado por dos hileras de piedras y en cuyo interior se observa un relleno consistente en piedras de pequeño tamaño, las cuales ocupan el espacio libre entre los bloques de piedra. Así mismo, existe bastante homogeneidad en

cuanto a las medidas de los muros: el alto fluctúa entre 1.4 y 1.8 m, mientras que el ancho de éstos entre 1.1 y 1.5 m. El largo de éstos varía dependiendo de la estructura arquitectónica.

De un total de 36 muros, 24 (66.7%) de ellos presentan un buen estado de conservación, mientras que los restantes 12 (33.3%) se encuentran en un estado de conservación regular. A pesar de lo anterior, un total de 16 muros presentan modificaciones, siendo la mayoría producto de derrumbes (56.3%, 9 casos) y aplicándose en dos casos revestimiento para detener su deterioro. En la mezcla del revestimiento llama la atención que junto al barro se presenta material cultural, principalmente fragmentería cerámica de data prehispánica, la cual se encuentra a nivel superficial dentro del sitio (Figura 16).



Figura 16. Estructura 3-Muro 2. Modificación M2: Apertura de vano y aplicación de revestimiento. Chalaco. Elaboración propia (Pavlovic et al. 2015).



Figura 17. Estructura 3-Muro 2. Detalle Modificación M2: Apertura vano y cimientos muro original. Chalaco. Elaboración propia (Pavlovic et al. 2015).

III.2.c. Análisis Formal y Espacial de los Corrales del Chalaco

De un total de 9 estructuras que componen el complejo arquitectónico analizado, el 67.7% están compuestas por cuatro muros y presentan una morfología de planta rectangular (E1 a E6). El resto de ellas, equivalente a tres estructuras varían en términos morfológicos y cantidad de muros. Así, E7 es una estructura subcircular hecha de un solo muro, E8 es de morfología subrectangular y consta de cuatro muros, mientras que E9 fue interpretada como forma múltiple, ya que está compuesta por 7 muros (Tabla 2).

Estructura	N Muros	Morfología	Largo	Ancho
E1	4	Rectangular	38.5	15.2
E2	4	Rectangular	38.4	14.8
E3	4	Rectangular	38.6	17
E4	4	Rectangular	38	15.3
E5	4	Rectangular	38	15.5
E6	4	Rectangular	38	16.7
E7	1	Circular	109.3	---
E8	4	Subrectangular	140	76
E9	7	Múltiple	140	137

Tabla 2. Cuadro resumen Aspectos formales de las estructuras (medidas en metros)

Con respecto al tamaño de las estructuras se consideraron las dimensiones máximas de los muros. Bajo esta categoría, nuevamente encontramos similitudes entre las estructuras E1 a E6, lo cual da cuenta de una homogeneidad constructiva entre ellas (Figura 18). El resto de las estructuras presentan diferentes morfologías y mayores dimensiones. Así, E8 y E9, son estructuras de gran tamaño, las cuales se extienden sobre la terraza fluvial y delimitan el complejo arquitectónico por el Este y el Norte, respectivamente. Por su parte E7, es la única estructura que posee morfología circular, hecha con un solo muro continuo que mide alrededor de 109 m en total. En términos de técnicas constructivas, E7 presenta la misma secuencia estratigráfica de muro A-B-C, sólo que presenta un alto porcentaje de mortero, generando una separación entre los bloques de piedra. Esta diferencia es interpretada como una respuesta tecnológica que permitió la edificación de un muro curvo (Figura 19).

En términos espaciales, la orientación de E7 está dada por la dirección del vano de acceso, el cual comunica con el pasillo central del sitio. Este pasillo resulta ser un elemento fundamental dentro del complejo arquitectónico, ya que articula espacialmente la disposición y distribución de las estructuras, generando un sector arquitectónicamente homogéneo, compuesto por dos tríos de estructuras enfrentadas entre sí (E1-E2-E3/E4-E5-E6), en cuyo extremo poniente se inserta E7 (Figura 15: Líneas rojas).

A través de la observación de los muros aledaños a E7, pudimos determinar que tanto el muro 4 como el muro 6 de la vecina estructura E9, se encuentran adosados al muro que compone E7, en ambos costados. Este hecho permite interpretar que en términos secuenciales, la construcción de E9 fue posterior a la edificación de E7 (Figura 21: Círculos verdes). No obstante a que diacrónicamente corresponden a dos *eventos constructivos*

diferentes en el tiempo, muy probablemente la construcción de ambos pertenezca al mismo *momento constructivo*, donde la construcción de E9 fue considerada ya en la confección del diseño de los corrales. Con respecto a E8, no fue posible determinar si fue adosado o no a las estructuras E3 y E6, sin embargo, también interpretamos que corresponde al mismo *momento constructivo*.

De acuerdo a la circulación dentro del sitio y según el plano original, podemos decir que está determinada por los accesos al eje central del sitio, donde E8 y E9 originalmente fueron las estructuras que actuaron como filtro de acceso al pasillo central, y una vez dentro de éste, se podía acceder a las estructuras internas (E1 a E7). De esta manera, para ingresar al sector central del sitio, había que pasar primero por E8 o E9, implicando que ambas estructuras fueran menos permeables. No obstante, al ser de grandes dimensiones determinaban que el ingreso y circulación hacia la zona central no fuera de manera directa, teniendo que recorrer obligatoriamente toda la extensión interna de E8 y E9, constituyendo un recorrido dirigido de al menos 70 m en ambas opciones (Figura 22). Así, es posible interpretar que un primer momento de uso de los corrales, habría existido una circulación simétrica al interior de éstos, cuyos espacios internos habrían sido más protegidos, y por ende, menos permeables. En términos de visibilidad habría ocurrido lo mismo, siendo el espacio central un lugar más privado en términos visuales, desde donde la visibilidad tanto hacia afuera como desde afuera habría sido prácticamente nula (Figura 22).



Figura 18. Vista interior Estructura 6. Corrales del Chalaco. Fuente: Pavlovic et al. 2015.



Figura 19. Acercamiento Muro 1 de Estructura 7. Corrales del Chalaco. Fuente: Pavlovic et al. 2015.



Figura 20. Apertura en Muro 4 de Estructura 1. Corrales del Chalaco. Fuente: Pavlovic et al. 2015.

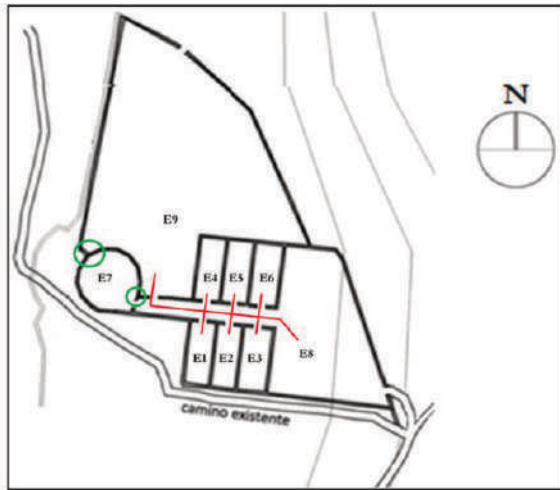


Figura 4: Distribución espacial de los Corrales de Chalaco

Figura 21. Distribución espacial de los Corrales del Chalaco. Fuente: Pavlovic et al. 2015.

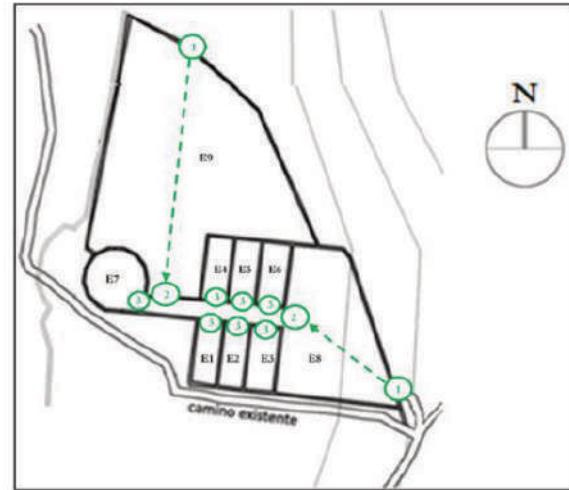


Figura 5: Permeabilidad y profundidad espacial de los Corrales de Chalaco. Primer

Figura 22. Permeabilidad y profundidad espacial de los Corrales del Chalaco. Primer Momento Constructivo. Fuente: Pavlovic et al. 2015.

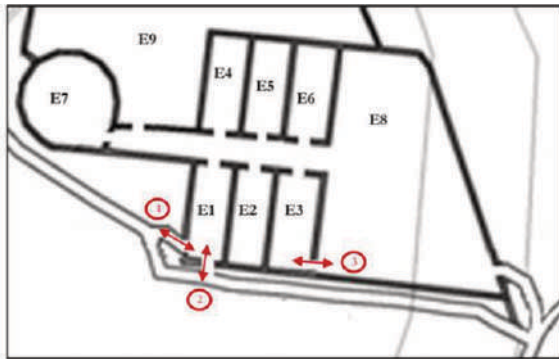


Figura 6: Detalle apertura de tres nuevos vanos de acceso.

Figura 23. Detalle apertura de tres nuevos vanos de acceso. Corrales del Chalaco. Fuente: Pavlovic et al. 2015.



Figura 4: Permeabilidad y profundidad espacial de los Corrales de Chalaco. Segundo Momento

Figura 24. Permeabilidad y profundidad espacial de los Corrales del Chalaco. Segundo Momento Constructivo. Fuente: Pavlovic et al. 2015.

A partir de la observación de los muros, se identificaron modificaciones hechas con posterioridad a la construcción del plano original y que influyeron directamente en la circulación y uso del espacio al interior de los corrales. Estas modificaciones corresponden a tres aperturas de muros que generaron un total de tres nuevos vanos de acceso, ubicados en dos muros de E1 (Figura 20) y en un muro de E3 (Figuras 16 y 17) (Figura 23). Si bien no pudo determinarse si estas modificaciones se llevaron a cabo sincrónica o diacrónicamente en el tiempo, han sido interpretadas como un segundo *Momento Constructivo*, donde la presencia y disposición espacial de estos tres vanos, implicó transformaciones en la manera de circular al interior del sitio, generando accesos más directos y menos dirigidos que el circuito original, donde había que transitar obligatoriamente por E8 o E9. De igual forma, el vano generado en E3 permitió un acceso directo desde E8, sin necesidad de tener que transitar por el pasillo central, provocando una menor privacidad de esta estructura, disminuyendo de 3 a 2 en la gradación de permeabilidad (Figura 24).

Así, a modo de conclusión, este segundo momento de uso y articulación del espacio, trajo consigo la liberación de la circulación, existiendo menor restricción y dirección de la movilidad dentro del interior del complejo arquitectónico, donde anteriormente el pasillo central era el eje por medio del cual se articulaban los accesos y relaciones espaciales entre las estructuras internas.

III.2. Corrales de Ramadillas

III.2.a. Emplazamiento y antecedentes Corral de Ramadillas

El Corral de Ramadillas está emplazado a 200 m de distancia de la caja fluvial del Río Putaendo y en una terraza fluvial formada por los depósitos sedimentarios generados por una serie de quebradas que en este sector se unen al río indicado, siendo la más importante la Quebrada El Espino, también conocida como Estero Los Maquis o Los Encañados. Por otro lado, se sitúa a 3 km al sur de los Corrales del Chalaco, cubre una superficie aproximada de 13.000 m² y está compuesto por 4 estructuras arquitectónicas (Figuras 25 y 26).

Con respecto a los antecedentes arqueológicos, a los ya detallados para los Corrales del Chalaco, situado a solo 3 km al norte, se deben agregar para la zona de Ramadillas algunos sitios arqueológicos relevantes como Ramadillas 1, Ramadillas 6 y diversos bloques petroglifos. El primero corresponde a un sitio doméstico con ocupaciones asignables a los periodos prehispánico e histórico y está situado en la misma terraza fluvial donde se sitúan en los Corrales de Ramadillas (Sánchez et al. 2000, Pavlovic et al. 2004a, 2004b Troncoso et al. 2006). Por su parte, Ramadillas 6 es un extenso poblado de data histórica, actualmente abandonado, que se sitúa hacia el sur de los corrales a una cota más alta sobre el nivel del río. El sitio presenta diversas estructuras derruidas y material cultural disperso y podría corresponder al poblado de Ramadillas mencionado por Fonck

a fines del siglo XIX (Fonck 1896), donde habrían vivido ceramistas que proveían de vasijas a todo el valle. Es posible que este poblado haya estado asociado funcionalmente con los Corrales de Ramadillas, pero no hay aun evidencia al respecto. Finalmente, en toda la ladera este de la caja del Río Putaendo, entre Ramadillas y Piguchén, han sido reconocidos diversos bloques con petroglifos, identificados inicialmente por Sanguinetti (1968) y estudiados posteriormente de forma sistemática (Troncoso et al. 2006) (Figura 25).

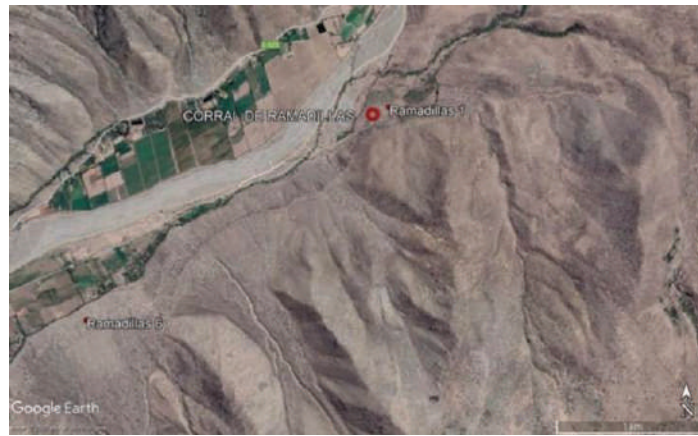


Figura 25. Vista satelital del emplazamiento de los Corrales de Ramadillas, la caja fluvial del Río Putaendo, las quebradas aledañas y de algunos sitios arqueológicos situados en forma próxima. Fuente: Imagen Google Earth editada.



Figura 26. Imagen satelital del Corral de Ramadillas y nomenclatura de estructuras arquitectónicas. Fuente: Imagen Google Earth editada.

III.2.b. Análisis Formal de Muros Corral de Ramadillas.

La caracterización de las técnicas constructivas de los muros se realizó a partir del paramento interior de cada muro (cara interna). De un total de 9 muros, reconocidos en 4 estructuras arquitectónicas, se establecieron las categorías de análisis y elementos reconocidos detallados en la Tabla 3.

Categoría de Análisis	Descripción de los elementos reconocidos
Materia prima	Bloques de rocas ígneas (basalto) y graníticas de tonalidades claras (celeste y naranja). Estas rocas utilizadas como material constructivo habrían sido obtenidas a nivel local; probablemente extraídas de la caja del Río Putaendo, que pasa por el oeste del complejo arquitectónico.
Tamaño Bloques	Se identificaron bloques pequeños (hasta 0.10m.) y medianos (0.20m – 0.40m).
Grado de modificación del material	Se registraron bloques en estado natural (bloque de piedra sin labrar).
Tipo de Aparejo	Mayoritariamente tipo rústico (bloques sin orden definido). En un solo caso se identificó aparejo sedimentario, donde la disposición de los bloques genera hiladas en disposición horizontal.
Cabecera de muro	La gran mayoría de los muros (77.7%), presenta ramas de espinos sobre la cabecera de los muros.

Tabla 3. Categorías de análisis reconocidas en los muros del Corral de Ramadillas.

Por su parte, a partir del cruce de las variables reconocidas, se identificaron 2 capas estratigráficas:

CAPAA: Compuesta por bloques de rocas ígneas y/o graníticas en estado natural, intercalados de pequeño y mediano tamaño, dispuestos de manera gradual en el eje vertical del muro. En las bases se presentan de mayor tamaño y a medida que se eleva el tamaño de los bloques disminuye. En la mayoría de los muros (88.8%), los bloques tienden a una disposición rústica dentro del muro, y en un solo caso de tipo sedimentario (E2). El eje vertical se observa en la totalidad de los muros, existiendo variaciones de altura según cada muro en particular; mientras que, en el eje horizontal, en la mayoría de los muros su extensión abarca todo el largo. Las excepciones corresponden a casos donde segmentos de los muros han colapsado, o a la presencia de aparejo sedimentario en algunos sectores del muro que compone la Estructura 2 (Figuras 27 y 28).

CAPA D: Esta se registra en la mayoría de los muros (77.7%) y corresponde a acumulaciones de ramas de espino, y en un caso barro, sobre la cabecera de los muros. Esta capa se ha reconocido etnográficamente bajo el nombre de *Barda*, teniendo por objetivo original, según las versiones recogidas, la protección de la cubierta, respecto de la acción tanto de los animales de crianza, como de los propios arrieros y de las lluvias y nevadas antiguamente muy relevantes en el sector (Razeto 2015) (Figura 28).

La disposición de las dos capas identificadas es en una secuencia A (abajo) - D (arriba). Interpretamos que la Capa A corresponde al mismo *evento constructivo* (Vega-Centeno 2007), siendo equivalente a la construcción original de las estructuras. Por otra parte, aunque algunas obras se pueden erigir en un sólo *evento constructivo*, a menudo envuelven varios *eventos*, los cuales pueden ocurrir simultánea o secuencialmente (Vega-Centeno 2007). Esto lo observamos en el análisis estratigráfico, donde la Capa D es interpretada como modificaciones constructivas para interrumpir el deterioro de los muros; y por ende, como medidas de mantención y conservación asociadas al uso constante de este espacio arquitectónico, todas posteriores a la construcción de las estructuras.

En la factura identificamos solamente muros de tipo doble con relleno, elaborado por dos hileras de piedras y un relleno en piedras de pequeño tamaño; sin observar uso de mortero. En las medidas de los muros, observamos una amplia variación en sus alturas, fluctuando entre 0.9 m y 1.9 m; mientras que su espesor varía entre 1.0 y 1.5 m. El largo de los muros depende de la estructura arquitectónica a la que pertenecen, siendo el de mayor extensión el Muro 2 de la Estructura 1, alcanzando los 103 m.

De un total de 9 muros registrados, 6 de ellos presentan un buen estado de conservación, mientras que 2 se encuentran en un estado de conservación regular y 2 en mal estado. La gran parte de las modificaciones observadas corresponden a derrumbes (5 casos), afectando directamente su estado de conservación. Dentro de este tipo de modificación, pudimos constatar casos donde se elaboró e introdujo un pequeño muro de contención interior, con el fin de evitar y resistir su posible colapso (Figura 30).

Adicionalmente, en la Estructura 2 se identificó un tipo de modificación correspondiente a la apertura de un vano en el muro, transformando el patrón original del complejo arquitectónico, observable por restos de cimientos del antiguo muro (Figura 31).



*Figura 27. Vista Norte Muro 1, Estructura 2.
Aparejo Sedimentario. Corral de Ramadillas.
Fuente: Elaboración propia.*



*Figura 28. Vista Este Muro 1, Estructura 2.
Aparejo Rústico. Corral de Ramadillas.
Fuente: Elaboración propia.*



*Figura 29. Estructura 1, Muro 2. Relación de Capas estratigráficas, Capa A – Capa D. Corral de Ramadillas.
Fuente: Elaboración propia.*



Figura 30. Muro de contención en Estructura. Corral de Ramadillas. Fuente: Elaboración propia.



Figura 31. Cimientos de antiguo muro y apertura de vano. Corral de Ramadillas. Fuente: Elaboración propia.

III.2.c. Análisis Formal y Espacial Corral de Ramadillas

De un total de 4 estructuras que componen el complejo arquitectónico analizado, en su mayoría presentan una baja cantidad de muros, a excepción de E1 que presenta un total de 5, siendo la estructura central del sitio (Tabla 4).

ESTRUCTURA	N MUROS	MORFOLOGIA	LARGO (m)	ANCHO (m)	TIPO	N VANOS
E1	5	Subrectangular	120	100	Cerrada	1
E2	1	Circular	28	28	Cerrada	2
E3	2	Subcircular	42	26	Semi cerrada	2
E4	1	Lineal	31	---	Abierta	0

Tabla 4. Resumen estructuras Corral de Ramadillas.

En términos morfológicos existe una variedad de diseño de planta y dimensiones de las estructuras, siendo E1 la estructura de mayor tamaño (100 x 120 m). Por su parte E2, es la única estructura que posee morfología circular, hecha con un solo muro continuo, abierto por dos vanos, que mide alrededor 87 m en total. En términos de técnicas constructivas, E7 presenta la misma secuencia estratigráfica de muro A-B, sólo que en algunos sectores existe aparejo de tipo sedimentario en el muro que compone la Estructura 2. Esta variante es interpretada como una respuesta tecnológica que permitió la edificación de un muro curvo (Figura 32).

En términos espaciales, el corral de Ramadillas presenta un diseño de planta de morfología subrectangular, donde E1 demarca casi la totalidad del corral, quedando en su interior E2 y E3. La disposición interna de las estructuras en las esquinas norte y sur, permite la existencia de un espacio amplio de grandes dimensiones y libre circulación, correspondiente al “interior” de E1. Si bien la disposición de E1 es sencilla, el diseño de planta de los muros que demarcan esta estructura es de tipo irregular, presentando entradas y salientes del muro en los sectores donde se adosan las estructuras E2 y E3; junto con cierres de varios ángulos, tal como ocurre en la esquina oeste de E1.

La estructura E2 es de tipo cerrada de morfología circular, correspondiente a la medialuna, presentando dos vanos (V2 y V3); de los cuales, V2 posiblemente sea producto de una apertura posterior al diseño original de la estructura. Constructivamente E2 es parte del diseño original del corral, levantada en el mismo momento constructivo que E1. La estructura E3 es de tipo semi cerrada de morfología subcircular y corresponde al cierre de la esquina Oeste de E1 por medio de un muro curvo, generando dos vanos en cada extremo (V4 y V5). Por su parte, E4 está definida como una estructura lineal, correspondiente a los cimientos de un muro, dispuesto de manera paralela por el exterior de E2. Dada las características constructivas y el espesor del muro que compone E4, es posible que este muro formara parte del corral original de Ramadillas. (Figura 33). Además de los muros de piedra que forman parte del diseño original del corral, existen 2 estructuras de madera al interior de E1, que están hechas sobre material perecible, permitiendo cambiar el uso y organización del espacio a través del tiempo, de acuerdo a las necesidades de los arrieros.

En términos de historia constructiva identificamos al menos dos *momentos constructivos* diferentes. En un *primer momento*, la estructura E2 habría tenido un solo vano hacia el sector sur, siendo posible pensar que E4 formara parte de algún tipo de cierre de este sector. Esto habría implicado un cambio en la circulación y permeabilidad al ingreso, que en un primer momento habría estado mediado por E4, dando profundidad de ingreso a la E1 y E2; que se modificaría con la intervención de E4 (Figuras 34 y 35).

Otro de los cambios observados corresponde a la incorporación de estructura de madera asociada al socavamiento del terreno fuera de E3, para funcionar como terraplén para el carguío de animales a camiones. Antes de su construcción, habría existido una circulación directa desde E1 a E3, pudiendo establecer una

movilidad “circular” en torno a E3. Sin embargo, con la construcción del pasillo de madera asociado a la carga de animales, se estableció una circulación dirigida al interior, generando una permeabilidad variable dependiendo del sector por donde se ingrese al complejo. Al ingresar por E2, existe mayor permeabilidad que si se ingresa por el acceso a E1. Luego, la movilidad está dirigida a E3 como antesala de la actividad de carga de animales; usando esta estructura como paso obligatorio para acceder al pasillo de madera y el terraplén de carga, espacio que se transformaría en el menos permeable de todo el corral.



Figura 32. Estructura 2, detalle curvatura Muro 1.
Fuente: Elaboración propia.

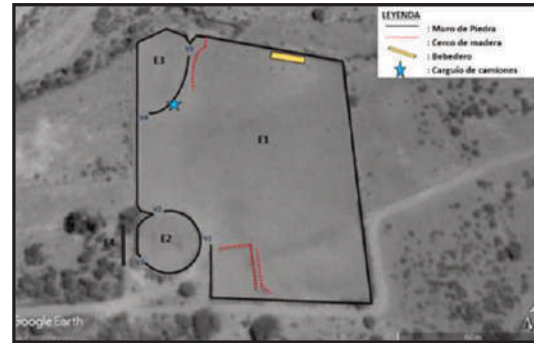
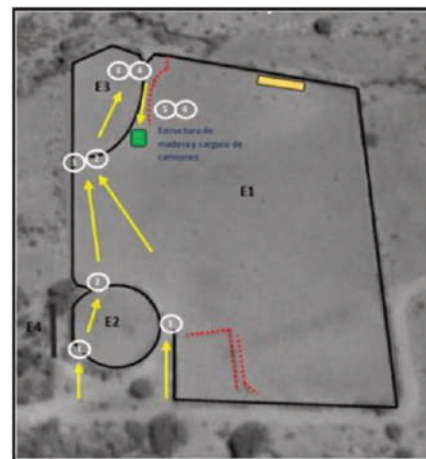
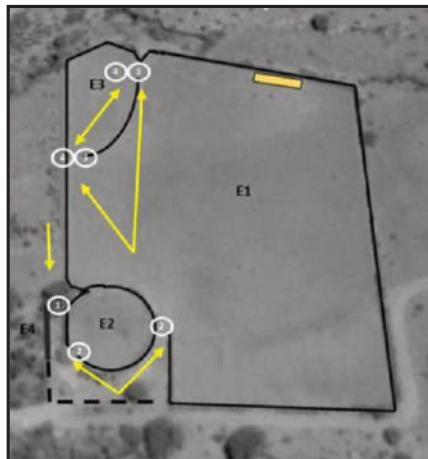


Figura 33. Imagen satelital del Corral de Ramadillas y nomenclatura de estructuras arquitectónicas.
Fuente: Imagen Google Earth editada.



Figuras 34 y 35. Momentos constructivos y espaciales del corral de Ramadillas.
Fuente: Elaboración propia.

Si bien no podemos determinar con certeza el momento en que estos cambios ocurrieron, ni tampoco si fueron sincrónicos o diacrónicos en el tiempo, el hecho de abrir un vano en la estructura E2, implica la apertura de un segundo acceso diferente al acceso de E1, lo que habría permitido un mayor ingreso de ganado, al menos al interior de E1. Asimismo, la incorporación de un pasillo y estructura de carga a vehículos motorizados, implica una adaptación del corral a nuevas tecnologías asociadas a la práctica ganadera.

III.3. Corrales de Piguchén

III.3.a. Emplazamiento y antecedentes Corrales de Piguchén

Los Corrales de Piguchén se emplazan a unos 7 km al noreste de la localidad de Putaendo, y a unos 2 km al sureste de la caja fluvial del río del mismo nombre, a unos 1.500 m de la localidad de Piguchén y en forma adyacente al cauce de la quebrada del mismo nombre. Se sitúa en la parte baja de una amplia rinconada, en el límite entre las zonas cultivadas y de propiedades individuales y las zonas dedicadas actualmente al pastoreo caprino y a la minería, que son parte de los terrenos comunitarios. Los corrales tienen una superficie de aproximadamente 16.000 m² e incluyen 5 estructuras arquitectónicas y 1 pasillo. (Figuras 36 y 37)

Aunque la rinconada de Piguchén corresponde a una zona que ha sido poco estudiada arqueológicamente, se pueden reconocer antecedentes pertenecientes a diferentes periodos de la secuencia cronocultural local. El primer antecedente corresponde a la descripción de las excavaciones realizadas por Fonck en el cementerio de túmulos prehispánico de Piguchén, publicadas en el diario El Mercurio de Valparaíso en 1896 (Fonck 1896); el cual presentaría ocupaciones pertenecientes al PIT-PT. Las ofrendas cerámicas que fueron recuperadas en el sitio fueron estudiadas en forma detallada varias décadas después por Massone (1978). Durante la década de 1990 se realizan prospecciones en el marco de proyectos de investigación que permitieron identificar en el interior de la rinconada sitios con ocupaciones del PAT y del Periodo Histórico, además de bloques con petroglifos y un posible tramo de camino Inka (Sánchez 2000, 2004; Pavlovic et al. 2012). En contraposición, no existen datos relevados sistemáticamente de sitios situados en las zonas más bajas de la rinconada y el valle aledaños, donde se sitúa el pueblo actual de Piguchén, todas ellas sometidas actualmente a labores agrícolas y por la tan larga ocupación humana desde la Colonia hasta la actualidad (Figura 36).



Figura 36. Vista satelital del emplazamiento de los Corrales de Piguchén, con la caja fluvial del Río Putaendo y la localidad de Piguchén a la izquierda, la quebrada y parte de la rinconada del mismo nombre y algunos sitios arqueológicos situados en forma próxima. Fuente: Imagen Google Earth editada.

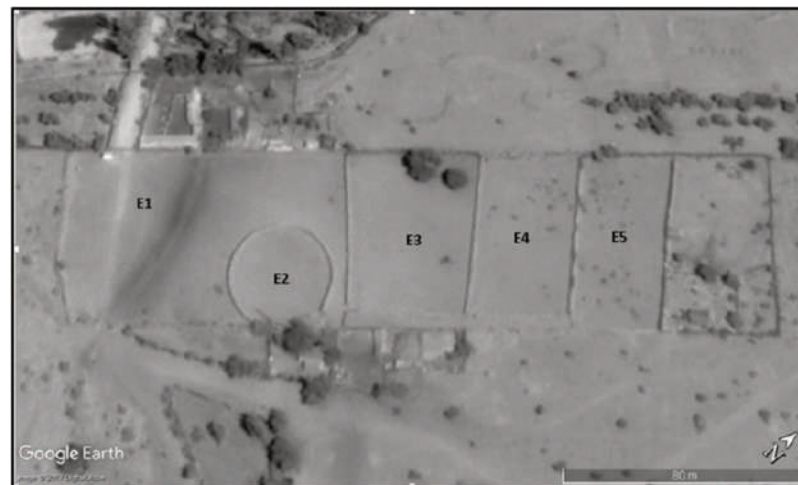


Figura 37. Imagen satelital del Corral de Piguchén y nomenclatura de estructuras arquitectónicas. Fuente: Imagen Google Earth editada.

III.3.b. Análisis Formal de Muros Corrales de Piguchén

La caracterización de las técnicas constructivas de los muros se realizó a partir del paramento interior de cada muro (cara interna). De un total de 18 muros, reconocidos en 6 estructuras arquitectónicas, se establecieron una serie de variables de análisis en los Corrales de Piguchén, las cuales se detallan en la Tabla 5.

Categoría de Análisis	Descripción de los elementos reconocidos
Materia prima	Se reconocieron bloques de rocas graníticas de tonalidades claras variando entre gris y rojizo. Estas rocas utilizadas como material constructivo habrían sido obtenidas a nivel local.
Tamaño Bloques	Se identificaron bloques pequeños (hasta 0.10m.) y medianos (0.20m – 0.40m). En un solo muro se reconoció el uso de bloques de tamaño muy pequeño (E2).
Grado de modificación del material utilizado	Se registraron bloques en estado natural (bloque de piedra sin labrar).
Tipo de Aparejo	Se identificó del tipo rústico, donde la disposición de los bloques no presenta un orden definido.
Cabecera de muro	La mitad de los muros (50%), presenta ramas de espinos sobre la cabecera de los muros.
Mortero	Sólo en el muro que compone E2 se reconoció el uso de mortero entre bloques.

Tabla 5. Categorías de análisis reconocidas en los muros del Corral de Piguchén.

A partir del cruce de las variables reconocidas, se identificaron 2 capas estratigráficas:

CAPAA: Compuesta por bloques de pequeño y mediano tamaño de rocas graníticas en estado natural, y aparejo

de tipo rústico. En el eje vertical esta capa se observa en la totalidad de los muros que componen el sitio, existiendo variaciones de altura según cada muro en particular; mientras que, en el eje horizontal, en todos los muros su extensión abarca el largo de éstos (100%) (Figura 38). Dentro del sitio se reconoció una variación de la Capa A, la cual se observa únicamente en el muro de morfología circular que conforma la estructura 2. Esta variación consiste en la utilización de mortero para la unión de los bloques del muro. Esta diferencia es interpretada como una respuesta tecnológica que permitió la edificación de un muro curvo (Pavlovic et al. 2015). Asimismo, E2 presenta otra particularidad, correspondiente a la presencia de la Capa C, la cual se extiende horizontalmente sobre la Capa A, y tiene una extensión vertical casi superficial (Figura 39).

CAPA B: Compuesta por acumulación de ramas de espinos. La Capa B se registra en la mitad de los muros (50%), y corresponde a acumulaciones de ramas de espinos sobre las cabeceras de los muros; muchas veces tapando sectores donde las hiladas de los muros han colapsado (Barda).

CAPA C: Compuesta por bloques de rocas graníticas de tamaño muy pequeño, en estado natural y aparejo de tipo rústico.

Con respecto a la factura de los muros, identificamos solamente muros de tipo doble con relleno, elaborado por dos hileras de piedras y en cuyo interior se observa un relleno consistente en piedras de pequeño tamaño, las cuales ocupan el espacio libre entre los bloques de piedra. Existe un único caso donde se observa uso de mortero, correspondiente al muro curvo que compone la estructura E2. Otro elemento únicamente reconocido en la Estructura E2, es la identificación de una capa hecha con bloques muy pequeños en la parte superior del muro, cuya cabecera no presenta la acumulación de ramas de espino (Capa B). Este estrato presenta unos 0.20 m de extensión vertical, y se interpreta como una capa de mantención y reparación del muro curvo que compone la estructura E2, denominada Capa C.

En cuanto a las medidas de los muros, observamos una variación en las alturas, fluctuando entre 1.3 y 2.0 m; mientras que el espesor es bastante regular, variando entre 1.0 y 1.2 m. Con respecto al largo, este depende de la estructura arquitectónica a la que pertenecen, existiendo 3 estructuras que poseen muros que alcanzan o sobrepasan los 100 m de extensión (E1, E2 y Pasillo) (Figura 40).

Con respecto al estado de conservación, de un total de 18 muros registrados, 10 de ellos presentan un buen estado de conservación (56%), mientras que 7 se encuentran en un estado de conservación regular (39%) y 1 en mal estado de conservación (5%). La mayoría de las modificaciones corresponde a algún grado de derrumbe, pudiendo observar in situ que gran parte de ellos se debe al deterioro por el tránsito de animales caprinos, que suben a los muros del corral. Asimismo, otra de las modificaciones registradas corresponde a la apertura de vanos en los muros. Esto sucede principalmente porque en la actualidad, las inmediaciones del

corral de Piguchén están habitadas, generando distintos accesos a este espacio, tal como ocurre con un camino vehicular que cruza el corral (Figura 29).

Dentro de la estructura E3, destaca la apertura de un vano con desnivel asociado a una estructura de madera, posiblemente vinculado al carguío de animales en camiones. Al parecer, para ello se botó parte del muro para el acceso vehicular, sirviendo como rampa para el ingreso de los animales y sorteando la diferencia de nivel presente en el suelo. Aledaño a esta apertura, el muro 4 de E3 presenta una cerca superpuesta con vigas de madera en toda la extensión del muro a modo de “barrera de contención”.



*Figura 38. Estructura E1, Muro 1.
Fuente: Elaboración propia.*



*Figura 39. Estructura E2, Muro. Detalles Capa A y Capa C.
Fuente: Elaboración propia.*



*Figura 40. Corral de Piguchén: Pasillo.
Fuente: Elaboración propia.*



Figura 41. Estructura E1, Muro 3. Animales sobre muro. Fuente: Elaboración propia.

III.3.c. Análisis Formal y Espacial Corral de Piguchén.

De un total de 5 estructuras y 1 pasillo que componen el complejo arquitectónico, en su mayoría presentan una cantidad similar de muros (4 en total), a excepción de E2 que está compuesta por 1 muro (Tabla 6).

ESTRUCTURA	N MUROS	MORFOLOGIA	LARGO (m)	ANCHO (m)	TIPO	N VANOS
E1	4	Rectangular	103	64	Cerrada	6
E2	1	Circular	37	35	Cerrada	1
E3	4	Rectangular	60	49	Cerrada	2
E4	4	Rectangular	60	36	Cerrada	1
E5	4	Rectangular	66	33	Cerrada	2
PASILLO	2*	Rectangular			Cerrada	2

Tabla 6. Resumen estructuras Corral de Piguchén.

En términos morfológicos se observa una regularidad en los diseños de planta, donde el 83.4% de la muestra es de morfología rectangular, a excepción de E2 que es de morfología circular, el cual está construido por un solo muro continuo que mide alrededor de 114 m en total (Figura 42). En cuanto a las dimensiones de las estructuras, E1 es la estructura de mayor tamaño (103 x 64 m); mientras que las estructuras E3, E4 y E5 presentan dimensiones similares y son contiguas unas con otras (Figura 42).

En términos espaciales, Piguchén presenta una planta rectangular, que inscribe 4 grandes espacios contiguos y rectangulares (E1, E2, E4 y E5). Espacialmente la estructura E1 es de relevancia, ya que corresponde al acceso del corral, en su interior inscribe E2 y dado que presenta gran cantidad de vanos, articula el ingreso hacia todas las estructuras presentes en Piguchén. De los 6 accesos reconocidos en E1, interpretamos que 3 de ellos corresponden a modificaciones posteriores (V6, V7 y V9); por lo que originalmente, E1 habría articulado 4 vanos (V1, V5, V8 y V10) hacia los distintos sectores del corral (Figura 42).

La estructura E2 es de tipo cerrada de morfología circular, correspondiente a la medialuna, presenta 1 vano (V10) y está adosada a E1. En su interior se registra una estructura de madera que va de manera paralela al contorno curvo del muro de E2, generando un pasillo por donde debe transitar el ganado y una viga exterior que está adosada por fuera del pasillo, que sirve de asiento. En el dintel de esta estructura se registran negativos de los hierros con los cuales se marca el ganado. Por su parte, las estructuras E3, E4, y E5 presentan casi las mismas dimensiones y están contiguas unas con otras, generando un patrón simétrico de 3 estructuras rectangulares, mediadas por un pasillo que articula el ingreso a cada una de ellas (Figura 43).

Constructivamente, todas las estructuras registradas corresponden al diseño original del corral, levantadas en el mismo momento constructivo, pero en una secuencia de distintos eventos constructivos. Así, un primer evento constructivo supuso la edificación de todo el contorno del corral, incluyendo casi la totalidad de E1, el muro norte de E5 y todo el muro que conforma el pasillo (Figura 42). Posteriormente, sin saber la secuencia exacta, se construyó la estructura E2 y las estructuras E3 y E4, delimitando con ello E5 y el pasillo del corral (Figura 42). Adicionalmente, se consigna la presencia de una estructura adosada por fuera de la estructura E5. Dado que presenta otras técnicas constructivas, se interpreta como otro momento constructivo que implicó incorporar una edificación posterior al diseño original de Piguchén, seguramente con el objeto de ampliar la capacidad de carga del corral (Figura 43).

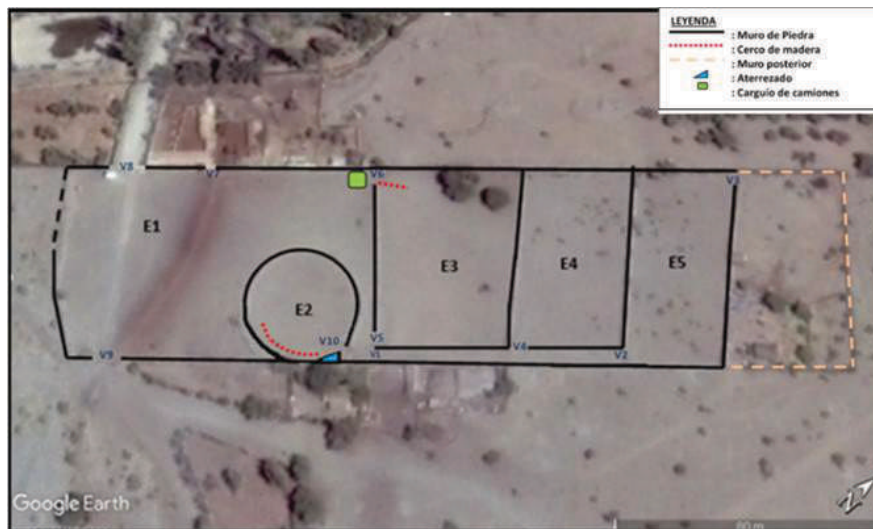


Figura 42. Corral de Piguchén. Disposición espacial de las estructuras.
Fuente: Elaboración propia.



Figura 43. Corral de Piguchén.
Pasillo al interior de E2.
Fuente: Elaboración propia.

Otros momentos constructivos posteriores reconocidos en la historia constructiva del Corral de Piguchén corresponden a las aperturas de vanos en distintos sectores del corral; estos habrían cambiado la circulación y permeabilidad del espacio. Si bien no podemos saber con certeza el momento exacto en el que ocurrieron estas modificaciones, con el estado actual del sitio podemos hacernos una idea comparativa de cómo fue la circulación al interior de Piguchén en los primeros momentos en que se utilizó el diseño original, versus la imagen actual que tenemos, como producto de las diversas modificaciones ocurridas a través del tiempo, y que reflejan el uso contemporáneo del corral.

De esta manera, de acuerdo con el diseño original del corral, la estructura E1 cobraría gran relevancia, dado a que era el único acceso al corral, con una permeabilidad de grado 1. Asimismo, desde E1 se articulaba el ingreso hacia todas las estructuras, pudiendo acceder en un mismo grado de permeabilidad a E2, E3 y al pasillo. Luego, este pasillo se constituía como un espacio intermedio de articulación, desde el cual se podía acceder en un tercer grado de permeabilidad a las estructuras E4 y E5 (Figura 44). Al parecer, en el uso original del corral, la lógica de movimiento estaba bastante normada, dirigiendo el ingreso y salida del complejo por medio de un solo vano. Por otra parte, la similitud constructiva y la simetría espacial de las estructuras E3, E4 y E5 sugieren que las tres cumplían una función similar, por lo que suponemos que existió algún tipo de lógica o práctica social que incidía al momento de elegir cuál de estos corrales usar (Figura 44). Un ejemplo podría ser que el orden de llegada de cada “grupo” determinaba cuál de estas tres estructuras utilizar.

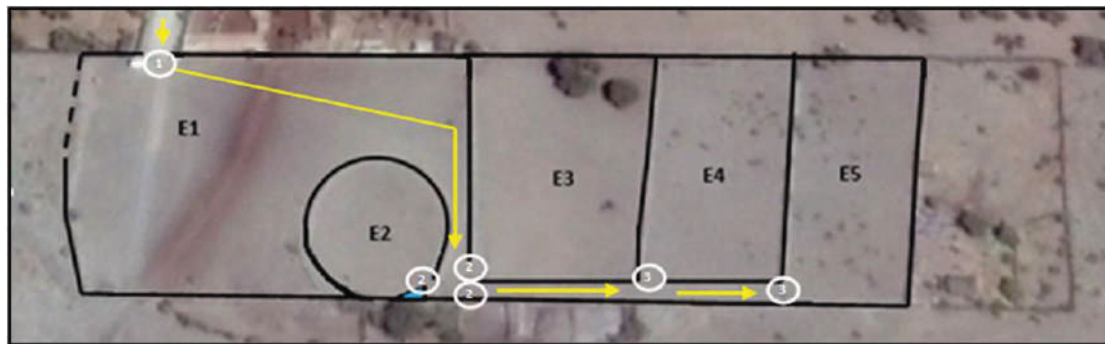


Figura 44. Corral de Piguchén. Movimiento, circulación y permeabilidad según diseño original.
Fuente: Imagen Google Earth editada.

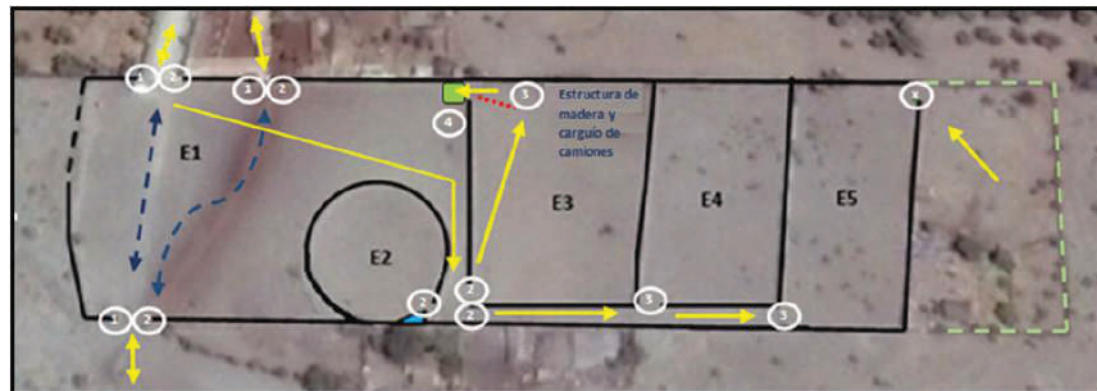


Figura 45. Corral de Piguchén. Movimiento, circulación y permeabilidad según diseño actual.
Fuente: Imagen Google Earth editada.

De acuerdo al plano actual del corral de Piguchén, observamos que las principales transformaciones en el tiempo corresponden a la apertura de distintos vanos dentro del complejo, cambiando con ello la permeabilidad y uso de los espacios. En la estructura E1, vemos desde el exterior la apertura de dos vanos más, que como analizábamos previamente, permiten cruzar el corral desde una vivienda aledaña y a través del paso de un camino vehicular. Estas aperturas cambiaron la circulación del espacio dentro de E1, pasando de estar mediado por un vano, a estar mediado por 3 vanos. De esta manera la permeabilidad de los accesos se relativiza, ya que al utilizar E1 como un espacio de circulación a través de vías pedestres y vehiculares, los vanos pueden ser ingreso y salida, cobrando valores bidireccionales de permeabilidad; aumentando los espacios con permeabilidad de grado 1 (Figura 45).

No se pudo determinar la manera exacta en la cual el vano que se abrió en la estructura E5, determinó variaciones en la circulación y permeabilidad al interior de Piguchén; esto debido a que no sabemos con exactitud cómo funcionó este acceso en relación a la estructura que fue construida posteriormente por fuera de E5. De todas maneras, la movilidad en este sector debió transformarse (Figura 45). Dentro de las modificaciones registradas, la apertura de un vano para el ingreso de camiones en la estructura E3, implicó la generación de un terraplén para el carguío de animales asociada al desnivel del terreno, junto con la incorporación de una estructura de madera por dentro de E3, para dirigir el ingreso de los animales a los camiones. En este sentido, antes de su construcción, habría existido una circulación directa desde E1 a E3; sin embargo, con la construcción del pasillo de madera asociado al nuevo acceso para la carga de animales, se estableció una circulación dirigida y secuenciada al interior de E3, aumentando a un tercer y cuarto grado, la permeabilidad original del corral; usando esta estructura como paso obligatorio para acceder al pasillo de madera y el terraplén de carga, espacio que se transformaría en el menos permeable de todo el corral (Figura 47).

Si bien no podemos determinar con certeza el momento en que estos cambios ocurrieron, ni tampoco si fueron sincrónicos o diacrónicos en el tiempo, el hecho de abrir 2 vanos en la estructura E1, implicó la apertura de accesos diferentes al primer acceso de E1, lo que habría permitido un ingreso de vehículos motorizados, junto con una mayor cantidad de ganado, al menos al interior de E1. La incorporación de un terraplén y una estructura de carga a vehículos motorizados, implica una adaptación del corral a nuevas tecnologías asociadas a la práctica ganadera, existiendo una adaptación del espacio interno del corral con la incorporación del uso de camiones o vehículos pesados para el transporte de animales, tal como lo vimos en el corral de Ramadillas.

III.4. Corrales de Sahondé

III.4.a. Emplazamiento y antecedentes Corrales de Sahondé

A unos 4 km al noreste de la plaza de Putaendo, se sitúan en forma aledaña al curso de una de las quebradas tributarias que conforman una gran rinconada que se dispone hacia el este, una zona dominada por el macizo del cerro Orolonco. Cubren un área aproximada de 6.000 m² y están compuestos por 3 estructuras arquitectónicas, 1 pasillo y 1 espacio de ingreso (Figuras 46 y 47).

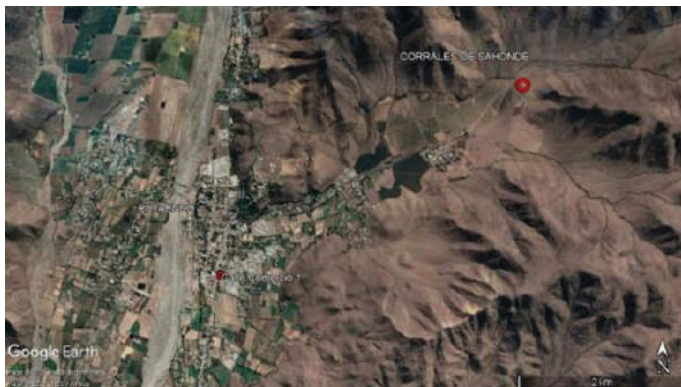


Figura 46. Vista satelital del emplazamiento de los Corrales de Sahondé, con la caja fluvial del Río Putaendo y la localidad de Putaendo a la izquierda, la quebrada y parte de la rinconada en se sitúa el sitio arqueológico Calle Comercio 1. Fuente: Imagen Google Earth editada.



Figura 47. Imagen satelital de los Corrales de Sahondé y nomenclatura de estructuras arquitectónicas. Fuente: Imagen Google Earth editada.

Aunque para la zona específica no existen antecedentes arqueológicos en la literatura especializada, si consideramos que es un espacio aledaño a la localidad más importante del valle y cabecera comunal y a la importante ocupación prehispánica e histórica que esta ha tenido, sería factible suponer la presencia de una cantidad significativa de sitios arqueológicos en la zona, la mayoría de ellos aún no reconocidos debido a que no se han desarrollado en la zona investigaciones. Es así como se debe mencionar en primer lugar el hecho de que el colonial pueblo de indios de Putaendo haya surgido de un espacio ocupado por asentamientos habitacionales en tiempos prehispánicos (Silva 1962), lo que determina la casi segura existencia de evidencias de estas ocupaciones bajo las construcciones históricas y subactuales y en sectores menos intervenidos de la zona urbana y espacios aledaños. Al respecto, es sintomático el reciente registro y estudio del sitio denominado “Calle Comercio 1” en un proyecto a ejecutarse en terreno urbano de Putaendo y en el

cual se han identificado ocupaciones domésticas de momentos prehispánicos e históricos (Pavlovic 2021). (Figura 46). Aunque no se han reconocido evidencias físicas, también debe señalarse el planteamiento de Stehberg (1995) en torno a que un tramo de la red vial inkaica atravesaba el Valle de Putaendo en un eje nortesur y que este pasaba por la localidad de Putaendo.

III.4.b. Análisis Formal de Muros Corrales de Sahondé

Considerando la caracterización de las técnicas constructivas de los muros usando el paramento interior de cada muro (cara interna), de un total de 10 muros, reconocidos en 3 estructuras arquitectónicas y 1 pasillo, se establecieron en Sahondé una serie de variables de análisis detalladas en la tabla 7.

Categoría de Análisis	Descripción de los elementos reconocidos
Materia prima	Se reconocieron bloques de basalto de distintas tonalidades. Estas rocas utilizadas como material constructivo habrían sido obtenidas a nivel local.
Tamaño Bloques	Se identificaron bloques pequeños (hasta 0.10m.) y medianos (0.20m – 0.40m).
Grado de modificación del material utilizado	Se registraron bloques en estado natural (bloque de piedra sin labrar).
Tipo de Aparejo	Se identificó del tipo rústico tendiente a sedimentario, y que si bien la disposición de los bloques no presenta un orden definido, tiende a ser ordenado horizontalmente.
Cabecera de muro	La totalidad de los muros (100%), presenta mortero elaborado de barro con inclusiones (clastos, astillas de madera), sobre la cabecera de los muros.
Mortero	En la totalidad de los muros (100%) se reconoció el uso de mortero entre bloques.

Tabla 7. Categorías de análisis reconocidas en los muros del Corral de Sahondé

A partir del cruce de las variables reconocidas, se identificaron 2 capas estratigráficas:

CAPAA: Compuesta por bloques de pequeño y mediano tamaño de rocas basálticas en estado natural, aparejo de

tipo rústico tendiente a sedimentario; con abundante presencia de mortero. En el eje vertical se observa en la totalidad de los muros, existiendo escasas variaciones de altura según cada muro en particular; mientras que, en el eje horizontal, en todos los muros su extensión abarca el largo de éstos (100%) (Figura 48).

CAPA D: Compuesta por un mortero elaborado de barro con inclusiones (clastos, astillas de madera) y registrada en la totalidad de los muros (100%), corresponde a un mortero dispuesto sobre las cabeceras de los muros (Figura 49). Si bien esta capa no está compuesta como lo que se ha reconocido etnográficamente bajo el nombre de Barda, definida como una delgada cubierta de argamasa de barro y ramas de espino u otras especies arbustivas del lugar que protegería el muro, tal como se ha detallado previamente (Razeto, 2015). Como hipótesis, creemos que la diferencia de los materiales constructivos utilizados con la “función” de barda se debe a una diferencia técnica asociada a los materiales constructivos del muro. Posiblemente, el hecho que los muros de Sahondé presenten un alto porcentaje de mortero, genera una superficie que facilita la adhesión de una capa de barro por encima, situación que no sucedería si los muros están hechos sólo de piedra, como sucede en los Corrales de Ramadillas y Piguchén. En esos casos, parece más eficiente la incorporación de ramas sobre las cabeceras de los muros.

Con respecto a la factura de los muros, identificamos solamente muros de tipo doble con relleno, elaborado por dos hileras de piedras y en cuyo interior se observa un relleno consistente en piedras de pequeño tamaño, las cuales ocupan el espacio libre entre los bloques de piedra. En todos los muros se observa el uso de abundante mortero, tanto en el espacio entre bloques al interior de cada muro, así como en las cabeceras de los muros (Capa D) (Figura 50). Este estrato presenta unos 0.20 a 0.40 m de extensión vertical sobre la última hilada de los bloques de basalto, y se interpreta como una capa de mantención.

En cuanto a las medidas de los muros, observamos que las alturas son bastante regulares, fluctuando entre 1.4 y 1.6 m. El espesor, por su parte, varía entre los 0.6 y 1.7 m, dependiendo de la altura donde se toma la medida, ya que en sección los muros son de morfología trapezoidal, con bases que son mucho más anchas que las cabeceras. Con respecto al largo, aunque la estructura E1 presenta un muro de 94 m, la mayoría no supera los 50 m (Figura 51). El 100% de los muros se encuentran en un buen estado de conservación. A diferencia de otros corrales, en Sahondé no se registran agentes que estén afectando en la conservación del sitio, lo que estaría asociado a labores de mantención, reparación y cuidado constante de estos. Entre estas actividades se contaría el mortero sobre las cabeceras (Capa D), como gesto técnico de mantención.

En cuanto a las pocas modificaciones reconocidas en Sahondé destaca la incorporación de un segmento de muro en el vano de la estructura E2, reduciendo el ancho del acceso (Figura 52).



*Figura 48. Estructura E2, Muro 4.
Fuente: Elaboración propia.*



*Figura 49. Pasillo, Muro 1. Detalle Capa A y Capa B.
Fuente: Elaboración propia.*



*Figura 50. Estructura E1, Muro 1.
Detalle mortero.
Fuente: Elaboración propia*



*Figura 51. Estructura E2 y Pasillo.
Fuente: Elaboración propia*



*Figura 52. Estructura E2, Muro 2, Vano 4 y detalle de muro agregado.
Fuente: Elaboración propia.*

III.4.c. Análisis Formal y Espacial Corral de Sahondé

De un total de 3 estructuras, 1 pasillo y 1 entrada que componen el complejo arquitectónico analizado, en su mayoría presentan una baja cantidad de muros, excepción de E1 que presenta un total de 5, siendo la estructura central del sitio (Tabla 8).

ESTRUCTURA	N MUROS	MORFOLOGIA	LARGO (m)	ANCHO (m)	TIPO	N VANOS
E1	1	Circular	30	29	Cerrada	1
E2	4	Subrectangular	58	37	Cerrada	2
E3	4	Subrectangular	37	25	Cerrada	1
PASILLO	1	Rectangular		---	Cerrada	2
ENTRADA	1	Subrectangular	31	---	Semicerrada	3
ESTRUCTURA	N MUROS	MORFOLOGIA	LARGO (m)	ANCHO (m)	TIPO	N VANOS
E1	1	Circular	30	29	Cerrada	1
E2	4	Subrectangular	58	37	Cerrada	2
E3	4	Subrectangular	37	25	Cerrada	1
PASILLO	1	Rectangular		---	Cerrada	2
ENTRADA	1	Subrectangular	31	---	Semicerrada	3

Tabla 8. Resumen estructuras Corral de Sahondé.

En términos morfológicos se observa una regularidad en los diseños de planta rectangulares en su mayoría, a excepción de E1 que es de morfología circular, correspondiendo al “rodeo” del corral, el cual está construido por un solo muro continuo que mide alrededor 94 m en total. En cuanto a las dimensiones de las estructuras, E2 es la estructura de mayor tamaño (58 x 37 m); seguida por la estructura E3.

Por su parte, Sahondé presenta un diseño de planta irregular, que inscribe 3 grandes espacios contiguos (E1, E2 y E3), articulados a lo largo de un pasillo lateral, el cual pasa por fuera de E3 y E2 (Figura 53). Incluye también cinco vanos en total, dos de ellos (V1 y V4) son de ingresos en sectores lejanos y opuestos dentro del corral (Sector A y E2); y los otros 2 (V3 y V5) son para el ingreso a E1 y E3 respectivamente (Figura 53).

Constructivamente, todas las estructuras registradas corresponden al diseño original del corral, levantadas en el mismo *momento constructivo*, pero en una secuencia de distintos *eventos constructivos*. Así, un primer *evento constructivo* supuso la edificación de E1, para luego adosarle los muros del contorno del corral, pasando por E2, E3, el Sector A y el Pasillo (Figura 53). Posteriormente, sin saber la secuencia exacta, se construyeron los muros internos del corral y que cierran la estructura E2, E3, el Sector A y el Pasillo (Figura 53). Adicionalmente, se consigna la presencia de 2 sectores aterrizados en las uniones de E1 con el pasillo (3.7 x 2.7 m) y E2 respectivamente (4.1 x 3.1 m) (Figura 53). Estas agregaciones serían *eventos constructivos*

posteriores, y que posiblemente están relacionados con una adaptación técnica para reforzar esos puntos del complejo arquitectónico (Figura 54). Dado que generan estructuras en un nivel mayor de altura, es posible situarse sobre ellos y tener una completa visibilidad de lo que ocurre dentro de E1 y E2.

Otros elementos reconocidos y que serían agregaciones posteriores al plano original, corresponden a 3 pequeñas estructuras adosadas a E1, las cuales posiblemente funcionan como especies de banquetas o lugares donde descansar (Figura 55).

Otro *momento constructivo* posterior reconocido en la historia constructiva del Corral de Sahondé corresponde a la incorporación de un pasillo de madera, asociado a una estructura de madera para cargar animales a un vehículo pesado o camión (Figura 56). Si bien, no podemos saber con certeza el momento exacto en el que ocurrió esta modificación, con el estado actual del sitio podemos hacernos una idea comparativa de cómo fue la circulación al interior de Sahondé en los primeros momentos donde se utilizó el diseño original, versus la imagen actual que tenemos y que reflejan el uso contemporáneo del corral.

Cabe destacar que la construcción de la rampa de carga no implicó modificaciones estructurales, como apertura de vanos en muros o socavamiento del terreno dentro del corral de Sahondé a diferencia de lo que hemos visto en otros corrales. Es por esta razón que al parecer la incorporación de esta estructura no tuvo mayores implicancias para el movimiento y circulación dentro del complejo. De todas maneras, no fue posible determinar con exactitud el cambio en la circulación, porque faltaría confirmar si la estructura de carga está ligada con el pasillo de madera ubicado al interior de E3 (Figura 56).

No obstante lo anterior, espacialmente podemos decir que el corral de Sahondé presenta una circulación normada y dirigida, cuya disposición de vanos y estructuras hacen que exista el mismo grado de permeabilidad en ambos sentidos de recorrido establecidos. De esta manera, si se ingresa por el Sur, reconocido como el acceso principal, se tienen dos espacios con un grado 2 de permeabilidad, tanto para ingresar a E3 como al Pasillo central. Luego, desde el pasillo central se tiene permeabilidad 3 para acceder directamente a E2; y una vez al interior de E2, existe un cuarto grado de permeabilidad para ingresar a E1 o para salir del corral por el vano lateral, ubicado al interior de E2 (Figura 57).

Por el contrario, si iniciamos nuestro recorrido partiendo por el acceso norte, ubicado al interior de E2, al igual que en el sentido contrario, nos encontramos con dos accesos de permeabilidad 2, para ingresar a E1 o al Pasillo central. Desde el pasillo, nuevamente tenemos un grado 3 de permeabilidad al momento de ingresar al Sector A; desde el cual tenemos dos opciones en cuarto grado de permeabilidad, correspondientes al ingreso de E3 y a la salida del corral por el acceso Sur (Figura 58).

En resumen, en ambas direcciones se tiene un recorrido de uno a dos espacios de segundo grado, luego el pasillo mediando el tercer grado de permeabilidad, para luego tener dos opciones en cuarto grado de permeabilidad, implicando una de ellas, la salida del corral. Esto es bastante particular, porque al tener dos vanos de ingreso y la misma distribución espacial desde ambos vanos, hace que la circulación sea igual en ambos sentidos de recorrido, implicando la inexistencia de jerarquías de espacios frente a otros o más de un recorrido secuencial dentro del complejo arquitectónico. Finalmente, y al igual que en los otros corrales, la incorporación de una estructura de carga de animales a vehículos motorizados, implica una adaptación del corral a nuevas tecnologías asociadas a la práctica ganadera, existiendo una transformación del espacio interno del corral con la incorporación del uso de camiones o vehículos pesados para el transporte de animales, aunque en este caso no implicó mayores modificaciones para adaptar el uso del corral.

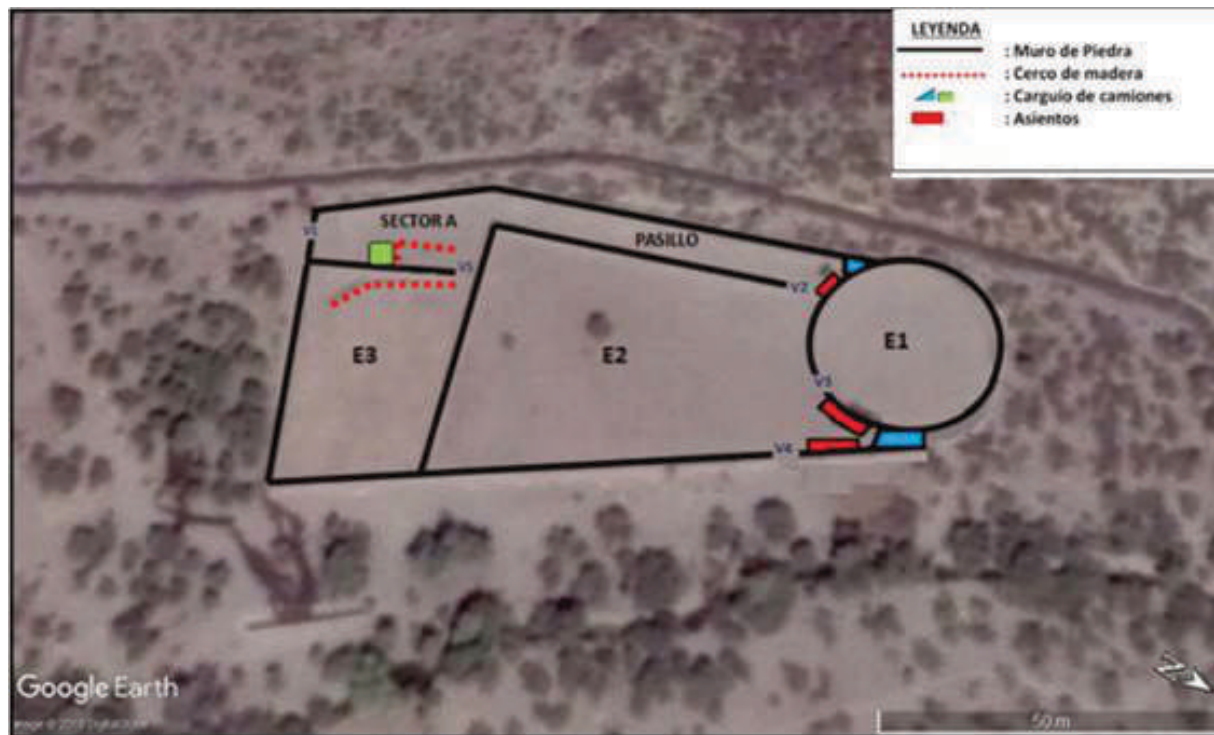


Figura 53. Corral de Sahondé. Disposición espacial de las estructuras. Fuente: Imagen Google Earth editada.



Figura 54. Pasillo. Estructura aterrazada.
Fuente: Elaboración propia.



Figura 55. Estructura E2. Banqueta.
Fuente: Elaboración propia.



Figura 56. Sector A. Estructura de carguío.
Fuente: Elaboración propia.

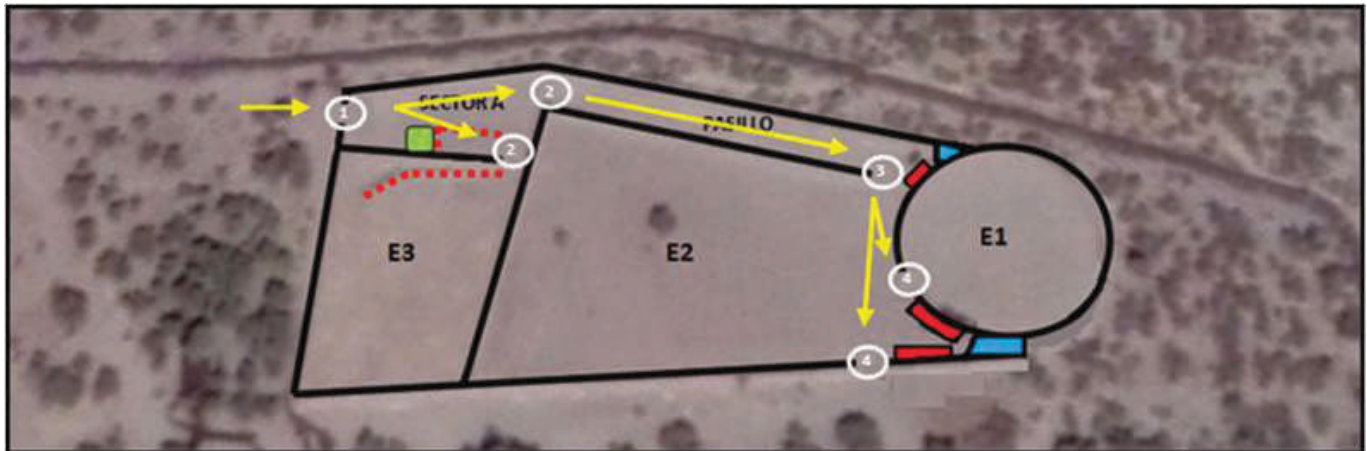


Figura 57. Corral de Sahondé. Movimiento, circulación y permeabilidad dirección Sur-Norte.
Fuente: Imagen Google Earth editada.

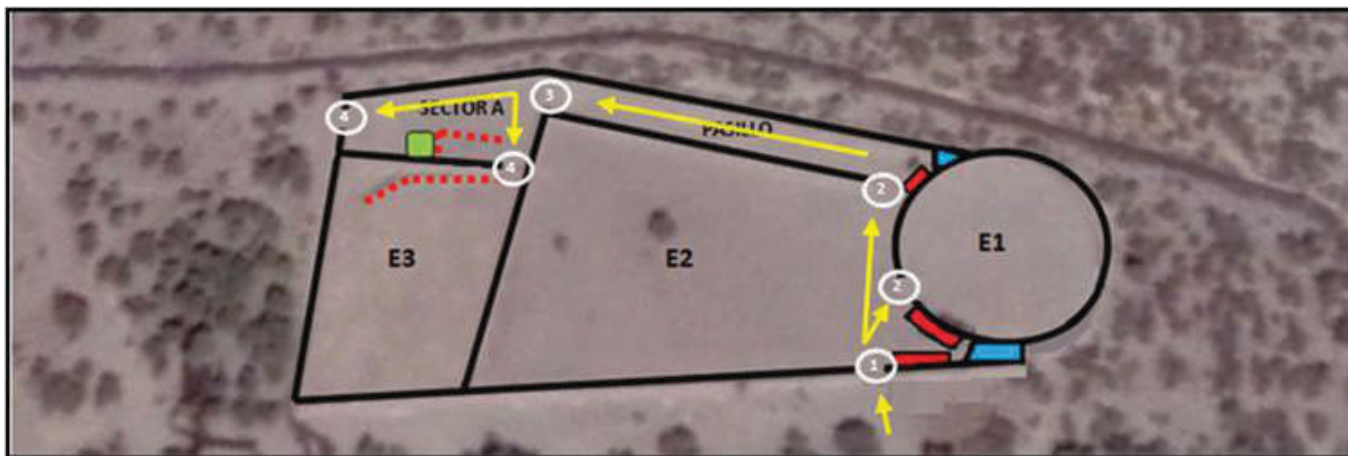


Figura 58. Corral de Sahondé. Movimiento, circulación y permeabilidad dirección Norte-Sur.
Fuente: Imagen Google Earth editada.

III.5. Corrales de La Laja, Jahuel.

III.5.a. Emplazamientos y antecedentes Corrales de La Laja, Jahuel.

Los Corrales de La Laja se sitúan a unos 4 km al norte de la localidad de Jahuel y a unos 12 km al noroeste de la ciudad de Santa María, en el curso medio de la quebrada del estero Jahuel y en forma muy próxima al lugar donde este confluye con la quebrada de La Laja (de ahí su nombre). Se sitúa al interior del Santuario de la Naturaleza El Zaino - Laguna El Copín, el cual ha reconocido el significativo valor a nivel de patrimonio natural y cultural que presenta este espacio precordillerano de Aconcagua. El conjunto arquitectónico de este corral presenta una superficie de 6.500 m² y está compuesto por 3 estructuras, las cuales presentan muros de piedra y de tapial, lo que lo diferencia de los otros estudiados (Figuras 59 y 60, Figuras 60 y 61).

Con respecto a los antecedentes arqueológicos para esta zona, las primeras menciones están referidas a los petroglifos del cerro El Zaino (Niemeyer y Montané 1964; Iguait 1970). En los últimos años se ha procedido a realizar un registro sistemático de dos de los sitios de petroglifos del cerro El Zaino (El Zaino 1 y El Zaino 2) y un campamento en la quebrada de La Luz (La Luz 1) (Pavlovic 2003b). Posteriormente, el equipo de arqueólogos del CIEM-Aconcagua y otros profesionales han procedido a desarrollar prospecciones más sistemáticas, las cuales han permitido identificar un importante número de sitios en la zona (Pavlovic 2003b).

Las categorías más frecuentes corresponden a Aleros, bloques con petroglifos, campamentos, campamento-taller, estructuras de refugio y los propios corrales ganaderos-campamento históricos. Por último, también se presentan sitios habitacionales con estructuras y laboreos mineros. Estos sitios presentarían ocupaciones de distintos periodos, desde el Arcaico (10.000 a 300 AC) hasta el Histórico subactual (siglos XX-XXI), incluyendo una significativa presencia de evidencias del Periodo Alfarero Temprano (300 AC-1.000 DC). Para el periodo Inca la única posible evidencia hasta el momento ha sido atribuida al Prehispánico Indeterminado, dada por un muro doble con mortero en el sitio El Zaino 6.

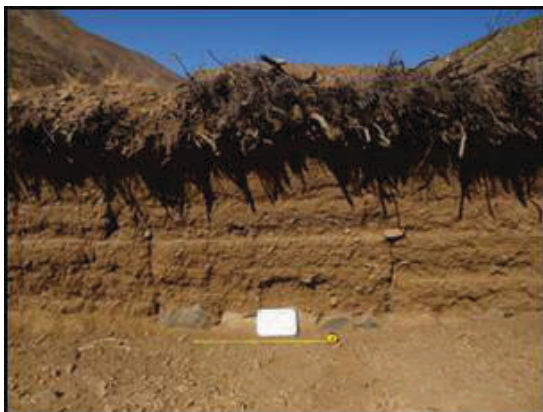


Figura 59. Vista satelital del emplazamiento de los Corrales de La Laja en la quebrada de Jahuel y la aledaña quebrada de La Laja y los sitios arqueológicos más próximos reconocidos hasta el momento.

Fuente: Imagen Google Earth editada.



*Figura 60. Corral de Jahuel y nomenclatura de estructuras arquitectónicas.
Fuente: Imagen Google Earth editada.*



*Figura 61. Estructura 2, Muro 2. Muro de piedra.
Fuente: Elaboración propia.*



*Figura 62. Estructura 3, Muro 3. Muro de tapial.
Fuente: Elaboración propia.*

III.5.b. Análisis Formal de Muros Corrales de La Laja, Jahuel.

De un total de 13 muros, reconocidos en 3 estructuras arquitectónicas, se establecieron las siguientes variables para el análisis de las técnicas constructivas utilizadas en los Corrales de La Laja (Tabla 9).

Categoría de Análisis	Descripción de los elementos reconocidos
Materia prima	Se reconocieron muros elaborados de tapiales, correspondientes a planchas hechas de barro. También se registraron muros hechos de bloques de basalto de distintas tonalidades. Ambos materiales constructivos habrían sido obtenidos a nivel local.
Tamaño Bloques	El tamaño de los tapiales promedia 0.65 m de alto por 2 m de largo aproximadamente. En cuanto a los bloques de piedra, se identificaron bloques pequeños (hasta 0.10m.), medianos (0.20m – 0.40m) y grandes (0.40 m o más).
Grado de modificación del material utilizado	Se registraron bloques en estado natural (bloque de piedra sin labrar).
Tipo de Aparejo	Se identificaron tres tipos de aparejos: Sedimentario, asociado a la disposición de los tapiales en el muro; rústico tendiente a sedimentario, y que si bien la disposición de los bloques no presenta un orden definido, tiende a ser ordenado horizontalmente; y rústico, donde la disposición de los bloques no presenta un orden definido...
Cabecera de muro	La mayoría de los muros (61.5%), presenta mortero elaborado de barro con inclusiones (clastos, astillas de madera, etc.) asociado a ramas de árboles dispuestas a manera de alero. En otros casos se registró ramas de espino o piedras de menor tamaño sobre la cabecera de los muros. Asimismo, existen muros que no presentan elementos sobre sus cabeceras.
Mortero	En una gran proporción de muros (76.9%) se reconoció el uso de mortero entre bloques y/o tapiales.

Tabla 9. Categorías de análisis reconocidas en los muros del Corral de La Laja, Jahuel.

A partir del cruce de las variables reconocidas, se identificaron un total de 5 capas estratigráficas:

CAPA A: Compuesta por bloques de mediano y gran tamaño de rocas basálticas en estado natural, aparejo de tipo rústico tendiente a sedimentario. Se identifican en las bases de los muros hechos de tapiales.

CAPAB: Compuesta por bloques de pequeño y mediano tamaño de rocas basálticas en estado natural, aparejo de tipo rústico tendiente a sedimentario; asociado al uso de mortero entre bloques.

CAPAC: Compuesta por bloques de pequeño y mediano tamaño de rocas basálticas en estado natural, aparejo de tipo rústico; sin uso de mortero.

CAPAE: Compuesta por tapiales elaborados de barro y dispuestos a modo de planchetas.

CAPAF: Compuesta por barro y ramas dispuesta a modo de alero.

Las Capas A, E y F siempre aparecen juntas, ya que son los elementos constitutivos de los muros hechos de tapiales. Dependiendo del grado de erosión del suelo, generalmente podemos observar 1 o 2 hiladas de bloques de piedras de mediano y gran tamaño, correspondientes a la Capa A. Esta funciona como cimiento de los muros hechos de tapial de barro, extendiéndose verticalmente unos 20 a 40 cm bajo los tapiales y abarcando toda la extensión horizontal de los muros (Figura 63).

Por su parte, la Capa E se registra en la totalidad de los muros de tapiales, y corresponde a dos bloques de tapiales dispuestas una arriba de otra, generando dos hiladas de planchas ordenadas de manera sedimentaria (Figura 63). El uso de tapiales llama la atención, ya que Jahuel es el único de los corrales estudiados donde se registra el uso de esta técnica. A partir de lo que hemos revisado en los antecedentes, sabemos que la técnica de tapial tiene un uso extendido a lo largo del tiempo. Aunque es una técnica compleja de realizar, dado el alto esfuerzo físico que implica su elaboración, los muros de tapiales pueden perdurar por lo menos 200 años (Acuña et al 2007). A partir de relatos etnográficos, se puede plantear que antiguamente el tapial se usaba principalmente para hacer cercas y otras edificaciones como bodegas, a las que se sumaría su uso para corrales, a partir de la experiencia constatada en Jahuel. Al respecto, de acuerdo a los relatos, se dice que en la localidad de Jahuel existió una fábrica de tapiales, hecho que quizás podría estar relacionado con el uso de esta técnica para la construcción del corral de Jahuel (Acuña et al 2007).

Finalmente, en las cabeceras de los muros hechos de tapial, se reconoce el uso de *barda* para proteger la cubierta de los muros, la cual presenta algunas características diferentes a las bardas que hemos descrito en los corrales anteriormente estudiados (Figura 63). En el caso de Jahuel, está compuesta por barro y ramas dispuestos a modo de alero, coincidiendo con el relato etnográfico: “*Al tapial arriba se le ponen bardas que le llamamos, es del mismo monte del cerro, usted va y corta de una anchura de un metro y se pone arriba, después se pone una camita de basura y después se le tira tierra. Ahí queda la barda para la tapia, para que no se moje y se proteja de la lluvia. La basura es para impermeabilizarla, porque si uno le tira la tierra se va a pasar toda para abajo, por entre el monte y queda así como lomito de toro arriba de la tapia*” (Acuña et al 2007:126).

La Capa B está compuesta por bloques de pequeño y mediano tamaño de rocas basálticas en estado natural, aparejo de tipo rústico tendiente a sedimentario y uso de mortero entre bloques; están contruidos por doble con relleno, elaborado por dos hileras de piedras y en cuyo interior se observa un relleno consistente en piedras de pequeño tamaño, las cuales ocupan el espacio libre entre los bloques de piedra. Tanto en el eje vertical como horizontal, la Capa B se observa en la totalidad del Muro 2 de la estructura E2. Esta estructura es la única de morfología circular y corresponde al “rodeo” del corral, y tal como lo hemos visto en otros corrales, el uso de mortero se interpreta como una respuesta tecnológica que permitió la edificación de un muro curvo (Pavlovic et al. 2015). Cabe destacar que el Muro 2 de la estructura E2, se adosa al muro de tapial que viene de la estructura E1 por el norte, por lo que en esta estructura podemos observar el cambio estratigráfico en el eje vertical y horizontal entre la Capa B y el Tapial (Capa A, E y F) (Figura 64).

Finalmente, la CAPA C es similar a la Capa B, cuya diferencia reside en que no presenta uso de mortero y el aparejo es de tipo rústico. Al igual que en el caso anterior, la Capa C se extiende horizontal y verticalmente en la totalidad de algunos muros de la estructura E3, existiendo un caso en el que el Muro 5 presenta una porción de Capa C aledaña al Tapial (Capa A, E y F). Si bien en términos técnicos la Capa B es similar a la Capa C, se interpretan como capas diferentes ya que posiblemente, la Capa C corresponde a eventos de restauración y reparación de los muros de la E3 del corral de Jahuel, a diferencia de la Capa B, que correspondería a la construcción original de la estructura E2 (medialuna).

En cuanto a las medidas de los muros, observamos que las alturas fluctúan entre 1.1 y 1.9 m, mientras que el espesor varía entre los 0.3 y 1 m, dependiendo del tipo de materia prima con la cual se construyó. Dado que los muros de tapial son simples, hechos con una plancheta de barro, el espesor de éstos es mucho menor al espesor de los muros hechos con bloques de piedra. Con respecto al largo, la mayoría no es mayor a 50 m, dependiendo de la estructura arquitectónica a la que pertenecen: el Muro 2 de la estructura E2 está compuesto por un muro que alcanza los 72 m de extensión, seguido por el Muro 5 de la E1 (Figuras 65 y 66).

Por su parte, de un total de 13 muros registrados, 11 de ellos presentan un buen estado de conservación (84.6%), mientras que 2 se encuentran en un estado de conservación regular (15.4%). La gran parte de las modificaciones observadas corresponden a aperturas que se generan en las uniones de los tapiales, afectando el estado de conservación. En uno de estos casos se constató el uso de un cerco de madera para contener el muro y su barda, con el fin de evitar y resistir el posible colapso.

Adicionalmente, en Jahuel identificamos ciertas modificaciones asociadas a los vanos. Por un lado, en la Estructura 3 se identificó una posible apertura de un vano en el muro (V5), transformando la técnica constructiva de tapial a pirca seca, junto con el patrón original del complejo arquitectónico, lo cual es observable por los restos de cimientos que quedan del antiguo muro. Asimismo, se llevaron a cabo

modificaciones en el vano de acceso principal (V1), al cual le elaboraron un peldaño de cemento y piedra, generando un desnivel en el suelo que permite el carguío de animales a vehículos motorizados (camiones) (Figura 67).

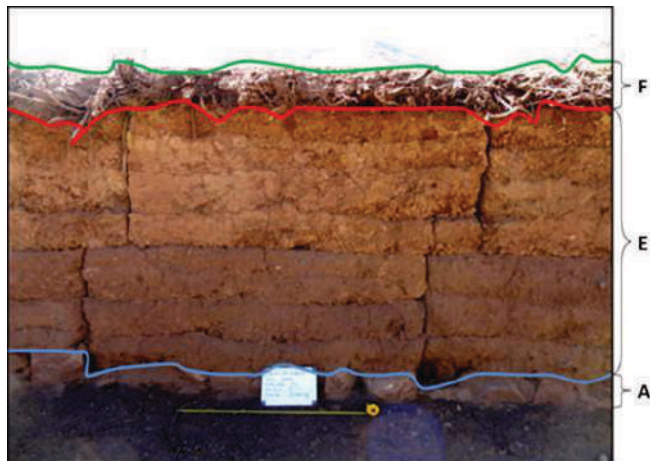


Figura 63. Estructura 2, Muro 1. Relación de Capas estratigráficas de tapial, Capa A – Capa B – Capa C. Fuente: Elaboración propia



Figura 64. Estructura 2, Muro 1 y Muro 2. Relación de Capas estratigráficas de tapial y Capa D. Fuente: Elaboración propia.



Figura 65. Estructura 2, Muro 2. Muro de piedra. Fuente: Elaboración propia



Figura 66. Estructura 1, Muro 5. Muro de tapial. Fuente: Elaboración propia.



Figura 67. Estructura 1, acceso principal. Fuente: Elaboración propia

III.5.c. Análisis Formal de Muros Corrales de La Laja, Jahuel

De un total de 3 estructuras que componen el complejo arquitectónico analizado, existe una alta cantidad de muros (Tabla 10).

ESTRUCTURA	N MUROS	MORFOLOGIA	LARGO (m)	ANCHO (m)	TIPO	N VANOS
E1	5	Subrectangular	66	43	Cerrada	3
E2	2	Circular	27	28	Cerrada	1
E3	6	Subrectangular	56	47	Cerrada	2

Tabla 10. Resumen estructuras Corral de Jahuel.

En términos morfológicos el diseño de planta de Jahuel es bastante sencillo, ya que está compuesto por dos estructuras subrectangulares de similares dimensiones, que inscriben en su interior la estructura E2, de morfología circular; por lo que E1 y E3 comparten segmentos de los muros de E2. Espacialmente, se reconocieron 5 vanos en total, tres de ellos (V1, V4 y V5) son ingresos desde el exterior al interior del corral; de los cuales interpretamos que al menos V1 corresponde al acceso original del sitio, el cual fue intervenido para el carguío de animales en camiones; mientras que V5 al parecer fue una apertura posterior, y V4 no pudimos determinar su cronología. Los otros 2 vanos (V3 y V5) son para el ingreso a E2 y E3 respectivamente (Figura 68).

Otros elementos reconocidos al interior del corral de Jahuel, corresponden a la presencia de cimientos de un muro doble con relleno, elaborado con bloques de piedra. De este muro sólo se conserva una o dos hiladas, pudiendo observar los bloques que aún quedan semienterrados (Figura 69). Debió ser un marcador de espacio al interior de la estructura E1, y es muy probable que haya sido de tapial con bases de piedra.

Constructivamente, todas las estructuras registradas corresponden al diseño original del corral, levantadas en el mismo *momento constructivo*, pero en una secuencia de distintos *eventos constructivos*. Así, un primer *evento constructivo* supuso la edificación de todo el contorno del corral, incluyendo casi la totalidad de las estructuras E1 y E3, junto con el muro 1 de la estructura E2 (Figura 73). Posteriormente, sin saber la secuencia exacta, se construyó el muro que separa la estructura E1 y E3, y el muro 2 de la estructura E2 (Figura 72). Hipotéticamente pensamos que originalmente, este muro habría sido el único elaborado de piedra.

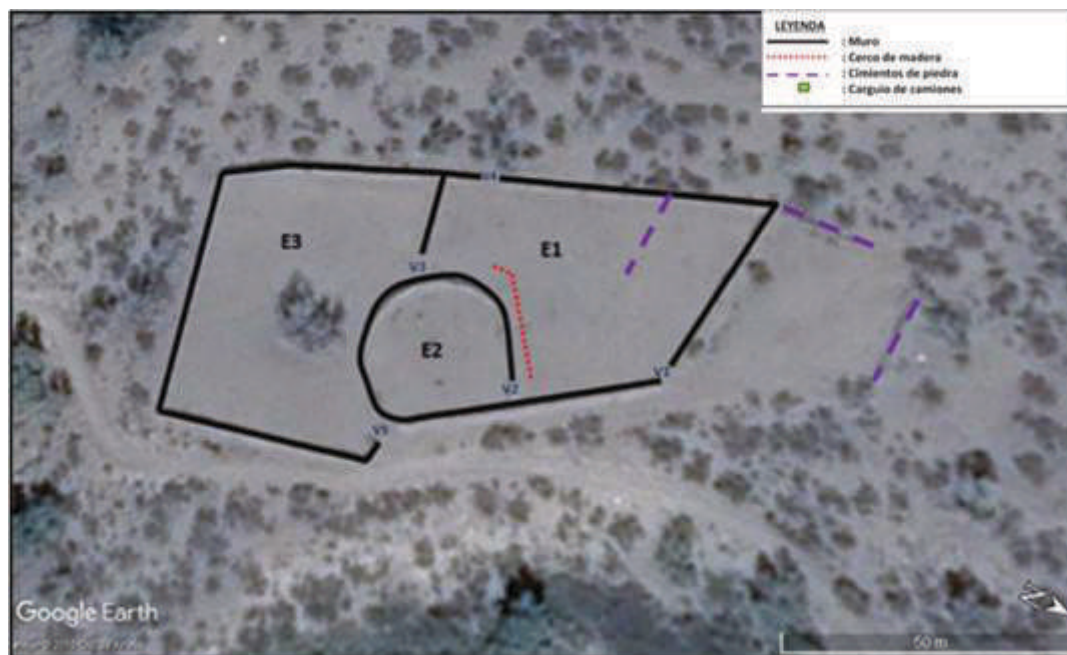


Figura 68. Corral de La Laja. Disposición espacial de las estructuras. Fuente: Imagen Google Earth editada.

Posteriormente, en otros *momentos constructivos* se habría llevado a cabo la apertura de vanos en distintos sectores del corral, ocasionando un cambio en la circulación y permeabilidad del espacio. Otro *momento constructivo* posterior reconocido corresponde a la incorporación de un pasillo de madera y un poste para la trilla (Figuras 70 y 71). Asimismo, por fuera del E1 se identificaron segmentos de muros de piedra; sin embargo, dado que presentan otras técnicas constructivas, se interpretan como otro *momento constructivo* que implicó incorporar una edificación posterior al diseño original de Jahuel, seguramente con el objeto de ampliar la capacidad de carga del corral (Figura 72).

Si bien no es factible establecer con certeza el momento exacto en el que ocurrieron estas modificaciones, con el estado actual del sitio es posible hacer una comparación de cómo fue la circulación al interior de Jahuel en los primeros momentos en que se utilizó el diseño original, versus la imagen actual que tenemos como producto de las diversas modificaciones ocurridas a través del tiempo, y que reflejan el uso contemporáneo del corral. Espacialmente podemos decir que, de acuerdo con el diseño original, el corral de Jahuel presenta una circulación normada y dirigida, cuya disposición de vanos y estructuras establecen un recorrido

unidireccional desde la estructura E1, existiendo el mismo grado de permeabilidad para ingresar a E2 y E3. De esta manera, la estructura E1 cobraría gran relevancia, dado a que era el único acceso al corral, con una permeabilidad de grado 1, a partir de la cual se articulaba el ingreso hacia todas las estructuras.

De acuerdo al plano actual del corral de Jahuel, observamos que las principales transformaciones en el tiempo corresponden a la apertura de 2 vanos dentro de las estructuras E1 y E3, cambiando con ello la permeabilidad y uso de los espacios del complejo (Figura 73). Estas aperturas cambiaron la circulación del espacio dentro de E1, pasando de estar mediado por un vano, a estar mediado por 3 vanos. De esta manera la permeabilidad de los accesos se relativiza, ya que al utilizar E1 como un espacio de circulación, los vanos pueden ser ingreso y salida, cobrando valores bidireccionales de permeabilidad; aumentando los espacios con permeabilidad de grado 1 y apareciendo espacios con mayor grado de permeabilidad con valor de 3, grado que antes no existía. Asimismo, interpretamos la presencia de segmentos de muros de piedra en E3 como eventos posteriores asociados principalmente al deterioro de los tapiales del corral, junto con la apertura del vano exterior de E3, que habría implicado modificar completamente los tapiales.



Figura 69. Estructura 1, cimientos de muro. Fuente: Elaboración propia.



Figura 70. Estructura 1, pasillo de madera. Fuente: Elaboración propia



Figura 71. Estructura 1, poste de trilla. Fuente: Elaboración propia.

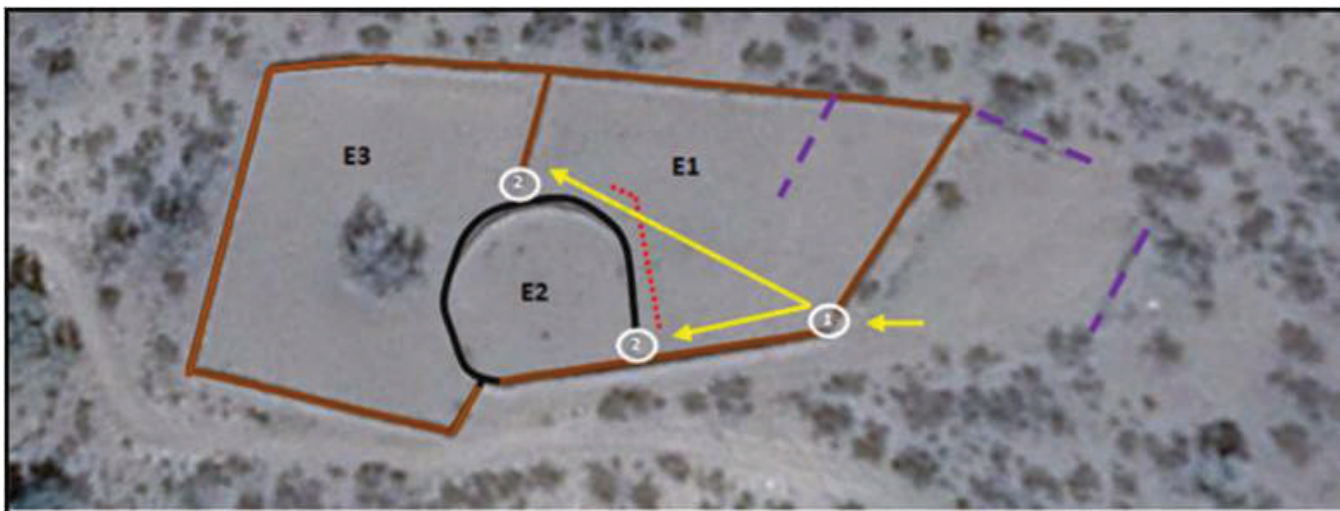


Figura 72. Corral de Jahuel. Movimiento, circulación y permeabilidad según diseño original.
Fuente: Elaboración propia.

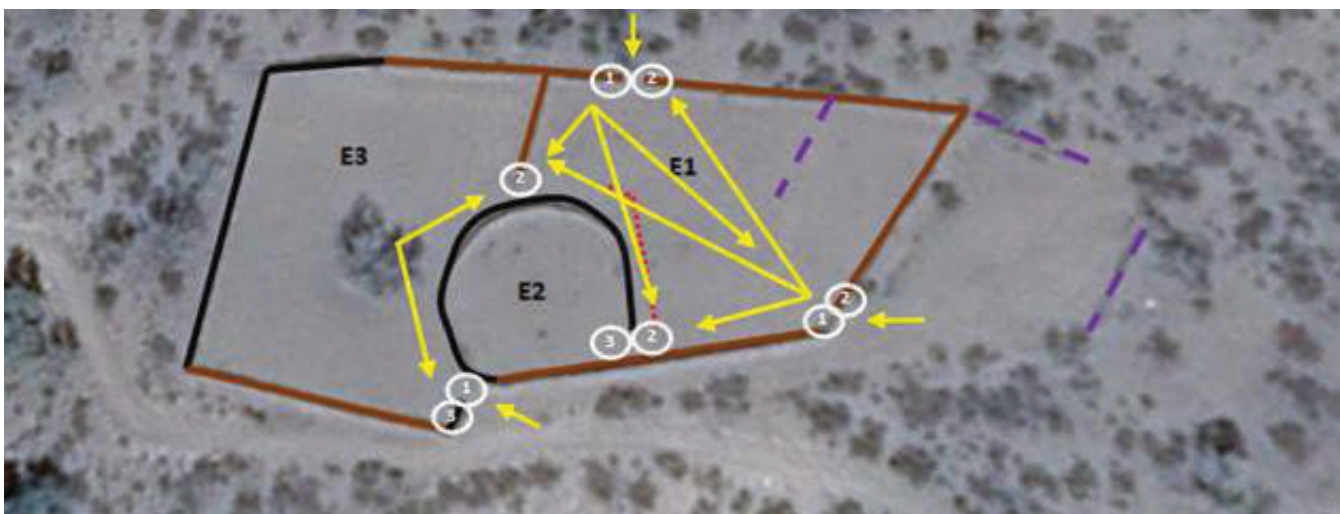


Figura 73. Corral de Jahuel. Movimiento, circulación y permeabilidad según diseño actual. Fuente:
Elaboración propia.

III.6. Corrales de Campos de Ahumada

III.6.a. Emplazamientos y antecedentes Corrales de Campos de Ahumada.

Los Corrales de Campos de Ahumada cubren un área cercana a los 10.000 m² y están compuestos por 3 estructuras arquitectónicas. Se sitúan en la zona del mismo nombre, a unos 15 km al noreste de la localidad de San Esteban y a unos 20 km de la ciudad de Los Andes, en las estribaciones precordilleranas que delimitan por el norte la amplia cuenca de San Felipe y Los Andes. Campos de Ahumada puede ser definida como una microcuenca de mediana altitud (1.600 m.s.n.m. en su espacio central), delimitada por un cordón montañoso cuyas máximas cumbres alcanzan los 2.700 m.s.n.m. La carga nivosa de estas últimas permite sostener el caudal permanente de las quebradas del Arpa, Honda y Del Cobre, las cuales atraviesan un espacio definido por piedemontes muy extensos y de leve pendiente, permitiendo hasta hoy el desarrollo de actividades agrícolas y ganaderas. Estas quebradas son parte de la de la cuenca formativa del estero El Cobre, que recorre por su sector norte la cuenca de San Felipe-Los Andes. (Figuras 74 y 75).



Figura 74. Vista satelital del emplazamiento de los Corrales de Campos de Ahumada, las aledañas quebradas Honda y del Arpa y Del Cobre y los sitios arqueológicos más próximos. Fuente: Imagen Google Earth editada.



Figura 75. Corrales de Campos de Ahumada y nomenclatura de estructuras arquitectónicas. Fuente: Imagen Google Earth editada.

Los antecedentes arqueológicos para esta zona anteriores al siglo XXI son muy escasos, remitiéndose a un reconocimiento general de sitios y materiales realizado por Sanguinetti (1972). Mas recientemente, en el marco de proyectos de investigación, prospecciones sistemáticas han permitido reconocer cerca de 30 sitios arqueológicos. (Pavlovic 2003a; Pavlovic y Sánchez 2003). En su mayoría corresponden a bloques con petroglifos, sitios habitacionales sin estructura, bloques con piedras tacitas y aleros rocosos; mayoritariamente emplazados en piedemontes y laderas de quebradas; las más de las veces correspondientes al periodo Alfarero Temprano (300 AC-1.000 DC) y con dataciones absolutas que sitúan sus ocupaciones entre los años 500 y 1.000 DC. Con respecto a periodos posteriores, las evidencias corresponden a escasos materiales alfareros y la gran mayoría de los bloques con petroglifos, que se han atribuido al Tardío-Inka (Troncoso et al. 2006).

III.6.b. Análisis Formal de Muros Corrales de Campos de Ahumada

La tabla 11 presenta la caracterización de las técnicas constructivas del total de 18 muros, reconocidos en las 5 estructuras arquitectónicas de los Corrales de Campos de Ahumada.

Categoría de Análisis	Descripción de los elementos reconocidos
Materia prima	Se reconocieron bloques de rocas ígneas (basalto) y graníticas. Estas rocas utilizadas como material constructivo habrían sido obtenidas a nivel local.
Tamaño Bloques	Se identificaron bloques pequeños (hasta 0.10m.), medianos (0.20m – 0.40m) y grandes (0.40m o más).
Grado de modificación del material utilizado	Se registraron bloques en estado natural (bloque de piedra sin labrar).
Tipo de Aparejo	Se identificó del tipo rústico, donde la disposición de los bloques no presenta un orden definido.
Cabecera de muro	El total de los muros (100%) no presenta elementos sobre la cabecera de los muros.

Tabla 11. Categorías de análisis reconocidas en los muros del Corral de Campos de Ahumada.

A partir del cruce de las variables reconocidas, se identificó solo 1 capa estratigráfica:

CAPA A: Compuesta por bloques de rocas ígneas y/o graníticas en estado natural: en las bases se presentan de mayor tamaño, y a medida que se va elevando, el tamaño de los bloques disminuye. En el 100% de los casos los bloques presentan una disposición rústica dentro del muro.

Con respecto a la factura de los muros, identificamos solo muros de tipo doble con relleno: dos hileras de piedras entre las cuales se observa un relleno de piedras pequeñas. Asimismo, un gran porcentaje de muros (72.2%) presenta uso de mortero. En cuanto a las medidas de los muros, existe variación en las alturas, fluctuando entre 0.8 y 1.6 m, mientras que el espesor de éstos va entre 0.4 y 0.9 m. Estas medidas están fuertemente determinadas por la altura donde se toma la medida, ya que al ver los muros en sección, éstos son de morfología trapezoidal, con bases mucho más anchas que las cabeceras (Figura 76).

El largo de los muros depende de la estructura arquitectónica, pero en general no superan los 65 m de extensión, siendo los más largos el Muro 1 de la estructura E5 y el Muro 3 de la Estructura E3, alcanzando los 62 y 60 m respectivamente. Cabe destacar que en algunos muros los cimientos están compuestos por bloques

grandes, sobre los cuales se extiende la Capa A en un 100%, tanto en el eje vertical como el eje horizontal (Figura 77). Otro elemento que destaca dentro de los Corrales de Campos de Ahumada, es la presencia de aperturas en la base de los muros, para que escurra agua que se acumularía dentro de los recintos por debajo de los muros. (Figura 78). Asimismo, en el muro 3 de la estructura E5, se observa una modificación sobre el muro, correspondiente a la aplicación de una capa de bloques de piedra y abundante mortero (Figura 79).



*Figura 76. Estructura 5, Vano 1.
Fuente: Elaboración propia.*



Figura 77. Estructura 1, Muro 1. Fuente: Elaboración propia.



*Figura 78. Estructura 4, abertura
evacuación aguas lluvia.
Fuente: Elaboración propia.*



*Figura 79. Estructura 5, Muro 3.
Fuente: Elaboración propia.*



*Figura 80. Estructura 1, muro 4. Cerca
de contención
Fuente: Elaboración propia.*

De un total de 18 muros registrados, 12 de ellos presentan un buen estado de conservación (67%), mientras que 5 se encuentran en un estado de conservación regular (28%) y 1 en mal estado de conservación (5%). La mayoría de las modificaciones corresponde a algún grado de derrumbe, pudiendo observar la presencia de cercas superpuesta con vigas de madera en toda la extensión del muro a modo de “barrera de contención” de los muros. Otros de los factores que influyen en el deterioro de los muros, tienen relación con modificaciones al interior de los corrales, donde se construyó una media luna de rodeo en un nivel inferior al suelo de los

corrales, implicando la remoción de tierra, la instalación de grandes estructuras de madera en la parte central del corral y al interior de la estructura E5 (Figura 80). Asimismo, otra de las modificaciones registradas corresponde al cierre y extracción de muros, debido principalmente a que las inmediaciones del corral de Campos de Ahumada están habitadas, incluso ocupándose antiguos espacios “interiores” del corral.

Dentro de la estructura E3, destaca la apertura de un vano con desnivel asociado a estructura de madera, posiblemente vinculado al carguío de animales en camiones. Al parecer, para ello se botó parte del muro para el acceso vehicular, sirviendo como rampa para el ingreso de los animales, sorteando la diferencia de nivel presente en el suelo.

III.6.c. Análisis Formal y Espacial Corrales de Campos de Ahumada

Todas las estructuras que componen el complejo arquitectónico de Campos de Ahumada presentan una cantidad similar de muros (3 y 4 en total) (Tabla 12).

ESTRUCTURA	N MUROS	MORFOLOGIA	LARGO (m)	ANCHO (m)	TIPO	N VANOS
E1	4	Cuadrangular	27	26	Cerrada	1
E2	4	Rectangular	25	18	Cerrada	1
E3	4	Rectangular	59	45	Cerrada	2
E4	3	Rectangular	40	17	Cerrada	2
E5	3	Subrectangular	55	54	Cerrada	1

Tabla 12. Resumen estructuras Corrales de Campos de Ahumada.

En términos morfológicos, se observa una regularidad en los diseños de planta, donde la mayoría de la muestra es de morfología rectangular, seguidos por una estructura subrectangular y otra cuadrangular. En cuanto a las dimensiones de las estructuras, E5 y E3 son las estructuras de mayor tamaño; mientras que las estructuras E1 y E2 presentan dimensiones similares y son contiguas unas con otras (Figura 75).

En términos morfológicos, del plano original, se observa una regularidad en los diseños de planta, donde la mayoría de la muestra es de morfología rectangular, seguidos por una estructura subrectangular y otra cuadrangular. En cuanto a las dimensiones de las estructuras, E5 y E3 son las estructuras de mayor tamaño; mientras que las estructuras E1 y E2 presentan dimensiones similares y son contiguas unas con otras (Figura 75).

En términos espaciales, el corral de Campos de Ahumada presenta un diseño de planta de morfología rectangular, que inscribe 4 grandes espacios contiguos y rectangulares (E1, E2, E4 y E5). Espacialmente, la

estructura E4 es de relevancia, ya que corresponde al acceso del corral y presenta gran cantidad de vanos, articulando el ingreso hacia todas las estructuras presentes en Campos de Ahumada (Figura 75).

IV. Síntesis e interpretaciones generales

Los resultados obtenidos en el estudio arqueológico de seis corrales arrieros del Valle de Aconcagua, han permitido aportar al conocimiento sobre las técnicas de construcción, las etapas constructivas y el uso de los mismos a lo largo del tiempo. A pesar de diferencias en las plantas, materias primas y las técnicas constructivas, en términos generales los corrales presentes en el Valle de Aconcagua denotan elementos comunes.

En la mayoría de los muros de los corrales se utilizaron como materia prima mayoritaria rocas ígneas (andesita y basalto) de tonalidades y tamaños diversos, que fueron posiblemente extraídas de la caja de ríos y esteros aledaños. Estas rocas se utilizaron en estado natural (bloque de piedra sin labrar) o bien presentan al menos una de sus caras trabajada, tendiendo a una morfología con algún grado de regularidad. En general, estas rocas se disponen en los muros con un aparejo rústico, lo que se traduce en que los bloques pétreos no presentan un orden definido. No obstante, algunos muros presentan un mayor orden, exhibiendo un aparejo denominado sedimentario, en el cual los bloques están dispuestos en hiladas de disposición horizontal.

De acuerdo a la altura desde el suelo, la mayoría de los muros presentan tres capas estratigráficas o secciones, que en general se diferencian por el tamaño de sus rocas y el tipo de aparejo que presentan. Tiende a registrarse en la base de los muros una primera capa (denominada en gran parte de los corrales CAPA A) constituida con bloques intercalados tamaño grande y mediano los cuales tienden a una disposición sedimentaria dentro del muro, privilegiando las caras planas hacia el exterior de los muros. Principalmente los bloques de gran tamaño presentan evidencias de desbaste en los bordes, realidad casi inexistente en los bloques de mediano tamaño. Sobre esta se presenta otra (CAPA B) con bloques en promedio de menor tamaño que aquellas que caracterizan a la anterior y con un aparejo de transición entre el sedimentario, situado bajo esta, y el más rústico que predomina en las capas superiores. También en gran parte de los corrales se presenta una capa superior en los muros (CAPA C), con rocas pequeñas en estado natural y dispuestos de manera rústica al interior del muro.

Fuera de estas capas, gracias a los casos de Ramadillas y Sahondé y el registro etnográfico, se puede considerar la existencia de otra capa (CAPA D), actualmente inexistente en la mayoría de los corrales y por lo tanto imposible de delimitar y caracterizar, pero que es mencionada por los lugareños como una delgada cubierta de argamasa de barro y/o ramas de espino u otras especies arbustivas del lugar. Ella es reconocida

bajo el nombre de *Barda*, teniendo por objetivo original, según las versiones recogidas, la protección de la cubierta de los muros, respecto de la acción tanto de los animales de crianza, como de los propios arrieros y de las lluvias y nevadas antiguamente muy relevantes en el sector. Su registro de existencia refiere al periodo de la Hacienda y en algunos sectores, hasta la Reforma Agraria (1960 a 1973) (Razeto, 2015).

En el corral de La Laja (Jahuel) se agregan otras dos capas (CAPAS E y F) siempre dispuestas sobre una capa de rocas de cimientito de poca altura y que corresponden al uso, junto a los de piedra, de los muros de tapiales. Es muy factible que el uso de tapiales se asocie a una tradición local implicando otra manera de construir, que se usó profusamente en todo el Aconcagua para largos muros que delimitaban propiedades en zonas urbanas o semiurbanas (Acuña et al 2007). Aunque se asocia a la tradición de construcción en barro de origen europeo, es necesario indicar que también hay antecedentes del muro tipo tapial en la arquitectura Inka, existiendo probablemente evidencias arqueológicas de su uso en un importante conjunto arquitectónico del periodo de presencia Inka en un espacio muy cercano a este corral (Pavlovic et al. 2012).

En relación a técnicas constructivas, los muros de piedra son de tipo doble con relleno, elaborado por dos hileras paralelas de piedras, en cuyo interior se observa un relleno consistente en piedras de pequeño tamaño (mortero), las cuales ocupan el espacio libre entre los bloques de piedra. Asimismo, existe bastante homogeneidad en cuanto a las medidas de los muros, donde el alto fluctúa entre 1.4 y 1.9 m, mientras que el ancho de éstos entre 1.1 y 1.5 m. El largo de los muros varía dependiendo de la estructura arquitectónica a la que pertenecen.

En forma complementaria a los muros de piedra, se dispone en gran parte de los corrales de estructuras más sencillas generadas con palos y ramas. Por lo general corresponden a estructuras tipo pasillos que permitirían controlar el acceso a los distintos recintos, vacunar o marcar de forma individual a los animales y proceder al carguío de los mismos. El hecho de que sean levantados utilizando vigas y palos de madera, apuntaría que pueden ser mucho más fácilmente modificados ante cambios en la forma de uso de los corrales o en las diferentes etapas en las actividades ejecutadas en estos espacios.

Ahora bien, la existencia de pasillos, determina un recorrido y desplazamiento al interior de los corrales, que está claramente normado, al menos si consideramos la planta original de los corrales. De hecho, pareciera haber una metáfora en piedra del manejo del agua para los cultivos con sus acequias y canales, que se cierran y abren para ir regando gradualmente los campos. En el caso de los corrales es interesante que, como sucede al abrir y cerrar las compuertas o pequeños diques de tierra de las acequias y canales de riego, la apertura y cierre de puertas permita guiar y controlar el movimiento de los animales, como si de un cauce se tratara. Por otro lado, es interesante un patrón que se da en cuanto a la presencia de una especie de antesala a la medialuna, donde el acceso a ésta siempre está en oposición al acceso del ingreso al corral, que por lo general es desde la antesala.

Con respecto al estado de conservación, a pesar del buen estado de conservación genérico, una cantidad importante de muros presentan al menos un tipo de modificación, tales como reparaciones, aplicación de revestimiento de barro o inserción de muro de contención, para detener o aminorar el proceso de deterioro. En términos de frecuencia, un alto porcentaje de estas modificaciones son resultado de derrumbes, afectando directamente la conservación de los muros. Estos derrumbes parecen ser en su mayoría resultado de la combinación de factores naturales (sismos, lluvia, etc.) y antrópicos (modificaciones posteriores a la construcción, tránsito de animales sobre los muros, presencia de viviendas). El caso que presenta el más alto grado de afectación corresponde al de Campos de Ahumada, el cual se encuentra en mal estado de conservación y en parte ocupado por viviendas, lo que reflejaría que ha caído gradualmente en desuso.

Otro tipo de modificación corresponde a la apertura de vanos en los muros, lo que transforma el patrón original de uso y circulación de los complejos arquitectónicos, lo cual es observable por los restos de cimientos que quedan de los antiguos muros o los cortes abruptos en muros que quedan con piedras sueltas y en proceso de caída, al perder sustentación. Esta apertura de vanos está fuertemente asociada a la introducción del transporte de ganado en camiones y otro tipo de vehículos motorizados. El uso de estos vehículos al interior de los corrales ha demandado aumentar el ancho de los vanos y/o generar nuevos vanos. También se asocia al uso de vehículos la generación de terraplenes o socavamientos en asociación a esos vanos o al interior de recintos. La diferencia de altura que generan estos terraplenes o socavamientos, permiten hacer subir los animales a las zonas de carga de los vehículos. Esta modificación en la planta de los corrales, lleva a preguntarse cuales han sido los impactos y transformaciones en la actividad ganadera tradicional de Aconcagua con la incorporación de vehículos motorizados. No solo debió facilitar y acortar los tiempos de traslado hacia y desde los corrales de los animales en etapas de subida o bajada de las veranadas, sino que pudo haber generado modificaciones en la circulación al interior de los corrales y, lo que es más importante, cambios más significativos en este modo de vida tradicional, al menos para algunos arrieros o en las relaciones entre estos. Independientemente de esto, el análisis espacial del emplazamiento específico de cada uno de los corrales demuestra que ésta no fue una elección azarosa, sino que sería resultado de diversos factores. Al respecto, es interesante constatar su cercanía a la caja fluvial de cursos hídricos que, aunque de distinto caudal y régimen, permitieron proveer de la principal materia prima: guijarros de río de tamaño mediano.

Fuera de lo anterior y de mayor importancia, es el hecho de que en gran parte de los casos estudiados los corrales se sitúan en la zona de transición (actual o al menos aquella definida desde la época colonial) entre los terrenos más bajos y posibles de irrigar dedicados al cultivo, y que se encuentran subdivididos en propiedades individuales, y las tierras altas del valle, en rinconadas o laderas de baja pendiente sin uso agrícola actual y dedicados a labores de crianza de ganado caprino o mayor, minería, recolección y otros usos. Estas últimas, en general, corresponden a propiedades comunitarias. Su instalación en terrenos colectivos, de uso común,

no solo puede ser asociada con el hecho de evitar ocupar las más escasas tierras óptimas para los cultivos, sino que también podría estar dando cuenta de que estos espacios funcionan y se mantienen en el tiempo gracias a la participación de una comunidad, de un todo social que es propietario y a la vez beneficiario de estas instalaciones.

Al mismo tiempo, los corrales constituyen puntos nodales de circulación y movilidad, donde confluyen caminos, rutas y senderos, asociados tanto con las subidas y las bajadas de los animales y la congregación de los arrieros al momento de juntar o separar los animales, como de circulación hacia o desde la cordillera que no tienen que ver necesariamente con la ganadería (recolección de hierbas, obtención de materias primas, circulación de ganado menor, caza, turismo, entre otros). Tanto esta dimensión espacial o ambiental de transición, como el hecho de ser un espacio público donde se desarrollan eventos de congregación social, que conllevan tanto trabajo como el disfrute de la comida, la bebida, el canto y la amistad, al inicio y finalización de las veranadas y en otros momentos, determina que se constituyan en espacios singulares, separados de las áreas destinadas a las viviendas y de los campos de cultivo donde se concentra la vida doméstica y la cotidianidad. De esta forma se constituyen como lugares de transición, entre los espacios del diario vivir y las más estacionales subidas a la cordillera o esporádica circulación hacia el interior de las rinconadas, un área puente liminal entre los paisajes más profundamente “domesticados” e intervenidos antrópicamente de las tierras bajas y aquellos apropiados sólo de manera parcial o lisa y llanamente “salvajes” de las tierras altas, que atraviesan o son usados por el ganado como veranadas.

Todo lo anterior confirmaría, que el uso de los corrales en el contexto del manejo del ganado no está asociado exclusivamente a dimensiones económicas, sino que reviste una significación mucho mayor. Los eventos de carácter múltiple (logísticos-administrativos y, al mismo tiempo, festivo-lúdicos) realizados en los corrales, cumplen roles de gran importancia en términos de reproducción de la sociedad. Permiten reunir a los miembros de las distintas familias de una localidad y miembros de otras comunidades de otros valles con similares formas de vida, reforzando periódicamente los lazos de parentesco y amistad, generando una tradición cultural particular. Y esta tradición cultural tendría en los corrales una de sus expresiones materiales más significativa y monumental, posiblemente una de la más visibles e importantes tanto para los arrieros como para la comunidad toda. La importancia del desarrollo en espacios transicionales o liminales, de eventos de carácter multisensorial (fiestas) que revisten al mismo tiempo dimensiones y acciones políticas, sociales y lúdicas para la reproducción de las comunidades humanas ha sido fuertemente destacado durante las últimas décadas, tanto en los Andes para tiempos prehispánicos y actuales, como en otras zonas del mundo. Esto es resultado, por un lado, de los avances en el conocimiento antropológico del rol de las fiestas, banquetes y agasajos en las estructuras y dinámicas sociopolíticas y en las forma de reconocerlas y estudiarlas arqueológicamente (Dietler y Herbich 2001; Kaulicke 2005; Giovanetti et al. 2013) y, por otro, del estudio etnohistórico de la importancia económica y sociopolítica que han tenido (y tienen) en la tradición cultural

andina tanto prehispánica como post contacto (Rostworoski 1999; Farrington 1998; Gose 1993). En ese marco, el uso de la piedra para los muros no sólo sería la expresión de una necesidad de encerrar, separar o categorizar a los animales, sino que también podría interpretarse como una demostración de lo que puede construir y mantener una comunidad de iguales y, al mismo tiempo, una expresión de la sociedad local y un lugar donde todos se reúnen a reforzar esa identidad, colaborando y festejando. En ese sentido, podría señalarse que los corrales serían en parte herederos del carácter de congregación social e interacción y negociación sociopolítica que tuvieron los complejos arquitectónicos del periodo Tardío-Inka en el Valle de Aconcagua (Pavlovic et al. 2013; Troncoso et al. 2012).

En ese marco, es necesario señalar que los Corrales del Chalaco presentan una mayor superficie y denotan en su planta original una planificación previa más compleja⁴ que los restantes conjuntos considerados en este estudio⁵. Esta situación, que claramente está relacionada con el manejo de un número muy grande de animales y, al mismo tiempo, con una lógica de acceso y movilidad bastante normada, se podría correlacionar hipotéticamente con el sistema capitalista y compartimentado de la explotación de los recursos desarrollado por las haciendas de la zona durante la Colonia y la República, más que a su construcción y uso por comunidades de campesinos y ganaderos independientes agrupados voluntariamente y propietarios de un número menor de animales, situación que se reflejaría en los otros corrales (Pavlovic et al. 2015). Al respecto, si se aprecian las plantas de la mayoría de los otros corrales considerados en este trabajo y otros situados en el Aconcagua donde no se habría desarrollado el sistema de la haciendas y más bien funcionaron de manera continua las denominadas “comunidades de campo”, compuestas por campesinos independientes que tenían propiedades colectivas de las zonas altas dedicadas a las pasturas de ganado, estos no evidencian la planificación y la planta tan normada que expresan los corrales del Chalaco. Sí comparten otros elementos, como los elementos básicos en su planta (pasillos, recintos cuadrangulares o rectangulares, medialuna), similares técnicas constructivas y las labores de reparación y mantención permanentes, lo que denotaría que a pesar de las diferencias sus constructores y sus usuarios compartían una tradición “pirquera” común.

Independientemente de lo anterior, ha sido posible establecer que con posterioridad a su construcción, los Corrales del Chalaco han estado sometidos a diferentes modificaciones relacionadas, por un lado, con la conservación de sus muros, expresada en acciones que evidencian falta de planificación central y, por otro, con la alteración de los circuitos restrictivos de acceso y movilidad originales del sitio. Esto se expresa en la

4. Posiblemente incluyendo la participación de un especialista alarife o topógrafo, fundamentalmente por la orientación de los muros y las similaridad en los tamaños de los recintos E1, E2, E3, E4, E5, y E6, los cuales tienen superficies casi exactamente iguales.

5. Con la única excepción de Ramadillas, si es que se asume que los recintos situados inmediatamente al oeste del mismo, actualmente derruidos, fueron parte en forma sincrónica de un mismo conjunto arquitectónico arriero, los que significaría una superficie de aproximadamente 22.000 m², total muy cercano al área de los Corrales del Chalaco. Si esto se confirma, esto podría estar significando que en Ramadillas también habrían estado originalmente ligados a labores ganaderas ligadas a un estructura hacendal, posiblemente a la antigua hacienda de Piguchén.

generación de accesos directos desde el exterior hacia las estructuras centrales, quizás en una lógica de uso restringida solo a algunos de los recintos por parte de un número acotado de arrieros, ya sea por un quiebre con las modalidades de uso que se tenían al momento de la construcción y uso original de los corrales y/o por la disminución significativa del número de cabezas de ganado en la zona.

Es factible suponer que la desaparición de las haciendas con la Reforma Agraria de las décadas de los 60 y 70 del siglo XX y la división de las grandes propiedades entre los antiguos inquilinos que pasaron a ser campesinos y arrieros independientes, debió haber generado cambios en la forma de uso del conjunto arquitectónico que se había manifestado previamente. Se pudo haber pasado de patrones muy normados y definidos desde el patrón de la hacienda y sus allegados sobre el acceso y movilidad al interior del conjunto, a una planificación basada más bien en acuerdos y consensos entre los campesinos libres, que pudieron haber acordado la subdivisión de los recintos de los corrales entre diferentes familias o grupos de familias específicas. Algunas de estas últimas pudieron haber decidido generar accesos directos a los recintos particulares que utilizaban, sin necesidad de utilizar las vías de circulación tradicionales, que quizás se asociaban además con las restricciones impuestas por la hacienda.

Del mismo modo, y en términos generales para todos los corrales analizados, los cambios económicos y climáticos (prolongadas sequías) generados durante las últimas décadas en la zona, han impactado fuertemente los sustentos económicos de las formas de vida tradicionales, como la de los arrieros. Esto seguramente se ha traducido en una disminución del número de animales que necesitan ser llevados a las veranadas y agrupados en los corrales a su bajada de estas, y, por ende, en una subocupación de los mismos. Esto queda evidenciado al constatar en los recintos de algunos corrales el derrumbe de sus muros, su reocupación como espacios habitacionales y/o la existencia de renovales de espinos, los que difícilmente habrían crecido si la ocupación de los mismos por el ganado fuera periódica.

Por otro lado, aunque asignar una cronología precisa para la construcción de los corrales es difícil de establecer y queda abierta a la integración con los antecedentes históricos y etnográficos, si se considera que el uso del ganado de origen europeo (bovino, equino, caprino, ovino) se consolida como parte fundamental de la economía local posiblemente hacia fines del siglo XVII (tanto en relación al consumo local como a la exportación al virreinato del Perú de subproductos como sebo, cordobanes y otros productos), esta etapa podría ser el piso cronológico inicial (Baraona et al. 1960). En este marco, es posible proponer que la construcción y utilización de los Corrales del Chalaco sea algo más tardía y esté situada en un periodo entre fines del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, la época de expansión y auge inicial del sistema de las haciendas, al menos en lo que respecta a su configuración general.

Cabe señalar, por último, que todos estos planteamientos son preliminares y sesgados ya que se asocian

básicamente con el registro de la materialidad de los corrales e inferencias generales, amparadas en antecedentes de distinto tipo. La significación profunda o “densa” de los corrales para la cultura campesina y arriera de Aconcagua o las transformaciones que se han dado en las formas de uso de los corrales y como estas reflejan cambios en los modos de vida y el acceso a nuevas tecnologías solo pueden ser abordados de manera compleja realizando un cruce crítico con la información etnográfica e histórica generada para los mismos corrales.

V. Bibliografía

- Acuña M., Arteaga, C., Razeto, J., y Suckel, H. (2007).** *Oficios tradicionales de Aconcagua* (1a. ed.). Ediciones del Centro Almendral. San Felipe, Chile.
- Ayán, X. (2003).** Arquitectura como tecnología de construcción de la realidad social. En *Arqueología de la arquitectura*, 2: 17-24.
- Baraona, R., Aranda, X. y Santana, R. (1960).** Valle de Putaendo. Estudio de estructura agraria. Instituto de Geografía, U. de Chile. Editorial Universitaria.
- Bibar, G. de. (1979).** [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Ed.: Leopoldo Sáez-Godoy. Colloquium Verlag, Berlín.
- Bustos, V. (2012).** Informe ejecutivo rescate arqueológico sitio Chalaco 9. Proyecto construcción embalse Chacrilla. Manuscrito en poder de los autores.
- Contreras, H. (2000).** Empresa colonial y servicio personal en la encomienda de Putaendo, La ligua y Codegua. (1549-1630). Informe de Investigación de Proyecto Fondecyt 1970531. Ms en poder del autor
- Criado, F. (1999).** Del Terreno al Espacio: Planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje. Criterios y Convenciones en Arqueología del Paisaje. 6: 1-59. Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad de Santiago de Compostela (Eds.), Galicia, España.
- Dietler, M. y I. Herbich. (2001).** *Feast and labor mobilization*. En: *Feast. Archaeological and ethnographic perspectives on food, politics and power*, edit. M. Dietler y B., pp. 240-264. Smithsonian Institute Press, Washington.
- Farrington, I. (1998).** The concept of Cusco. Tawantinsuyu (5): 53-59
- Fonck, F. (1896).** Las sepulturas antiguas de Piguchén. El Mercurio de Valparaíso, 18 de diciembre.
- Gazmuri, J. (1970).** Asentamientos Campesinos. Una evaluación de los primeros resultados de la reforma agraria en Chile. Ediciones Desal-Troquel. Buenos Aires.
- Giovannetti, M. Spina, J. Páez, M. C. Cocherro, G. Rossi, A. Espósito, P. (2013).** En busca de las festividades del Tawantinsuyu. Análisis de los tiestos de un sector de descarte de El Shincalde Quimivil. *Intersecciones en Antropología* 14: 67-82.

- Gose, P. (1993).** Segmentary state formation and the ritual control of water under the Incas. *Comparative Studies in Society and History*, vol 35, n° 3: 480-514.
- Igualt, F. (1970).** Investigaciones de Petroglifos en Jahuel. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* 3:193-201.
- Kaulicke, P. (2005).** Las fiestas y sus residuos: algunas reflexiones finales. *Boletín de Arqueología PUCP* 9: 387-402.
- Keller, C. (1976).** Michimalonco, Pedro de Valdivia y el nacimiento del pueblo chileno. *Sociedad de Historia y Arqueología de Aconcagua*, San Felipe.
- La Mura, N. (2014).** Estructuración de prácticas sociales y uso del espacio en las instalaciones arqueológicas de Miño (Alto Loa, II Región de Antofagasta). Memoria para optar al título de Arqueóloga. Universidad de Chile.
- La Mura, N. Pavlovic, D y Muñoz, R. (2017).** Estudio Arqueológico FONDART 411044 “CORRALES Patrimoniales: Estudio de Cultura Arriera en la cordillera norte del Aconcagua”. Ms en poder del autor.
- Mañana, P. Blanco, R. y Ayán, X. (2002).** Arqueotectura 1: Bases Teórico Metodológicas para una Arqueología de la Arquitectura. Instituto de Investigación Tecnológicas, Universidad de Santiago de Compostela, 25 (103 páginas).
- Massone, M. (1978).** Los tipos cerámicos del Complejo Cultural Aconcagua. Tesis para optar a la Licenciatura en Arqueología y Prehistoria. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- Niemeyer, H. y Montané, J. (1966).** El arte rupestre Indígena en la zona centro sur de Chile. *Actas y Memoria del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, tomo II: 419-452. Buenos Aires.
- Niemeyer, H. y Cereceda, P. (1984).** Geografía de Chile. Tomo VIII: Hidrografía. Instituto Geográfico Militar, Santiago.
- Pavlovic, D. (2000).** Periodo Alfarero Temprano en la cuenca superior del Río Aconcagua. Una primera aproximación sistemática a sus características y relaciones. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* N°30: 17-29
- Pavlovic, D. (2003a).** Las Tierras altas del valle y el patrón de asentamiento de las poblaciones agroalfareras en la cuenca superior del Río Aconcagua. *Actas del IV Congreso Chileno de Antropología* (Santiago, 2001), tomo II: 1.399-1.404
- Pavlovic, D. (2003b).** Informe Arqueológico. Diseño de Planes de Conservación Ambiental de 3 Ecosistemas Patrimoniales Naturales Relevantes del Valle de Aconcagua. Manuscrito en poder de los autores.
- Pavlovic, D. (2016).** La comarca antes de la “Historia”. Breve síntesis sobre las comunidades prehispánicas de Aconcagua. En: *Aconcagua La Comarca*, A. Canales, M. Canales y J. Razeto (eds.). (pág. 35-60). Ediciones del Centro Almendral.
- Pavlovic, D. (2021).** Informe Caracterización arqueológica Sitio Calle Comercio 1. Proyecto Consultorio Familiar Valle Los Libertadores. Comuna de Putaendo, provincia de San Felipe, Región Valparaíso. Ms en

poder del autor.

Pavlovic, D. y R. Sánchez (2003). Caracterización Inicial del Periodo Intermedio Tardío en la Cuenca Superior del Río Aconcagua. Informe Tercer Año y Final Proyecto Fondecyt N°1000172. Manuscrito en poder de los autores.

Pavlovic, D., R. Sánchez y A. Troncoso (2003). Prehistoria de Aconcagua. 107 pág. Ediciones del Centro Almendral.

Pavlovic, D., R. Sánchez, P. González y A. Troncoso. (2004a). Primera aproximación al periodo alfarero en el valle fronterizo de Putaendo, cuenca superior del Río Aconcagua, Chile Central. Actas XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, tomo III: 239-255. (Córdoba, 1999)

Pavlovic, D., A. Troncoso, P. González y R. Sánchez. (2004b). Por cerros, valles y rinconadas: Primeras investigaciones arqueológicas sistemáticas en el Valle del Putaendo, cuenca superior del Río Aconcagua. Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, tomo II: 847-860 (Arica, 2000)

Pavlovic D., y Troncoso A., Sánchez R. y Pascual D. (2012). Un tigre en el valle, vialidad, arquitectura y ritualidad inkaica en la cuenca superior del Río Aconcagua. Chungará Vol. 44, N°4: 551-569

Pavlovic, D., D. Pascual, C. Cortes, A. Martínez, M. Albán, C. Dávila, E. Rosende y F. Villela. (2013). Formas de ocupación del espacio en el Valle de Aconcagua durante los periodos Intermedio Tardío y Tardío. En: Distribución espacial en sociedades no aldeanas: del registro arqueológico a la interpretación social, editado por F. Falabella, L. Sanhueza, L. Cornejo e I. Correa, pp. 117-142.

Pavlovic, D., La Mura, N. y Muñoz, R. (2015). Expediente Declaración como Monumento Nacional en la categoría Monumento Histórico Corrales del Estero Chalaco, Caracterización Arqueológica. Manuscrito en poder de los autores.

Razeto, J. (2015). Comunidades, Saberes, Lugares, Paisajes y Tensiones en las Montañas Andinas de Aconcagua en Chile Central. Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.

Sánchez, R. (2000). Investigaciones Arqueológicas en el curso superior del Río Aconcagua. Repercusión en la prehistoria de Chile Central. Actas del III Congreso Chileno de Antropología (Temuco, 1998). Tomo I: 423-430. Lom Ediciones

Sánchez, R. 2004. Tawantinsuyu en Aconcagua (Chile Central). Chungará 36 (2): 325-336

Sanguinetti, N. 1968. Algunos petroglifos de Piguchén. Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso N°1: 249-259.

Sanguinetti, N. (1972). Notas sobre la arqueología de Campos de Ahumada. Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso N°5: 271-291.

Silva, F. (1962). Tierras y Pueblos de Indios en el Reino de Chile. Esquema histórico-jurídico. Estudios de Historia del Derecho Chileno N° 7. Facultad de Ciencias Jurídicas, políticas y sociales, Universidad Católica de Chile. 253 pp.

- Stehberg, R. (1995).** Instalaciones incaicas en el Norte y Centro Semiárido de Chile. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM, Santiago
- Troncoso, A. (2003).** Proposición de estilos para el arte rupestre del Valle de Putaendo, curso superior de Río Aconcagua. Chungará, vol. 35, N°2: 209-231.
- Troncoso, A., Sánchez, R., y Pavlovic, D. (2006).** Forma, contenido, sustancia y expresión. Arte Rupestre en la cuenca superior del Río Aconcagua. Segundo Informe Proyecto Fondecyt N°1040153. Ms
- Troncoso, A., Rodríguez, J. y Sánchez, R. (2011).** EIA Proyecto Embalse Chacrillas Comuna de Putaendo, V Región Ampliación de Línea Base – Pozos de Sondeo Recursos Arqueológicos y Culturales.
- Troncoso, A., Pavlovic, D., Acuto, F., Sánchez, R. y González-García, C. (2012).** Complejo Arquitectónico Cerro Mercachas: arquitectura y ritualidad incaica en Chile central. Revista Española de Antropología Americana 42 (2): 293-319.
- Vega-Centeno, R. (2007).** Construction, labor organization, and feasting during the Late Archaic Period in the Central Andes. Journal of Anthropological Archaeology, 26:150 – 171.

III. Acercamiento histórico a los orígenes y trayectorias de la ganadería y corrales ganaderos en la cordillera norte del Aconcagua.

Hanny Suckel Ayala¹

Elisa Ibaceta Tapia²

Jorge Ahumada Figueroa³

Javiera Larraín Suckel⁴

Introducción

Al diseñar el proyecto “Corrales Patrimoniales: estudio de cultura arriera en la cordillera norte del Aconcagua”, nos planteamos como objetivo contribuir a descifrar los componentes espaciales y de memoria social de la actividad ganadera en Aconcagua, especialmente de los territorios y corrales incorporados a este estudio en una lectura diacrónica: Tras ello, el capítulo desde la Historia se documentó en la búsqueda de archivos y bibliografía atinente; diversas entrevistas y observación participante en los eventos realizados por los arrieros durante el tiempo de investigación, procurando descubrir las condiciones y modificaciones de propiedad de cada corral y sus localidades asociadas, las conformaciones comunitarias, sus vínculos con la gran propiedad y los centros urbanos de Argentina y Chile, así como temáticas relevantes que han marcado sus trayectorias.

A medida que fuimos compenetrándonos en cada localidad, vislumbramos la importancia y valor patrimonial que tienen para el Valle del Aconcagua, la Cordillera de los Andes, los corrales, las prácticas de arriería y los habitantes de las localidades involucradas, quienes mantienen y preservan parte del patrimonio territorial.

1. Licenciada en Sociología, CIEM Aconcagua.

2. Licenciada en Sociología, colaboradora CIEM Aconcagua.

3. Presidente directorio CIEM Aconcagua.

4. Licenciada en Historia, colaboradora CIEM Aconcagua.

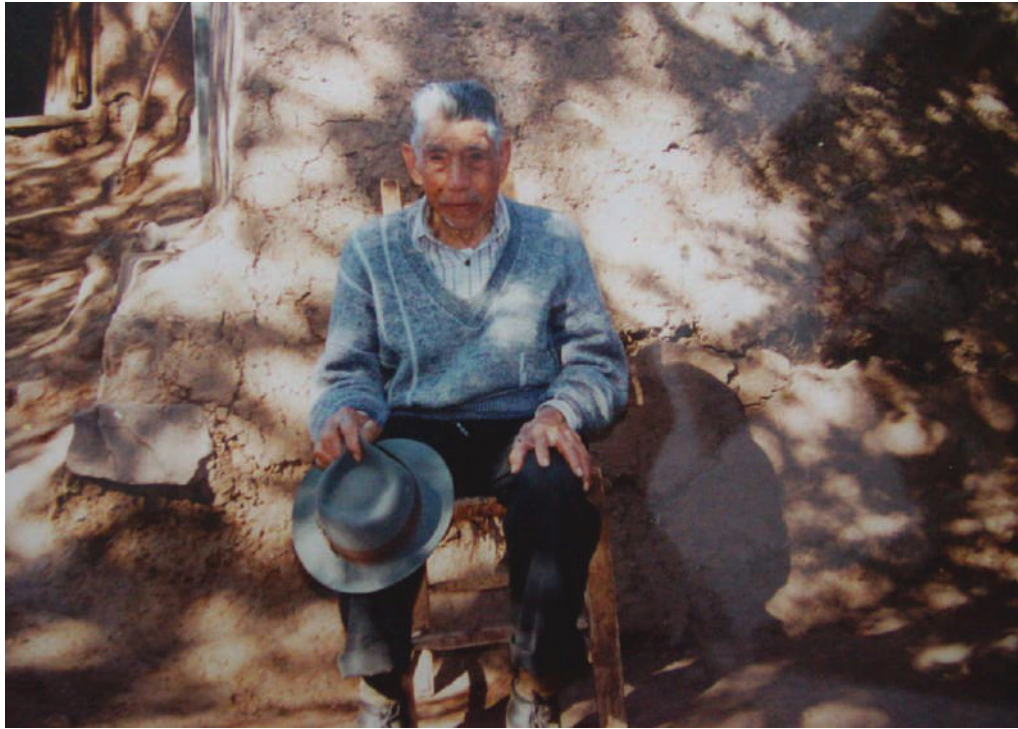


Figura 81. Comunero de Sahondé. Fotografía: Manuel Vergara.

Comunidades locales y sus corrales

- ***Corral del Chalaco:*** Ubicado en el sector más septentrional de la comuna de Putaendo, en Los Patos. Son los corrales más grandes en toda la Zona Central del país, declarado en 2017 Monumento Nacional, bajo la figura de Monumento Histórico. Dicha estructura y localización, se asocia a la ruta que vio pasar el Ejército de los Andes con San Martín.
- ***Corral de Ramadillas:*** Se encuentra emplazado al sur del corral del Chalaco, cruzando el lecho del río Putaendo, en la serranía de Piguchén. Este corral tiene un fuerte atractivo natural, ya que en su proximidad se ubican humedales que aportan una gran biodiversidad a la zona.
- ***Corral de Piguchén:*** Ubicado en la localidad de Piguchén, ladera sur-este del río Putaendo en la Comuna

de Putaendo. Se sitúa en el área de entrada a las serranías aledañas, con cercanía a una zona de petroglifos y diversidad natural que potencian su interés histórico. Este corral se encuentra cercano al de Ramadillas, ambos al frente del de Casablanca.

- ***Corral de La Quebrada:*** En la serranía de la Quebrada o Sahondé, comuna de Putaendo, se emplaza su bien conservada estructura, que cuenta entre sus atractivos la proximidad al cerro Orolonco. Ligados a una fuerte tradición huasa de la localidad, constituyen el lugar tradicional de la celebración anual del rodeo de campo, que celebra el descenso de la veranada arriera con el ganado. La fiesta incluye domaduras y juegos típicos matizados de folclore, congregando a gran parte de la comunidad local.
- ***Corral de La Laja:*** Se conforma por dos corrales y una medialuna, ubicado dentro de un ecosistema diverso y abundante como lo es el cajón de El Zaino, Jahuel en la comuna de Santa María, declarado Santuario de la Naturaleza en 2020. Se sitúa dentro del territorio perteneciente a la Comunidad de Campos de Jahuel, comunidad agrícola compuesta por más de cien comuneros. Sus actividades económicas asociadas a las montañas son: ganadería de bovinos, ovinos, caprinos, mulares y caballares en la parte alta, así como la agricultura de olivos, tunas y otros productos en pequeña escala en la parte baja.
- ***Corral Los Álamos:*** Ubicado en la parte alta de los terrenos pertenecientes también a la propiedad colectiva de la Comunidad Campos de Ahumada, en la comuna de San Esteban. Se compone de pequeños corrales y una medialuna que tiene un uso multifuncional, ya que sirve para la realización de los rodeos de bajada y subida a las veranadas y también se utiliza para llevar a cabo el rodeo de carácter deportivo, por lo que su construcción se ajusta a los requerimientos normativos de este deporte.

La cordillera en tiempos Prehispánicos

El Valle de Aconcagua, por ser un paso natural de montaña ha albergado un abanico de etnias y culturas, entre ellas: la cultura Aconcagua (conocidos como Picunches o Mapuches del norte) los que tuvieron una fuerte influencia de la cultura Molle, también de Diaguitas y Quechuas, hasta la llegada de los Incas desde Perú en el año 1495. Los Incas, pueblo esencialmente agricultor, se vieron fuertemente atraídos por la explanada que se extendía a lo largo del río. La participación Inca en el valle generó que fuese el pueblo más activo de la Región (Ahumada y Suckel, 2016)

Los Incas, como primitivos colonizadores, llevaban oro desde el valle de Chile hacia la cordillera,

estableciendo un camino que se iniciaba en la aldea de Aconcagua hasta el Valle del río Mendoza, una ruta que pasó a ser parte integrante del "camino del Inca" (Pavlovic, 2016), por lo que destacan el uso de pasos cordilleranos como canal de comunicación transcordillerana.

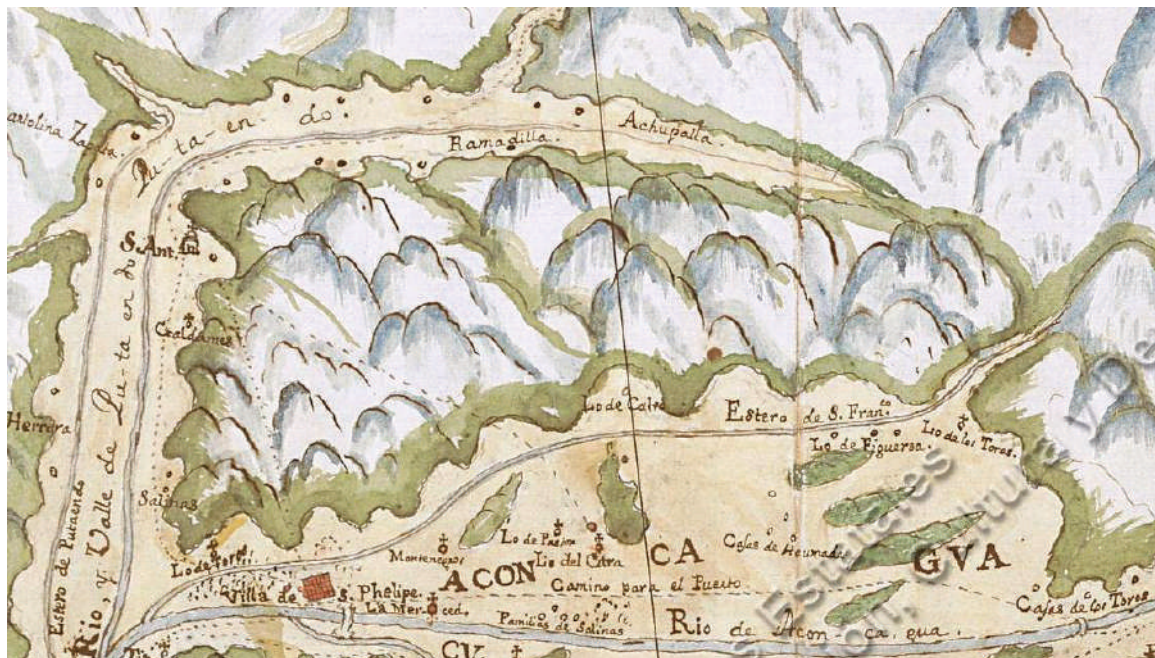
Desde entonces la cordillera del Valle de Aconcagua toma una relevancia estratégica y de subsistencia para quienes habitan sus rincones. Incluso hasta el día de hoy sustenta a sus comunidades, con actividades como la arriería, a través de la cual aún se conservan usos prehispánicos de ciertas estructuras naturales como los aleros rocosos, más conocidos por los arrieros como “casas de piedra”, las que ayudan en la protección de personas y enseres en la cordillera colaborando con diversas prácticas trashumantes.

Topología de Corral

Corrales y pircas como patrimonio cultural

Los corrales han sido estructuras utilizadas por los arrieros durante siglos para pastorear y guardar sus animales en los espacios cordilleranos. Poseen una estructura relativamente simple, la cual se encuentra conformada por pircas carentes de argamasa. En su interior, cuentan con una medialuna central acompañada de corrales de acopio ganadero y, en algunos casos, un sencillo complejo habitacional en la parte exterior, que da albergue al arriero. Por sus dimensiones principalmente en altura, los relacionan con ganado mayor: vacunos, caballares y mulares y no para llamas, alpacas o guanacos, como eran los animales que trasladaban los indígenas.

Tales estructuras son el legado de una tradición ganadera aconcagüina de larga data, que se remonta hasta la época de la Colonia. Dan cuenta de una época de reorganización económica de nivel nacional -posterior a la guerra de Independencia-, cuando se inicia una nueva organización agropecuaria. De esta forma, los corrales fueron un símbolo de la organización y desarrollo inicial de la ganadería. Fueron y aún siguen siendo, puntos de trabajo, encuentros sociales y lugares de expresión cultural.



Conformación del sistema agro-ganadero y los corrales de piedra en el valle de Aconcagua

Terminada la dominación Incásica, durante el periodo de la Conquista, se sabe que el valle pasó a pertenecer a Pedro de Valdivia, quien encargó a Diego García de Cáceres la administración de su encomienda; no obstante, durante la época colonial los indígenas aún conservaban sus propiedades y poblados, y siguieron utilizando parte de la infraestructura generada por las culturas prehispánicas. Un razonable ejemplo son los pasos cordilleranos que utilizaban los Incas en el Valle de Aconcagua, específicamente en Putaendo y Río Colorado, para la comunicación y el tráfico transcordillerano, así como también ciertas serranías escondidas que les permitieron mantener, aunque sea parcialmente su vida independiente. Si bien hay abundante evidencia arqueológica que podría respaldar esta afirmación, paradójicamente hay pocos estudios científicos que puedan refrendar estas afirmaciones (Pavlovic et. al. 2003)

A principios del siglo XVII, llegan al valle muchos soldados del sur luego del desastre de Curalaba (Cebrian, 2008). Venían en busca de minerales, el Orolonco -color oro- los deslumbró desde el primer momento; aunque prontamente se percataron de su escasez y dificultad de extracción. Siendo pobre la realidad de Chile en aquellas épocas, la miseria en la cual vivían los españoles en el territorio es reconocida por los cronistas de la época, obligando a los recién llegados a Aconcagua a cambiar su estrategia de vida y trocar la incipiente minería por la ganadería y agricultura (Ahumada s,f), acogiéndose a la modalidad de mercedes de tierra. A partir de ello comienza la conformación de estancias ganaderas y posteriores haciendas (Bengoa, 1988) cuya amplitud y generosidad de clima y tierras, facilitó una lenta expansión agro-ganadera, aunque no exentas de complejidad en su gestión y control, lo que generó reasignaciones y transacciones verificables. Baraona (1961), registra cesiones durante el siglo XVII a reconocidos e influyentes personajes coloniales, tales como Juan Alvarado, Pedro de la Barrera, Diego Sánchez de Araya, Gonzalo de los Ríos, Cristóbal de Ahumada o Andrés de Toro; tierras que adquieren valor especialmente por el auge ganadero que Santiago impone por la demanda de sebo desde Perú y ciudades en guerra con los mapuche al sur del país (Razeto, 2016).

Algunos antecedentes respaldan la idea que un escribano proveniente de Santiago, Manuel de Toro Mazote, que poseía fuertes relaciones familiares y sociales pero escaso conocimiento agrícola, a mediados del s. XVII, adquiere por diversos mecanismos de cesión y compra a los españoles empobrecidos las mercedes de tierra que les habían asignado, convirtiéndose en el dueño de un extenso territorio: 2.500 cuadras cultivables y 51.000 de serranía (Baraona et. al. 1961). Con ello, Toro Mazote quedó como propietario de la inicialmente reconocida “Hacienda de Putaendo”, la que permanece en la familia por medio de sucesiones durante casi dos siglos, pero con sucesivas descomposiciones en las haciendas El Tártaro - Lo Vicuña, San José de Piguchén, Bellavista y Guzmanes (Baraona et al. 1961). Cabe reconocer en Toro Mazote, ser dueño también de otras haciendas del Valle del Aconcagua, como la de San Regis y San Miguel, otras incluso en la confluencia de las nacientes del Río Choapa por el norte; así como en Cuyo de las Haciendas Rosario y San Lorenzo, que hasta avanzada la Colonia, dependía de la Capitanía General de Chile (Ahumada s.f.). Así, Manuel de Toro Mazote fue uno de los primeros grandes propietarios de haciendas en el Valle de Aconcagua, cuya producción estaba enfocada a la exportación y probablemente contrabando de productos, entre los que destacan los derivados del ganado, lo que refleja la adaptación de un sistema de origen europeo pensado en la exportación comercial. Así, poco a poco, se fue consolidando el poder y privilegios de esta y otras familias sobre la propiedad del valle.

De esta manera se fue estableciendo un soterrado sistema de control cordillerano en los Andes, con propiedades de gran extensión para acercarse al límite internacional, permitiéndoles intercambiar o simplemente contrabandear animales sin pagar las tasas correspondientes (Ahumada y Suckel, 2016). La escasa información entregada por la historia oficial señala que los integrantes de la familia Toro Mazote eran ganaderos que abastecían a las tropas que cuidaban la frontera en Arauco y a las principales ciudades; sin

embargo, nuestra interpretación de su riqueza es otra, pues sus volúmenes ganaderos no eran tan grandes, ni tampoco las tierras altas eran propicias para la engorda tan masiva de ganado; lo cual es refrendado por el hecho de que las haciendas posteriores no privilegiaron precisamente el trabajo ganadero. En consecuencia y como hipótesis de su gran riqueza, se piensa que sólo los contactos de Toro Mazote, que tenía en abundancia, lo recóndito de sus propiedades, la cercanía con la cordillera, Cuyo y Argentina más la ayuda de sus hijos: Andrés, Corregidor de Aconcagua y Gabriel, de Cuyo, podrían explicar el gran comercio ganadero entre Cuyo y Aconcagua, nacido producto de los ingresos provenientes del monopolio comercial para abastecer al ejército regular de Arauco, para aprovechándose de lo anterior, realizar el mayor negocio de exportación de sebos y cordobanes a Perú y principalmente a las minas de Potosí e incluso para traficar negros y esclavos Huarpes por los entreveros andinos (Michieli, 1992). Hasta 1640 Mendoza y San Juan eran ciudades relativamente pobres, pero esto cambia y presentan un auge económico debido a la crianza y traslado de ganado a través de la cordillera. Este tráfico, siendo relativamente desconocido, incluiría ciertamente los territorios de Chile a través de Aconcagua, incluyendo Putaendo y Cabildo, cuyo acceso a las vegas y altas cumbres, era también el gran espacio de operación para otras actividades ilegales ya descritas. Se conforma de esta manera un gran territorio entre ambas vertientes cordilleranas, donde se verifica una álgida y compleja trama de actividades económicas oficiales, de carácter ganadero, comercio y transporte; al mismo tiempo que actividades ilegales. Los Andes en estas latitudes, ya eran en esa época territorios efervescentes y calientes, a pesar del frío y altura de sus montañas. (Razeto, 2016)

Se puede suponer de lo anterior, que el álgido tráfico estacional de ganado y mercancías entre Paraguay, Argentina y Chile, solo era posible gracias a la explotación indígena y al uso de sistemas de corrales que facilitarían su manejo, marcado y distribución; siendo este uno de los argumentos que explican la existencia de grandes corrales ganaderos desde épocas tempranas en diferentes lugares de la cordillera andina y sus serranías, estratégicamente situados. Acevedo Díaz (1911) menciona que durante las vaquerías del siglo XVII los corrales de piedra servían para el tráfico de ganado de Argentina hacia Chile. En consecuencia, los corrales de piedra debieron haberse construido en el siglo XVII, que coincide con el siglo del sebo en Chile, que se usaba para la fabricación de velas y jabones, muy requeridos en Perú y especialmente en las minas de Potosí (Bengoa, 1988); siendo el ganado entonces, un motor explícito de la economía nacional, pero también una fuente implícita de enriquecimiento de unos pocos.

La relevancia de las rutas comerciales trasandinas se ven reforzadas por sistemas de comunicaciones y de control aduanero, como lo muestra Lacoste (2008), para quien la Cordillera de los Andes conforma un álgido espacio comercial desde el siglo XVI, conectando los mercados del Atlántico con los del Pacífico; siendo un constante animador de la vida económica regional. Lo anterior, genera que el Estado de Chile progresivamente intentara controlar los pasos y tránsitos cordilleranos, estableciendo un sistema tributario

que permitiera el cobro de un arancel aduanero denominado Almojarifazgo, acompañado de la instalación de “resguardos militares”, que cumplieran la doble función de proteger el transporte de mercaderías y personas, así como asegurar en la medida de lo posible, el cobro efectivo de los impuestos, como lo demuestran Sotomayor y del Campo, (2015). En dicho contexto, pleno siglo XVIII, la actividad ganadera fue reduciendo su importancia, en la misma medida que los privilegios de la familia Toro Mazote en relación con el control cordillerano. Cabe recordar también, que la explotación de los grandes minerales de Potosí -donde iba la mayor parte del contrabando de sebo y mular - declinó, de esta forma, se da paso al siglo del trigo (De Ramón y Larraín, 1982), donde la agricultura de Putaendo y otros sectores de Aconcagua por sus grandes posibilidades de tener terrenos bajo riego, hizo posible el cambio de ocupación de suelos de ganadería a agricultura. No obstante lo anterior, la ruta de Los Patos mantiene relevancia incluyendo la continuidad del resguardo militar asociado.

Es posible suponer que los resguardos aduaneros de Los Patos y Río Colorado (de Aconcagua) en el s.XVII, se asocian a estructuras corraleras originales que mantienen su vigencia, eventualmente cambiante hasta la actualidad, siendo una clara evidencia del progresivo control estatal en Aconcagua, en desmedro del control ejercido hasta esa época por los terratenientes acaudalados ya mencionados (Razeto 2016). La consolidación de esta política pública, coincide con el momento en que los herederos familiares de Toro Mazote pierden el control territorial y transfronterizo ejercido por más de 200 años, desprendiéndose definitivamente en 1880 de dichas propiedades (Baraona et. al, 1961). Perdido el control del negocio, razonablemente también perdieron el interés por mantener la propiedad de las haciendas, destinando dichos recursos a otros fines lucrativos; aun cuando la actividad ganadera trashumante en Aconcagua y el uso consecuente de los corrales perdura en el tiempo con un progresivo retroceso durante todo el siglo XX, manteniéndose hasta la actualidad, aunque en mucho menor escala.

El segundo enigma existente en el siglo XVII en los corrales de Putaendo, radica en descifrar quiénes los construyeron. La mano de obra lógica a usar por Toro Mazote debió ser la de los indígenas de Putaendo, pero como señalaron los cronistas, este sector estaba prácticamente despoblado al avanzar la Colonia; sin embargo, era abundante el traslado de Huarpes a trabajar a Santiago y específicamente a obras públicas, por lo que es posible imaginarlos como contingente participante en la construcción de los corrales de piedra en esta zona. Los Huarpes eran reconocidos por la construcción de grandes acequias de riego en Mendoza, confeccionadas en piedra y cuya experticia la habrían conseguido durante la dominación Inca en Cuyo. Michieli (1992) abre la comprensión a que durante el periodo colonial fueron utilizados relevantes contingentes Huarpes en los traspasos ganaderos entre ambos lados de la cordillera. Lo anterior es refrendado por Escolar (2007), que explica el impacto demográfico negativo que implicó, durante el mismo periodo, que los indígenas cuyanos fueran llevados por la fuerza por sus encomenderos a Chile, de la misma manera que

muestra evidencia que estos escapaban de los rigores de la encomienda o retornaban refugiándose en áreas de difícil acceso y con recursos para su subsistencia; es decir en las montañas (Razeto, 2016).

Como corolario de ambos estudios, parece razonable inferir que las dinámicas de intercambio de población Huarpe, sea por motivos comerciales o por mecanismos coercitivos, fueron frecuentes entre ambos lados de la cordillera en estas latitudes, generando posibilidades de progresivas mixturas genéticas, que permiten desprender un progresivo mestizaje que posibilita que la población indígena trasandina, se diluyera también entre ganaderos y campesinos chilenos (Razeto, 2016). Asimismo, otros insumos e intercambios genéticos se sucedieron con el tiempo, como aquellos provenientes de la minería salitrera del norte, muchos años después, según consta en los relatos de algunos comuneros actuales. Ello supone imaginar dinámicas de mestizaje múltiples y diversas conformando una compleja trama étnica, difícil de resolver. Por lo tanto, es claro que la conformación de las actuales comunidades campesinas tiene un origen complejo y diverso, donde confluyen diferentes tradiciones arrieras; desde la álgida actividad comercial y de transporte de variada carga colonial, descrita por Lacoste (2000), las poblaciones mestizas y criollas emergentes durante la Colonia definidas por Bengoa (1990); hasta la más humilde y marginal práctica ganadera de subsistencia destacada por Michieli (1986; 1992). Así, las secuencias históricas y transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales, van generando las condiciones para conformar las diversas características poblacionales de los arrieros ganaderos comunitarios de Aconcagua (Razeto, 2016).

En este contexto, es razonable pensar en la desagregación y desmembramiento de la gran propiedad de origen colonial, dando paso a diversas sucesiones hereditarias y venta de tierras que devienen progresivamente en haciendas menores, así como en mediana y pequeña propiedad. Las haciendas San Miguel y San Regis en el año 1767 pasan a ser propiedad de las monjas Ursulinas, mientras Andrés Toro Mazote Cifuentes, hijo de Manuel Toro Mazote de la Serna, es quien hereda buena parte de las propiedades de Putaendo; así como en diversas zonas del valle, como la hacienda San Buenaventura, la hacienda Tabón, la hacienda Catapilco, la hacienda Quintero, la hacienda de Quilpué en San Felipe y en Cuyo, las haciendas San Lorenzo, La Punta y Tres Quebradas (Amunátegui, 1901). Ya en el s. XVIII el heredero Andrés Toro Mazote Hidalgo abandona el contrabando de ganado dedicándose a la agricultura en sus extensas propiedades (Amunátegui, 1901). Este último Toro Mazote fallece sin heredero, a lo que le sigue un largo juicio por la herencia, que acaba en la formación de las haciendas de Lo Vicuña y El Tártaro (Putando), las que más tarde producto de una venta, aparecen como propiedad de don Francisco Subercaseaux (Ahumada s.f.). Así, a través de las herencias resultan múltiples subdivisiones de la gran propiedad, por lo que se fortalece la mediana y pequeña propiedad. En general, el oficio de las grandes haciendas del valle hacia el final del siglo XVIII se diversifica y especializa en distintas producciones para la exportación, siendo el trigo una de las más relevantes, además del cáñamo, viñas y hortalizas. El resto de las propiedades menores de 500 cuerdas, según Baraona (1961),

son sometidas a una progresiva y permanente subdivisión, que lleva a mediados del siglo XVIII, al establecimiento de varios cientos de pequeñas propiedades en el valle, con orientación agrícola y raigambre típicamente campesina.

Origen de las comunidades agrícolas de Aconcagua

Las comunidades agrícolas (también llamadas Comunidades de Campo), son una forma colectiva particular de tenencia de tierra, cuyo origen, según Vergara (2005), es posible rastrear desde los tiempos de la Colonia en el siglo XVI. La versión oficial del Ministerio de Bienes Nacionales (2014), establece que:

[las] Comunidades Agrícolas tienen su origen en el otorgamiento de mercedes de tierra a los conquistadores durante la Colonia, las cuales fueron pasando de generación en generación a sus habitantes, manteniéndose unidas a través de costumbres y tradiciones vinculadas al medio ambiente en el cual se desarrollaron.

En el contexto de la concesión de las ya mencionadas mercedes de tierras a oficiales y personal de tropa en retribución a los servicios prestados al Reino en los albores del siglo XVI; algunas tierras semiáridas y agrestes, fueron asignadas a militares de bajo rango o emprendedores empobrecidos, que sin poseer grandes recursos ni contactos, no conformaron procesos sustantivos de control sobre las mencionadas asignaciones de tierra, siendo muchas de ellas abandonadas por sus asignatarios originales (Razeto, 2016). Por consecuencia se constituyeron en refugios para mineros y ganaderos pobres que sin soporte legal, ocuparon vastas extensiones de tierra por centenares de años, constituyendo inicialmente “comunidades de hecho” sin reconocimiento formal (Razeto, 1986). Mestizos sin mayor vinculación étnica formal, sólo pobres “naturalizados” y asimilados, peones errantes, ocupantes de facto de terrenos aparentemente de nadie, cuya figura genérica se mantiene relativamente estable durante varios siglos; mismo periodo en que de manera paralela se ejercía el control de las tierras privilegiadas por parte de la aristocracia hacendal (Razeto, 2016).

Durante el siglo XIX, las rutas de la cordillera andina habían dejado de ser predominantemente comerciales, dando espacio al dominio de una creciente ganadería mucho más diversa, por el decrecimiento progresivo del control patronal; estableciendo oportunidad para que los ganaderos libres, fueran ganando legitimidad y se apropiaran de un territorio que siendo inicialmente un espacio privado controlado, pasara a un progresivo abandono nunca definitivo; al menos allí donde la hacienda no continuó ejerciendo su poder (Razeto, 2016), posibilitando un dominio comunitario.

No es sino durante el siglo XX, que esta realidad fue progresivamente reconocida y asumida por el Estado, en

tanto su administración política, resuelve otorgarles reconocimiento legal a algunas de ellas que se va plasmando en un sucesivo debate legislativo, que culmina y se consolida en el Decreto con Fuerza de Ley N° 5, dictado el 26 de diciembre de 1967 y publicado en el Diario Oficial el 17 de enero de 1968. En virtud de dicha normativa y bajo procedimientos de validación y reconocimiento de los habitantes que efectivamente ocupaban un determinado territorio, se constituyeron comunidades agrícolas desde las regiones de Atacama a la Metropolitana, hasta que expiró el plazo de vigencia para acogerse a sus beneficios el 5 de agosto de 1998 (Solís de Ovando, 2004). La constitución de las comunidades establecía un número limitado de derechos legales sobre dicho territorio, los cuales se mantenían en una misma cantidad de manera permanente, por lo que los herederos progresivamente accedían a una porción compartida del derecho inicial, generándose lo que comúnmente hasta el día de hoy se reconoce como derechos comunitarios sucesoriales (Razeto, 2016). Ello dificultó su transferencia legal y debilitó progresivamente su funcionamiento, así como también puso en riesgo efectivo algunas de ellas; no obstante la mayoría ha sabido mantener su vigencia jurídica bajo diversas modalidades legales, logrando la consolidación de la figura de propiedad colectiva.

Algunas comunidades son también resultado de los conflictos de deslindes con la gran propiedad, la que progresivamente se fue apropiando de las mejores tierras de riego, “expulsando a las comunidades hacia las rinconadas y serranías; tierras de mala calidad, con pendientes excesivas y con agudos problemas de erosión agravado por el sobretalajeo de ganado menor y la destrucción del matorral para la consecución de combustible” (Gatica y Thayer 1970: 119). De esta manera, entendemos que no existe una sola explicación de origen para estas comunidades, sino que responden a situaciones particulares y diversas; a veces por abandono, a veces por ocupaciones centenarias que devinieron en propiedad, a veces por conflictos entre vecinos o herederos, que devinieron en despojo (Razeto, 2016). Baraona por su parte postula tres momentos dentro de la historia de las comunidades: en primer lugar, el periodo de la indivisión de la serranía; en segundo lugar, el periodo en que se reconocen los derechos de serranía, pero todavía no se cristalizan legalmente las comunidades; y, por último, la aparición oficial de éstas. Así, según Baraona (1961), las comunidades de campo o serranías legales, especialmente de Putaendo, son relativamente recientes y no hay ninguna evidencia de su organización formal anterior a la primera mitad del siglo XIX. Reconoce que para el año 1885 aparece por primera vez, una especie de interventor judicial nombrado por el juez local de Putaendo; pero la legalización de estas comunidades es aún más reciente y proviene de la década de 1940, con la inscripción de las tierras en el Conservador de Bienes Raíces garantizando la posesión legal de la tierra (Baraona, 1961). La inscripción de casi todas las comunidades ha seguido el mismo procedimiento: un grupo de herederos o poseedores de tierras y de derechos afirman ser dueños en común y pro- indivisos, desde tiempo pretéritos, de tierras de serranía que han estado permanentemente destinadas al uso y beneficio de ellos y de sus antecesores destinándolos principalmente, al aprovechamiento de leña y para el pastaje del ganado. La inscripción se hace sobre la base de nombres y apellidos concretos poseedores del bien común. Según el autor, los comparendos

para Putaendo se realizaron todos entre los años 1930 y 1942 aproximadamente; donde se eligieron también a los miembros del directorio de las comunidades, que consta de los mismos cargos existentes habitualmente en las cooperativas agrícolas, que corresponden a presidente, vicepresidente, secretario, tesorero y vocales. El reglamento más antiguo que se conoce es el de Rinconada de Silva del año 1883, y en él se dan las normas generales tendientes a la conservación de aguadas, montes y pastos de la serranía, limitando a 50 cabezas de ganado por cada comunero (Baraona, 1961); los reglamentos posteriores se han inspirado casi al pie de la letra en éste.

Lo cierto es que muchas comunidades agrícolas han sabido permanecer hasta el día de hoy. Dos de las comunidades de campo comprendidas en este estudio de corrales ganaderos, son las Comunidad Campos de Jahuel y Comunidad Campos de Ahumada. Se estima que datan de las mercedes de tierra otorgadas durante la época de la Colonia, por lo que en ambos casos se quedan ajenos y aislados de los procesos económicos y sociales de las grandes propiedades que se desarrollan en lo que hoy es la comuna de San Esteban al sur-este y en la parte nor-oeste de la comuna de Santa María. Incluso en el caso de Jahuel, los corrales de piedra que poseen fueron construidos, según el capataz de crianceros de ese lugar, por la misma comunidad ante la alta presencia de bueyes en el lugar (Arriero 1, Jahuel, 2018). En tanto el territorio de Campos de Ahumada era utilizado por pequeños campesinos-ganaderos de sectores bajos que poseían derecho a pastoreo, como un espacio para llevar su ganado, por lo que se piensa que en base a eso se construyó el corral de piedra existente en la parte alta del sector (Arriero Campos de Ahumada 1, 2018). Con respecto a la comunidad de Sahondé, en el texto de Baraona (1961) es mencionado como “Quebrada de San Antonio”. El autor plantea que esta comunidad, así como otras, fueron en un tiempo de propiedad individual, como la mayoría de las unidades que componen el valle, distribuyéndose de esta forma los terrenos de pastoreo. Por su parte, la Comunidad de Cano Gallego conforma el mayor escenario de ganadería trashumante de las montañas de Aconcagua, eje del territorio cordillerano andino en estas latitudes. Si bien su acceso principal es por Río Colorado, son múltiples las rutas que permiten arribar a las zonas centrales de pastoreo, principalmente la del reconocido sector de El Mercado, donde confluía el ganado de ganaderos de muy diversos orígenes; siendo por lo tanto manejado de manera conjunta, incluyendo novedosas y obligatorias prácticas de reciprocidad y cooperación que se mantienen vigentes hasta la actualidad (Razeto, 2016).

Importancia de la arriería en la Colonia

Durante la Colonia, la arriería fue fundamental para el desarrollo de las actividades económicas en estas latitudes.

El arriero transandino resultaba un actor clave del transporte de mulas para el comercio bioceánico

del Cono Sur de América. En sus manos estaba el servicio más corto pero a la vez, delicado y frágil de todo el sistema regional. Entre la nieve y los caminos de cornisa, el arriero transandino tenía que conducir mulas cargadas y reses para cerrar el circuito entre el Atlántico y el Pacífico; sin su aporte, casi no tendría sentido el largo viaje que realizaban las carretas de Buenos Aires a Mendoza; sólo el arriero transandino y sus servicios de transporte de cargas, hacía posible el puente carretero que atravesaba diariamente las pampas (Lacoste, 2008: 54).

Se entiende que el oficio del arriero durante esta época no se encuentra asociado a la crianza ganadera, sino que al transporte de herramientas, materiales y mercancías a través de las recuas de mulas, desde las haciendas y yacimientos mineros hacia los centros de consumidores, y viceversa (Arce, A.; Corvalán; et al., 2008: 116). En las últimas décadas del siglo XVIII, cada año, 250 empresas de arriería cruzaban la cordillera de los Andes para transportar 10.000 cargas; y en promedio cada partida o caravana transportaba 40 mulas (Lacoste, 2008). La difícil y demorosa labor de los arrieros posibilitó el comercio interno y externo de Chile, puesto que el sistema de transporte y comunicación durante estos siglos presentaba pésimas condiciones durante casi todas las estaciones del año (Arce, A.; Corvalán; et al., 2008).

Tales antecedentes permiten a Lacoste (2008) y otros autores, proyectar la imagen de arrieros altamente especializados en actividades comerciales, preferentemente en transporte de esclavos, yerba mate, frutos, carne seca, ganado y vino, en distintos momentos de la trayectoria comercial entre Cuyo y Los Andes. La arriería incluía servicios de transporte de ganado, de personas y también de minerales, lo que concuerda con la comprensión de un personaje próspero y libre que conocía los entreveros cordilleranos y que organizaba complejas travesías en las que se verificaba su capacidad emprendedora, en una peligrosa actividad que validaba preferencialmente esta ruta. En su acucioso trabajo, Lacoste destaca que entre los años 1800 y 1870 hasta el 90% del comercio a lomo de mulas desde Mendoza se realizaba con Chile por el camino trasandino.

Dada la magnitud y escala que alcanzó la arriería en la zona durante los siglos XVII y XVIII, es necesario asumir que se debieron generar nuevas circunstancias para que en estas tierras fueran, progresivamente, modificándose las condiciones y las características socioeconómicas de los sujetos que transitaban estas montañas (Cortez y Mardones, 2009). Es muy probable que, en esa época, las montañas conformaran también un álgido espacio para la operación de otros grupos sociales: ganaderos independientes y dependientes, fugitivos y contrabandistas, inquilinos liberados, bandidos; conformando un escenario de alta complejidad y convivencia amparada en la distancia, soledad, frío y peligros (Razeto, 2016).

Siglo XIX

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, tanto el Estado como los privados, motivados por razones políticas y económicas, comenzarán a preocuparse por mejorar el estado de los caminos del territorio nacional, implementando, al mismo tiempo, medios de transporte más eficientes como los birlochos y las diligencias. Luego, instaurarán el ferrocarril con el cual se esperaba poder desarrollar la industria y el comercio nacional (Arce, A.; Corvalán; et al., 2008).

En el siglo XIX, las rutas de la Cordillera de los Andes perdieron su predominancia comercial, generándose espacios para el influjo de una progresiva ganadería, tanto de tipo como escala diversa. El esplendor ganadero de la gran hacienda también decreció durante este siglo (Bengoa, 1990), quedando la montaña, de manera gradual, sin un control jerárquico. Así, los ganaderos libres -debido a la coyuntura- fueron obteniendo legitimidad y se fueron apropiando de un territorio en otra hora privado y controlado, el cual pasó a un progresivo abandono, nunca definitivo. “Circunstancias históricas y criterios sociopolíticos, llevan [...] a consolidar un dominio comunitario, complejo, empobrecido, pero a su vez libertario” (Razeto, 2016).

Periodo de la Independencia

Durante el periodo de la Independencia, Putaendo fue el primer punto de apoyo del Ejército Libertador, ya que el grueso de este ejército ingresó por el paso Los Patos. En sus límites comunales se llevó a cabo el Combate de Las Coimas el 7 de febrero de 1817, entre el Ejército Libertador y el Ejército Realista, siendo el primer enfrentamiento entre ambos en el periodo de la Patria Nueva. Es así como Putaendo fue el primer pueblo libre del dominio Español.

Copiosa información documental para la época de la Independencia (Baraona, 1961; Lacoste, 2008; Cortez y Mardones, 2009; Cruz, 1996), refiere a su vez al Camino Real de Achupallas, que corresponde al paso obligado de Santa Rosa de Los Andes, reconocido como el primer puerto terrestre de Chile, que a su vez es asociado a la hacienda Lo Vicuña de Putaendo. Es decir, obligatoriamente alude al paso cordillerano y a la guardia de Achupallas, conocida posteriormente como resguardo militar de Los Patos, conformando un hito fundamental en la historia republicana nacional como se revisará a continuación.

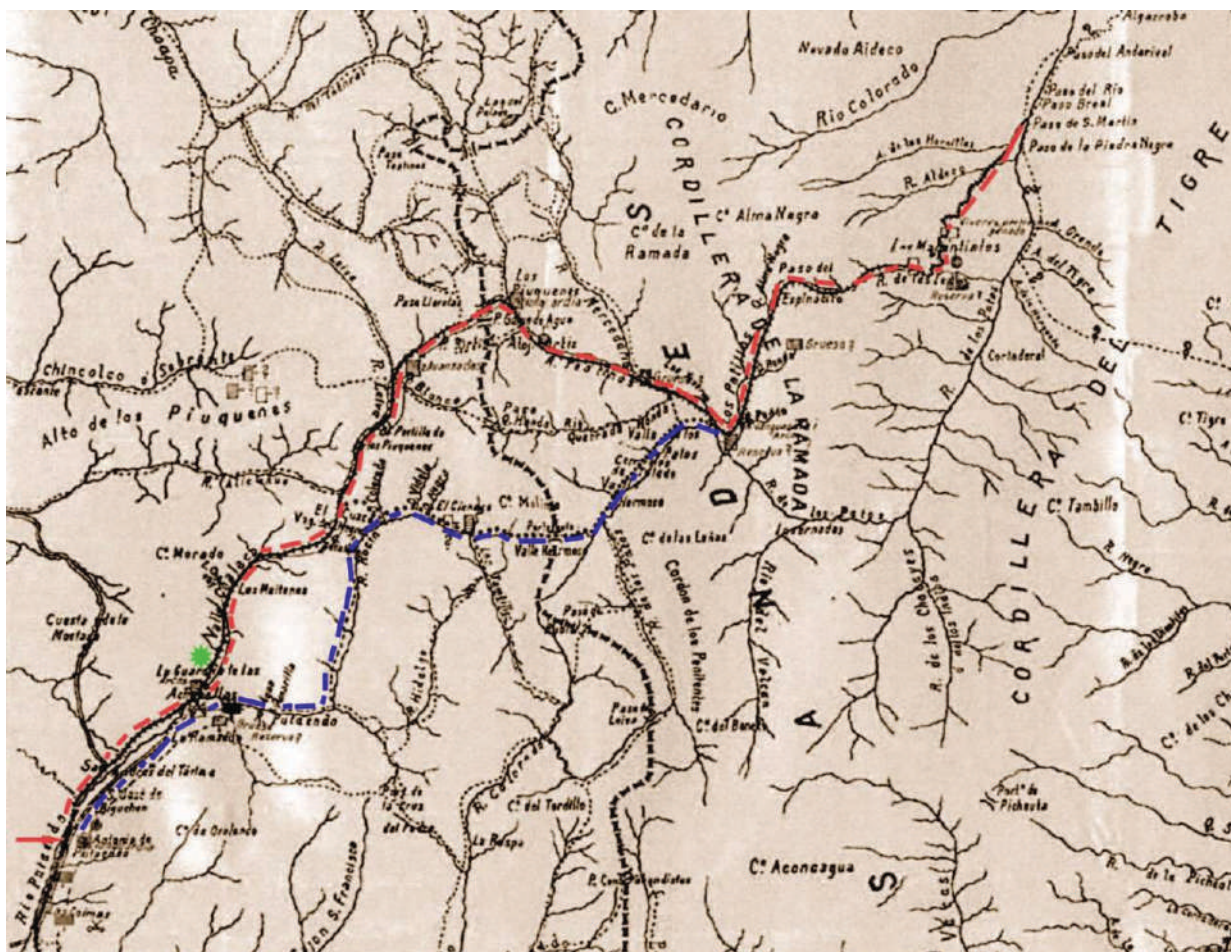


Figura 83. Detalle de plano de las rutas de ingreso del Ejército Libertador; con los puntos de descanso y encuentro con contingentes realistas. Febrero de 1817. El asterisco indica la ruta por el borde del estero Chalaco y su encuentro con soldados realistas cercanos al resguardo de Achupallas. Fuente: Estudio sobre el paso por la cordillera de Los Andes efectuada por el General San Martín en los meses de enero i febrero de 1817. Segunda edición, Santiago de Chile, talleres del Estado Mayor General, 1917, pp.280- 281.



Figura 84. Óleo sobre tela. Julio Vila y Prades, 1910. Colección Museo Histórico Militar. Interpretación histórica que simboliza el cruce del Ejército Libertador por la cordillera de los Andes, en febrero de 1817.

Putando, San Felipe y Los Andes, eran tránsito obligado de correos, mensajeros y espías entre Mendoza, Valparaíso y Santiago. Mientras las otras provincias tardaban meses en saber los acontecimientos, las milicias y autoridades de Aconcagua, las conocían antes que en Santiago.

El continuo intercambio de mercaderías y vituallas en Cuyo, la camaradería que existía entre los baqueanos de ambas provincias, el entroncamiento de familias chileno-argentinas, la cultura y romanticismo de los pobladores de este Valle, manifestado en todas las etapas históricas, el apasionamiento de los fueros y libertades lugareñas, el carácter levantisco contra todo atropello a los derechos cívicos, han hecho de nuestra provincia algo aparte y de fortísima personalidad. (Cruz, 1996: 89).

Bertling (1917), estudioso de la obra de San Martín y particularmente de la estrategia militar y caminera que dio a su expedición libertaria, refiere aspectos que parecen relevantes de destacar, sea por el reconocimiento a la labor de los arrieros y guías locales, como por la propia estrategia asumida:

No olvidaremos aquí, los importantes servicios que prestaban en la defensa de la Provincia de Cuyo, los patriotas chilenos, dando aviso sobre todo lo que sucedía entre los españoles en Chile; en eso se basaron la mayor parte de las resoluciones que el general tomó respecto de sus planes, tanto para oponerse a una invasión de los realistas como más tarde en la expedición a Chile. Si San Martín no hubiera sido tan bien servido por sus gentes (que en su mayor parte eran chilenos), el éxito de su empresa no hubiera sido tan favorable a la causa de los patriotas como lo fue. (Bertling, 1917: 30).

Es importante establecer que en la comuna de Putaendo vivió el patriota José Antonio Salinas, él fue quien mantuvo correspondencia con José de San Martín mientras se preparaba el Ejército Libertador en Argentina y también es la comuna donde vivió el baqueano Justo Estay, que ayudó a cruzar la cordillera de los Andes a O'Higgins y San Martín por pasos cordilleranos secretos (Noel Fuentes en Pladeco, 2015).

Transiciones económicas, políticas y administrativas

Durante la segunda parte del siglo XIX la ganadería mayor declina en el valle regado del río Aconcagua, producto del avance de los cultivos que fueron ocupando las praderas naturales, también por la mayor extensión del regadío, mayor división de la propiedad y por la fuerte competencia de la raza de ganados provenientes desde la pampa argentina y que afectaron aún más a la región, ya que era una de las puertas de entrada de esta importación. Se inicia en adelante una reorientación y sustitución de una ganadería extensiva

que se desenvolvía a través de “veranadas” e “invernadas”, que se orientaba hacia prácticas como el pastoreo, el rodeo, la producción de sebo, cueros y charqui, y que se desarrollaba en el contexto de extensas propiedades destinadas a praderas naturales. A continuación, los agricultores con una renovada orientación empresarial, prefirieron dedicarse a una ganadería de tipo intensiva más especializada, junto con la introducción a pradera artificial, en base al cultivo de alfalfa, cultivo que más tarde sería un gran dinamizador económico de la zona (Aránguiz y Rodríguez, 1995-1996). En los sectores más aislados y menos afectados por la estructura económica de la gran propiedad, diversifican cada vez más su producción agrícola y ganadera a pequeña escala. Sin embargo, no abandonan la ganadería trashumante.

Es a partir de la constitución de 1833 que posteriormente se realizan las divisiones administrativas, que estarán vinculadas a nombres de grandes fundos o haciendas, más que a villorrios, y es así como Aconcagua Arriba se divide en subdelegaciones como la 4° Quilpué y Jahuel, 5° San Miguel, 6° San Regis y 8° Lo Calvo. En 1854, se crea la Subdelegación Santa María, que corresponde a la parte central de la actual comuna. Es así como Santa María sirve para ejemplificar estas situaciones, ya que fue creada como comuna de Las Juntas con la futura San Esteban en 1881 y luego como comuna el 22 de diciembre de 1891 con la nueva ley (Ahumada y Suckel, 2016). Finalmente, el 30 de octubre de 1898, Federico Errázuriz Echaurren da el título de Villa a la Aldea de San Esteban. Para el nombre de la Villa se piensa al santo considerado el primer mártir del cristianismo, en ese entonces el nombre de la comuna era San Esteban de Aconcagua Arriba (Zúñiga, 2005). La ciudad de Putaendo por su parte es declarada por la Asamblea de Aconcagua como villa el 20 de marzo de 1831 (Pladeco Putaendo, 2015).

Siglo XX

Comunidades agrícolas

Las comunidades agrícolas ya mencionadas y en cuyos terrenos se emplazan algunos corrales de estudio, reconocen sus orígenes en lo que Baraona (1961) define como primer periodo de la indivisión de la serranía correspondientes a los siglos XVIII y XIX; no obstante es durante la primera mitad del s. XX en que avanzan hacia su reconocimiento inicial de derechos, para finalmente acceder a la cristalización legal de las propiedades comunitarias en la medianía del siglo pasado. No todas ellas han experimentado exactamente el mismo proceso, pues algunas accedieron a regularizaciones tempranas y otras incluso se acogieron a procesos de saneamiento legal en la década de 1990, gracias a las disposiciones legales establecidas en el año 1968 cuyo plazo expiró en 1998 (Solís de Ovando, 2004). No obstante las particularidades de los procesos, en todas ellas se puede verificar la conformación legal y su funcionamiento oficial, tanto en el plano de las correspondientes directivas y estamentos oficiales establecidas en sus reglamentos; así como

preferentemente en lo que se refiere al control operativo y funcional que han ejercido en sus tierras principalmente a través del oficio ganadero, siendo su manejo colectivo la expresión más evidente de aquello que valida en lo cotidiano el ser comunidad.

La constitución de las comunidades establecía un número limitado de derechos legales sobre este territorio, por lo que con el tiempo se fue debilitando cada comunidad, en vista de que un derecho inicial al momento de ser heredado se subdivide en varios herederos legítimos. También durante la dictadura (1973-1989) se verifican diversos intentos de usurpación de tierras comunitarias bajo pretextos de dominios antiguos nunca verificados, pero que en algunos casos implicó la pérdida parcial del territorio; mientras en otros casos afortunadamente esos intentos no prosperaron, manteniendo el control y dominio de las tierras inicialmente reconocidas (Razeto, 2016). Otras comunidades resultaron de conflictos de deslindes con la gran propiedad, la que estratégicamente ocupaba las tierras de mayor productividad, con la consabida expulsión de las comunidades hacia las rinconadas y serranías, con tierras de menor calidad y limitadas capacidades productivas.

En la comuna de Santa María, específicamente en el sector pre-cordillerano de Jahuel, se reconoce la Comunidad Campos de Jahuel, dueña de vastos territorios de serranía y también de aptitud agrícola. Ésta posee alrededor de 8.325 hectáreas, las que pertenecen a 126 comuneros y cuya inscripción actual data del año 1992. El primer propietario de estas tierras conocido fue Cristóbal de Ahumada, alcalde ordinario de Santiago en 1628 y corregidor de Aconcagua en 1653 y 1655. Desde la memoria de los habitantes de Jahuel la comunidad de campos data como tal desde principios del siglo XX (CIEMAconcagua, 2016). La Comunidad de Campos de Jahuel, juega un rol importante en este sector rural, ya que le pertenecen la mayoría de las tierras allí ubicadas, a pesar de que en el pasado sufrieron la usurpación de parte de ellas (eventual fraude que prescribió). Buena parte del futuro de este sector depende de las decisiones que tomen los comuneros respecto a sus tierras y el resguardo ambiental imperativo, sobre todo por los problemas de erosión y falta de agua que los afectan (CIEMAconcagua, 2005).

En el caso de Sahondé hay disparidad de fechas: según la Historia Local de Sahondé (2005) en esta localidad “existe una Comunidad de Serranía, la que data de muchos años atrás y que se constituyó por comparendo en el año 1941”. Según información entregada (por Arriero 1, Sahondé, 2018): “Desde 1948 es comunidad, el año 1985 hubo reinscripción”. Fue reactivada el año 1990 con la iniciación de nuevos títulos de dominio “porque iban quedando puras sucesiones y no había quien la manejara, y todos son de Putaendo, algunos viven aquí y otros en el pueblo” (CIEM, 2005). Según un arriero de la localidad:

Son 10.000 hectáreas las de la comunidad desde 1987, son 86 los comuneros actuales. Antes eran 140 dicen los antiguos, se perdieron derechos y gente que ha fallecido también, se inscribieron más los que tienen animales, se publicó y no hay derecho a reclamar. Hay mujeres comuneras también; hay 20 comuneros activos, algunos no han pagado y no están activos. (Arriero 2, Sahondé, 2018).

En el caso de Campos de Ahumada se reconoce como Comunidad de Campo, tanto a la parte alta como baja de dicha localidad, como es manifestado en un documento administrativo que reconoce que la comunidad existe desde antes de 1931 y que excede de 200 comuneros; sin embargo, se regularizaron como tantas otras en la década del 90' con el reconocimiento legal que el Estado estableció de estas comunidades agrícolas (Comuneros Campos de Ahumada, 2018).

La comunidad de nosotros está formada por la ley 19.233 y el decreto 5. Esta es comunidad agrícola. El proyecto este empezó en el año 95', porque estaba ahí no más, nadie se preocupaba mucho, todo funcionaba bien, nadie llegaba a apoderarse de las tierras y después empezó ya la ambición y se empezaron a cobrar las tierras y en el 95' lo presentaron en el juzgado. (Arriero 1, Campos de Ahumada, 2018).

Para el caso de Putaendo, ya se aclaró la tendencia seguida por la gran propiedad dividida finalmente en dos grandes haciendas restantes de Lo Vicuña y Piguchén, mientras el resto de las tierras se fueron subdividiendo y estableciendo medianas y pequeñas propiedades agrícolas con o sin posibilidades de talaje ganadero, conformando procesos de subdivisión que establecieron regímenes de pequeña propiedad, ya durante la primera mitad del siglo XX; como los casos más evidentes de Quebrada de Herrera, Rinconada de Guzmanes, Rinconada de Silva y La Quebrada, actual asentamiento de la ciudad de Putaendo (Baraona, 1961). En algunos casos también se verificó la conformación de terrenos comunitarios como el caso de El Asiento entre otros, logrando también su reconocimiento legal definitivo a finales de siglo pasado, acogéndose a la ley ya descrita, no sin pérdidas y usurpaciones de parcialidades de sus tierras.

Asociado a estas formas de propiedad colectiva, el origen de los sistemas ganaderos en esta zona montañosa se sitúa en la época colonial, con la adopción de un modelo de tradición europea enfocado principalmente al comercio de exportación, lo que es acompañado también, por el nacimiento de pequeños propietarios de animales, que posteriormente son reconocidos como pastores (Guerra, 2005). A través del tiempo, estos ganaderos libres, se desligaron de las grandes haciendas, de la misma manera que lo hicieron los minifundistas tradicionales del valle Central de Chile (Bengoa, 1990). Razones históricas y contingentes permitieron la diferenciación de los minifundistas respecto de las grandes haciendas, de la misma manera que los pequeños ganaderos se diferenciaron de las estancias en gran escala.

El sector de Los Patos fue considerado un lugar de gran importancia, no sólo por ser un gran centro de encuentro de caminos cordilleranos, sino también por su particular condición natural e hídrica, por lo que era normal encontrar gran cantidad de ganado en sus campos. Se trata de un amplio territorio de unas 70.000 hectáreas que fluctúan entre los 2.000 y los 5.500 msnm, compartidas actualmente entre propiedades comunitarias (Rinconada de Guzmanes); sociedades agrícolas resultantes de la Reforma Agraria (Piguchén) y empresas privadas (Ganadera Tongoy, antiguamente de propiedad de la comunidad resultante de la Reforma Agraria de la Hacienda Lo Vicuña).



Figura 85. Cumbre del paso Uspallata, hacia 1930. Fuente: memoriachilena.cl

Estas tierras y bienes comunes no eran indivisos, por lo que —infortunadamente—, siguieron una trayectoria de pérdida para los campesinos locales. Algunos habitantes de este territorio, manifiestan que fueron engañados, que la Sociedad Agrícola —que les permitió mantener su campo cordillerano, aun por varios años pasada la época más dura—, fue engañada reiteradamente. Esto, derivó en una venta engañosa y fraudulenta a la empresa Ganadera Tongoy a través de un remate, según relatan los lugareños (Razeto, 2016).

De esta manera, bajo la lógica de propiedad privada que se impuso de facto y con la colaboración de algunos locales, los comuneros de la Sociedad de Reforma Agraria Lo Vicuña, fueron desposeídos de sus amplias serranías, como también de sus corrales y otros bienes comunes indispensables para la sobrevivencia de la cultura de montaña que los caracteriza. La valorización reciente y reconocimiento social que los corrales han propiciado haciendo más visible el sector, es visto como la oportunidad de conservar algo del paisaje que les ha sido enajenado (Razeto, 2016); comprendiéndolo como un gesto, un acto simbólico compensatorio ante la pérdida de sus cordilleras.

En la actualidad, su base habitacional es de asentamiento disperso. A este territorio montaños acceden unas 30 familias principalmente ganaderas (bovinos, caprinos, ovinos, mulares y caballares) sea por derechos propios o por pago de talaje. Entre sus principales intervenciones industriales se cuenta la reciente construcción del embalse de cabecera “Chacrillas”, sobre el río Rocín, de inversión estatal, así como la operación inicial de la mina Vizcachitas, de la canadiense Andes Cooper. Una de las mayores evidencias de resistencia cultural y simbólica, refiere al logro alcanzado por las organizaciones locales de declarar monumento histórico los llamados “Corrales del Chalaco”, emblema de la vida y ganadería trashumante en el lugar (Razeto, 2016), reconocidos oficialmente en el año 2015 bajo la categoría de Monumento Histórico. Las haciendas San Andrés del Tártaro, Lo Vicuña y Piguchén, en donde se emplazan los corrales de El Chalaco, orientaron su producción a la crianza y engorda de ganado, llegando a ser de las más importantes del valle por sus dimensiones y la gran cantidad de trabajadores con los que contaba.

Reforma Agraria

El sistema hacendal (latifundios) en Chile, perduró hasta la segunda mitad del siglo XX. Se caracterizó por una injusta y excesiva concentración de las mejores tierras de aptitud agrícola y de la excesiva división de la tierra restante, donde vivían los campesinos-propietarios (minifundios) y los campesinos sin tierra. Tal atraso en el agro se expresaba: “En una desigual distribución de los ingresos, baja productividad, subutilización de los recursos y alto subempleo” (Bellisario, 2012), lo cual era perjudicial para el rendimiento de la economía chilena en su conjunto. Es por ello, que desde la década de 1960 —con impulso extranjero— comenzaron a gestarse las modificaciones de la estructura agraria del país con la implementación de la Reforma Agraria.

Algunas formas transitorias de propiedad o usufructo colectivo como los Asentamientos, permitieron la continuidad de las faenas productivas con notable eficiencia (Garrido, 2008). Con todas sus complejidades y arbitrariedades propias de una época crítica, estas unidades colegiadas dieron un renovado, aunque muy transitorio impulso a la pequeña producción, en tanto en su mayoría dieron paso a la asignación de parcelas individuales. Con la Reforma Agraria cambia definitivamente la estructura de tenencia de la tierra y se impulsa un proceso de organización campesina que origina una mirada más colectiva sobre sus requerimientos, potencialidades y desafíos productivos que se les exigía. En Aconcagua, se reconoce la Zona III de la Corporación de Reforma Agraria (CORA), alcanzando logros notables a nivel de funcionamiento (Garrido, 2008). Hablamos tan sólo de 8 intensos (1965 a 1973) años de transformaciones agrarias, que cambiaron para siempre los escenarios rurales del país. (Razeto & Suckel; 2016: 92).

Durante la Reforma Agraria chilena, se llevó a cabo un reconocimiento delimitado de terrenos comunitarios y a las personas se les otorga un “Título de Comunero”, para que pudiesen sacar utilidad de la tierra.

Con relación a Putaendo, las transformaciones en el agro se vivenciaron de distintas maneras. En ese entonces se expropió gran parte de los nueve fundos de entre 1.000 y 2.000 hectáreas existentes en la zona y diez propiedades de 2.000 hectáreas. Desde entonces se pueden encontrar grandes, medianas y pequeñas propiedades agrícolas, aunque destacaron dos haciendas: El Tártaro y Lo Vicuña.

La forma genérica en este territorio significó la creación de Asentamientos Colectivos, los cuales eran de propiedad colectiva de carácter transitorio, siendo diseñadas para acompañar la transformación del agro en Chile Central, que derivó en la parcelación de la parte agrícola cultivable, bajo régimen de asignación de parcelas privadas; mientras las serranías y territorios montañoses quedaron en forma de campo común y propiedad colectiva. Ello incluyó también algunas infraestructuras asociadas, como es el caso de los Corrales del Chalaco, que continuaron cumpliendo su labor de gestión del ciclo ganadero en las cordilleras andinas asociadas.

Con respecto a Piguchén, a principios del siglo XX el terreno del corral pertenecía al fundo Alegría-Catan, propiedad de una familia de ascendencia árabe. Las condiciones de vida y de trabajo en este fundo fueron precarias, “la gente le trabajaba (...) les daba para que vivieran para el cerro, tuvieran donde tener árboles”. Como señaló un entrevistado:

A los seis meses antes [de la Reforma Agraria], vivíamos en la cordillera y yo tenía una casa de piedra y barro con techo de trigo, había culebras, ratones, conejos, nos mojábamos, la gente sufrió

mucho, las madres...ese fue un sufrimiento muy grande, pero lo único era que la comida la tenían los hijos: trigo, porotos, garbanzos, harina, no faltaba la comida, pero las condiciones eran como de un hombre salvaje. Entonces vino la Reforma Agraria y a los seis meses empezó a llegar caminos con casas de madera, madera para fabricar casas, cuando estuvieron las casas nadie quería venirse, estaban acostumbrados los más antiguo. (Arriero 1, Piguchén, 2018).

Con respecto al trabajo, señaló que:

(...), se trabajaba con ojotitas, nos daban una galleta negra, un pan negro en la mañana, 7.30 [hrs.] estábamos trabajando, a las 12 nos daban un plato de porotos con agua y sal no más, a la 1 [de la tarde] a trabajar, a las 3.30 [hrs.] tomábamos un tarro de té, se trabajaba hasta que estaba oscureciendo, pero todos los días. (Arriero 1, Piguchén, 2018).

Por lo que incluyen estos relatos, el autoritarismo y explotación del patrón fueron inconmensurables, al igual que en la mayoría de las haciendas y fundos que existieron en Chile durante siglos. Como recuerda el mismo entrevistado:

Los latifundistas lo mandaban preso a uno porque querían; (...) si el turco [patrón] decía 'se trabaja el domingo', había que trabajar o si no lo despedía (...); éramos como esclavos; ya no aguantábamos más.

¡Cuánto dinero ganaron con nosotros esa gente! Esos ricos, cuánta plata, esos sí que ganaron plata con las haciendas que tenían y los abuelos dejaron como herencia el trabajo en el fundo... (Arriero 1, Piguchén, 2018).

De esta forma, cuando comenzó a desarrollarse la Reforma Agraria, la mayoría de los habitantes estuvo de acuerdo. En 1965 se establece de manera clandestina el Sindicato Agrícola de Piguchén. Ello permitió que los trabajadores estuvieran organizados al momento de la Reforma Agraria. En efecto, la localidad de Piguchén fue la segunda donde se implementó la Reforma a nivel país. Esta hacienda pasó a denominarse Asentamiento “La Victoria de Piguchén” en el año 1967, con un total de 92 asentados. Luego, en el año 1970, se constituyó como Cooperativa asignataria de la Reforma con 80 socios hasta el año 1980.

La cooperativa tenía de todo, se carneaba 2 animales a la semana y se repartía a la gente. La dueña de casa mandaba una lista con tantas cosas, los que estaban a cargo le pasaban a dejar la mercadería. No le faltaba una cosa que comer, nada. (Arriero 1, Piguchén, 2018).

Cuando se parceló el territorio expropiado, se desarrolló a partir de puntajes. Dividiendo el predio en 69

parcelas, en promedio eran de 7,5 ha por familia. Lo cual relatan crianceros del sector:

(...) ahí se sacaba un porcentaje: uno era por familia y también la cooperativa daba uno por los antecedentes, los que tenían todo al día ya los tenían fichados como se dice y ahí se repartieron las parcelas, quedó varia gente sin parcela por ese sistema, igual que en las poblaciones, las casas que se dieron que se entregaron con sitios de 5.000 m²... bueno también había gente que trabajaba acá y que tampoco tocó casa. En las parcelas iba incluido el derecho a cerro, cada parcelero que había tenía derecho a serranía, a campo de cordillera, más bien común de lo que había en el plan (...) (Crianceros de Piguchén, Entrevista grupal, 2018).

Un entrevistado recuerda aún el lema principal que la ley de reforma postulaba: “La tierra es para el que la trabaja” (Arriero 1, Piguchén, 2018). Producto de la Reforma Agraria recibieron sueldo, seguro y asignación mensualmente. Además, les dieron maquinarias: tractores, rastras, bombas, dado que no tenían nada. También obtuvieron animales: 200 vacas lecheras, 300 ovejas, 300 vacunos de cordillera. Asimismo, se conforma una cooperativa de consumo (Economato) que proveía de mercadería y todo lo necesario, incluyendo carnicería. También la comunidad tuvo plantaciones de alfalfa, porotos, trigo, riego tradicional 600 hectáreas que cultivaban, de un total de 1.200 ha cultivables. En la época no tenían problemas de agua como en la actualidad.

La perspectiva de este antiguo dirigente con respecto a la Reforma Agraria es que: “fue muy buena, recibieron mucho apoyo, aprendieron a leer, [tenían] asistentes sociales, capacitaciones, cursos, enfermeras” (Entrevista arriero 1 2018; y Tomic, 2015: 329). Para este ganadero, el proceso de reestructuración del agro fue muy favorable, señalando que: “a nosotros la Reforma Agraria nos salvó mucho”; “éramos nosotros los que mandábamos (...)”; por último, postuló que gracias a tales transformaciones pudieron criar a sus hijos o hijas.

Sin embargo, muchos no lo valoraron y se negaron a recibir tierras o las vendieron; — “yo no quiero tierra, para que quiero tierra yo, decían”.

Era la ignorancia y la falta de educación, estábamos acostumbrados a que nos mandaran no más; en cambio, con la Reforma Agraria debían ser patrón-trabajador y empresario. Así, muchos vendieron las tierras; además, paralelamente, muchos se endeudan con los bancos que prestaban dinero para trabajar la tierra, pero terminan embargándoles los terrenos. (En: Tomic, 2015: 329 y entrevista arriero 1, 2018).

El año 1978 se repartieron las parcelas; y durante el año 1984, se constituyó legalmente como la Comunidad la Victoria de Piguchén. En el año 1990 se separó con un rol nuevo y se le nombró Comunidad Agrícola la Victoria de Piguchén. La mayoría de sus hectáreas son cerros (15.000 ha) y una cantidad menor son parcelas (600 ha). En el año 2000, de la totalidad de las parcelas entregadas, menos del 50% se encuentra en manos de sus dueños originales, por lo que se generó -nuevamente- una tendencia a la concentración de la tierra. De los 158 sitios iniciales (del proyecto de parcelación de 1977), sólo 10 se han vendido regularmente.

La dictadura militar (1973-1989) implicó por su parte, la exacerbación de la división política y social de los parceleros, un retraimiento generalizado y un posterior proceso de venta de una parte de las tierras privadas conseguidas, al que accedieron nuevos y antiguos propietarios de mayor poder político y económico. Otra parte fue mantenida en régimen privado por parceleros más resistentes, que lograron sobrevivir el periodo más duro y proyectarse en el tiempo, en un formato agrícola adaptado a los tiempos neoliberales. Las parcelas privadas tuvieron una suerte desigual, quedando una parte de ellas en manos campesinas.

Uno de los efectos de mayor repercusión en la liquidación de la Reforma Agraria, tanto para el área de las parcelas como de la pequeña propiedad ha sido la venta de sectores de veranadas y la separación en el caso de las parcelas, de las “cordilleras” de los suelos planos. Con esto los pequeños propietarios del sector tradicional deben replantearse la viabilidad de una ganadería trashumante basada en los pastos naturales de temporada con precios de talaje que subieron en un 400% en la temporada 1979-1980 (Aranda, 1982: 204). Respecto a la mujer, culturalmente está marginada del cuidado de la ganadería mayor (Aranda, 1982: 209).

Desde poco antes de que se implementara la Reforma Agraria, la estructura del empleo había comenzado a cambiar en la comuna de Putaendo. En torno a lo que fueron las grandes haciendas, también se encuentran comunidades y asentamientos cuyos habitantes ya no son inquilinos, sino que se ocupan en actividades agrícolas, de cabrería y otros. El cambio de inquilinos a asalariados también se manifestó en el tipo de propiedad y propietario: desde el goce de una propiedad a cambio de la fuerza a Comunidades Agrícolas y Reforma Agraria.

Se puede vislumbrar un caso de mayor contrastante de la Reforma Agraria, el autor Sotomayor (2015) explica los efectos de este proceso en El Tártaro y Lo Vicuña:

Los fundos [...] estaban conformados por alrededor de 165 familias, las cuales fueron incorporadas al proceso de parcelación posterior a la expropiación producida entre el año agrícola de 1969 a 1970 (García T. y Thayer C., 1970). Apesar de que cada asignatario recibió un predio de alrededor de 9.07 ha. para cultivo, la mantención u obtención de animales como otro elemento de subsistencia fue difícil, pues no estaba contemplado en los programas de la Corporación de Reforma Agraria,

produciéndose un fenómeno de mayor empobrecimiento de los campesinos; de las restantes tierras de secano y cordillera que históricamente fueran usadas para crianza y engorda de ganado en las haciendas (44.529,6 ha.) estas fueron asignadas a Reservas CORA, las que posteriormente bajo el gobierno militar [dictadura] fueron licitadas y adjudicadas a una compañía ganadera en junio de 1979, la cual restringió su uso bajo arriendo de talaje, tanto a los asignatarios como a los ganaderos de la zona. (2015: 21).

Por otro lado, en Santa María la Reforma Agraria tuvo un impacto mucho menor. Algunos predios agrícolas fueron incorporados al proceso de Reforma Agraria, con la denominación de Asentamientos; éstos fueron El Maitén (distrito de San José) y El Llano (distrito de San Fernando). De las 101 parcelas que se entregaron en Santa María, en 1986 sólo quedaban 39 en manos de asignatarios originales; el grueso de las ventas ocurrió entre 1975 y 1980, debido principalmente a la falta de apoyo a los parceleros, la poca capacidad de los campesinos para administrar adecuadamente el Asentamiento y por la fuerte demanda de tierras de parte de las empresas frutícolas modernas.

En este periodo nacieron varias organizaciones sociales, sobre todo campesinas. En este contexto se produjeron algunas movilizaciones que no se habían registrado en la zona, como tomas de terrenos, lo cual no fue generalizado dentro de la comuna, pero sí lo fue en áreas vecinas. En el año 1971 la comunidad de San Fernando tomó posesión de un terreno que era propiedad de la familia Espínola, iniciando la construcción de la actual escuela del sector. Además de organizaciones campesinas, proliferaron los sindicatos, las juntas de vecinos, los centros de madres, los centros juveniles, los clubes deportivos y los comités de vivienda. El programa de Reforma Agraria implementado por los gobiernos de Frei y Allende, entre 1965 y 1973, no tuvo mayores consecuencias en la comuna, ya que el predominio de la mediana propiedad era una realidad desde principios del siglo XX. Más bien sólo acentuó rasgos previamente existentes -las propiedades medianas eran más eficientes que las grandes y pequeñas- favoreciendo de paso el desenvolvimiento pionero de la fruticultura de exportación en la región (Bahamonde y Urtubia, 2005). Por su parte el sector de Jahuel quedó prácticamente exento de este proceso, ya que ellos gozaban de una gestión colectiva de la propiedad desde principios del siglo XX, por lo que no les generó un impacto directo.

Casos similares al ocurrido en Jahuel, son los de Campos de Ahumada y la Comunidad de La Quebrada de Sahondé, ya que son comunidades de campo con un sentido de propiedad que vienen construyendo desde mucho antes que ocurriera la Reforma Agraria, por lo que no se vieron mayormente afectados. En Sahondé en tanto, se desarrolla a través de su historia la pequeña propiedad, por lo que siempre conocieron otro sistema de trabajo, como señala un arriero: “Esta no fue hacienda, es distinto a Piguchén” (Arriero 2, Sahondé, 2018).

Arrieros en dictadura (1973-1989)

Todas las comunidades estudiadas, de una u otra forma fueron escenario y sus arrieros espectadores de un proceso sociohistórico que transformaría sus subjetividades. La dictadura significó una interrupción de la apacible realidad de los campos recónditos de algunas de las ya mencionadas comunidades. En Campos de Ahumada, por ejemplo, sufrieron grandes cambios:

Los comuneros de Campos de Ahumada mantuvieron la opción colectiva desde que se instalaron tempranamente en estas tierras, no exentas de conflictos por la propiedad de las montañas como lo demuestra Contreras, (2007), quien aporta antecedentes verbales de un litigio legal que duró largos 15 años... La buena fe no duró tanto y en la época de la dictadura militar, la comunidad estuvo dividida políticamente, con algunos de sus directivos perseguidos y otros que estaban de parte de los perseguidores. Durante dichos años de oscurantismo, sucedieron diversos eventos de usurpación de tierras comunitarias por parte de personajes poderosos con el respaldo y beneplácito de los militares gobernantes y la colaboración de notarios y conservadores de bienes raíces de la época. (Razeto, 2016: 120).

Sin embargo, los impactos quedaron acallados en estos pedazos de cordillera. Los arrieros muchas veces se transformaron en una ayuda fundamental para quienes debían escapar de la persecución política de la dictadura militar. En la memoria de los arrieros y sus familias; también, en sus conversaciones nocturnas en la cordillera alrededor de una fogata, una temática infaltable son las “referencias de personajes ya fallecidos: del bandido que murió contrabandeando; o la valoración de aquel que nunca fue sorprendido y que finalmente se fue al norte a las mineras; o aquel que falleció de viejo en su casa de campo” (Razeto, 2016).

Asimismo, hacen alusión a hechos y procesos de la historia reciente de Chile. Relatan sobre “las veces que algún baqueano ayudó a escapar de la dictadura después del Golpe de 1973”, donde la mayoría sabe quién fue el arriero que auxilió, pero protegen su identidad no revelándola de manera fácil. Conversan sobre su experiencia en tales años, de las dificultades que tuvieron que afrontar, de historias propias y ajenas. De “aquellos mismos compañeros que debieron escapar por las montañas y exiliarse para encontrar algún trabajo en Mendoza o San Juan, pues habían participado en las “tomas” de los latifundios y por ello perseguidos posteriormente” por la dictadura (Razeto, 2016).

Un criancero de Piguchén recuerda que, para el Golpe de Estado de 1973, la represión “no fue muy grande” en su localidad, él era presidente de la cooperativa en ese entonces, por lo que fue detenido. Respecto a ello, compartió que: “me torturaron un poco, pero seguí siendo el mismo”; añadiendo que: “Aquí no había política, se trabajaba como grupo y éramos independientes del Estado” (Arriero 1, Piguchén, 2018).

Un comunero de Campos de Ahumada se refiere que tuvo conocimiento del cruce de personas en dictadura: “Tienen que haber pasado... Mi taita no lo hizo po', yo hubiese ido si me lo hubieran pedido, en ese tiempo era joven. Por salvar gente yo lo habría hecho, sea un régimen de cualquier gobierno; izquierda o derecha...” (Criancero 1, Campos de Ahumada, 2018). Relata, además, un episodio que para un criancero comprueba que había personas que protegían a los perseguidos políticos: “[...] pero puede haber sido porque a mi taita con unos tíos los bajaron de la micro unos pacos, porque habían sabido que estaban transportando unos extremistas para el Argentina, y los dejaron ahí, una semana tuvieron que ir a firmar. ¡Gente de aquí mismo!, era porque tenían tropa de animales; en la casa habían 15, el Espinoza tenía otra tropa con el Contreras, y le dijeron que ellos cruzaban gente y los pescaron los pacos po', menos mal que no los mataron, imagínese” (Comunero 1, Campos de Ahumada, 2018).

Un arriero de Jahuel también expresa su parecer: “para el 73' nosotros no vimos, pero sí hubo gente que pasó, porque los que estaban cuidando ganado para arriba ayudaron a gente y les decían por dónde pasar, lo que sí vimos nosotros fue un esqueleto humano que se calculaba que había sido del 73'” (Arriero 1, Jahuel, 2018).

Continuidad de la arriería

Si bien entre fines del siglo XIX y principios del XX existían señales de que la producción agroganadera del valle se diversificaba a paso continuo, no fue así para la segunda mitad del siglo XX, donde la agricultura se expandió e intensificó aún más. Las actividades ganaderas y forrajeras comienzan a declinar a fines de los años sesenta, fundamentalmente por causa de la expansión de actividades agrícolas más especializadas y rentables, como la producción de duraznos, uva de mesa y viñas¹ (Ahumada y Suckel, 2016). A modo de tendencia generalizada, podemos afirmar que durante los últimos 50 años, la actividad ganadera se ha reducido aproximadamente en un 95%, pasando de más de 100.000 cabezas en los años 60; a aproximadamente unas 4.000 en 2014 (Razeto, 2016). Siendo una tendencia clara, es posible imaginar también una proyección perentoria; asumiendo que la enorme cantidad de arrieros que recorrían estas montañas hace varias décadas se encuentra en abrupta reducción. Hoy es menos del 5% de la masa ganadera histórica, con una clara tendencia de declive (Razeto, 2016).

En el caso de Jahuel, Sahondé o Campos de Ahumada, como se constituían por pequeñas propiedades tenían una economía que se caracterizaba por ser diversa, lo que decayó con el pasar de los años producto de las

¹En 1965 el 65% de la superficie frutícola era ocupada por duraznales para abastecer una creciente demanda del mercado; que motivó tempranamente el establecimiento de algunas conserveras en San Felipe y Los Andes, aunque limitadas, debido a la conexión de Aconcagua con Valparaíso y Santiago, donde la actividad industrial estaba más desarrollada. Tradicionalmente, quienes desarrollaban actividades agrícolas vivían en el campo, hoy, sin embargo, el grueso de la mano de obra de las empresas agrícolas vive en sectores urbanos (Ahumada y Suckel, 2016).

sequías de la segunda mitad del siglo XX. Así lo relatan comuneros y arrieros de las distintas comunidades:

Antes no po' oiga, cualquier viejito acá cosechaba sus buenos sacos de poroto, se cosechaba hartos trigo, chícharo... y todo era plata (...) Ahora el problema es que hay muy poca agua y que nos tiene aplagados el conejo (Arriero, Campos de Ahumada, 2018).

Yo creo que era más agricultura no más, no había olivos, si por ejemplo en mi casa había como tres olivos grandes ya, pero todo lo que hay de olivos se fue plantando después. Antes había arboledas, higueras había hartas (...) Y siembras, en este tiempo habían sandiales en todos lados, eso es lo que producían po (Arriero 1, Jahuel, 2018).

Además, en aspectos ganaderos ha habido otros cambios según algunos arrieros:

Siempre ha habido ganado, ahora mucho menos, teníamos vacas...en los años 80 cualquiera tenía 70 u 80 vacas y cabras...ahora tenemos como 300 animales, antes eran 600 (Arriero 2, Sahondé, 2018).

Cuando más ganado hubo acá fue en la época del 60' (...). Antes había ganados grandes de yeguas y cabras. Sí po'. Ahora hay más vacas. Ahora igual algunos tienen cabras (Arriero, Campos de Ahumada, 2018).

En tanto la gran propiedad sucumbió luego de la Reforma Agraria, y la parcelación resultante tuvo que adaptarse a esta especialización de la producción agrícola, lo que se volvió mucho más rentable que prácticas tradicionales como la arriería; las que pasan a ser un apoyo financiero más que un sustento base para las familias. Sin embargo, los crianceros y arrieros atribuyen el declive de esta actividad a varios factores.

Crianceros de Piguchén cuentan que, en el pasado, una cantidad importante de las personas de Piguchén vivían en los cerros: “(...) todavía están los cimientos de las casas ahí, los pisos y todas esas cosas” (Entrevista a Crianceros, Piguchén, 2018). Posteriormente para la década de 1970 aproximadamente, las personas comenzaron a hacer sus casas en el lugar que hoy se conoce como Piguchén. De esta forma, se postula que, en décadas pasadas, tanto los crianceros-arrieros como sus familias poseían un contacto cotidiano con su oficio y con el hábitat cordillerano.

Con respecto a la trayectoria histórica de los arrieros de esta localidad, los entrevistados señalaron que “toda una vida ha habido arrieros” en Piguchén, por lo que se entiende que estas personas y su oficio han habitado este territorio desde hace décadas. Sin embargo, se ha observado un descenso significativo de éstos, postulando que: “años atrás había muchos más que ahora (...)”. Actualmente, “entre los dueños de la serranía,

los que criamos somos como 12 no más y antiguamente todos tenían ganado, todos eran crianceros” (Entrevista a Crianceros de Piguchén, 2018).

El traspaso del oficio de arriero se perpetúa desde hace siglos de padre a hijo en Piguchén, como señaló un criancero: “Los papás de nosotros nos conversaban que los papás de ellos iban antes a la cordillera y de esos años que ya estaban los corrales, ¡imagínese!” (Entrevista a Crianceros de Piguchén, 2018). En las últimas décadas se ha generado -junto con el despoblamiento rural- un cese en el interés de las nuevas generaciones por la actividad ganadera, junto con todas las actividades tradicionales ligadas a ella. Como advirtió uno de los crianceros entrevistados:

Yo pienso que fue un tema de generaciones, porque las generaciones en donde iban todos al cerro ya no está, eran los papás de nosotros mismos y ahí eran todos crianceros, después está la generación de nosotros que cría uno que otro y después están nuestros hijos que ya no crían ya (Arriero 1, Piguchén, 2018).

De esta forma, se ha producido un proceso de desvalorización de la actividad tradicional estudiada. Las nuevas generaciones poseen formas distintas de comprensión y acción frente al mundo ligado a muchos de los embates, ambigüedades y desafíos que ha traído la modernidad. Un ganadero local postula: “pienso que nosotros somos como la última generación ganadera que va quedando...”. Otro, expresa que: “así como estamos, yo creo que en unos 20 años más no va a haber nadie que vaya a la cordillera” (Entrevista a Crianceros de Piguchén, 2018). Este es un pensamiento generalizado de parte de las generaciones arrieras actuales:

¡No po' oiga!, acá los niños no quieren nada con esto, les preocupa el puro teléfono no más, sólo quieren el celular y nada más (Arriero 2, Jahuel, 2018).

Nosotros la juventud tuvimos que emigrar a la ciudad, como es el caso mío, yo trabajo en la minera Andina y cuando descanso vengo para arriba, la mayoría de los de mi edad hacen lo mismo, regresamos en los descansos, las vacaciones o los fines de semana algunos, así se lleva todo el año uno (...) Participamos igual de los rodeos y todo (Hijo de arriero, Campos de Ahumada, 2018).

Si bien la arriería surgió en un contexto de alejamiento en las zonas más altas del Valle de Aconcagua, no necesariamente significó un desenvolvimiento negativo para estos habitantes, puesto que, en lugar de valorar la cordillera como un lugar de aislamiento, lo aprecian como un espacio de libertad. Son conscientes de la incierta rentabilidad de la arriería como actividad económica, pero la eligen porque les otorga la posibilidad de vivir la cordillera hasta llegar a conocerla, estimando la arriería como una hazaña y como una experiencia.

Como reflexión, un ganadero señala que la cordillera:

Es para tenerla y dejarla para los hijos y nietos, tenerla porque la he visto desde los ocho años, poder ir a buscar leña, ir a la cordillera (...), se deja como una cosa perdida el derecho, es (...) muy linda y no le pide nada a uno (Arriero 1, Piguchén, 2018).

Los corrales de piedra se transforman en un medio o herramienta para practicar la arriería. Con los años pasaron de ser un lugar estratégico para facilitar el crecimiento económico de una élite, a ser un espacio estratégico para la sobrevivencia de un sistema de vida socioecológico. La base de la subsistencia de este sistema está en cómo los sectores campesinos marginales popularizaron y se apropiaron de una práctica dominada por la hacienda y el fundo, desarrollándose sobre convicciones como el sentido de propiedad arraigado a aspectos socio-culturales, autonomía e identidad territorial, además de dinámicas de carácter comunitario, cooperativo y solidario, que trascienden los límites físicos de cada territorio y se expresan en su forma más natural en el tiempo-espacio que comparten en la cordillera.

Conclusiones

Históricamente los corrales de piedra y las comunidades ganaderas de las tres comunas estudiadas se han situado en las montañas andinas de Aconcagua, atravesando distintos contextos con el pasar de los siglos. Se evidencia que los corrales se remontan a la época colonial, dando cuenta del comienzo de la organización y desarrollo ganadero del Valle de Aconcagua. Tales estructuras construidas con fines económicos, han sido también lugares de encuentro sociocultural, siendo reconocidos como patrimonios culturales.

Desde la ocupación colonial del territorio, a partir de las Mercedes de tierra, se fueron conformando progresivamente haciendas en zonas de aptitud agroganadera, alcanzando con el tiempo un desarrollo económico favorable. A partir de este desarrollo y de la cercanía con Argentina, se produjo un importante comercio ganadero transcordillerano. Durante la Colonia y parte importante del siglo XIX, la arriería fue fundamental para el comercio interior y exterior a nivel nacional, incluía servicios de transporte de materiales, alimento, ganado, de personas y también de minerales.

Paralelamente a la consolidación de la Hacienda y producto de la cesión de Mercedes de tierra que los conquistadores “abandonaron” por ser escasamente productivas, nacieron las Comunidades Agrícolas, tierras que aunque marginales y con condiciones precarias, han sido de propiedad y gestión colectiva de pequeña escala, bajo diferentes modalidades. Estas serranías, han posibilitado que los pequeños propietarios puedan manejar ganado en pequeña y mediana escala de manera colectiva, asumiendo modalidades de trashumancia entre sus serranías bajas y la alta cordillera.

A fines del siglo XIX las rutas cordilleranas emprendidas por los arrieros fueron perdiendo su predominancia

comercial, generándose así, espacios para una progresiva influencia ganadera. El esplendor ganadero de la Gran Hacienda también decreció en la medianía de dicho siglo (Bengoa, 1990), quedando gradualmente las montañas sin un control jerárquico. Así, los ganaderos libres -debido a la coyuntura- fueron obteniendo legitimidad y se fueron apropiando de un territorio en otra hora privado y controlado, el cual pasó a un progresivo abandono, nunca definitivo. A partir de una serie de circunstancias históricas y criterios sociopolíticos, fueron consolidando un dominio comunitario, aunque precario, pero a su vez libertario.

Durante el siglo XIX los espacios ganaderos estudiados presenciaron grandes coyunturas nacionales: como el paso del Ejército Libertador por el sector de Los Patos, las profundas transformaciones socioeconómicas debido a la apertura de nuevos mercados y gracias a los nuevos adelantos tecnológicos.

Recién durante el siglo XX las Comunidades Agrícolas fueron reconocidas legalmente por el Estado. La mayoría fueron actualizadas o regularizadas legalmente en la década de 1990, no sin experimentar pérdidas y usurpaciones producto de abusos. Durante esta centuria, se vivió en estas comunidades la Reforma Agraria en un primer momento y luego la dictadura (1973-1989) de distintas formas, quedando tales procesos históricos sustanciales, plasmados en la memoria de sus habitantes rurales, para el devenir de la nación y sus ciudadanos.

En la actualidad, algunos propietarios de estas comunidades han vendido sus derechos y han cambiado de rubro; además, se ha producido un proceso de desvalorización de la actividad ganadera tradicional por parte de las nuevas generaciones. No obstante, los crianceros y arrieros que aún continúan con las tradiciones, siguen valorando a la cordillera como un espacio de libertad. Contrario al cese de la actividad ganadera y de los inexorables empalmes de la modernidad, las comunidades continúan organizándose y trabajando colectivamente por sus territorios.

Los Corrales de piedra se fueron transformando en un medio/herramienta para practicar la arriería en la cordillera aconcagüina. Con el paso del tiempo, transitaron de ser sitios estratégicos donde se facilitó el crecimiento económico de la aristocracia terrateniente, a ser un espacio transcendental para la sobrevivencia de un sistema de vida socioecológico de montaña. La particularidad de la subsistencia de este modo de vida andino se encuentra en cómo las y los campesinos subalternos popularizaron y se apropiaron de una práctica dominada por la gran propiedad. Con ello se verifican procesos de empoderamiento a partir de una serie de principios como un sentido colectivo de la propiedad, arraigado a aspectos socioculturales, la autonomía e identidad territorial y cohesión social, basada en dinámicas comunitarias, de cooperación y solidaridad. Tales convicciones trascienden los límites físicos de cada territorio/comunidad, expresándose en su forma más natural en el tiempo-espacio compartido en la Cordillera de los Andes en el Valle del Aconcagua.

Fuentes

Entrevistas

- Comuneros de Campos de Ahumada (2018). Entrevista grupal. FONDART “Corrales Patrimoniales”.
- Crianceros de Campos de Ahumada (2018). Entrevista grupal. FONDART “Corrales Patrimoniales”.
- Arrieros de Piguchén (2018). Entrevista grupal. FONDART “Corrales Patrimoniales”.
- Directiva de comunidad de Campo de Piguchén (2018). Entrevista Grupal. FONDART “Corrales Patrimoniales”.
- Muñoz, Manuel, Comunero y arriero de Piguchén (2018). Entrevista personal. FONDART “Corrales Patrimoniales”.
- Muñoz, Rubén. Comunero, Arriero y capataz de Jahuel (2018). Entrevista personal. FONDART “Corrales Patrimoniales”.
- Chávez, Segundo. Comunero y Arriero de Jahuel (2018). Entrevista personal. FONDART “Corrales Patrimoniales”.
- Silva, José Miguel, Comunero y Arriero de Sahondé (2018). Entrevista personal. FONDART “Corrales Patrimoniales”.
- Vergara, Manuel. Comunero, Arriero y Capataz de Sahondé. Entrevista personal. FONDART “Corrales Patrimoniales”.

Diarios y revistas

- La voz de Aconcagua (1899 – 1949).
- Enfoque de Aconcagua, Putaendo (1955 – 1959).
- Cooperativa Agrícola y leche de Valparaíso y Aconcagua. Memoria (1964).
- Mundo Agrofrutícola (1985).

Bibliografía

- Acevedo-Díaz, E. (1911).** Épocas militares de los países de la Plata. x, Segunda edición. Barcelona, España: Ediciones Almendral.
- Ahumada, J. Apuntes para una historia de la gran propiedad en Aconcagua (manuscrito s/p).
- Ahumada, J. y Suckel, H (2016).** Visita a la Historia Social de Aconcagua. En Canales A; Canales M; Razeto J. Aconcagua la Comarca. San Felipe, Chile: Ediciones del centro Almendral.
- Aranda, X. (1982),** participación de la mujer en la agricultura y la sociedad rural en áreas de pequeña propiedad. FLACSO, Chile.
- Aránguiz, H. y Rodríguez, C. (1995-1996).** Tradicionalismo y Cambio Agrícola en Aconcagua: Elementos para su comprensión. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Vol. 29, pp. 5-42 [en línea].
- Amunátegui, D. (1901).** Mayorazgos y títulos de Castilla. Tomo I. Memoria histórica representada a la

Universidad de Chile. Santiago de Chile.

Arce, A., Corvalán, A., Girón, N., Jofré, R., Navarro, J. y Pavez, C. (2008). Huellas cordilleranas: ensayo sobre memoria social en el valle superior del Maule y el sur cuyano. Grupo de historiadores caminantes. Proyecto FDI (Mineduc). Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Santiago de Chile.

Bahamonde, N. y Urtubia, P. (2005). Santa María de Aconcagua, historia de la comuna. Santiago de Chile: Lom Ediciones.

Baraona, R., Aranda, X. y Santana R. (1961). *Valle de Putaendo: Estudio de estructura agraria*. Instituto de Geografía de la Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Bengoa, J. (1988). Historia Social de la Agricultura Chilena. Tomo I: El Poder y la Subordinación. Santiago de Chile: SUR Ediciones.

Bengoa, J. (1990). Historia de la Agricultura Chilena, tomo II: Haciendas y Campesinos. Santiago de Chile. SUR Ediciones.

Bellisario, A. (2013). La reforma agraria chilena. Reformismo, socialismo y neoliberalismo, 1964-1980. Revista Historia Agraria N°59. Pp. 159 – 190.

Bertling, H. (1917). Estudio sobre el Paso por la Cordillera de Los Andes efectuada por el Jeneral San Martín en los meses de enero i febrero de 1817. Segunda Edición. Santiago de Chile: Talleres del Estado Mayor Jeneral.

Biblioteca de Congreso Nacional de Chile. (2015). Reportes Estadísticos Comunes 2015, San Esteban.

Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (2012). Reporte Estadístico Comunal 2012, Santa María.

Bienes Nacionales [en línea] http://www.bienesnacionales.cl/?page_id=1887. (Consultado: 12 de marzo de 2014).

Canales, A., Canales, M. y Razeto, J. (Eds) (2016). Aconcagua La Comarca. Corporación CIEM Aconcagua. San Felipe, Chile: Ediciones del Centro Almendral.

Cebrian, E. (2008). Curalaba: cuando la política no entiende la guerra. Revista de Humanidades. Vol 17-18. Universidad Andrés Bello. pp. 125-142.

Corporación CIEM Aconcagua. (2001). Historias Locales de Aconcagua, Santa María. San Felipe, Chile: Ediciones del Centro Almendral.

Corporación CIEM Aconcagua. (2002). Historias Locales de Aconcagua, Campos de Ahumada. San Felipe, Chile: Ediciones del Centro Almendral.

Corporación CIEM Aconcagua. (2004). Historias Locales de Aconcagua: Rinconada de Silva. San Felipe, Chile: Ediciones del Centro Almendral.

Corporación CIEM Aconcagua. (2005). Historias Locales del Aconcagua, Santa Filomena. San Felipe, Chile: Ediciones del Centro Almendral.

Corporación CIEM Aconcagua. (2005). Historias Locales de Aconcagua: Sahondé (sin publicar).

Corporación CIEM Aconcagua. (2011). Naturaleza y Cultura en las Montañas de Aconcagua, Manual Educativo. San Felipe, Chile: Ediciones del Centro Almendral.

Corporación CIEM Aconcagua. (2013). Plan de ordenamiento territorial para la conservación y preservación del ecosistema El Zaino- Humedal El Copín, comuna de Santa María, Proyecto FPA.MMA-CiemAconcagua, Almendral. San Felipe, Chile: Ediciones del Centro Almendral.

Corporación CIEM Aconcagua. (2015). Guía de Identificación de Flora de Jahuel. San Felipe, Chile: Ediciones del Centro Almendral.

Corporación CIEM Aconcagua. (2016). Plan de Manejo Comunitario Complejo El Zaino-Laguna El Copín, Valle de Jahuel. San Felipe, Chile: Ediciones del Centro Almendral.

Cortez, A., & Mardones, M. (2009). Historia de San Esteban 1740-1936. Los Andes, Chile: Ediciones Pocuro.

Cruz, B. 1996. San Felipe de Aconcagua. Colección Estampas Históricas. San Felipe, Chile: Sociedad de Historia y Arqueología de Aconcagua.

Del Campo, F. y Sotomayor, G. (2015) Informe “Los Corrales del Chalaco Hipótesis de su Construcción y Uso en el Contexto de la Conformación de la Propiedad Agrícola en el valle de Aconcagua”.

De Ramón, A. y Larraín, J.M. (1982). Orígenes de la vida económica chilena (1659-1808). Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos.

García, T., & Thayer, C. (1970). Reforma Agraria y Pequeña Propiedad: Estudio del área Aconcagua-*Investigaciones Geográficas*, (20), Pág. 103–139. <https://doi.org/10.5354/0719-5370.1970.32843>

Garrido, P. (2008). Un remezón a la memoria. San Felipe, Chile: Autoedición.

Gay, C. (1973) Agricultura chilena tomo I. Santiago de Chile: Ediciones ICIRA.

Guerra Zúñiga, J. (2005). Pastoreo Trashumante en el Valle del Aconcagua. Santiago de Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Herbstadt, C. (s.f.). "Justo Estay, Baqueano". Obtenido de Academia de Historia Militar [en línea] <http://www.academiahistoriamilitar.cl/?q=node/4334> (Consultado: 3 de junio de 2018).

Hévila, M. y Molina, M (2010) Trashumancia y nuevas movilidades en la frontera argentino-chilena de los andes centrales. *Revista Transporte y Territorio*, núm. 3. Buenos Aires, Argentina.

Ilustre Municipalidad de Putaendo. (2015). Actualización PLADECO Comuna de Putaendo. SUR Profesionales Consultores.

Ilustre Municipalidad de Putaendo. (s.f.). Putaendo. Histórico, Patrimonial y Natural.

Ilustre Municipalidad de Putaendo-FONDART. (2000). Catastro del Patrimonio Arquitectónico de Putaendo. Ajustar la Mirada Local.

Junta de Vigilancia Río Putaendo. (s.f.). Junta de Vigilancia Río Putaendo. Obtenido de Nuestra Historia: <http://www.rioputaendo.cl/historia.html>

Lacoste, P. (2008). “El arriero trasandino y el transporte terrestre en el Cono Sur (Mendoza, 1780-1800)”. *Revista de Indias* 68: 244. Madrid: 2008: 35-68.

Lagos, J. (s.f.). Proyecto de Atlas Geográfico de la Comuna de Putaendo.

Michieli. C.T. (1986). La Sociedad Huarpe: sus relaciones con la tenencia de la tierra y los recursos económicos. En: *Actas del X Congreso de Arqueología de Chile*. Rev. Chungará, N°16/17. Arica, Universidad de Tarapacá.

Michieli. C.T. (1992). Tráfico transcordillerano de ganado y la acción de los indígenas cuyanos en el siglo XVII. Instituto de investigaciones arqueológicas y museo U.N.S.J, publicaciones N°19. San Juan.

Ministerio de Bienes Nacionales.cl, Regularización de comunidades agrícolas. S/f.

Municipalidad de Putaendo - Corporación CIEM Aconcagua. (2015). Corrales del Chalaco Putaendo,

Región de Valparaíso. Expediente técnico para la declaratoria como Monumento Histórico. Putaendo.

Municipalidad de Santa María. (2016). PLADECO 2017-2022. Santa María.

Municipalidad de San Esteban. (2010). Plan de Desarrollo Comunal. Los Andes.

Olivares B., (2004). Relatos históricos de Santa María. San Felipe, Chile, Ediciones del Centro Almendral.

Pavlovic, D., Sánchez, R., Troncoso, A. (2003). Prehistoria de Aconcagua. San Felipe, Chile, Ediciones del Centro Almendral.

Pavlovic, D. (2016) en La comarca antes de la “Historia”. En Canales, A., Canales, M. y Razeto, J. editores

Et al. (2016). Aconcagua La Comarca. Corporación CIEM Aconcagua. San Felipe, Chile, Ediciones del Centro Almendral.

Pérez, C. (2000). Guerrilla Rural en Chile: La Batalla del Fundo de San Miguel (1968). EPU.

Razeto Jorge. (1986) Economía campesina comunitaria: dos ejemplos para un análisis. Tesis para optar al título y grado en Antropología. Universidad de Chile.

Razeto Jorge. (2015), Comunidades, lugares, paisajes y tensiones en las montañas de Aconcagua. Tesis doctoral Universidad nacional de Cuyo, Argentina.

Razeto Jorge y Hanny Suckel. (2016). Trayectorias Agrarias en la Comarca de Aconcagua. En Canales A; Canales M; Razeto J. Aconcagua la Comarca. San Felipe, Chile, Ediciones del Centro Almendral.

Ross, A. (1888) Reseña histórica del comercio de Chile durante la era colonial. Revista económica, Chile.

Sernatur V Región. (s.f.). Atractivos Turísticos Provincia de Los Andes.

Solís de ovando, Juan 1989. Normativa legal de las comunidades agrícolas. Estudio crítico del DFL N°5 de 1968 del Ministerio de Agricultura con sus modificaciones posteriores. Editorial Antártica.

Sotomayor, Gonzalo. Informe de trayectoria de propiedades colectivas: algunos casos de Putaendo, San Felipe y Santa María. Manuscrito s.f. CIEM Aconcagua. San Felipe

Suckel, H. & Cerda, J. (2007). Informe Datos Secundarios, Estudio de Caso. Valle Alto del Aconcagua. Informe de Desarrollo Humano-Rural PNUD.

Suckel, H. & Ahumada, J. (2016), J. Visita a la Historia Social en Aconcagua. En Canales, A., Canales, M. y Razeto, J. editores (2016). Aconcagua La Comarca. Corporación CIEM Aconcagua. San Felipe, Chile, Ediciones del Centro Almendral.

Tomic, T. (2016). Corrales de Piedra y Paisaje Cultural como Patrimonio Rural en Chile Central. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla. España.

Vergara, R. (2005). Población y Asentamientos Humanos en el Ámbito de las Comunidades Agrícolas – Región de Coquimbo. Instituto Nacional de Estadísticas. INE. Santiago de Chile.

V Región de Valparaíso. (2005). Obtenido de V Región de Valparaíso: <http://www.vregion.cl/los-andes/san-esteban/>

Yudilevich Levy, D., & Castro Le-Fort, E. (1996). Darwin en Chile (1832-1835), viaje de un naturalista alrededor del mundo por Charles Darwin. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

IV. Arquitectura y paisaje de corrales ganaderos en la Cordillera de Aconcagua

Paula Ahumada¹

Los corrales de montaña son la expresión material, construida con pircas de piedra, de una forma de ocupación social y económica de los grandes territorios de las cordilleras de los Andes. Así como son un hito, en cuanto al uso temporal, en el sentido que se ocupan sólo algunas veces al año, son también un hito espacial, como enclave estratégico dentro del gran sistema de uso de la montaña por parte de las comunidades locales y sus arrieros.

El análisis del componente arquitectura y paisaje trata de entender y mostrar 3 aspectos de los corrales: la ubicación, siempre estratégica; la arquitectura y el sistema constructivo, que acoge la función ganadera y usa la piedra como el material principal; la relación del corral con su entorno inmediato y a la vez con un paisaje lejano, que se ve y construye desde los corrales.

Ubicación estratégica

Una constante en la ubicación de los corrales es que se sitúan en una zona de confluencia entre dos cursos de agua. En los casos de La Quebrada de Sahondé, Piguchén y Chalaco en el espacio de contacto entre el fondo del valle agrícola y el inicio de las serranías. En el caso de La Laja la ubicación también es en una zona de confluencia, pero ya al interior de un angosto cajón cordillerano. En Campos de Ahumada, ubicados a mayor altitud (1.650 msnm), se sitúan al centro de una explanada de precordillera, entre el estero y un canal de riego. A su vez, los corrales se emplazan en una zona de apertura hacia las serranías, lo cual se ve reflejado en la relación con el predio en el cual se ubican: en la parte baja de un gran predio de montaña, que en varios de los casos corresponden a una propiedad colectiva.

1. Arquitecta, colaboradora CIEM Aconcagua.

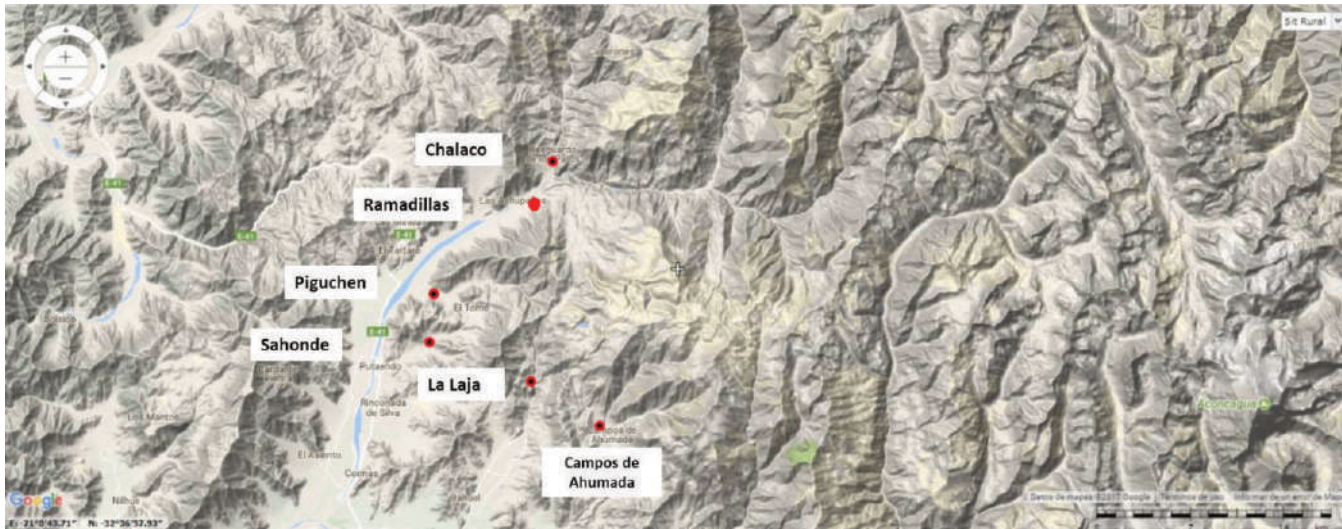


Figura 86. Ubicación estratégica de los 6 corrales estudiados: al fondo de los valles y en la puerta hacia las serranías y luego las grandes extensiones de cordilleras. Fuente: www.sitrural.cl y elaboración propia.

Arquitectura y sistema constructivo

La arquitectura básica de los corrales está formada por dos recintos y una medialuna, que es lo mínimo para acoger la labor central del rodeo, la cual es separar y marcar el ganado. A mayor dimensión (los corrales estudiados varían entre 5.000 y 24.000 m²) se agregan a esta estructura básica otros recintos menores, que sirven para la separación simultánea de varios grupos de animales.

En general todos están contruidos con pircas de piedra; pero los tipos de piedra, la barda y el uso de mortero, responden en cada caso a la ubicación particular y al periodo de construcción. Mientras las pircas del Chalaco se asientan en grandes bloques y luego piedras medianas, angulosas y sin mortero; los de la Quebrada - Sahondé, son de piedras de menor tamaño, más redondeadas y asentadas con un mortero de tierra amarilla, que es el suelo de un limo arcilloso característico de esa quebrada.

Entorno y paisaje de los corrales

En todos los casos los corrales forman un conjunto con los elementos de su entorno próximo. Las áreas de estacionamiento, el mirador (ladera arriba) y el bosque (a lo largo de los cursos de agua) rodean los corrales.

Son los espacios del descanso, del almuerzo y la fiesta, tanto de los arrieros como de sus familias y la “comunidad de campo”, entrelazados a través de la ganadería de montaña.

Los corrales son la puerta de entrada hacia las cordilleras. Desde ellos se abren los cajones cordilleranos por los que suben y bajan los animales, son el enclave entre las cordilleras y el valle. Por lo mismo, desde ellos se construyen paisajes: se le da nombre a la geografía; se construyen vistas que los sitúan en el espacio: vistas hacia las cordilleras, hacia el valle y vistas desde el mirador, donde los corrales son el centro desde el cual se ordena un espacio propio.

Corrales de la Quebrada – Sahondé



Figura 87. Vista del corral grande. Al norte poniente, la pradera, hoy plantación de parronales. Hacia el oriente el bosque siguiendo el curso del canal de riego. Hacia el interior la quebrada, las serranías, tras las cuales se levanta el Orolonco (2.300 m). Fotografía: Paula Ahumada Figueroa.

Los Corrales de la Quebrada son un conjunto de corrales de pirca, ubicados al fondo del valle agrícola de Putaendo, en la confluencia de las Quebradas de Agua Amarilla y Los Álamos. Está conformado por 2 corrales, medialuna y una circulación lateral, en muy buen estado de conservación y donde se usa un sistema de pirca con mortero de barro.

PROPIETARIO:	USO: Corrales	SUPERFICIE: 4.783 m2
Comunidad Serranía de Campo La Quebrada de San Antonio	ROL SII: 113-1	ALTITUD: 900 msnm

Ubicación estratégica

Los Corrales de la Quebrada de Sahondé, están ubicados al fondo del valle agrícola, en la confluencia entre las quebradas de Agua Amarilla y de los Álamos, y en la zona de contacto entre el fondo del valle y el inicio de los extensos espacios de cordilleras. En la imagen satelital (Figura 88), se distinguen las áreas de cultivo agrícola en suelo de riego próximas a la ciudad de Putaendo y del entorno del hospital Psiquiátrico de Putaendo. Hacia el oriente, justo bajo el canal de regadío (aprox. cota 900) que delimita la zona cultivada e inicio de la “serranías”, están los corrales. Se ubican en el gran predio colectivo de la Comunidad Serranía de Campo de la Quebrada de San Antonio (2.716 hectáreas).

Arquitectura y sistema constructivo

El conjunto de Sahondé tiene una superficie de aprox. 4.783 m² y es una estructura con los componentes básicos: un corral grande, un corral menor y medialuna. Al corral grande se accede directamente desde ambas quebradas. Contiguo a éste se ubica la medialuna. Un pasillo lateral conecta estos corrales con uno de menor tamaño ubicado próximo al camino de acceso. En esa área, próximo al acceso se ubican 2 mangas.

Lo particular en este caso es la técnica constructiva de la pirca, de aprox. 1.20 m de base y entre 1.5 y 2.0 m de altura, que se encuentra en muy buen estado de conservación. Está construida con piedras irregulares (de cerro), de tamaño mediano y afianzadas con barro desde la base hasta la barda. La barda es un lomo muy bien construido de barro con piedrecillas filudas.

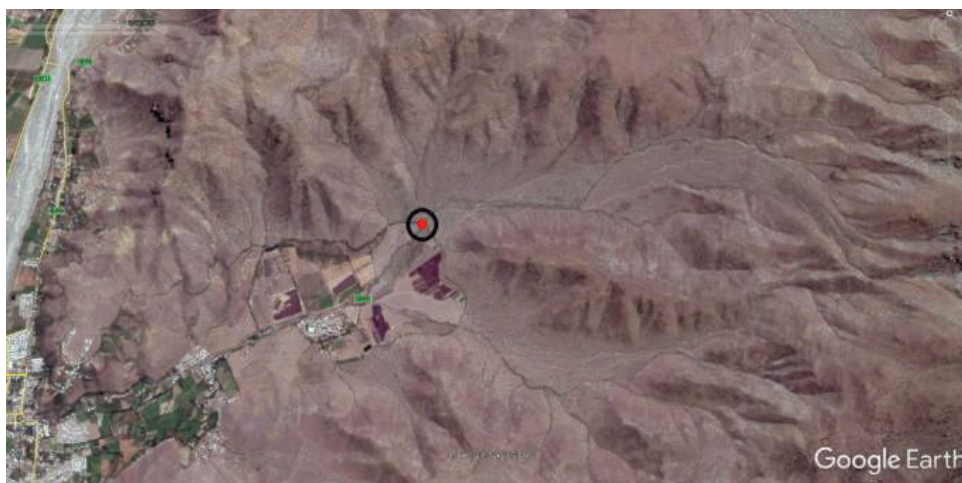
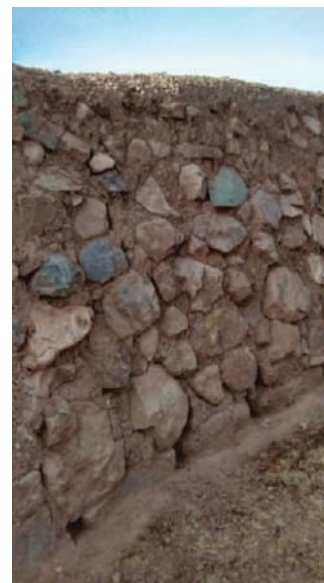


Figura 88. Ubicación. Localidad: Putaendo. Cursos de agua: Quebradas de Agua Amarilla y Los Álamos.

Fuente: Google Earth y elaboración propia.



Planta del conjunto.



*Detalle del tipo de
pirca con mortero y
barda.*

RECINTO	Corral circular	Corral 1	Corral 2	Pasillo	TOTAL
M2	780	2.251	992	760	4.783 m2

Entorno y paisaje de los corrales

Los corrales constituyen un sistema con los elementos de su entorno próximo. En este caso se ubican entre el canal de regadío y el cierro de pirca que delimita las propiedades vecinas al poniente. Hacia el oriente y cerro arriba se extiende la estepa de espino, cruzada por las huellas de ganado hacia las quebradas. Al aproximarse al canal se produce un bosqueque con pimientos y algarrobos. En este sector existe un bebedero y aguas, debajo de éste un segundo bosqueque, con espinos, pimientos y algarrobos. Este entorno arbolado y sombreado sirve de espacios de mirador y actividades complementarias al corral (almuerzo, descanso y fiesta).

Desde los corrales hacia el poniente y oriente se abren los grandes paisajes de los corrales. Hacia el poniente, hacia abajo, se abre el valle agrícola. En primer plano a ambos costados se extienden grandes explanadas de pradera. Al centro, el matorral denso de espinos va cubriendo la parte baja de la quebrada. Hacia el fondo el espacio de la ciudad, ya en la cuenca del Río Putaendo.

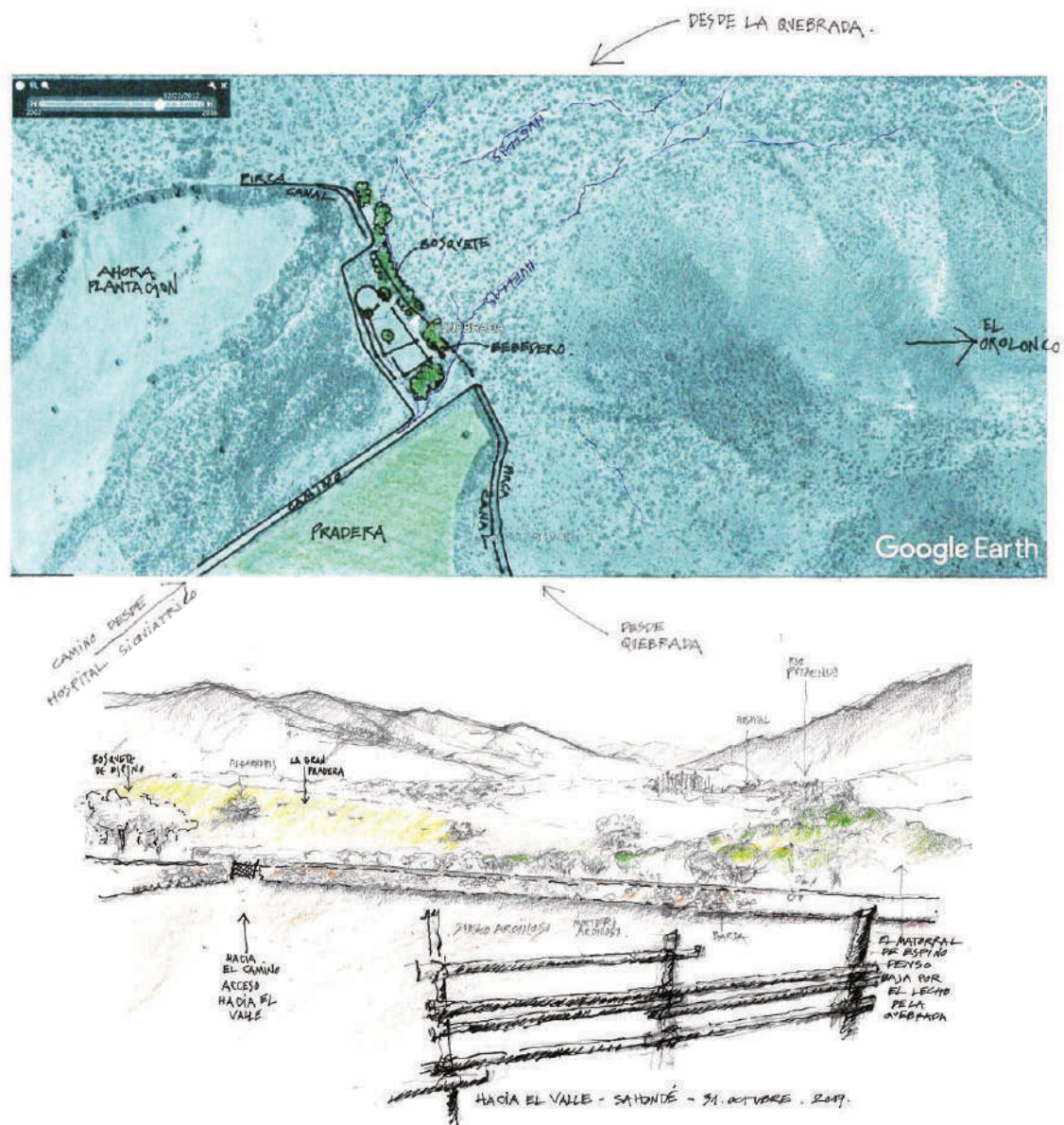
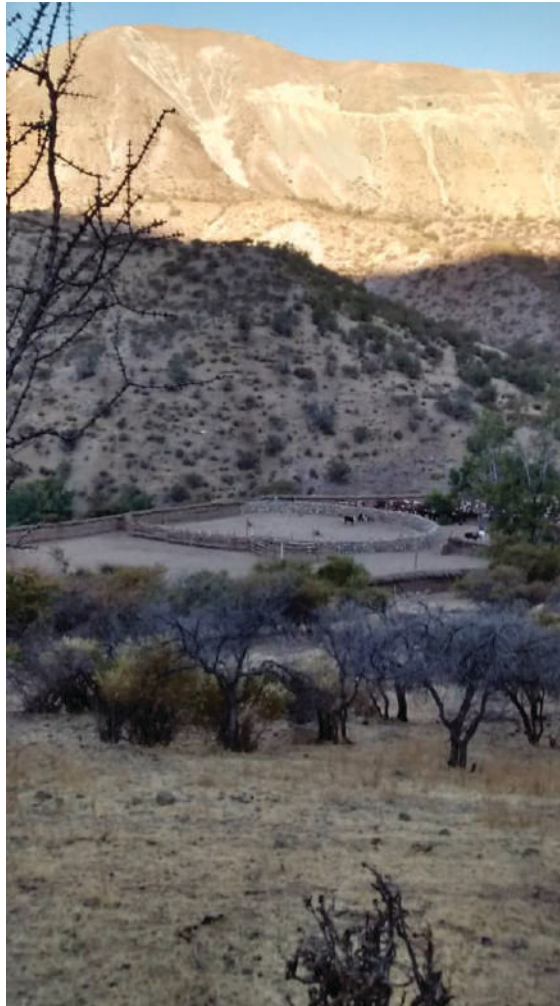


Figura 89 Corrales de Sahondé: Entorno próximo y vista hacia el valle.
Fuente: Google Earth y elaboración propia. Dibujo: Paula Ahumada Figueroa.

Corrales de La Laja – El Zaino



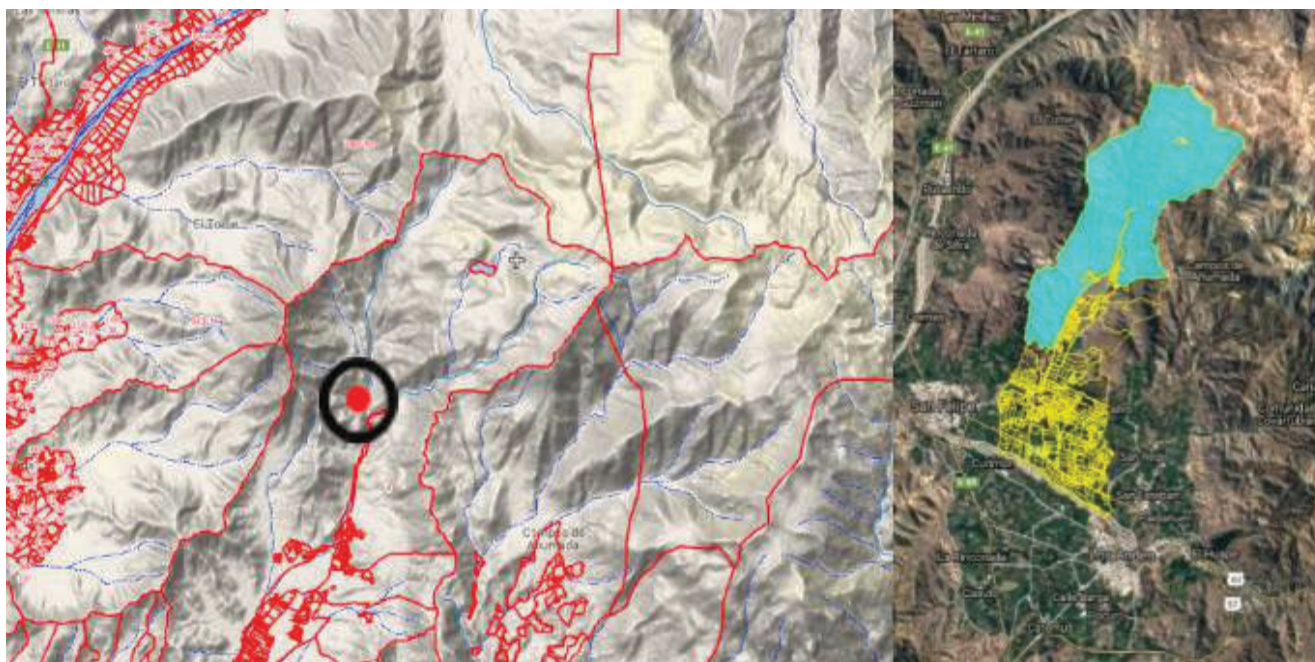
*Figura 90. Vista de los corrales desde el mirador.
Fotografía: Paula Ahumada F.*

Los Corrales de La Laja son un conjunto de corrales ubicados al interior del cajón cordillerano del estero El Zaino, a unos 250 m de la confluencia de este estero con el estero de La Laja. Se ubican en una pequeña explanada situada en la ladera poniente de la quebrada. Es un conjunto simple, formado por 2 corrales y una medialuna. Su particularidad es la combinación de 2 sistemas constructivos: muros de tapial y pirca de piedra.

PROPIETARIO:	USO: Corrales	SUPERFICIE: 5.711 m2
Comunidad de Campo de Jahuel	AÑO CONSTRUCCIÓN: c.	ALTITUD: 1.355 msnm

Ubicación estratégica

Los Corrales de la Laja se ubican en la comuna de Santa María, al interior de Jahuel. En el mapa de relieve se observa que el emplazamiento de estos corrales está en la zona llamada de precordillera. En este caso, en la confluencia entre los esteros de El Zaino y La Laja. Se ubican en un cajón cordillerano; mientras una angosta franja de vegetación recorre el fondo de la quebrada, contigua a esa franja verde están los corrales. Estos forman parte de un gran predio comunitario de serranías, de propiedad de la Comunidad del Campo de Jahuel que, como se puede observar en la gráfica (Figura 91), representa casi la mitad del territorio de la comuna de Santa María.



*Figuras 91. Ubicación. Localidad: Jahuel, Comuna de Santa María.. Cursos de agua: Estero del Zaino y Estero de la Laja.
Fuente: www.sitrural.cl Información sobre propiedad rural SII – Ciren*



Planta del conjunto



Detalle de los dos tipos de muros: pirca de piedra y tapial

RECINTO	Corral circular	Corral 1	Corral 2	TOTAL
M2	817	2.226	2.668	5.711 m2

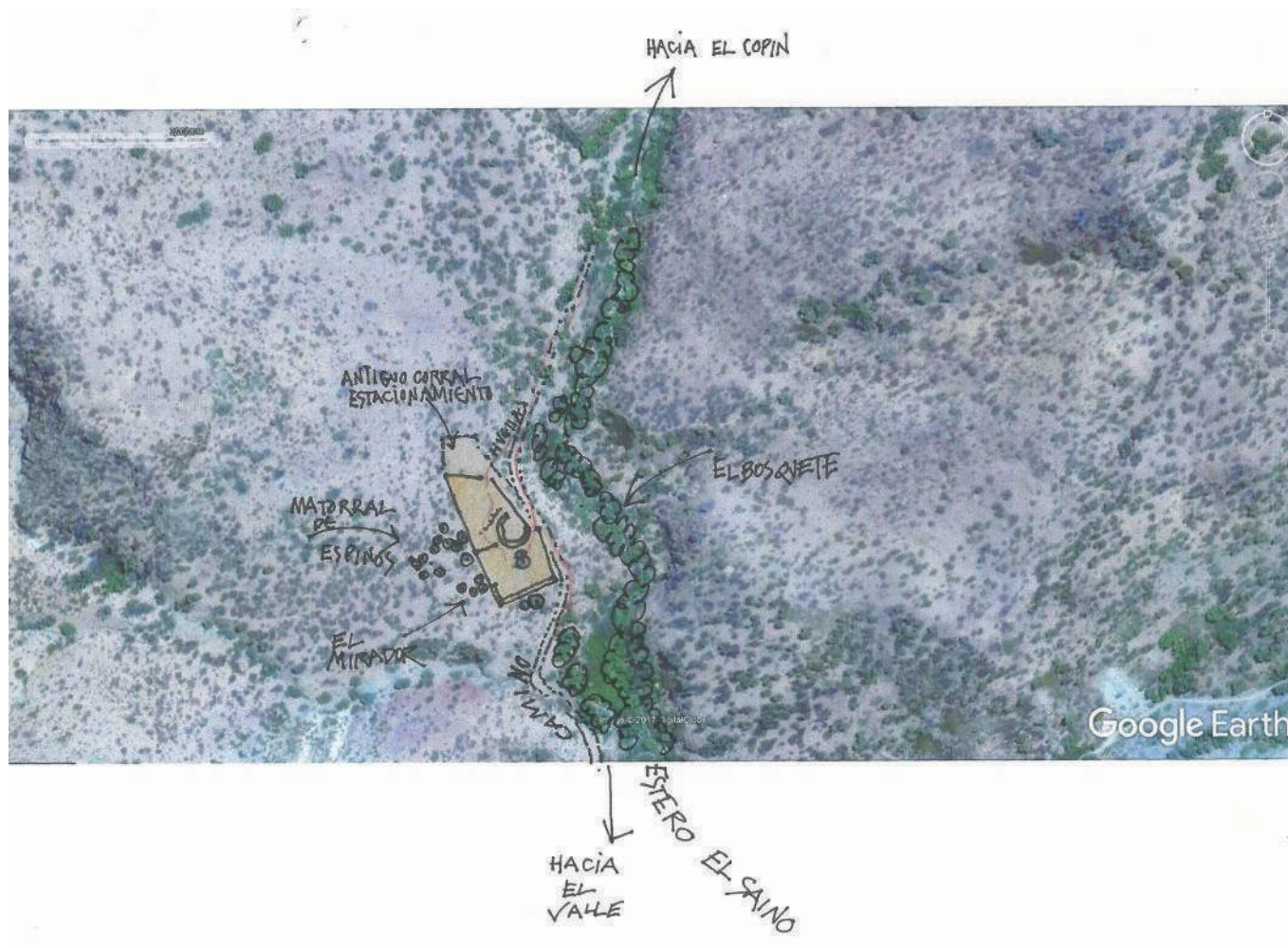
Arquitectura y sistema constructivo

El conjunto tiene una superficie de aprox. 5.711 m² y es una estructura simple, compuesta por una medialuna ubicada al centro y 2 corrales, al norte y sur del recinto circular. A ambos corrales se accede desde una huella que va bordeando la quebrada. Al interior del corral sur (2) existen 2 grandes quillayes añosos y debilitados por la sequía, que por su sombra se constituyen en el centro de encuentro del corral. Hacia el norte bordeando el corral circular se ubica la manga.

En este caso se usan dos técnicas constructivas. El muro circular de la media luna y el muro sur son de pirca, con piedras de mayor tamaño en la base, irregulares y medianas al centro y de menor tamaño en el tercio superior; sin presentar mortero de barro ni barda. El resto de los muros son de tapial (barro apisonado) de ancho aproximado 0.80 m y altura aprox. 2 m. La tapia se remata con una barda de ramas y barro que cubre y sobresale del muro.

Entorno y paisaje de los corrales

Los corrales se constituyen como un espacio social con los elementos de su entorno próximo. Hacia el estero se extiende la zona húmeda y sombreada del bosque, que se usa como lugar de descanso y almuerzo. Hacia el norte, en una explanada que corresponde a un antiguo corral se ubican los vehículos y es el área de acceso. Cerro arriba, hacia el poniente, se ubica el mirador. Un área de matorral de espino, de sombra tenue y con algunos quillayes, es el lugar desde el cual se observan y siguen las labores del corral principal.



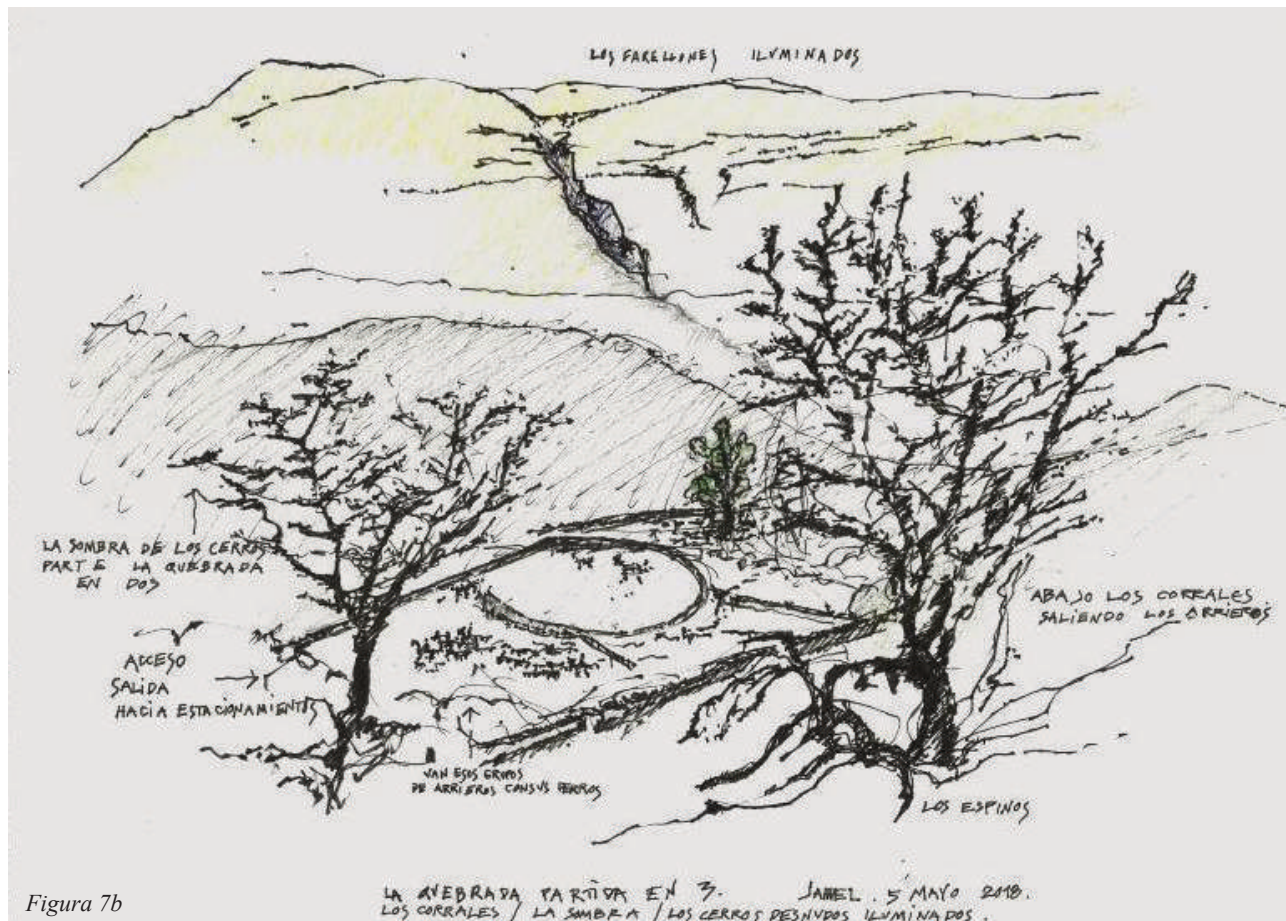


Figura 7b

Figura 92. Corrales de La Laja. Entorno próximo y vista desde el mirador. Fuente: Google Earth y elaboración propia.

El cajón El Zaino es como los valles nortinos que describe Gabriela Mistral. Un valle angosto «dividido por la raya del pequeño río, como una cabeza femenina (...) donde el sol salta como un gimnasta rojo» de una ladera a otra (cf. Mistral, 2009: 67-68, Infancia rural). Los Corrales de La Laja se miran desde el cerro y desde ahí se ven, entre los espinos, al fondo del cajón. Son parte del paisaje de la quebrada angosta, donde el contraste entre el sol y la sombra recorta los cerros, los divide en franjas: en la parte baja los corrales, al medio la estepa de espino, surcada por bajadas de agua y matorrales densos. Arriba los cerros desnudos, sin vegetación, donde se distinguen «los farellones».

Corrales de Piguchén



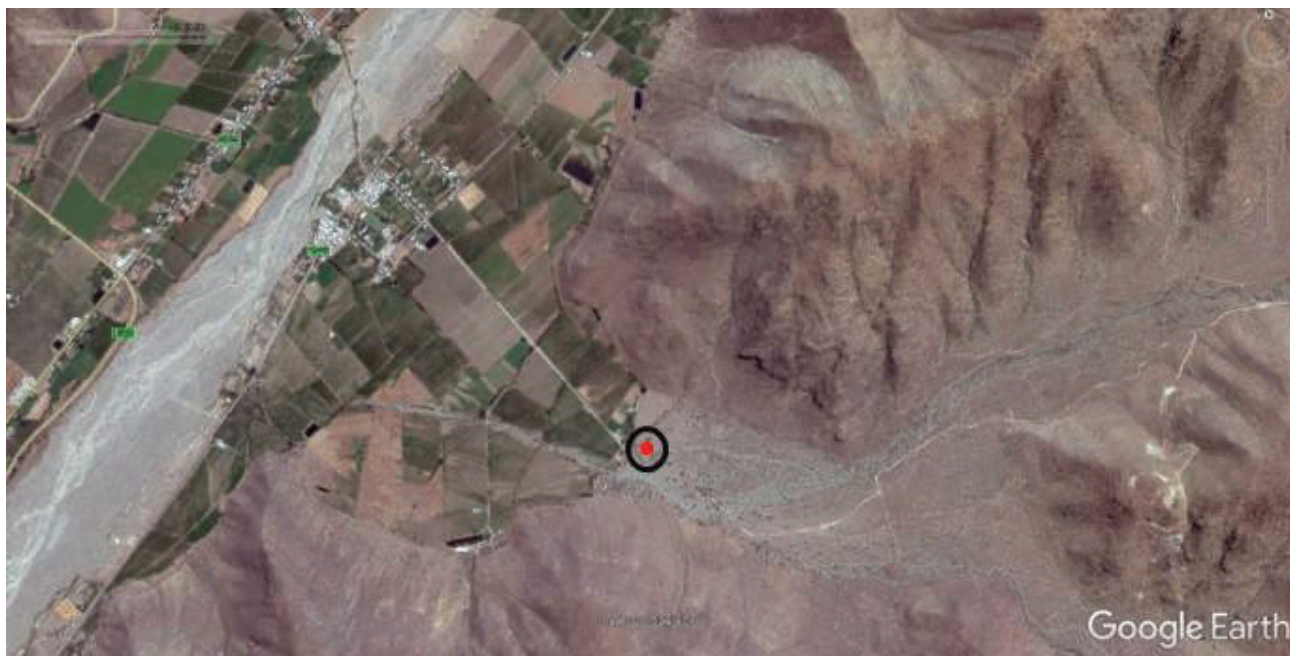
Figura 93. Vista de los corrales desde el pasillo lateral. Al costado oriente una de las viviendas que están en uso. Fotografía: Paula Ahumada Figueroa.

Los Corrales de Piguchén son un conjunto formado por recintos contruidos con pirca de piedra, que están ubicados al fondo del valle agrícola de la localidad de San José de Piguchén y en la confluencia entre la Gran Quebrada de Piguchén y la Quebrada de El Tome. Es un conjunto rectangular compuesto por un gran corral de acceso, medialuna, 4 corrales menores o chiqueros y una circulación lateral. Su particularidad es que se encuentran rodeados de 3 viviendas; una de ellas en uso y dos sin uso actual. La primera se ubica contigua al acceso principal y tiene establos de cabras que se comunican directamente con el corral grande, por lo que existe hoy un uso cotidiano del recinto.

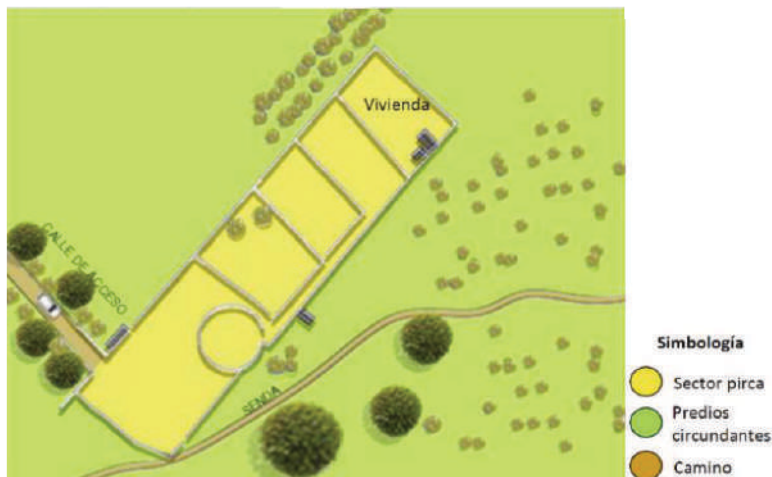
PROPIETARIO:	USO: Corrales y vivienda	SUPERFICIE: 16.735 m2
Comunidad de Campo La Victoria de Piguchén	ROL SII: 280-70	ALTITUD: 985 msnm

Ubicación estratégica

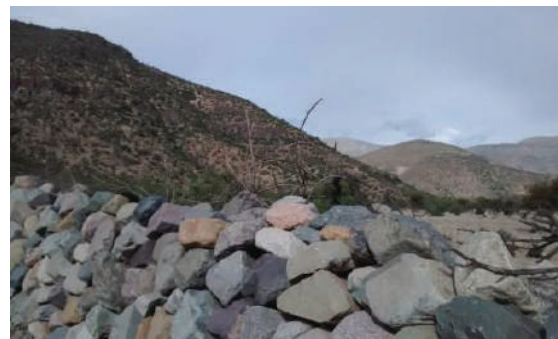
Los Corrales de Piguchén están ubicados en la confluencia entre la Quebrada Grande Piguchén y la Quebrada de El Tome. En el área de contacto entre el valle agrícola de San José de Piguchén y el inicio del cajón cordillerano. En la imagen satelital (Figura 94) se diferencia claramente la ubicación estratégica entre el valle con suelos de riego y las serranías, con tierras de secano. A aproximadamente 1,5 km del poblado de San José de Piguchén, se accede a ellos por un camino de trazado recto, que va del Río Putaendo, el poblado y casas patronales de la antigua hacienda Piguchén hasta el inicio de la quebrada. Según se observa en el plano de propiedades rurales, los corrales son parte de un gran predio de serranía, de 14.839 hectáreas, que pertenece a la comunidad de Campo «La Victoria de Piguchén». Un predio que fue parte de la estructura de hacienda y que se traspasó luego a los campesinos con el proceso de Reforma Agraria.



Figuras 94. Ubicación. Localidad: San José de Piguchén, Comuna de Putaendo. Cursos de agua: Quebrada Grande de Piguchén y Quebrada El Tome. Fuente: Google Earth y elaboración propia.



Planta del conjunto. Fuente: Tomic, T. (2015).



Detalle pirca de piedra con ramas de espino.

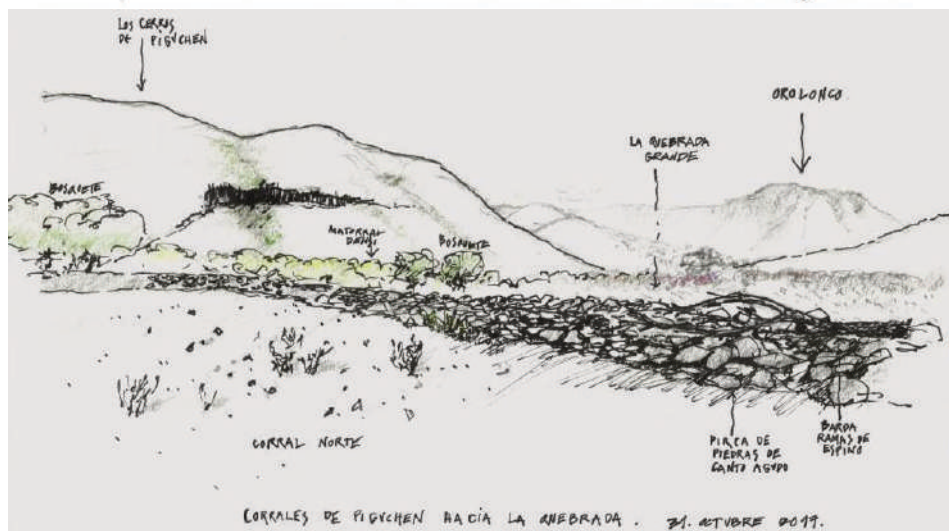
RECINTO	Corral Circular	Corral Grande Sur	Corral 1	Corral 2	Corral 3	Corral - Vivienda	Pasillo	TOTAL
M2	1.220	5.509	2.702	2.154	2.196	2.497	457	16.735 m2

Arquitectura y sistema constructivo

El conjunto tiene una superficie de aprox. 16.735 m² y es una estructura compuesta por: un gran corral al que se accede desde el camino principal y desde las serranías; una medialuna central y 4 recintos rectangulares, uno usado como vivienda; y un pasillo lateral. Hacia el oriente, próximo a la medialuna, se ubica otra vivienda y sus recintos anexos (parrón, establos, arboleda). Está construido con pircas de aproximadamente 1.45 m. de base y aprox. 1.5 a 2 m. de altura. Las pircas son de piedra irregular, sin mortero, ni barda. La parte superior de los muros está protegida con ramas de espino.

Entorno y paisaje de los corrales

Los corrales forman un sistema con los elementos de su entorno próximo. En este caso aguas abajo se ubican las casas (aún habitadas). Cerro arriba, se ubica primero un bosque que es parte del segundo recinto de vivienda (ahora deshabitada). Algo más arriba y hacia la quebrada, se abre la estepa de espino y se constituye un espacio de mirador, que acoge las actividades sociales complementarias a las faenas del corral (almuerzo, fiesta, descanso). Desde los corrales hacia el nororiente se abre el paisaje de la Quebrada Grande, enmarcada por los cerros de Piguchén. En primer plano el matorral de espino, a media altura los farellones y hacia el interior el magnífico cerro Orolonco y el cajón cordillerano que es el camino hacia la Laguna del Copín.



Figuras 95. Corrales de Piguchén. Entorno próximo y vista hacia la Quebrada Grande. Fuente: Google Earth y elaboración propia.

Corrales del Chalaco

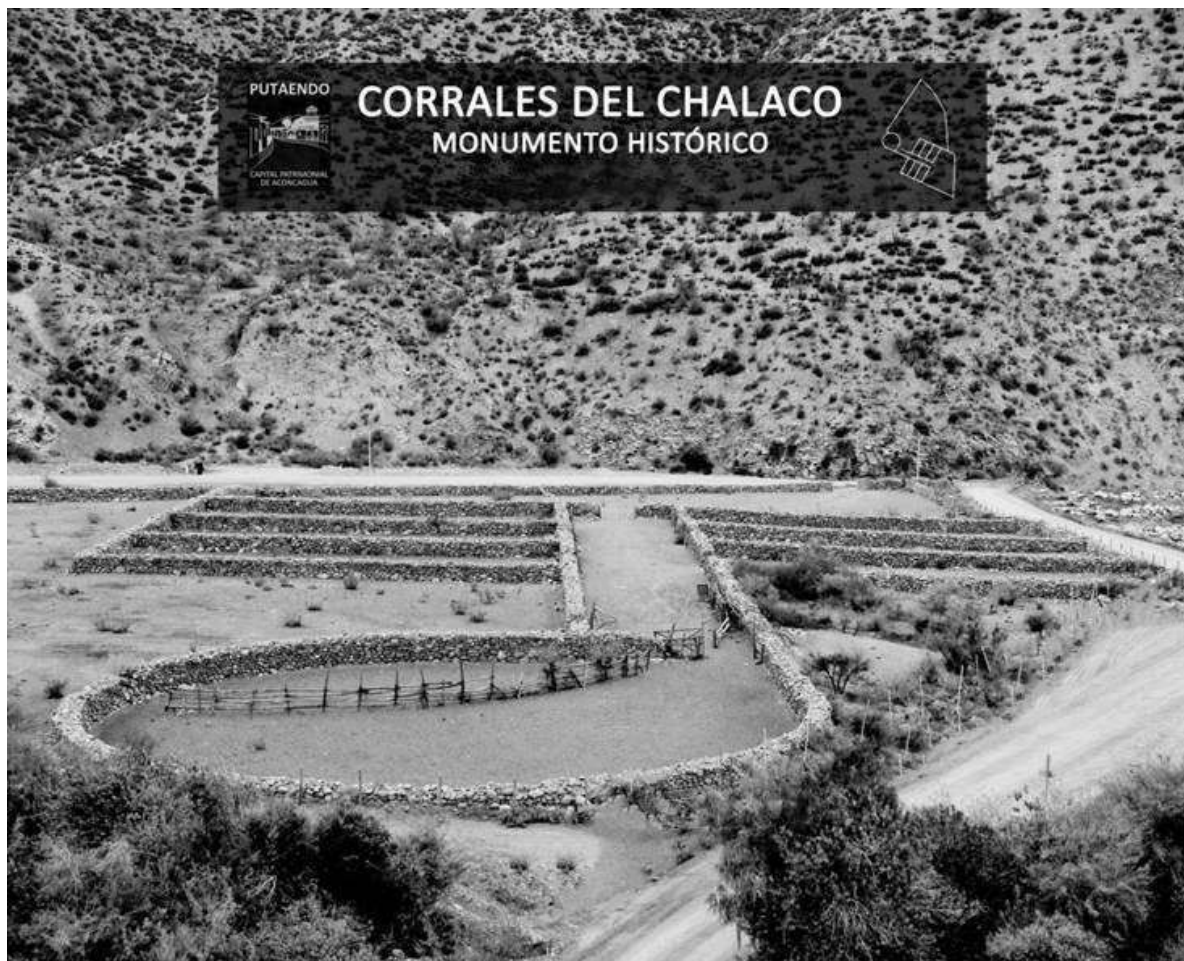


Figura 96. Vista desde el mirador. Fotografía: Jorge Razeto Migliaro.

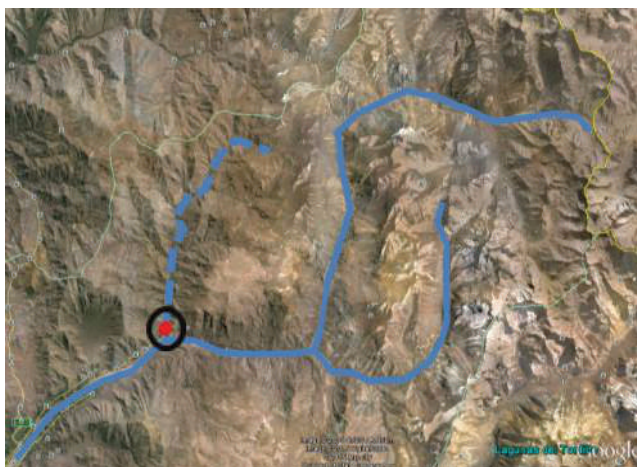
Los corrales están ubicados en una explanada de 250 m de ancho entre el canal y el estero Chalaco. Es un conjunto de grandes dimensiones conformado por una medialuna, 6 recintos rectangulares y una circulación central. Al oriente y al norte se ubican dos grandes corrales de forma irregular. Está construido con pircas de aprox. 1.45 m de base y entre 1.0 y 2.0 m de altura. Según el arqueólogo Rubén Stehberg, es uno de los

conjuntos más grandes de este tipo en el cono sur y se encuentra en uso como expresión de la ancestral práctica de ganadería de montaña de los Andes. Están en buen estado de conservación justamente debido a que se encuentran en uso. En febrero del 2018 fueron declarados Monumento Nacional, en la categoría de Monumento Histórico.

PROPIETARIO: Fisco	USO: Corrales	SUPERFICIE: 24.000 m ²
ROL SII: 276 - 205	AÑO CONSTRUCCIÓN: s.XVII	ALTITUD: 1.244 msnm
	ANTIGÜEDAD: c.350 años	PROTECCIÓN: MN

Ubicación estratégica

Los Corrales del Chalaco están ubicados en el área de confluencia entre el estero del Chalaco y el Río Rocín. Al fondo del valle agrícola del Río Putaendo y en la zona de inicio de las cordilleras. La gran extensión de ambas cuencas, en particular del Río Rocín pueden explicar la importancia y magnitud de estos corrales. Como se observa en la gráfica de propiedades rurales, los corrales eran parte de un gran predio de montaña (44.000 hectáreas), que correspondió a la Hacienda El Tártaro – Lo Vicuña, luego expropiado en el proceso de Reforma Agraria. Hoy son parte de un predio menor, Fiscal, resultante de la construcción del embalse Chacrilas.



*Figuras 97. Ubicación. Localidad: Los Patos, Putaendo. Cursos de agua: Estero del Chalaco, Canal El Chalaco, Río Rocín.
Fuente: www.sitrural.cl . Información sobre propiedad rural SII – Ciren*



Planta del conjunto. Fuente: Expediente declaratoria de Monumento Nacional (2015).

Muro de pirca con sus 3 secciones.

RECINTO	Corral Circular	Corral Grande Norte	Corral Grande Oriente	Corrales 1 al 6	TOTAL
M2	1.200	12.975	4.990	De 628 a 727 m2	23.133 m2

Arquitectura y sistema constructivo

El conjunto es una estructura de grandes dimensiones de superficie de aproximadamente 24.000 m², compuesta por 6 corrales (chiqueros) ordenados a ambos costados de un pasillo central, medialuna y dos grandes corrales de forma irregular ubicados al norte y oriente, con acceso hacia el cajón del Chalaco y del Río Rocín respectivamente.

Está construido con pircas de piedra sin mortero, de ancho entre 1.3 y 1.5 m y altura entre 1.0 a 2.0 m. En la pirca se distinguen 3 secciones: la base con grandes piedras semi enterradas; un cuerpo medio con piedra mediana y la parte superior de piedras pequeñas que se deben reponer regularmente.

Entorno y paisaje de los corrales

A partir de los componentes ambientales y el uso social del espacio, los corrales conforman una unidad con su entorno próximo (Figura 98). En este caso se ubican entre el lecho pedregoso del estero (2) y la franja húmeda que bordea el canal (3). En estos dos espacios se realiza la vida social (almuerzo, descanso, fiesta) que acompañan las faenas de los días de subida o bajada de los animales desde la cordillera. Hacia el poniente, cerro arriba, se ubica el mirador (4): espacio privilegiado desde el cual se tiene una vista panorámica del conjunto. Hacia el interior del estero se encuentran primero las casas (6), que son vivienda campesina permanente y luego el refugio del Regimiento Yungay (5) y el bosque, utilizado también como lugar de almuerzo y descanso.

Este conjunto formado por los corrales y su entorno, también adquiere forma (se con-forma) y sentido por sus vistas: la primera desde el mirador, donde los corrales son el centro del panorama con el cajón del Chalaco hacia el norte y el Valle de Putaendo hacia el oriente. Luego, desde los corrales mismos (Figura 99) donde se distingue un fondo de cerros y portezuelos. Según el relato de los arrieros, hacia el fondo del cajón del estero Chalaco (hacia Alicahue) se ve el cerro Alto del Cuzco, que a través de la toponimia nos habla de la huella incaica. Al frente, un cordón precordillerano que está coronado por el Macizo de San Isidro y, valle abajo, se ven los cerros de Piguchén ubicados en el margen sur del río.

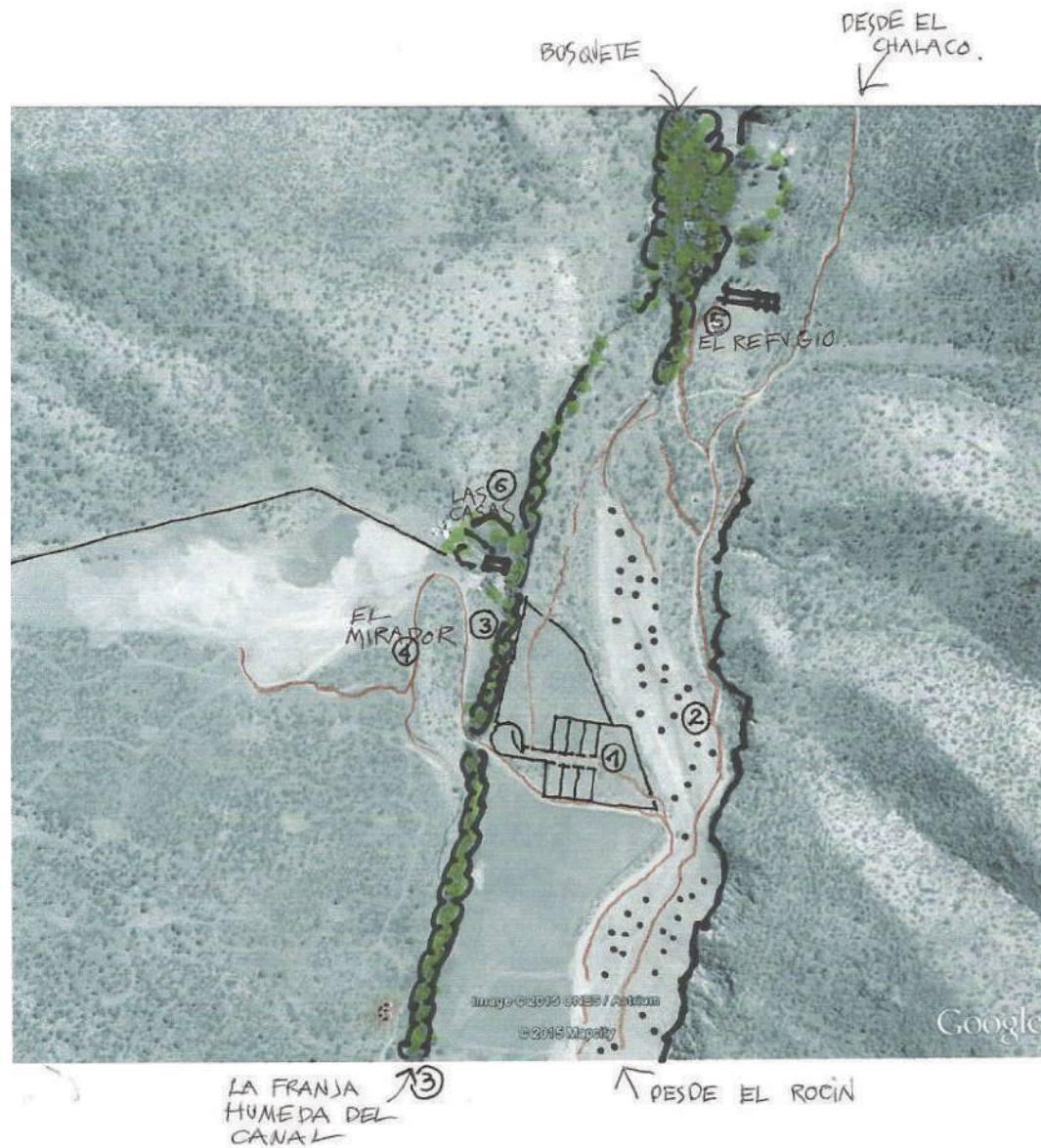


Figura 98. Los corrales y su entorno: el estero, la franja húmeda del canal, el mirador y el bosque.
Fuente: Google Earth y elaboración propia.

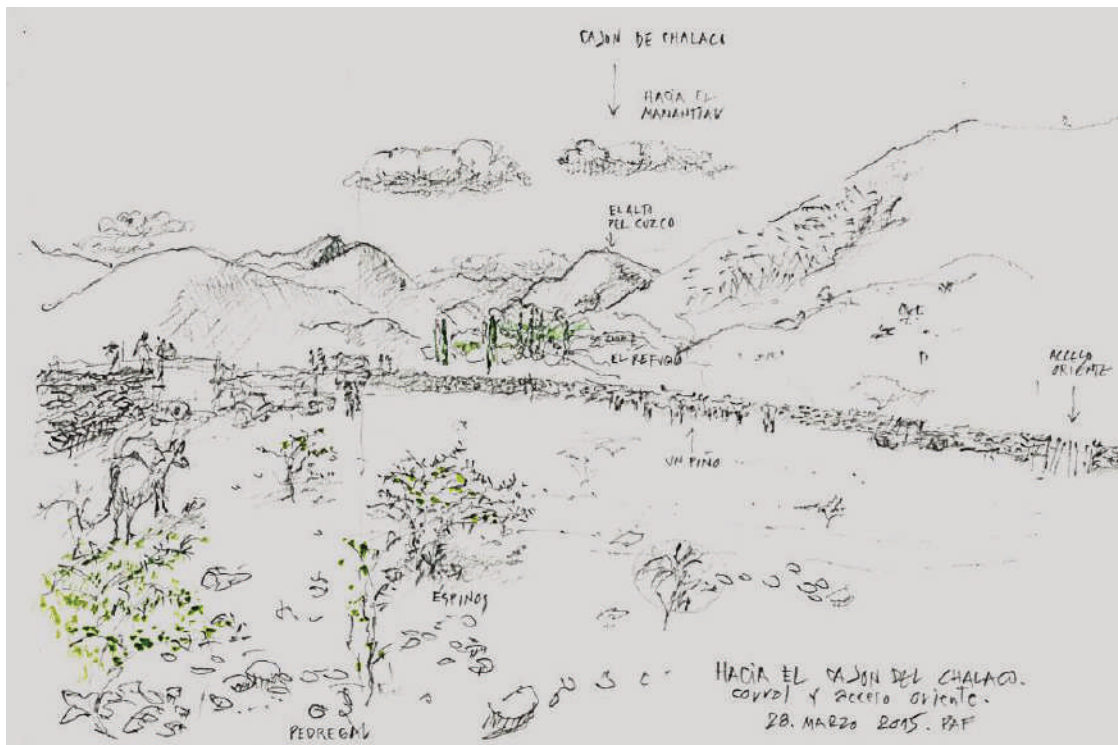


Figura 99. El paisaje de los corrales: vista desde el corral oriente hacia el Cajón del Chalaco, el bosque y al fondo el Alto del Cuzco. Fuente: Elaboración propia.



Figura 100. Corrales en uso y arrieros de las comunidades de Putaendo el 28 de marzo del 2015. Fotografías: Guillermo Sapaj Aguilera.

Corrales del Álamo



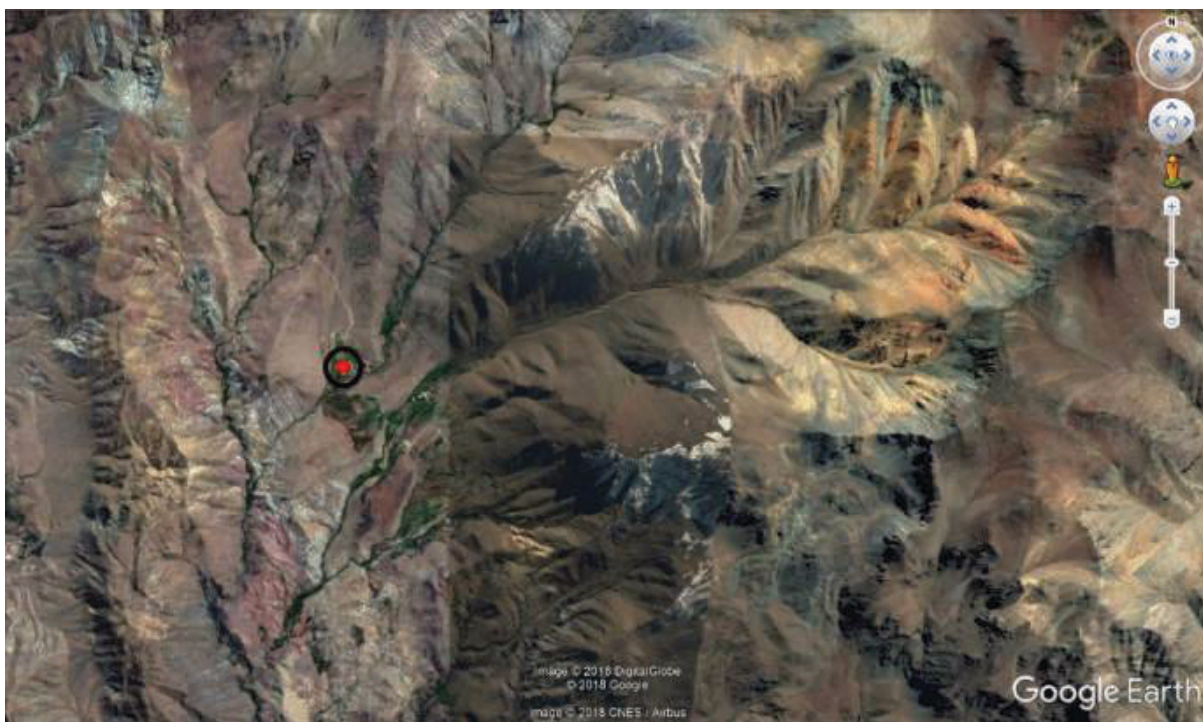
Figura 101. Vista de la medialuna desde las graderías. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

Los Corrales del Álamo, en Campos de Ahumada Alto, están ubicados en una explanada de aproximadamente 500 por 600 m, en un área de encuentro entre los esteros de La Honda y El Arpa, y en el camino hacia la laguna del Copín. Se trata del conjunto ubicado a mayor altitud entre los estudiados. Su particularidad es que son parte de un enclave de pequeñas propiedades rurales de precordillera. Están rodeados de casas, galpones, establos y áreas de cultivo; y situados entremedio de arboledas de álamos, eucaliptus, espinos y acacios. Tienen una medialuna reglamentaria con graderías, que funciona como espacio de rodeo deportivo con una importante aunque eventual afluencia de público, según señalan los lugareños

PROPIETARIO:	USO: Corrales y viviendas	SUPERFICIE: 11.600 m ²
ROL:	AÑO CONSTRUCCIÓN:	ALTITUD: 1.680 msnm

Ubicación estratégica

Los Corrales de El Álamo están ubicados en la precordillera, al interior de la comuna de San Esteban, a aproximadamente 1.680 msnm (son los que se encuentran a más altitud de los estudiados). Es un pequeño valle entre cordones precordilleranos de propiedad de la Comunidad Campos de Ahumada, en la zona de encuentro entre el estero La Honda y el estero El Arpa. Como se observa en la foto satelital, los corrales se sitúan en un enclave agrícola de montaña denominado “Campos de Ahumada”. En este sentido a diferencia de otros casos, donde los corrales están en una zona de límite entre los suelos agrícolas y las serranías, en este caso son el centro de un área de pequeñas propiedades rurales. Por lo mismo están rodeados de viviendas y se puede decir que son parte de un caserío.



Figuras 102. Ubicación. Localidad: Campos de Ahumada Alto, Comuna de San Esteban. Cursos de agua: estero La Honda y estero El Arpa. Fuente: Google Earth y elaboración propia.



Planta del conjunto, rodeado de casas, galpones, establos y áreas de cultivo.



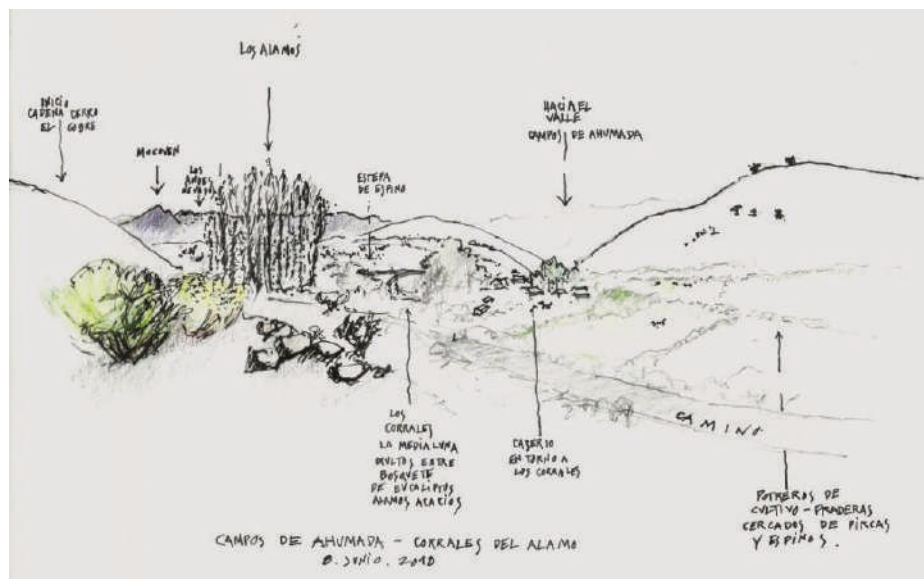
Muros de pirca de piedra.

Arquitectura y Sistema Constructivo

El conjunto es una estructura rectangular de aproximadamente 11.600 m², compuesta por una medialuna de medidas reglamentarias (aprox. 37 m de diámetro) con graderías, a la que se llega por un pasillo central que enfrenta el único acceso al recinto. A ambos costados hay 2 grandes corrales y hacia el acceso 3 recintos menores. Uno de ellos se encuentra arbolado y habilitado como casino, sede y ramada. Los recintos rectangulares están contruidos con pircas de piedra sin mortero. La medialuna, en cambio, es una estructura de madera, con rollizos, tablas y de superficies inclinadas, que se encuentra en muy buen estado de mantención.

Entorno y Paisaje de los Corrales

Los Corrales del Álamo son parte de una unidad mayor que está formada por una explanada de potreros con cultivos estacionales y praderas y un conjunto de casas y sus construcciones anexas (galpones y establos). En este caso, la medialuna funciona como recinto de rodeo deportivo. Por lo mismo, al interior de los corrales, existen áreas arboladas y de esparcimiento: un bosque de eucaliptus y espinos, un recinto formal de ramada y casino. Hacia el camino se encuentra un bosque de Álamos y al costado una ladera con espinos; siendo ambos los espacios de mirador y esparcimiento en torno a los corrales.



Figuras 103. El entorno y vista panorámica de los corrales y caserío desde el mirador. Al fondo hacia el suroriente la silueta del cerro Mocoén y las cumbres nevadas de los Andes. Fuente: Elaboración propia.

Corrales de Ramadillas



Figura 104. Vista desde el mirador. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

Los Corrales de Ramadillas se encuentran muy cerca de los grandes Corrales del Chalaco y Casablanca. Al igual que éstos, son grandes estructuras ubicadas en la parte alta del Río Putaendo, en este caso en la ribera sur del río, en la confluencia con el estero de Los Encañados. Se ubican en el angosto espacio entre el pedregal del río y los cerros de Piguchén. Las grandes dimensiones del corral principal dan cuenta de lo que seguramente formó parte de un conjunto mayor, que era parte de la hacienda Piguchén.

PROPIETARIO:
Comunidad de Campo La Victoria de Piguchén

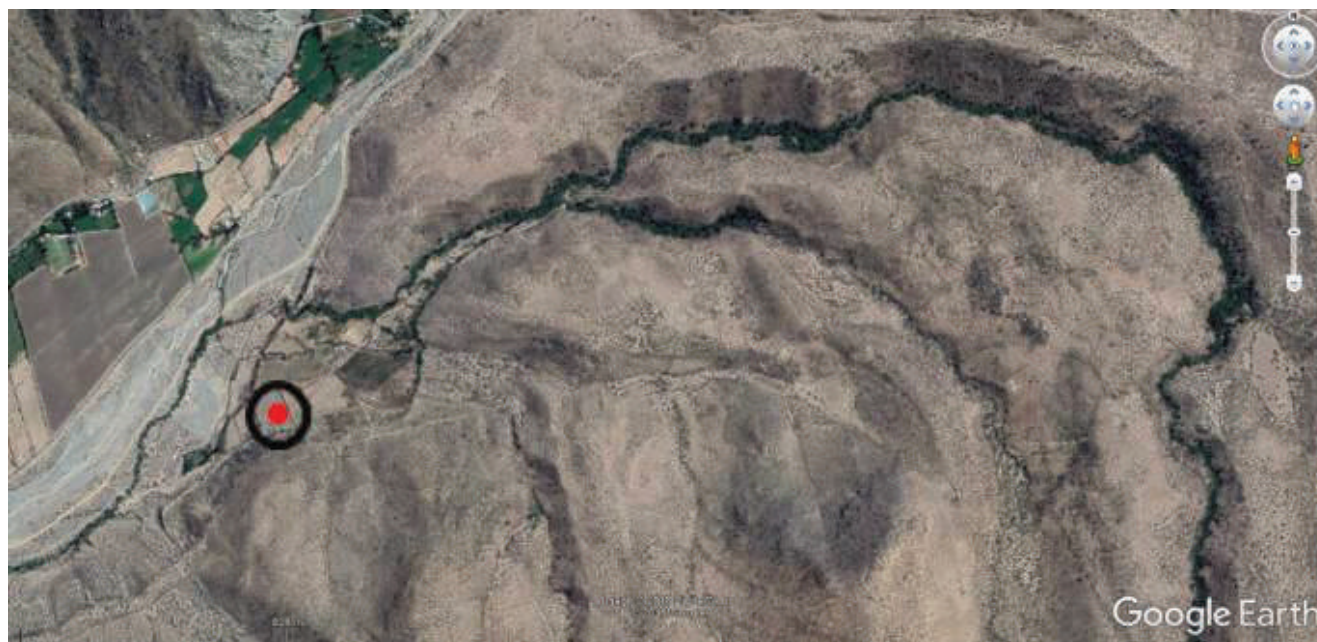
USO: Corrales
ROL SII:

SUPERFICIE: 12.240 m²
ALTITUD: 1.180 msnm

Ubicación Estratégica

Los Corrales de Ramadillas están ubicados en el margen sur del Río Putaendo, en la confluencia de éste con el estero de Los Encañados. Como se observa en la imagen satelital se ubican en una estrecha explanada agrícola que se encuentra frente al sector de Achupallas. Se accede a ellos por la ruta E-527, ruta que bordea los corrales y que es el camino que recorre el margen sur del Río Putaendo, desde la ciudad de Putaendo hasta la localidad de Los Patos.

Estos corrales están en el mismo predio que los Corrales de Piguchén; una gran propiedad (14.839 hectáreas), que pertenece a la comunidad de Campo «La Victoria de Piguchén». Un predio que fue parte de la estructura hacendal expropiado durante el proceso de Reforma Agraria



Figuras 105. Ubicación. Localidad: Ramadillas, Comuna de Putaendo. Cursos de agua: Río Putaendo y estero Los Encañados. Fuente: Google Earth y elaboración propia.



Planta del conjunto, bordeado por la ruta E-527.



Pirca de piedra y ramas de espinos.

RECINTO	Corral Circular	Corral Grande	Corral 1	Corral 2	TOTAL
M2	840	9.900	1.050	450	12.240 m2

Arquitectura y Sistema Constructivo

El conjunto es un gran recinto casi cuadrado de 12.240 m² compuesto básicamente por un gran corral con una medialuna ubicada en la parte alta, en la esquina sur poniente. Este sector se encuentra contiguo al camino de acceso al conjunto. Al interior del gran corral, en dos de sus vértices, se ubican dos corrales menores. Es muy probable que el conjunto estuviera compuesto por otros dos grandes corrales ubicados al poniente, donde aún se observan las pircas semi desmoronadas. Esa estructura original tendría aproximadamente 22.000 m², similar a los grandes Corrales del Chalaco. Actualmente esos recintos se usan para estacionamiento y espacios de descanso y fiesta. Los recintos están contruidos con pircas de piedra sin mortero. En todo el muro perimetral las pircas están protegidas en su parte superior con una barda formada por ramas de espino.

Entorno y Paisaje de Los Corrales

Los Corrales del Álamo son parte de una unidad mayor que está formada por una explanada de potreros con cultivos estacionales y praderas; y un conjunto de casas y sus construcciones anexas (galpones y establos). En este caso, la medialuna funciona eventualmente como recinto de rodeo deportivo. Por ello, al interior de los corrales, existen áreas arboladas y de esparcimiento: un bosque de eucaliptus y espinos, un recinto formal de ramada y casino. Hacia el camino se encuentra un bosque de álamos y al costado una ladera con espinos, ambos son los espacios de mirador y esparcimiento en torno a los corrales.

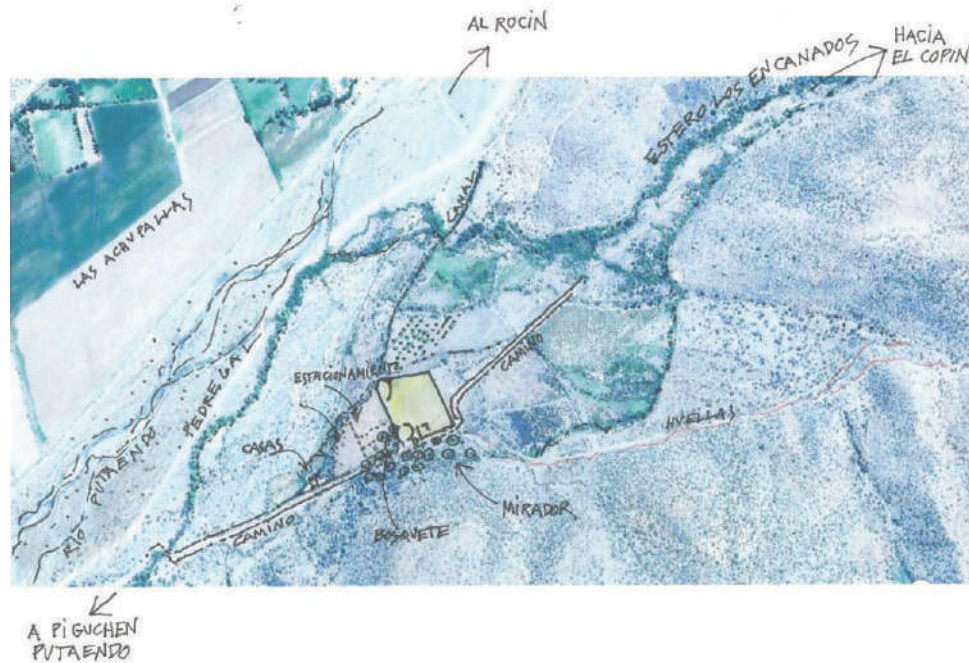


Figura 106. Los corrales y su entorno. Vista desde el aire.
Fuente: Google Earth, elaboración propia e imagen con dron realizada por Guillermo Sapaj Aguilera.

Bibliografía

Mistral, G. (2009). Chile: país de contrastes. Santiago: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile.

Municipalidad de Putaendo, Corporación CIEM Aconcagua (2015). Corrales del Chalaco. Expediente técnico para la declaratoria como Monumento Nacional en la categoría Monumento Histórico.

Tomic, T. (2015). Corrales de piedra y paisaje cultural como patrimonio rural en Chile central. Tesis Doctoral. Universidad de Sevilla.

Sur Consultores, M. de Putaendo (2015). Actualización Pladeco comuna Putaendo. Informe Diagnóstico.
www.sitrural.cl

V. Etnografías de Arrieros y Corrales en la Cordillera Norte de Aconcagua

Rodrigo Guerrero Rojas¹

Isidora Lea-Plaza Lemus²

Jorge Razeto Migliaro³

Introducción y Fundamentos

Ubicado en la Región de Valparaíso de Chile, reconocemos nuestro Valle de Aconcagua como un territorio donde las actividades agrícolas y ganaderas han marcado la trayectoria de sus habitantes, definidas por una larga y estrecha relación con la Cordillera de los Andes por parte de quienes se han dedicado a la vida trashumante. Hablamos de los arrieros y talajeros baqueanos, quienes desde la época colonial han dado vida a complejos sistemas de gestión y manejo de ganado mayor (vacuno, mular, caballar) en las llamadas cordilleras, articuladas con grandes propiedades colectivas de las Comunidades Agrícolas, o también conocidas como Comunidades de Campo, arraigadas en estas tierras montañosas (Baraona et al., 1960; Razeto, 2015). Son los arrieros quienes, a través de la convivencia, intercambio, cooperación y persistencia de sus saberes y tradiciones, construyen una realidad sociocultural compleja y profunda, que reconocemos en este estudio bajo la forma de “cultura arriera”.

Dentro de la compleja trama que denominamos "cultura arriera", los corrales de pirca resultan ser la materialización de varios siglos de actividad ganadera en el Valle de Aconcagua, siendo la manifestación más tangible de un modo de habitar en el campo chileno que es propio –si bien no exclusivo- del Valle Central de nuestro país. En estas construcciones tradicionales se reúnen modos de interacción entre los ecosistemas locales, su geografía y las gentes que han arraigado aquí su historia. Los corrales son además la puerta de entrada hacia las cordilleras, desde ellos se abren los cajones cordilleranos por los que suben y bajan los

1. *Antropólogo social, CIEM Aconcagua.*

2. *Antropóloga social, CIEM Aconcagua.*

3. *Antropólogo social, CIEM Aconcagua.*

animales durante las veranadas. Son el enclave que conecta las cordilleras y el valle; por lo mismo, desde ellos es que los arrieros construyen paisajes, dándole nombres y referencias a la geografía local mientras construyen vistas que nos sitúan en el espacio. Vistas hacia las cordilleras, hacia el valle y desde los miradores, donde los corrales son el centro desde el cual se organiza un espacio montañoso propio.

Es por ello que, mediante las herramientas de la antropología etnográfica, fijamos en los corrales de pirca el punto de partida de un recorrido en el cual -guiados por los propios arrieros- nos adentramos en la complejidad de la ganadería trashumante como sistema de gestión y también como modo de vida. Nos hemos propuesto rescatar las prácticas y los saberes que ésta requiere, las instancias comunitarias y las formas de organización, los tiempos de cada faena, los saberes, sentires y decires locales, expresados por las actuales generaciones de comuneros y arrieros. Es sobre aquello que fijamos la atención, como elementos valorizados que constituyen la identidad arriera, portadora de una de las tradiciones culturales más significativas y longevas existentes en las montañas andinas de Chile central.

El sistema de corrales existente en la parte Norte de la cordillera de Aconcagua es un bien cultural común, relevante y un potencial movilizador del desarrollo local, representante de la arquitectura patrimonial rural y testimonio privilegiado y de primera mano para acceder a los modos de habitar las zonas cordilleranas de la zona central del país; tanto en el pasado como en la actualidad. Sin duda, los corrales –como un sistema articulado- conforman una unidad patrimonial compleja que forma parte también de un cautivante paisaje socio-cultural y socio-ambiental en los entreveros montañosos locales, relato a la vez antiguo y vigente de la vida en estas cordilleras.

En este ejercicio descriptivo y analítico, hemos puesto la atención en seis corrales vinculados cada uno de ellos a un grupo o comunidad particular de ganaderos. Estos se sitúan en la base de las montañas andinas, con evidencias culturales de larga data, desde la medianía colonial, aunque normalmente se encuentran asociados a vestigios de culturas pasadas, relacionadas con los periodos Alfarero Temprano e Inka; y una continuidad de ocupaciones, permanentes u ocasionales hasta la actualidad (Pavlovic et al, 2010). Su riqueza histórica se asocia al dominio colonial, por registros de cronistas y mercedes de tierra; con algunos guiños a otras instancias de tradición transcordillerana, como las rutas de comercio entre Cuyo y Santiago, o bien aquellas de contrabando y bandidaje propias de las tierras indómitas (Lacoste, 2008; Razeto, 2015). También se asocian a la gesta libertaria del Ejército Patriota; al dominio terrateniente durante la era hacendal, a las sublevaciones y revueltas durante la reforma agraria; así como de resignación y resistencia durante la dictadura. En la actualidad resulta un espacio evidente de continua reappropriación social y cultural.

A partir del estudio de estos corrales -a saber: Corrales del Chalaco, Piguchén, Sahondé y Ramadillas (en la comuna de Putaendo); así como los Corrales de La Laja en Jahuel (comuna de Santa María) y Corrales de Los

Álamos en Campos de Ahumada (comuna de San Esteban)- buscamos recabar parte de la historia cultural arriera y ponerla en valor junto a su presente, con la intención de resguardar la memoria local de las comunidades vinculadas a ellos, así como también su valor social y simbólico, amparado en la monumentalidad de su arquitectura, la materialidad de su estructura constructiva, las condiciones de sus emplazamientos, la profundidad del sustrato histórico-cultural asociado, la riqueza de su trayectoria socio-ambiental y sus evidentes alcances identitarios y estratégicos para los habitantes actuales de las localidades en los que se insertan. El territorio al que aludimos corresponde a los valles cordilleranos de la zona norte de la cordillera en Aconcagua, situados en torno a los 32°30' de latitud y los 70°50' de longitud.

Estudios previos ya señalaban que el sistema de corrales se constituye como patrimonio en múltiples sentidos. Uno de sus valores esenciales se verifica al constituir “paisajes culturales” producto de la interacción colectiva y testimonial de la actividad humana y el orden natural, dando como resultado un dispositivo de gran valor identitario para las comunidades locales (Razeto, 2015). De lo anterior se desprende su importancia como portadores de la “memoria colectiva” local, una memoria activa y persistente, que posibilita la comprensión de fenómenos asociados a las culturas tradicionales de nuestro país y al llamado “país andino” que le subyace (Cabeza y Rabí, 2012; CIEMAconcagua, 2016).

En tanto paisaje, la Cordillera de los Andes es uno de los valores más significativos que posee nuestro país. Usualmente hablamos de sus elementos naturales, condiciones geográficas, minerales y compuestos elementales, habitantes de flora y fauna. Construyen sin duda un escenario de paisajes magníficos pero también desconocidos; y es posiblemente por causa de ese mismo desconocimiento, que nuestras ciudades se han construido de espaldas a este macizo montañoso; o quizás la idea de sus riquezas que deben ser extraídas a cualquier precio, sin apreciarlas como un patrimonio inestimable que debe ser respetado y cuidado; pues solemos olvidar que también es el sustrato y espacio desde donde emanan las más variadas fuentes alimentarias, de agua y de vida.

La Cordillera de los Andes es un gran ecosistema que contiene, a su vez, miles de otros subsistemas que han acogido y dado vida a una inmensidad de formas vegetales y animales, constituyendo uno de los paisajes de mayor variabilidad y riqueza del planeta tierra y que haya ocupado la especie humana (Razeto, 2007). Sus intrincadas formaciones naturales, han permitido el despliegue de la actividad humana desde 10.000 años antes del presente en estas latitudes, suficientes para demostrar la dependencia humana de ella y su imbricación cultural (Pavlovic, 2006). Desde esas épocas la hemos habitado como especie, aprovechando sus más variados bienes y dejando importantes manifestaciones y vestigios de nuestra presencia. Ya los antiguos habitantes primigenios utilizaron esta banda geográfica con fines muy diversos, como la subsistencia mediante la caza y recolección en los valles de altura, la recolección de materias primas para herramientas de

piedra y metal, la ejecución de rituales religiosos o el tránsito entre uno y otro lado de la cordillera (Lacoste, 2008).

En la etapa histórica, la presencia humana en la cordillera se ha manifestado por medio de comunidades cuyo principal ingreso provino de la crianza de ganado caprino y bovino. Durante la estación estival, las vegas y pastizales de las altas montañas han sido la principal fuente de alimentación para dichos animales, conformándose como un recóndito vergel que las ha sustentado por más de 300 años. Desde entonces, cada año se realizan las “veranadas”, peregrinación de arrieros y ganado hacia las alturas cordilleranas mediante la cual se constituye, sin duda, una continuidad histórica con las comunidades prehistóricas que habitaron y ocuparon antaño estos pastizales y humedales de altura (Baraona et al, 1960; Bustos, 2007; Razeto, 2015).

En la actualidad, las comunidades agro-ganaderas enfrentan progresivamente más problemas para acceder a las fuentes de pastizales naturales, en la medida en que las empresas privadas y las obras públicas del Estado instalan faenas, copan los accesos y reducen las superficies tradicionales de pastoreo, generándose con ello crecientes problemas -de sustentabilidad- en las montañas. Se trata por lo tanto, de actividades tradicionales amenazadas en su continuidad, poniendo en riesgo junto a ellas, su enorme riqueza cultural.

Hablamos de "saberes", instrumentos, prácticas, creencias, ritos y costumbres, formas de vida, mitos y lenguajes, sueños, miedos y esperanzas. Ello genera una simbiosis particular que se produce entre un escenario natural específico y las diferentes formas de ocupación humana, que interpretamos científicamente bajo el concepto de “paisajes culturales” (Ahumada, 2013; Razeto, 2007 y 2015; Sapaj, 2018). Como bien nos enseña el maestro Descola (2015), la convencional comprensión dicotómica de la relación naturaleza-cultura, tan propia de la racionalidad occidental, se ve cuestionada bajo este paradigma, dando paso a una imagen integrada y comprensiva; a veces destructora y a veces protectora, de estos paisajes indefectiblemente naturales y culturales.

En tanto concepto, el paisaje nace del ejercicio de comprender al ser humano como parte de la naturaleza; pues cada sociedad, cada grupo cultural, produce un paisaje de su entorno, al entrelazarse a él a través de sus acciones y razonamientos, tanto colectivos como individuales (Casale et al, 2014). Esto puede ser apreciado en una diversidad de regiones y localidades, pues toda construcción cultural refiere a un conjunto de normativas y convenciones comprensivas, por medio de las cuales los seres humanos se apropian y le otorgan sentido a sus territorios específicos (Castro et al, 2012). Entonces, entendemos el paisaje cordillerano como un conjunto dinámico de ocupaciones humanas sistemáticas en interacción con las características y condiciones que impone la geografía andina (Razeto, 2007 y 2015). Estas ocupaciones son a la vez estacionales y móviles, de manera que es posible identificar puntos específicos donde se sitúan evidencias

materiales milenarias de diverso origen cultural (Pavlovic, 2006), siendo los corrales de pirca uno de los registros más importantes de la época histórica.

Con el objetivo de profundizar en el conocimiento sobre los paisajes de cordillera, nos hemos propuesto incorporar los aportes de los estudios de sistemas socioecológicos (Ostrom, 2007 y 2009), desarrollando una comprensión de los corrales de pirca centrada en su complejidad como sistema, revelando la interacción entre actores sociales y ecosistemas (Urquiza y Cadenas, 2015). Mediante este esfuerzo, nos proponemos explorar la disipación de la frontera conceptual entre seres humanos y ambiente natural, a la vez que relevamos las particularidades del sistema socioecológico en cuestión.

Por otro lado, esta matriz de análisis ha demostrado ser efectiva para el estudio de los “bienes comunes”, propuesta conceptual que permite distinguir y comprender los ecosistemas humanos cuya gobernanza se establece mediante regímenes de propiedad común y acuerdos colectivos (Ramis, 2013; Ostrom, 2014). Cabe mencionar que son dichas condiciones las que han permitido a los arrieros locales sostener un manejo territorial sustentable de los ecosistemas de montaña en el Valle de Aconcagua (Razeto, 2015).



Figura 107. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

Mediante el análisis de cuatro subsistemas –usuarios, sistemas de gobernanza, unidades de recursos y sistemas de recursos- apuntamos a identificar los elementos socioculturales más relevantes de los corrales de pirca; así como comprender a los usuarios, los usos y relaciones que establecen con ellos, en particular, y la cordillera, en general. Siguiendo a Skewes, Guerra y Hernández (2014), asumimos el compromiso y desafío de evaluar saberes y prácticas debe realizarse según sus propios términos, es decir analizando y reconociendo su contexto y perspectiva propia. Si bien esto implica la dificultad de abordar su densidad simbólica, en retorno nos ofrece la oportunidad de profundizar en las percepciones y rasgos culturales que albergan estos particulares actores humanos. Esta tarea nos parece consecuente con los desafíos socioambientales globales y locales que enfrentamos en la actualidad pues sostenemos -junto a Ostrom (2007)- que las políticas territoriales deben dejar de imponer remotamente soluciones finales para adoptar "procesos de aprendizaje" en conjunto con los usuarios que involucran.

1. Usuarios: Arrieros de Aconcagua

*[Ser arriero] significa un bien para subsistir y un bien para distraerse... y que eso lo puede tener, lo tiene toda la gente en el campo, esa mente de criar animales. Porque como le contaba, es un beneficio muy bueno, es un beneficio que le sirve para alimentar a su familia -pero no es muy rentable- pero hay que tenerlos, y algunos lo tienen no por la plata, sino que lo tienen por ir a la cordillera a ver, a pasar los ríos, a meterse a la nieve... porque no lo va a mandar nadie.
(Arriero de Piguchén)*

El arriero instituye al actor principal –humano- del paisaje cultural cordillerano, tanto por su vigencia como por su larga data, erigiéndose como la figura tradicional que recorre la memoria oral campesina más significativa de la cordillera en Aconcagua. Las referencias a su figura son muy antiguas y se asocian al periodo de la Colonia e Independencia. Es decir, se conoce de su existencia objetiva hace más de 400 años hasta hoy; siendo los arrieros, personajes que recorren la Cordillera de los Andes mientras encarnan la ganadería trashumante.

La vida tradicional en el campo chileno se caracterizó desde sus orígenes históricos -al menos para los pequeños agricultores- por la diversidad de estrategias económicas para subsistir. Se alternaba el cultivo de la chacra propia o cedida, la tenencia de animales y la participación en algún otro oficio o rubro que colaborara con la alimentación de la familia, ya sea dentro o fuera de las grandes haciendas. Así, "los antiguos" -como les llaman cariñosamente los arrieros de Sahondé- "sembraban lentejas, trigo y porotos... eran las principales cosas para tener en invierno". De esta manera, podían almacenar reservas y conseguir ingresos desde distintas fuentes, cultivando también chícharos, olivos, higueras o sandiales. Especialmente, en el Valle de Jahuel siempre destacó el cultivo de olivos. Existía además el rubro de los leñeros y carboneros, que se dedicaban a la

extracción de leña para venderla a grandes consumidores, como hoteles de la zona o en las ciudades aledañas:

Habían [leñeros] pero ahora casi no quedan casi ya, queda el leñero de camioneta... yo antes también tenía dos burros, llevaba la leña en esos dos o tres burros, se vendía la leña. Ahora en cambio tiene que ser de eucalipto y no la leña de espino con la que se hacía carbón.
(Arriero de Sahondé)

Cabe mencionar que, durante el siglo XX, fruto de esta actividad, amplias zonas de “monte”¹ fueron deforestadas por parte de las propias comunidades rurales del valle de Aconcagua. Sin embargo, a nivel de las grandes ciudades, como Santiago y Concepción, esta depredación del bosque nativo –espoleada por el auge de las actividades mineras y la temprana expansión agrícola- fue documentada sólo a partir del siglo XIX, es decir, con el comienzo del periodo republicano y la primera expansión del capitalismo moderno (Ramírez, 2007). A partir de la década de 1960, la vida en el campo chileno ha experimentado cambios muy profundos y vertiginosos respecto de su pasado tradicional.

De esta forma, la expansión territorial e intensificación de la producción propia de las últimas décadas -permitida por el auge exportador de la industria agrícola- ha sido un factor fundamental en las formas actuales de habitar la ruralidad (Canales, 2005; PNUD, 2008). Diversos escritos han abordado este fenómeno como la "Nueva Ruralidad" (Canales, 2005; PNUD, 2008; Romero, 2012) y entre sus principales consecuencias se considera el abandono del campo rumbo a la ciudad por parte de los jóvenes y del grueso de la mano de obra "económicamente activa", fundamentalmente por razones educativas y laborales; mientras que la figura de los y las "temporeras" se expande, como forma de trabajo caracterizada por la flexibilidad y precariedad en sus condiciones. Por otro lado, resaltan los monocultivos frutales que se extienden hasta las laderas de los cerros, transformando profundamente el paisaje rural (Hernández y Pezo, 2010). A estos elementos se puede sumar también la reciente llegada de mano de obra extranjera que, amparados por la necesidad, acepta trabajos precarios y desregulados (Vásquez et al., 2016); a la vez que las familias campesinas se ven presionadas por la escasez de agua, ocasionada por las intensas sequías de la última década, pero también por el régimen actual de propiedad que rige el acceso a este recurso (Budds, 2013; Bauer, 2015; Bolados, 2018).

En este difícil contexto, la vida en el campo, junto a la continuidad de sus tradiciones y modos de vida, pone de relieve la importancia de saberes y prácticas que se mantienen vigentes hace varios cientos de años. En especial, el Valle de Aconcagua destaca por el conocimiento de ganaderos trashumantes, quienes junto a su ganado recorren año tras año los escarpados cerros y serranías de la cordillera de los Andes (Bustos, 2007;

¹“Monte” es la denominación que los propios habitantes de las localidades rurales le dan al bosque y matorral esclerófilo que se encuentra en las quebradas y serranías que caracterizan el relieve de la precordillera del valle de Aconcagua. Dicha expresión tendría sus orígenes en el habla hispana colonial y haría referencia a “todo verdor que sea dificultoso para el paso del caballo” (Ramírez, 2007:41).

Razeto, 2007 y 2015). Ellos pertenecen y representan a las comunidades campesinas y ganaderas de origen colonial, remontándose a la cesión -u ocupación- de mercedes de tierra, siendo poseedores hasta el día de hoy importantes extensiones de serranías, entre los cuales se han registrado casos que pueden superar las 100.000 hectáreas (Baraona et al., 1960).

Las actividades económicas de este grupo cultural mantienen su carácter diversificado, sin embargo, las actividades productivas mismas han variado considerablemente a lo largo de los años. Si en sus inicios se relacionaban con el comercio transcordillerano -incluso contrabandeando ganado- y el transporte de personas, en la actualidad han llegado a desempeñarse en el rubro de turismo o como trabajadores de la agroindustria, compatibilizando estas actividades con las tareas de crianza y arreo del ganado.

Cabe señalar que en su gran mayoría –o al menos en una porción muy importante- el desarrollo de la actividad arriera en Chile es llevada a cabo por colectividades poseedoras de territorios comunes. Dichas formas de propiedad colectiva, denominadas por la institucionalidad como Comunidades Agrícolas o de Campo, han sido reconocidas por la Ley de Comunidades Agrícolas durante la década de 1960, a partir del "Decreto con Fuerza de Ley N° 5, dictado el 26 de diciembre de 1967 y publicado en el Diario Oficial el 17 de enero de 1968, modificado por la Ley N° 19.233 publicada en el diario Oficial el día 5 de agosto del año 1993”². Ellas se encuentran principalmente en las regiones de Atacama, Coquimbo, Valparaíso y Metropolitana, concentrándose en el territorio denominado como Valle Central de Chile y son un ejemplo de administración de bienes comunes muy poco conocido y difundido en nuestro país (Razeto et al., 2019).

²Información obtenida de: http://www.bienesnacionales.cl/?page_id=1887



Figura 108. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera, Isidora Lea-Plaza Lemus y Rodrigo Guerrero Rojas.

a. Comunidad de Campos de Jahuel

Ubicado en la comuna de Santa María y nombrada tras el valle donde habita la comunidad, Jahuel proviene del vocablo "Dahuüll", que quiere decir en mapudungún "Pozas, charcas de agua o donde el agua brota" (CIEM Aconcagua, 2001). Los primeros registros de su propiedad se remontan a Cristóbal de Ahumada, cuya familia fue propietaria de estas y otras tierras por más de 250 años (Razeto, 2015). Sin embargo, algunos campos y serranías se mantuvieron en abandono y desuso, o en ocasiones subdivididas irregularmente, ocupadas por agricultores independientes, quienes -según los relatos de sus habitantes- "fueron campesinos que habían trabajado en las grandes haciendas de la zona; como también pequeños pirquineros que llegaron atraídos por la riqueza mineral del valle, incluso migrando desde zonas remotas" (CIEM Aconcagua, 2016:41).

Esta situación se mantuvo hasta que en 1928 el Estado de Chile consideró como "caducada toda intención de propiedad privada" sobre dichas tierras (Razeto, 2015). Así se inscribió el primer registro de propiedad comunitaria de los campos de Jahuel, adjudicando la administración de 8.300 hectáreas a sus habitantes, registro que sería actualizado definitivamente en 1992, correspondiendo a 126 familias en la actualidad. La ganadería fue uno de los pilares económicos de estas familias, junto a la agricultura y la pirquinería, teniendo los recorridos por la cordillera y los rodeos una larga historia en la zona. Año tras año, los arrieros de Jahuel se adentran por los terrenos de su comunidad, rumbo a las cordilleras de Cano Gallego, de la cual algunos también son comuneros, para llegar hasta el sector de Mercado.

Por parte de la Comunidad de Campo de Jahuel, las principales estructuras ganaderas corresponden al Corral de La Laja, ubicado en un cajón que sirve de acceso a la precordillera, y al Corral del Copín, aledaño a la laguna altoandina homónima. Sin embargo, también existieron en la zona otros corrales, construidos a lo largo de la cordillera baja:

*Antes, ahí donde se dice 'Los chacayes', ahí juntaban animales y después los hicieron en la laguna [del Copín]... No ve que todavía quedan unos restos de corrales, ahí los juntaban antes...
(Arriero de Jahuel)*

Estos corrales han sido construidos utilizando las rocas y materiales de la zona, siendo reparados en la actualidad -para el caso de La Laja- aproximadamente cada tres o cuatro años o según necesidad.

Cabe señalar que los Corrales de La Laja y del Copín se encuentran ubicados dentro del predio que la Comunidad de Campo de Jahuel ha destinado para su conservación cultural y ambiental, de modo que se encuentra inscrito como Área de Prohibición de Caza desde el año 2008 (por Decreto Exento n°432); y como Santuario de la Naturaleza, tras ser declarado mediante el Decreto n°10 de 2019 del Ministerio de Medio Ambiente. De este modo, destaca como un área de protección comunitaria, resguardada de amenazas como la minería de mediana y gran envergadura, como sucedió el año 2013³.

b. Comunidad agrícola Campos de Ahumada

En la comuna de San Esteban, particularmente en la zona que hoy denominamos Campos de Ahumada, existieron antiguamente distintas mercedes de tierra, una a nombre de los Indios de Aconcagua (1625) y otra -colindante- a nombre de Cristóbal de Ahumada (1632). Pero la existencia de estas mercedes no significó un

³ Para profundizar en este conflicto, remitirse a: Carvajal, D (2014). Conflicto de contenido ambiental, acción colectiva y transformaciones en la cultura política de Jahuel: El caso de la defensa del Valle de Jahuel. Memoria para obtener el título de Antropóloga Social, Universidad de Chile.

control efectivo sobre estos terrenos, lo que facilitó que pequeños mineros, agricultores y ganaderos sin tierra las ocuparan y se instalaran en ellas. Más tarde, según relatos de sus habitantes, se pobló aún más por la llegada de pequeños ganaderos y crianceros (principalmente de cabras) provenientes del Choapa, los que se establecieron de manera definitiva en Campos de Ahumada.

Actualmente, la Comunidad de Campos de Ahumada se compone de 72 comuneros, quienes alcanzaron su reconocimiento legal definitivo en el año 2011. De estas familias, aproximadamente 40 son propietarios de animales en pequeña escala. Esta comunidad es la propietaria del Corral de los Álamos, ubicado a 1650 msnm y situado al centro de una explanada de precordillera, entre el estero y el canal de riego.

La mayoría de los ganaderos de esta localidad están asociados al Club de Huasos de Campos de Ahumada, agrupación que organiza anualmente un rodeo deportivo en la medialuna que se encuentra justamente en medio de los corrales de pirca de la comunidad, sustituyendo a la anterior medialuna de pirca que se encontraba en aquel lugar. Esta instancia es reconocida como la fiesta tradicional de mayor longevidad que se realiza en el pueblo; siendo motivo de orgullo para sus habitantes y convocando una alta afluencia de público:

Que ya va quedando, hay que ser bien sincero, es la única fiesta que se realiza aquí en Campos de Ahumada, no hay otra fiesta. (Arriero de Campos de Ahumada)

Antiguamente, dicen haber tenido -además de vacunos y caballos- muchos burros, situación que habría cambiado con la llegada de pumas a la zona, los cuales habrían mermado la población de éstos. En paralelo, en muchos hogares se practica complementariamente la agricultura para consumo doméstico. De hecho, es la población de edad más avanzada quien dice dedicarse a labores vinculadas a la agricultura en sectores cercanos, mientras que -como es común en estas localidades- los jóvenes mayormente han migrado a trabajar a las ciudades, muchos de ellos bajo sistema de turnos, retornando en los días de descanso:

Nosotros, la juventud, tuvimos que migrar a la ciudad. Por ejemplo, en el caso mío, yo trabajo en la minera Andina, trabajo en turnos de 7x7 y en los descansos vengo para arriba, la mayoría de los de la edad mía hacen lo mismo, se van a buscar trabajo a otro lado, porque acá no hay mucho trabajo que digamos. Después regresamos a los descansos, las vacaciones, los fines de semana algunos, y así se lleva todo el año uno. (Hijo de arriero de Campos de Ahumada)

c. Comunidad agrícola La Victoria de Piguchén

Según sus habitantes, el nombre del pueblo Piguchén proviene de la voz indígena “Serpiente emplumada”, que corresponde al mito de origen mapuche que nombra a un monstruo que causa la muerte a quien le mire y

que se alimenta de la sangre de sus víctimas (Vicuña, 2018).

Hacia 1650, esta localidad formaba parte de la que fuera una de las dos haciendas más grandes del Valle de Putaendo: la Hacienda San José de Piguchén (Baraona et al., 1960). Posteriormente, a principios del siglo XIX, el terreno donde se ubica el Corral de Piguchén formaba parte de la propiedad del fundo Alegría-Catan, propiedad de una familia de ascendencia árabe. En 1965 se establece de manera clandestina el sindicato Agrícola de Piguchén, lo que permitió que los trabajadores estuvieran organizados al momento de la Reforma Agraria. En efecto, la localidad de Putaendo fue la segunda a nivel nacional en donde se implementó la división de tierras.

La Hacienda San José de Piguchén derivó así en el asentamiento “La Victoria de Piguchén” (1967- 1970), con 92 asentados, y luego en la Cooperativa asignataria de la Reforma Agraria (1970-1972), con 80 socios. En 1977 se reparten las tierras y bienes de la cooperativa, otorgándose 69 parcelas de entre 7 y 15 hectáreas y haciéndose entrega inmediata de los títulos de dominio de sitio y casa. Así, la Comunidad Agrícola la Victoria de Piguchén se vuelve propietaria de las tierras cordilleranas y con ellas, de dos corrales de pirca: los Corrales de Piguchén y Ramadillas.

Actualmente son 150 los parceleros, dueños además de 15.000 hectáreas de terrenos comunitarios de cordillera. De estos 150, son alrededor de 15 los miembros de la comunidad que crían ganado, quienes sumados a los arrendatarios de talaje de la comunidad suman alrededor de 40 crianceros que suben a estas cordilleras y hacen uso de sus corrales. Los miembros de esta comunidad se dedican mayoritariamente a la agricultura, siendo ellos mismos productores, además de trabajar en faenas agrícolas industriales en localidades cercanas.

d. Comunidad de Campos de la Quebrada de San Antonio

Sin dejar de esbozar una sonrisa, sus habitantes cuentan que el nombre de la localidad de Sahondé proviene de la contracción de la antigua pregunta "¿Quién sabe dónde es?", aludiendo a la recóndita ubicación de la localidad dentro del Valle de Putaendo. De igual modo, el origen de la Comunidad de Campos de la Quebrada de San Antonio se arraiga en tiempos muy anteriores a su inscripción legal moderna.

Datada en el año 1948 y reinscrita en 1985 según la ley de comunidades agrícolas, con derechos sobre más de 10 mil hectáreas, actualmente esta asociación se compone de 86 comuneros. Entre ellos se cuentan las primeras representantes mujeres, en un espacio tradicionalmente dominado por los hombres pero que comienza a manifestarse como parte de una tendencia que se expande poco a poco entre las comunidades agrícolas del valle.

Según cuentan los propios arrieros, para los tiempos de la reforma agraria, la comunidad ya existía. Colindaba con el fundo "La Quebrada", dentro del cual se sitúa el aún más antiguo fundo de José Antonio Salinas –uno de los independentistas “Mártires de Aconcagua”- y cuyo actual dueño es también parte de la comunidad de Campo.

Los antiguos relatan que los Corrales de la Quebrada de San Antonio, ubicados en la confluencia de las Quebradas de Los Álamos y Agua Amarilla, dentro de la propiedad comunitaria, datan cercanamente a los primeros años del siglo XX. Pero su existencia podría ser anterior pues, previa a su construcción en piedra, estos ya existían con una estructura más ligera.

Quién sabe cuántos años tendrían esos para atrás, claro, ya después se empezaron a movilizar y los hicieron de pirca porque de rama había que todos los años irlos recargando y recargando, entonces después los hicieron de piedra ellos, como se dice. Y ellos, lo más que han encargado los antiguos es que nunca los dejen... que no se caigan, porque cómo les costaría a ellos para hacerlos... y entonces esa costumbre nosotros la llevamos, que no se vengan abajo.
(Arriero de Sahondé)

Pero, al igual que en otras localidades, la importancia de los corrales no es solo ganadera, sino que también es social. Allí se han celebrado tradicionales encuentros y fiestas que reúnen a toda la comunidad, en torno al jolgorio del baile y las comidas:

Aquí, cuando hacemos el rodeo de campo es aquí en el corral de la quebrada, aquí van con la familia... van todos a esperar la llegada de los animales (...) y eso sigue todavía porque ahí se señala, se les pone el arete... todo eso se le hace al animal, se marca, y el que quiere vender, vende pues. (Arriero de Sahondé)

Para el rodeo de la primavera del año 2017 se reunieron entre 300 y 400 cabezas de ganado, considerando yeguas y vacunos. Pero antes, hacia la década de 1960, relatan los arrieros que podían llegar a reunir más de 1.000 animales entre todos los miembros de la comunidad.

e. Arrieros de Los Patos

Ubicado en el extremo noreste de la comuna de Putaendo, el sector de Los Patos remonta sus orígenes a la tradición arriera, marcada por su cercanía a los pasos cordilleranos que conectan a nuestro país con la hermana República de Argentina. Ahora bien, en esta localidad no existe propiedad colectiva de las serranías pues ésta le corresponde a la Sociedad Ganadera Tongoy Limitada, quienes adquirieron estos terrenos durante la segunda mitad del siglo XX, durante el periodo de la llamada contrarreforma agraria.

En medio de la precordillera, donde el estero Chalaco conoce al Río Rocín para dar nacimiento al Río Putaendo, se emplazan los Corrales del Chalaco; cuyo nombre podría provenir del mapudungún “agua en la greda” o del vocablo quechua “Challaco”, referido a rociar la tierra para honrarla (Razeto, 2015). Dichos corrales son doblemente célebres tras verse amenazados el año 2015 por la construcción del embalse Chacrilillas, que planificaba utilizar sus rocas como cimientos, y ser declarados Monumento Nacional, en la categoría de Monumento Histórico –en virtud del Decreto N°63 del año 2018- luego de amplias movilizaciones campesinas y ciudadanas organizadas en su defensa.

Fruto de este conflicto, se explicitó la valoración multitudinaria de los corrales y la ganadería por parte de los habitantes de Putaendo. Erguido como un hito patrimonial, durante las movilizaciones del año 2015, los Corrales del Chalaco fueron motivo de organización de diversas actividades –como las “Choqueradas culturales”- que lograron poner en relieve el valor identitario de dicha estructura.

Así se explicitó una relación tangible entre los corrales, la memoria local y la historia nacional, a causa de su posición respecto de las rutas hacia y a través de la Cordillera de los Andes, que en distintos momentos -y con distintos fines- han sido aprovechados estratégicamente. Incluso por su importancia geopolítica para las ocupaciones incaicas y españolas de la zona, pero también para los habitantes anteriores a éstos; y por supuesto para las comunidades ganaderas mestizas. Bajo diversos estilos culturales, el sitio donde hoy se emplazan los corrales ha sido utilizado para la tenencia ganadera, el comercio e -inclusive- el cruce furtivo transcordillerano, siendo tal vez el momento más ilustre de su utilización el paso del Ejército Libertador de Chile. Así resalta la figura de don Justo Estay, ilustre arriero que guió los pasos de los comandantes O'Higgins y San Martín.

Sin embargo, la importancia de los Corrales del Chalaco no sólo tiene un valor histórico, sino que tiene relación con la identidad -y economía- de los arrieros que año tras año recorren estas montañas, utilizando sus pastizales para fines ganaderos y para quienes ocupan hasta el día de hoy dichos corrales mediante los rodeos de recuento y distribución de sus animales. Cuenta de ello son las aproximadamente 2.000 cabezas de ganado que anualmente, hacia el año 2018, son guiadas por las antiguas huellas cordilleranas y que reúnen a aproximadamente 80 arrieros provenientes de diversas localidades del valle hacia las dependencias cordilleranas de la mencionada empresa Ganadera Tongoy. Los efectos de la megasequía imperante en la zona central del país, generan un escenario aún más crítico, particularmente desde 2019 en adelante, calculándose que la cantidad de ganado se ha reducido drásticamente en los años recientes.

2. Sistemas de gobernanza: La vida en comunidad

La historia así empezó, lo hicieron los antiguos y no se descuidaron más. Todos los años hay que irlos reparando. Ahora me toca a mí, como yo soy capataz de campo, tengo que ir yo juntando la plata cuando se cae un pedazo de pirca para irlos reparando.
(Arriero de Sahondé)

Un rasgo característico de la arriería es su carácter de oficio colectivo, tanto porque las instancias de arreo del ganado exigen un despliegue conjunto y coordinado entre los propietarios de ganado, como porque las estructuras utilizadas en estas faenas (corrales) -junto a algunos de los espacios cordilleranos hacia donde se guía el ganado para la época estival- generalmente constituyen propiedades colectivas de comunidades de campo. Éstas en Chile –y las comunidades del Valle de Aconcagua no son la excepción- distribuyen sus derechos sobre estas propiedades colectivas, los cuales se transmiten y heredan dentro de las propias familias por generaciones. Sin embargo, también se han registrado casos donde éstos se regalan entre cercanos –o incluso se venden- para así asegurar el uso del campo para la ganadería.

En estas comunidades se puede evidenciar que comuneros y talajeros conciben las cordilleras como espacios abiertos con vocación común. Del mismo modo es entendido el ganado ya que, si bien los animales son administrados como bienes particulares de cada familia, llegado el momento de arrearlos, los animales son tratados indistintamente según una lógica de propiedad común y son desplazados en grupo.

El despliegue de trabajo mancomunado que exige la arriería se hace evidente dentro de cada comunidad, en las que vecinos y familiares trabajan en conjunto cada vez que deben reunir sus animales, reparar sus corrales o facilitar algún animal o herramienta para ayudarse en caso de necesidad. Es evidente que este esfuerzo colectivo requiere de organización, para la cual resulta fundamental el rol de los capataces.

Si bien cada comunidad cuenta con directivas –que cumplen un rol administrativo- se debe tener presente que, en los casos estudiados, los comuneros que poseen ganado son una minoría. Éstos eligen entre los mismos ganaderos a quienes estarán a cargo de la organización y dirección de sus faenas: los capataces. El capataz de una comunidad es responsable de organizar los rodeos que se realizan en las dependencias de su comunidad, así como también administrar turnos para subir a la cordillera, coordinar con los funcionarios del Servicio Agrícola y Ganadero (SAG) cuando deben sacar muestras, hacer manejo sanitario de los animales o asistir a los rodeos en otras comunidades para traer los animales que le pertenecen a su comunidad y que se puedan haber extraviado en la cordillera, entre tantas otras labores. La figura del capataz es determinante y su autoridad es legitimada por el colectivo, siendo uno de los criterios normalmente utilizados para su designación, la experiencia y sapiencia en el manejo del ganado y el conocimiento profundo de las

cordilleras. A este rol se asocia el concepto de baqueanía, correspondiendo ésta a la capacidad de administrar la relación de tiempo y espacio en las montañas (Escolar, 2006; Razeto, 2015), siendo el baqueano el que mejor puede descifrar esta compleja relación. “El baqueano es el que sabe” afirma un arriero de Jahuel.

En todas las comunidades estudiadas, los ganaderos se organizan de manera informal, en el sentido de que no conforman organizaciones inscritas o reconocidas formalmente más allá de las comunidades a las cuales pertenecen, sino que poseen sus propias normas y acuerdos consuetudinarios entre quienes comparten este oficio, siguiendo las tradiciones que les han sido heredadas. Del mismo modo que este esfuerzo de acción colectiva se evidencia dentro de cada comunidad, se hace también explícito en la organización existente entre agrupaciones de arrieros de una localidad y otra, ya que los ganaderos de distintas comunidades se apoyan y coordinan en la tarea de cubrir el amplio territorio cordillerano. Se reparten por pasos y quebradas, por pastizales y humedales, ya que las altas montañas constituyen su espacio de dominio, distinguiendo sectores de mayor soberanía y responsabilidad para cada grupo; distribuyendo, pero también compartiendo, rutas, sitios y momentos, expresando un arraigado y profundo conocimiento de la cartografía cordillerana.



Figura 109. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera.

A su vez, entre los capataces se coordinan las fechas en que cada comunidad realizará los rodeos de entrada y salida de la cordillera, de manera que estas instancias no coincidan en una misma fecha y así poder asistir a los rodeos de las comunidades vecinas, para cooperar, reconocer animales de la propia comunidad, entre otros. Para estos eventos, los grupos de arrieros de distintas localidades comparten y trabajan en conjunto, encontrándose en los “rodeos de señalamiento”, que se realizan durante los meses de octubre y noviembre; así como los “rodeos de saca”, cuando se retira el ganado de la cordillera, en los meses de marzo y abril de cada año.

De esta manera, entre las comunidades existe coordinación en términos espaciales y temporales, lo que permite que entre ellas cooperen y se respalden para reunir el ganado y celebrar el cumplimiento de su anual misión. Es por ello que podemos decir que los corrales forman parte de una compleja trama de ocupación comunitaria de las montañas en la zona, enlazándose dentro de lo que comprendemos como un sistema de corrales ganaderos, donde cada corral se ubica en un punto estratégico de cada valle, articulándose todos para cubrir la cordillera, siendo además una característica relevante su condición de propiedad colectiva.

En términos prácticos, es en los corrales donde tienen lugar las faenas ganaderas relacionadas con la administración del ganado para entrar o salir de la cordillera, hacia distintas zonas y en distintos momentos del año. El fundamento del ciclo temporal se basa en la falta de disponibilidad de forraje durante la época estival en los valles o partes bajas de las montañas, por lo cual los arrieros deben arrear a sus animales hacia las cordilleras en busca de vegas y pastizales. Esto es lo que se denomina tradicionalmente como “veranadas” y corresponde a las instancias de pastoreo intenso, con tareas específicas de arreo de animales tanto de subida a principios del verano, como de regreso al final de la temporada.

La movilidad del ganado desde los valles hacia la cordillera se asocia a un ciclo anual de actividades ganaderas, cuyo punto de partida son los “rodeos de señalamiento”, los cuales tienen lugar a partir de mediados de la primavera, usualmente entre los meses de octubre y noviembre; momento en el cual se prepara al ganado para la subida a la cordillera, reuniéndose los animales de los crianceros de cada comunidad, señalando a los animales que aún no cuentan con la marca distintiva de cada propietario y poniéndole sus vacunas. En cada una de estas instancias, el personal del SAG se hace presente para revisar al ganado, tomar muestras y poner crotales identificatorios.

Una vez listas estas faenas, entre los meses de noviembre y diciembre comienzan los arreos de entrada o de subida a la cordillera, momento en que los crianceros de cada comunidad guían a su ganado por rutas tradicionales hacia los lugares de veranada igualmente aprendidos y heredados por la tradición de quienes los llevaron a la cordillera desde su infancia.

Para poder desempeñarse en la cordillera, la asignación de roles y el reconocimiento a los más experimentados es fundamental. Así, resaltan los ya descritos capataces de cordillera y los baqueanos, quienes son connotados por su conocimiento detallado de los secretos ocultos entre los cerros y pasos. En este sentido, en determinados lugares de la cordillera, el liderazgo o la “capatacía” es cedida a quien es “más baqueano” en ese sector, para que así quien posee mayor conocimiento sea el encargado de guiar las faenas y tomar decisiones por el colectivo, en un ambiente que puede resultar en ocasiones peligroso y hostil, como es la cordillera:

El que conoce todos los caminos, las cordilleras y alojamientos, ese es el baqueano. Claro, porque usted en la cordillera no se puede alojar en cualquier parte, tiene que ubicar una parte adecuada para poderse alojar... Que haya leña, que haya agüita, porque lo pilla una tormenta, agua o nieve, tiene que haber una casa de piedra para poder estar ahí.
(Arriero de Sahondé)

Además de los conocimientos de los baqueanos, un aspecto que destacan los propios arrieros es la buena convivencia y el compañerismo que se genera entre quienes van juntos a la cordillera, ya que entre ellos se cuidan, comparten lo que llevan y se preocupan de que estén todos a la hora de terminar las faenas.

-Claro, porque ya después del trabajo, ya se termina supóngase a las 5 de la tarde se terminó lo que teníamos que hacer, ya estamos acampados donde vamos a quedarnos, ya unos hacen fueguito, juntan leña, otros vamos haciendo unas dos ollitas de comida para el grupo, otro saca un vinito y le sirve un vinito a todos, una cervecita, porque todos llevamos algo, no llevamos en cantidades, pero llevamos algo pa compartir.

-Y de repente que uno viene atrasado y están todos los otros ahí, y ese que llega último ya le tienen puesto el tacho.

-Y uno se preocupa, qué le pasó al otro que no llega, porque tenía que haber llegado ya, que rato.

-Podemos ser enemigos acá, pero allá, arriba, todos somos amigos.

(Arrieros de Piguchén)

Los antiguos eran más... lo iban a encontrar al arriero. Le llevaban, usted sabe, su trago, carne, pancito fresco, todo, a la Laguna El Copín y ahí se juntaban todos los que venían de allá y los que iban de aquí para allá le llevaban de todo porque de allá uno viene ya, pobre como se dice... con muy pocas cositas. (Arriero de Sahondé)

En el intertanto entre la subida y la bajada del ganado equino y bovino, los animales permanecen aislados y sin guía humana en las montañas, lo cual es interrumpido al final del verano por el “rodeo” de cordillera, instancia que se realiza entre los meses de marzo y abril, cuando los arrieros recorren nuevamente la cordillera, rodeando y recolectando todo animal que encuentran a su paso, independientemente del propietario específico.



Figura 110. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera

Al llegar de vuelta a los valles, se realizan los “rodeos de saca”, instancia en la cual se reúnen en los corrales de pirca todos los animales que se han bajado de la cordillera, separándolos por propietario, marcando a los que hayan nacido en la cordillera, y entregándolos a sus dueños, quienes los mantendrán a resguardo durante el otoño y el invierno, hasta que se reinicie una vez más este ciclo. Una vez cumplida la tarea, se procede de manera festiva a la repartición o “aparta” del ganado por los diferentes propietarios.

Al igual que en los rodeos de señalamiento, en esta instancia es el capataz de la comunidad quien debe organizar las faenas, los tiempos para cada labor y los turnos de cada criancero para separar sus animales, entre otras tareas:

-En el fondo acá el que maneja todo el tema ese son los capataz, el capataz separa el rodeo y él organiza todo, que la gente vaya a almorzar, cuándo va a dar aparta, por ejemplo a los vecinos primero, eso todo lo maneja el capataz, o sea nadie va a separar sus animales yo por un lado sin la orden del capataz. Después el capataz va y revisa el ganado antes de que se vayan de ahí para afuera, todo bien organizado y de esa manera funciona. (...) Igualmente, la persona que vende por ejemplo ahí igualmente le informa al capataz que está vendiendo sus animales, si le compró a otro criancero también le informa que ese animal ya no son míos, ahora son de él, todo eso se organiza así, y funciona bien.

-El tiempo lo maneja el capataz. (Crianceros de Piguchén)

Como se dijo anteriormente, a estas instancias deben acudir los capataces de cada comunidad, como parte de su rol, para reconocer si es que algún animal perteneciente a un criancero de su comunidad se ha ido hacia otro sector; por ende, lo han bajado de la cordillera hacia el corral de otra localidad. Ante la presencia de los capataces de comunidades vecinas, el capataz a cargo del rodeo le da el turno de reconocer y apartar primero los animales correspondientes a los capataces de las otras comunidades:

En los rodeos se le aparta primero a los vecinos, porque siempre se atiende primero a las visitas, ¿no? (Arriero de Piguchén)

Además de los rodeos asociados a la ganadería trashumante, existen también comunidades en las cuales se practican rodeos deportivos, o más comúnmente denominados “rodeos laborales”, pero que no son organizados por las agrupaciones de crianceros de cada comunidad, sino por los clubes de huasos, a pesar de que muchos crianceros son miembros de ambas agrupaciones. Pudimos apreciar esto en Sahondé, Piguchén y Campos de Ahumada.

Si bien el trabajo de la arriería ha sido tradicionalmente masculino; y como tal, se ha transmitido generacionalmente a los hijos varones, durante los últimos años se evidencia una paulatina apertura a la práctica femenina de la arriería, ya no sólo dedicadas a actividades de soporte como la preparación de alimentos, sino que también dedicadas a tareas propias del rodeo en sí mismo, como el arreo.

3. Unidades de recursos: De pircas, ganado y perros arrieros

Aquí antes cada arriero tenía doscientos animales... Cuando nosotros éramos chicos tenían cualquier montón de animales, en Santa María, en Las Cabras... en los setenta tienen que haber habido setecientos animales porque aquí cuando hubieron más animales, hace como ocho años atrás, llegamos a mil doscientos... (Arriero de Jahuel)

Los corrales de pirca estudiados tienen como función la gestión colectiva del ganado entre la alta y baja cordillera andina; especialmente en las tareas de separación, marcaje y distribución del ganado vacuno que llega o sale de las cordilleras. Por ello su utilización siempre hace referencia a eventos comunitarios donde los ganaderos participan de manera igualitaria, sin que existan grandes diferencias entre los participantes al momento de utilizarlos. Es por ello que decimos que el acceso a éstos es igualitario y asociativo, ligado a la herencia de una tradición tan antigua que -en la mayoría de los casos- los arrieros de las comunidades no conocen la fecha en que fueron construidos, sino que simplemente los heredaron de “los antiguos”:

*Nosotros desde que abrimos los ojos ya estaban los corrales hechos.
(Arriero de Campos de Ahumada)*

En ellos tienen lugar estacionalmente las operaciones propias del oficio ganadero. Historias, momentos, recuerdos de personajes y de eventos ya pasados, se dan cita cada temporada, rememorando y actualizando la potencia y complejidad de este espacio geográfico, económico, social, político y cultural.

Estos corrales, como espacios de propiedad y trabajo colectivo para las faenas ganaderas, presentan una articulación morfológica entre unos y otros, en correspondencia con las montañas y también en sí mismos, ya que en su interior se pueden distinguir corrales menores, mangas, corredores y medialunas. Estos espacios diferenciados son utilizados para diferentes labores, separando a los animales que deben ser marcados, los que deben ser examinados por el SAG, los pertenecientes a distintos propietarios, entre otras necesidades.

Los diferentes roles que asumen estos espacios también guardan relación con la estacionalidad y los movimientos de ganado tanto de “subida” como de “bajada” de la cordillera: un primer gran tránsito en noviembre o diciembre, cuando comienzan a acabarse los pastos y el forraje en los valles; y un segundo momento de tráfico vinculado al retorno de “la veranada”, entre marzo y abril.

Como ya ha sido referido, durante los ascensos a la cordillera los corrales son utilizados como lugar de partida. Es el momento de los rodeos de señalamiento, previo a los rodeos de subida, donde los animales son preparados y distribuidos de manera organizada para enfrentar el ascenso. Meses después, cuando los animales retornan de la cordillera, se realiza el rodeo de salida (o saca) donde los corrales son utilizados con el fin de separar, contar y distribuir los animales entre sus propietarios. Además, entre los meses de abril y septiembre, en los corrales se realizan rodeos menores. Se trata de momentos intermedios de manipulación de los animales que pastan en las serranías cercanas, el fin de estos rodeos es controlar y aminorar los riesgos de tener los animales dispersos durante el invierno.

En condiciones normales, el ascenso y descenso hacia las montañas es reproducido cada año, por lo que los corrales no constituyen sólo un testimonio de las tradiciones sino que también son un hito fundamental para la continuidad de la arriería en estos valles y cajones. Por este motivo, son reparados constantemente. Para ello, los crianceros de cada comunidad se organizan, usualmente aportando con cuotas para las labores de restauración de los corrales:

[Se reparan] a veces cada dos años, a veces cada un año. Depende del invierno... Por partes porque se cae la barda que tiene la tapia y esa es la parte que hay que ir reparando... o cuando hay terremoto, que las pircas hay que pararlas de nuevo. (Arriero de Jahuel)



Figura 111. Fotografía: Rodrigo Guerrero Rojas.

Como ocupantes de la infraestructura de los corrales junto con los arrieros, el ganado vacuno es también un habitante activo de la Cordillera de los Andes. En convivencia con él, las comunidades agrícolas han habitado estos cerros y quebradas durante siglos, haciéndose parte de su vida misma. Es crucial comprender que los animales cumplen también roles fundamentales dentro de las veranadas e invernadas. Téngase presente que los caballos, mulas y vacas aprenden los caminos desde su nacimiento, conociendo al detalle los pasos y

puntos esenciales para alimentarse y sobrevivir en las alturas. En algunas comunidades, además de subir ganado vacuno en las veranadas, también son dejados caballos en la cordillera durante la época estival, como es el caso de Campos de Ahumada.

Actualmente la cantidad de animales que poseen las comunidades es mucho menor a la de décadas anteriores, lo que se explica -en parte- por la sequía que ha mermado el agua y la disponibilidad de alimento para el ganado en la cordillera. Si bien en estos días la arriería no representa una actividad económicamente rentable, es practicada de todos modos, vinculándola a la tradición, a la memoria y a la posibilidad de hacer uso de las cordilleras:

[...] pero lo que tenemos es como una tradición porque el papá las tenía y él nos pidió que nunca las vendiéramos y ahora no es como antes, no es negocio tenerlas, porque hay que comprar el pasto para tener talaje todo el invierno y la cordillera ahora no es bueno, así que significa estar manteniendo la tradición no más [...] No ganamos nada, algo se recupera a veces [...]. Hemos hablado en la familia de venderlos, pero yo soy una de las que me opongo [...] y si ya no están, ya no va a ser lo mismo ir a la cordillera; no va a ser lo mismo que a uno le gusta [...]. Es por honrar a mi papá, pero también es algo propio [...] más también mantener lo que él pidió a mi mamá y nos inculcó a nosotros, el amor a la tierra. (Arriera de Jahuel)

Antes vivían del ganado... los que tenían ganado vivían de él. Y ahora nosotros no, yo lo veo más como un hobby que vivir del ganado porque si vamos a vender dos toros o dos novillos, aunque en la feria valgan quinientos mil pesos, nosotros cuánto le sacamos... ciento cincuenta lucas, doscientos como mucho... porque resulta que hay que llevarlos a la feria, a Calera o a Quillota y resulta que pagar IVA, que tenemos que pagar flete, entonces a la larga preferimos pagar más barato acá. (Arriero de Jahuel)

Aunque no sea fácil, la recompensa de la vida en la cordillera se presenta como suficiente para que los arrieros continúen llevando a cabo sus tareas año tras año.

Por otro lado, los perros arrieros colaboran activamente en la tarea de guiar y reunir el ganado. Ellos también conocen las rutas -incluso las más difíciles-, pero su verdadera tarea es la de pastorear a las manadas.

*-El perro bueno, por ejemplo, usted lleva un arreo, un piño de animales acá por la calle, por el camino, y el vacuno cuando está un poco cansado se mete al monte, entonces uno al perro lo habla y el perro va solo, se mete al monte...
-Y el perro lo saca... (Arrieros de Piguchén)*

En su acompañamiento constante de los arrieros, los perros arrieros pueden incluso salvar vidas:

Sabiendo que estaba perdido en noche sin luna, hicimos un gran fuego ya oscureciendo, para que se pudiera orientar, pero no apareció, así que lo salimos a buscar al tío. Pasaron muchas horas buscando cerro arriba y cerro abajo... y nada. Uno de los perros también desapareció, pero volvía y se perdía nuevamente, era claro que estaba avisando que lo había encontrado y había que seguirlo... Al final lo encontramos al hombre, todo mojado, con una pierna maltrecha y casi muerto de frío... Se salvó don Juanito, sólo gracias a su perro 'Fidel' que nos llevó al lugar. (Arriero de Campos de Ahumada)⁴

- Ah sí po, no po usted sin perro no hace napo.” (Arriero de Piguchén)



Figura 112. Fotografía: Rodrigo Guerrero Rojas.

⁴En Razeto (2015).

La presencia estacional de arrieros, ganado y perros durante las veranadas implica la convivencia de éstos con los habitantes permanentes de las cordilleras: guanacos, cóndores y pumas, entre tantos otros. La relación con estos actores no-humanos es importantísima, a la vez que -en ciertos casos particulares- puede ser conflictiva. Por un lado, el conocimiento de las conductas de estos animales por parte de los arrieros permite hacer inferencias respecto del entorno, como de las condiciones climáticas o la disponibilidad de alimento; sin embargo, la presencia de cóndores, otras aves o pumas significan una potencial amenaza para los arrieros y su ganado.

*Cuando hay caturros en el río, siempre decían que iba a llover harto
(Arriero de Piguchén)*

*A ese le tenemos mala nosotros. Ese buitire... dicen que los cóndores no atacan a los terneros
pero cuando una vaca tiene un ternero, el cóndor pasa al tiro y le pega el... picotón
(Arriero de Sahondé)*

*[Al puma] Lo hemos visto, pero no de cerca. Hace dos años que no lo vemos, pero yo creo que
él nos ve todos los días... La otra vez nosotros pensábamos que era un guanaco, estaba
sentado mirándonos, y después ya fuimos más cerca, llegamos como a unos doscientos metros,
se paró y se movió... ¡Era un tremendo león!. (Arriero de Jahuel)*

De esta manera, se destaca la importancia del desempeño de actores distintos a los humanos dentro del entramado que propone la arriería de alta montaña. La importancia del perro arriero (o pastor), de los caballos y las propias vacas, por supuesto también de los propios corrales de pirca, exhiben que se trata de un sistema socioecológico complejo, que no articula solamente saberes y prácticas humanas, sino que se adapta al conjunto de agentes –o bien actantes no-humanos, siguiendo a Sapaj (2018)- que se articulan en torno a esta tradición.

4. Sistemas de recursos: La cordillera como bien común

*Vi los vientos arremolinados y unas polvaredas increíbles en las quebradas y como que los
cerros estaban llamando las lluvias. (Arriero de Los Patos)*

La cordillera es un lugar inmenso, múltiple, lleno de pasos secretos y diversos misterios aún sin descifrar. Es también un espacio natural lleno de riqueza, belleza e incontables seres vivos; y ciertamente muchas otras cosas más, incluidas carreteras -construidas en la roca más dura, la nieve pretendidamente eterna y el cielo más azul- que puedan conducirnos de ida o vuelta desde el país vecino y hacia las cuencas aledañas, dentro y fuera del Valle de Aconcagua. La cordillera es entonces diversa y, como tal, no deja de ser incluso un espacio

místico. Por eso los relatos cuentan también sobre las pautas que hay que aprender y seguir al internarse en sus pasos:

[A veces] No se puede jugar brisca, porque salimos todos peleados, es raro, pero si jugamos, peleamos [...] hay lugares donde hay que pasar rapidito, donde uno siente correr el hielo por la espalda; y ni mirar para atrás y pasa rapidito, donde hasta los animales pasan nerviosos, los perros ladran y a los caballos se les nota que están tensos. Algo anda allí, es un lugar malo [...] y nunca sabemos que es, pero lo sentimos todos, viejos, perros, caballos, hasta que pasamos, seguimos el camino y llegamos a un lugar tranquilo, donde estamos a salvo y nada nos va a pasar, ahí ya dormimos tranquilos (Arriero de Jahuel)⁵

La cordillera se exhibe así, en su dimensión más profunda y compleja. Es por un lado diversa pues se vive como “las cordilleras”, es decir, espacios físicos y temporales diferenciados y de acceso difícil donde además existen diferentes delimitaciones de propiedad (Razeto, 2015); pero también es única y “común”, en tanto une a los diversos ganaderos de la zona. Esto es tan marcado que incluso se habla que la cordillera “templa” del mismo modo el carácter de los arrieros (Bustos, 2007).

Allí, junto al ganado vacuno, los arrieros han encontrado un hogar donde refugiarse anualmente durante buena parte del año. En sus relatos se describen lugares muy preciados, como corrales de pirca y vertientes de agua, evocando algo parecido al encuentro con la inmensidad. “Por los cerros anda libre uno... tranquilo...”, cuentan los arrieros. Allí se alojan tradiciones como la “choquerada” -tradicional y sabrosa forma de preparar té calentando agua en un tarro metálico- y saberes muy precisos, tal como los usos medicinales de las plantas que se alojan entre las quebradas:

En la cordillera hay tan poquito monte que... son puros matorrales chiquititos. El que nosotros usamos para leña o para tomar agua si estamos enfermos porque dicen que hace bien para todas las cosas, es el Romero Piche... que hace bien para los riñones, para el estómago (Arriero de Jahuel)

Es un paisaje imponente, bello, pero también duro, riesgoso y que puede llegar incluso a resultar letal. Por eso el oficio de la arriería no es fácil, y tan digno de respeto, pues las alturas andinas no se dejan conquistar fácilmente. Sin embargo, para quienes las recorren permanentemente existen recompensas que van más allá de lo concreto:

En la cordillera hay riachuelos muy lindos, hay unos como que los hicieron con la mano, de roca, hay unos chorros pero lindos, es muy bonito en verano, chorros de agua que caen y no

⁵Cita en Razeto (2015).

saben de a dónde sale el agua, si no le dan ganas de venirse a uno. (Arriero localidad de Piguchén)

Mediante el peso de la tradición, las comunidades ganaderas tradicionales reivindican una ocupación histórica de los cerros que les circundan. Junto a los corrales, los ganaderos forman parte del paisaje donde se criaron y vivieron generación tras generación; paisaje que va adquiriendo sentido gracias a la práctica de la arriería y el tránsito cordillerano. Por eso, para estas comunidades los corrales “siempre han estado allí”. Las comunidades locales les atribuyen una gran antigüedad, adivinando tal vez doscientos años o más, hasta donde la memoria de sus abuelos alcanza.

Con motivo de las "veranadas" o "invernadas", dos veces al año se realizan rodeos estacionales en los corrales con el fin de administrar y organizar el ganado para subir y bajar a la cordillera. Así, los corrales funcionan como una puerta de entrada -y salida- de las cordilleras, sincronizando sus rodeos con las temporadas anuales pues ellas rigen cuando se necesitará subir o bajar desde las cumbres a los animales, quienes pastan durante todo el verano entre los cerros y vegas para volver y refugiarse en los montes cercanos cuando los tiempos húmedos llegan.

Aun así, en las alturas de las cumbres andinas también se realizan rodeos de campo, por eso se explica la presencia de corrales de pirca -y de otros materiales más nuevos- entre las planicies y explanadas. Pero las dificultades que impone la topografía cordillerana no permiten construir corrales en todos los sitios en que se necesiten, por esto hay rodeos -como el de Mercado, que reúne a las comunidades de Jahuel y Quebrada Herrera, al interior de las serranías de la Comunidad de Cano Gallego- que ocurren gracias a la destreza y experiencia de los arrieros que han aprendido a utilizar esta geografía a su favor. La cordillera puede ser entendida también como un corral, pero no cualquiera, es el más importante y grande de todos:

Primero nos juntamos acá [en el corral] para juntar a los animales... acá llegan todos y de ahí... nos vamos para la cordillera, ahí nos vamos con los animales para el corral grande (Capataz localidad de Piguchén)



Figura 113. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera

Así, la cordillera se erige en sí misma como un corral ganadero, en tanto son las mismas reglas y valores del rodeo los que rigen a lo largo de su paisaje. Se respetan las baqueanías, los capataces disponen la distribución de los esfuerzos del trabajo de los ganaderos durante los rodeos montañoses –de una comunidad y otra- y cada cerro, cada quebrada y cada vega o pastizal es asignada a algún grupo. Sin embargo, si algún animal traspasa un límite, si escasea el forraje, el agua en un paraje o si algún arriero requiere de provisiones, ahí es donde se exhibe el campo de lo común. Al final del día todos son arrieros de valles hermanos y de la misma gran cordillera, por lo tanto, se arrean los animales, propios y ajenos, se comparten las pertenencias y se cuidan las monturas de todos. Luego se tomarán el tiempo de preocuparse qué le corresponde a quién, mientras se respeten los códigos comunes de la tradición, de la cordillera que le impone a todos los mismos términos. En su diversidad y amplitud, la cordillera es una sola para todos, con sus vicisitudes y bellezas. Ésta se vivencia sin lugar a dudas como un bien común.



Figura 114. Fotografía: Guillermo Sapaj Aguilera

Pero los tiempos cambian y la falta de precipitaciones también afecta a las altas cumbres cordilleranas. La sequía se deja sentir y afecta así a la disponibilidad de talaje para los animales, el desembarco de proyectos mineros de mediana o gran envergadura (como Jahuel en el primer caso, y de los Valles de Putaendo y Río Colorado en el segundo), amenazan la escasa disponibilidad de aguas y perturba sus cursos, mientras que en el seno de las localidades el actual régimen de privatización hídrica sólo disminuye las posibilidades de poder acceder a ella:

Cómo le digo yo, en la cuestión del agua, que el embalse [Chacrillas] no ha dado ningún resultado, nada, nada... No sé más adelante. El agua ha sido menos que cuando venía por el río porque antes a nosotros por cuadra nos daban una hora y ahora nos han estado dando media hora, nos quitaron la mitad... Poca. Y va mermando más porque no ha llovido (...) y eso está

*complicando más la cosa. Todos pedimos que vengan unas lluvias luego. A mí me conviene para poder salvar a los animales porque si no llueve para dónde los vamos a llevar.
(Arriero de Sahondé)*

Aquí también tenemos conflicto como comunidad de Río Putaendo, junta de vigilancia, porque ganadera Tongoy apoya a las mineras porque están en su territorio y ellos ven como negocio que se instalen mineras. Para nosotros como regantes es veneno, en cambio nosotros con Piguchén no tenemos problemas porque también nos oponemos a las mineras, no nos interesa que haya mineras, nosotros somos primordialmente agricultores y tomamos de esta misma agua. (Arriero de Los Patos)

Reflexiones Finales: De ganadería, patrimonio y modos de habitar

Existen formas de habitar el mundo que perseveran en su esencia con bajísimos índices de alteración a lo largo de los años, así se construyen paisajes culturales particulares de alto valor patrimonial intrínseco, aunque sus expresiones materiales puedan ser –incluso– sutiles. Ellos son el testimonio de los modos relacionales que establecemos los humanos con el entorno, de nuestras creencias y prácticas, en articulación con un conjunto de actores que también habitan el territorio y que no son necesariamente de nuestra misma especie. Así, estos paisajes se configuran a partir de expresiones múltiples y diseminadas que, constituyendo un patrimonio intangible, deben ser respetados e investigados para ser valorados y conservados.

Los grandes corrales de pirca –en tanto sistema complejo– son testimonio de épocas del auge ganadero que conocieron los valles donde se emplazan, fundamentalmente en el tiempo de las haciendas, manteniendo su vigencia variable hasta la actualidad. Ellos forman parte del patrimonio material e inmaterial de nuestro país pues son vehículo de transmisión y conservación de antiguas prácticas arrieras entre comunidades del interior más profundo del Valle de Aconcagua.

La cordillera es un territorio diverso, escarpado y complejo. Muchas veces difícil de acceder, parece excesivamente distante ante los ojos urbanos o extranjeros, pero también existen múltiples y valiosos habitantes que han desarrollado estilos de vida que pueden comprenderse como autóctonos o endémicos (Razeto, 2015). Siendo humanos o no, los descritos habitantes de la cordillera han desarrollado sus modos de vida con respeto por el paisaje que los circunda y envuelve, tomando las acciones que les han parecido más pertinentes para preservarse en los territorios que han logrado ocupar.

Nos referimos a arrieros, vacunos y perros. Incluimos a guanacos, también a la flora nativa de los valles

cordilleranos y al resto de la fauna que allí habita. No se trata de creer que estos modos son inmutables y mucho menos exentos de tensiones o conflictos, pues muchas veces compiten entre sí; pero cabe tener en cuenta que, en su conjunto -como sistema socio-ecológico- han coexistido durante siglos y podrían seguir haciéndolo. En este contexto, al ser los corrales de pirca la puerta de entrada hacia la Cordillera de los Andes y la materialización de varios siglos de actividad ganadera en el Valle de Aconcagua, manifiestan un modo de habitar que reúne modos de interacción con los ecosistemas locales, su geografía y entre las gentes que han arraigado aquí su historia.

Entre sus principales características se remarca el compañerismo que exige esta ardua tarea, entre arrieros y entre comunidades ganaderas pues impone modos colectivos de comprender el entorno y de adaptarse a él. A la existencia de los corrales de pirca se entrelazan saberes, tradiciones y prácticas locales que perduran hasta el día de hoy, de la cual los arrieros son sus portadores. Se trata de valorar el tejido social construido y preservado por las comunidades rurales. Cabe tener en cuenta que, para que los grupos humanos puedan coexistir, perdurar y prosperar en los territorios, éstos deben -como expresan los casos expuestos- apuntar hacia el bienestar colectivo, teniendo claro que su modo de vida depende de la asociatividad y de saberes arraigados a los territorios.

Es en este aspecto que la Cordillera de los Andes puede comprenderse también como un "bien común", en virtud de estas agencias históricas que han cohabitado con las serranías durante siglos. Ésta, en tanto hito geográfico de envergadura, permite plantearse también cómo el espacio geográfico condiciona las formas de territorialidad, en tanto toda comunidad de seres vivos, y por tanto cualquier sistema socio-ecológico, que se valore a sí mismo debe plantearse el problema de la sustentabilidad ambiental, en especial ante los desafíos contemporáneos, marcado por la privatización de los recursos, el calentamiento global y la internacionalización económica.

Para habitar de manera sustentable -social y ambientalmente- la cordillera, parece importante comprender las agencias humanas y no-humanas que se ejercen y habitan en ella. Por supuesto que el ganado tiene un impacto ecológico sobre las vegas y quebradas, al igual que los guanacos y otros animales que allí habitan, pero si se ponderan en relación a actividades extractivas como la minería, su perturbación parece ínfima. Creemos que al ponderar la escala de impacto que significa cada agencia, dándole cabida al reconocimiento de la presencia de otros seres vivos que también la habitan legítimamente, podríamos incluso llegar a plantear la posibilidad de una coevolución, sino una coexistencia prolongada a lo largo de los siglos, entre ganadería y ecosistemas de alta montaña.

Así, cada corral -si bien resulta fundamental en sí mismo- sólo adquiere sentido al articularse con el

ecosistema circundante y, por supuesto, con otros corrales que se encuentran en otros valles, próximos o lejanos; al igual que las comunidades vecinas trabajan en conjunto para sacar adelante la tarea de mantener y reproducir el ganado, conformando un sistema de corrales y, por ende, de ganadería en las cordilleras de Aconcagua.

Por todos estos motivos, los corrales de pirca no pueden ser apreciados y comprendidos sin los elementos sociales que les dieron origen y los mantienen vigentes, mucho menos sin comprender su rol espacial y geográfico pues, si bien es través de los rodeos -en sus diversas variantes, de "entra" y "saca", de señalamiento y celebración- que éstos se activan, su existencia y realización se extiende y justifica por la presencia de las cordilleras y cursos de agua que les circundan.

Progresivamente, los corrales ganaderos comienzan a ser reconocidos por su valor patrimonial, en tanto su uso presente y continuo representa la vigencia de las comunidades agrícolas. En este aspecto, la declaración de los Corrales del Chalaco como Monumento Nacional -firmada el 24 de agosto de 2017- constituye un paso importante en este sentido; como espacio también para la emergencia de nuevas tradiciones culturales, cuya continuidad y cambio serán verificables en el tiempo.

Sin embargo y en varios sentidos, la protección de los corrales patrimoniales de la Cordillera norte de Aconcagua exige también la defensa de las cuencas donde éstos se ubican, además, la protección de la biodiversidad que en ella existe, la defensa de los cursos de agua y de la existencia misma del espacio que los acoge y -desde una perspectiva socio-ecológica- también requiere comprender que la humanidad forma parte e impacta la biodiversidad del planeta Tierra.

Cabe tener presente que los sistemas ambientales son complejos y, por tanto, cualquier intervención en las cordilleras y cuencas puede llegar a tener efectos sobre toda la hoya hidrográfica. Muchas veces los efectos de las acciones (humanas y no-humanas) sobre los ecosistemas pueden recién expresarse en el mediano o, incluso, largo plazo y de modos bastante difíciles de comprender y medir por lo demás.

Quizás la cordillera está viva, sabe y nos observa. No obstante, seguro es que nos acoge a sus pies y en toda su altitud, por eso, nuestro valle lleva el nombre de la cumbre más alta de América: Bienaventurado sea el Valle de Aconcagua y sus montañas, y quiénes saben escuchar aquello que se expresa más allá de cualquier palabra posible.

El silencio es parte del sonido, es como un vacío en el paisaje. (Arriero de Los Patos)

Bibliografía

- Ahumada, P. (2013).** *Entre la majestuosa montaña, las quebradas y el zanjón. El paisaje de la cordillera de los Andes como construcción cultural.* Tesis de doctorado. Universidad de Santiago.
- Baraona, R., Aranda, X. y Santana, R. (1960).** *Valle de Putaendo. Estudio de estructura agraria.* Instituto de geografía, Universidad de Chile, Santiago.
- Bauer, C. (2015).** *Waterconflicts and entrenchedgovernanceproblems in Chile'smarketmodel.* "WaterAlternatives" 8(2):147-172.
- Bolados, P. (2018).** *Elementos para una cartografía del agua en la Región de Valparaíso.* Informe final. Disponible en:
<http://www.senado.cl/appsenado/index.php?mo=transparencia&ac=doctoInformeAsesoría&id=1163>
- Budds, J. (2013).** *Water, power, and theproductionofneoliberalism in Chile, 1973-2005.* Environment and Planning D: Society and Space, Vol. 31, pp- 301-318.
- Bustos, C. (2007).** *Arrieros de Aconcagua.* En Razeto, J [Ed.]. "Estudio de la Vida en las Montañas de Aconcagua". Corporación CIEM Aconcagua. Ediciones Almendral, Chile.
- Cabeza, A. y Rabí, S. (2012).** "Informe Ejecutivo sobre el sitio patrimonial Corrales de Chalaco, situado en el área de influencia directa del proyecto Embalse Chacrillas de la Comuna de Putaendo, Región de Valparaíso, Chile". Artículo Inédito
- Canales, M. (2005).** *La nueva ruralidad en Chile: apuntes sobre subjetividad y territorios vividos.* En: "Chile rural: un desafío para el desarrollo humano".
- Casale, A., Borsdorf, J, y Moreira-Muñoz, A. (2014).** Reservas de la Biósfera en Chile. Laboratorios para la diversidad. Santiago.
- Castro, V., Aldunate, C. y Varela, V. (2012).** *Paisajes Culturales de Cobija, Costa de Antofagasta, Chile.* Revista Chilena de Antropología, N° 26, 2do Semestre, 2012: 97-128
- CIEM Aconcagua (2016).** *Corrales del Chalaco, Putaendo, Región de Valparaíso. Expediente técnico para la declaratoria como Monumento Nacional en la categoría de Monumento Histórico.* I. Municipalidad de Putaendo y Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo.
- Descola, P. (2005).** *Par-delàNature et Culture.* Gallimard, Paris.
- Hernández, R. y Peso, L. [Compiladores] (2010). *La Ruralidad Chilena Actual. Aproximaciones desde la antropología.* Ediciones Colibrí, Chile.
- Lacoste, P. (2008).** "El arriero y el transporte terrestre en el Cono Sur (Mendoza, 1780-1800)". Revista de Indias, Vol. 68, N°244.
- Ostrom, E. (2007).** *Sustainable Social-EcologicalSystems: AnImpossibility?* Disponible en: http://www.mcleland.org/Class_reading/Ostrom_Sustainable_Socio-Economic_Systems.pdf
- Ostrom, E. (2008).** *El gobierno de los bienes comunes desde el punto de vista de la ciudadanía.* Heilfrich

- [Comp.]. "Genes, bytes y emisiones: bienes comunes y ciudadanía". Fundación Heinrich Böll, México.
- Ostrom, E. (2009).** *A general framework for analyzing sustainability of social-ecological systems*. Science, 325 (5939), Págs 419-422.
- Pavlovic, D. y Rosende, E. (2010).** "Más cerca de las Wakas: la ocupación de cerros de mediana y baja altura durante el periodo Tardío en la cuenca superior del río Aconcagua". Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, tomo III-IV: 1279-1284.
- Pavlovic, D., Sánchez, R., Troncoso, A. y González, P. (2006).** "La diversidad cultural en la cuenca superior de Aconcagua durante el periodo Intermedio Tardío: una interpretación desde la organización social de sus poblaciones". Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena, pp. 445-454.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] (2008).** *Informe de Desarrollo Humano en Chile Rural*. Chile.
- Ramírez, F. (2007).** *Un aporte de la Historia Ecológica sobre el Deterioro de los Bosques de Chile Central*. En Flores, Diego & Díaz, Miguel [Eds] "Actas del Primer Coloquio sobre la Herencia Natural de Chile: La Conservación del Bosque Esclerófilo en el Paisaje Natural y Cultural de Chile Central". Santiago de Chile.
- Ramis, A. (2013).** *El concepto de bienes comunes en la obra de Elinor Ostrom*. Ecología Política, n°45, pp. 116-121.
- Razeto, J. (2007).** *Hacia una gestión comunitaria sustentable de ecosistemas de montaña en el Valle de Aconcagua*. En Razeto, J [Ed.]. "Estudio de la Vida en las Montañas de Aconcagua". Corporación CIEM Aconcagua. Ediciones Almendral, Chile.
- Razeto, J. (2015).** "Comunidades, Saberes, Lugares, Paisajes y Tensiones en las Montañas Andinas de Aconcagua en Chile Central". Tesis de doctorado en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Argentina.
- Romero, J. (2012).** *Lo rural y la ruralidad en América Latina: Categorías conceptuales en debate*. Revista Psicoperspectivas, vol. 11, núm. 1, pp. 8-31.
- Sapaj, G. (2018).** *La conservación de base ambiental comunitaria en el valle de Aconcagua, ¿una traducción territorial exitosa?* Tesis para optar al grado de Magister en Geografía, mención en Recursos Territoriales. Universidad de Chile.
- Skewes, J; Guerra, D. y Henríquez, C. (2014).** *Patrimonio y paisaje: Dos formas de ensamblar naturaleza y cultura en la cuenca del río Valdivia, Sur de Chile*. Revista Chungará de Antropología Chilena, Volumen 46, N°4.
- Urquiza, A. y Cadenas, H. (2015).** *Sistemas socio-ecológicos: elementos teóricos y conceptuales para la discusión en torno a vulnerabilidad hídrica*. Révue L'Ordinaire des Amériques 218.
- Vasquez, A.; Cabieses, B. & Tunstall, H. (2016).** *Where are socially deprived immigrants located in Chile? A spatial Analysis of Census Data Using an Index of Multiple Deprivation from the last three decades (1992-2012)*. PLoS ONE 11(1).
- Vicuña, J. (2018).** *Del origen de los Mitos de Chile, recogidos de la tradición oral*. Ediciones LOM, Chile.







Corporación CIEM Aconcagua